

Obras del Místico Doctor

San Juan de la Cruz.



Noche oscura del alma.

Obras del Místico Doctor

San Juan de la Cruz



EDICIÓN CRÍTICA

y la más correcta y completa de las publicadas hasta hoy

con introducciones y notas del

Padre Gerardo de San Juan de la Cruz,

Carmelita Descalzo.

y un epílogo del

Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella.

*Fray Juan de la Cruz..... es
muy espiritual y de grandes
experiencias y letras.*

(SANTA TERESA, CARTA CCXIX.)



TOMO SEGUNDO



TOLEDO—1912

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DE VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

COMERCIO, 55, Y LÚCIO, 8, TELÉFONOS 31 Y 32

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Arzobispado de Toledo.

Por lo que á Nos corresponde, y teniendo en cuenta el informe favorable del Censor, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el segundo tomo de la obra titulada **Obras de San Juan de la Cruz**, que desea publicar el Reverendo Padre Gerardo de San Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo.

Hágase constar esta licencia al principio de cada uno de los ejemplares, y remítanse dos de los mismos á nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno.

Lo decretó y firma Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi Señor, de que certifico.

+ El Cardenal Arzobispo.

Por mandado de Su Emcia. Rvdma.

Dr. Antonio Alvaro, Arcediano,

Secretario.

J.†M.

Nos Fray Ezequiel del Sagrado Corazón de Jesús,
Prepósito General de los Carmelitas Descalzos.

Vista la censura favorable de dos teólogos de la Orden, damos con gusto nuestra licencia al Reverendo Padre Fray Gerardo de San Juan de la Cruz, Sacerdote Profeso de nuestra Provincia de Castilla, para que, servatis servandis, publique el segundo tomo de la edición de las Obras de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, esperando que ha de ser de mucho provecho, especialmente para las almas que tratan de perfección.

Roma 8 de Octubre de 1912.

Fray Ezequiel del Sagrado Corazón de Jesús,
Prepósito General.

Fray Elías de San Ambrosio,
Secretario.

Advertencia acerca del Epílogo.

Próxima á publicarse la presente edición, se rogó al incomparable Menéndez y Pelayo (q. D. h.) se dignara autorizarla con su firma. Como era tan entusiasta admirador de los escritos de San Juan de la Cruz (según á todos es notorio), accedió gustoso á la petición, prometiendo escribir un Epílogo, en el que compendiaría la doctrina del Místico Doctor, y diría dos palabras de elogio acerca de las mejoras introducidas en esta edición.

La razón de prometer un Epílogo y no un Prólogo como se deseaba, la dió al que escribe estas líneas diciendo: «Estoy de tal manera abrumado de trabajos, que me es absolutamente imposible dedicarme á estudiar el asunto con la seriedad que requiere; porque entienda usted que no me gusta escribir una vulgaridad; tengo una fama inmerecida, es verdad, mas quiero conservarla.

Para hacer, pues, ese estudio, necesito leer de nuevo las Obras de San Juan de la Cruz, y meditar sobre ellas. Por otra parte, saliendo éstas muy diferentes de como andan impresas, tengo que atenerme á su texto; y no es cosa de que, dejando á un lado mis trabajos literarios, me ponga ahora á leer manuscritos. Váyalas usted publicando, y envíeme los tomos; así las podré leer detenidamente, y al mismo tiempo iré desembarazándome un tanto de mis innumerables ocupaciones, para poder complacer á usted.»

Arrebatado por la muerte no pudo realizar sus propósitos.

En vista de esto acudimos al gran tribuno español D. Juan Vázquez de Mella, profundísimo conocedor de la literatura patria, quien suplirá al eminente polígrafo en este interesante trabajo.



Adiciones al tomo I de estas Obras.

Breve compendio de la eminentísima perfección cristiana.—

De esta obra se habló latamente en la página XXXIII y siguientes del tomo anterior, donde demostré, que ni es de San Juan de la Cruz, ni tampoco del Padre Gabriel Navarro, que se la apropió á sí mismo. Después he descubierto que se publicó como original del Venerable Juan Falconi, en la edición de 1783. (Véase el tomo segundo de sus Obras, al fin). Atrévome á afirmar que tampoco es de este sujeto; me fundo en la razón siguiente: La obra ha debido ser compuesta, á más tardar, en 1610, como dije en otra parte. (Véase la pág. XLI). Ahora bien, contando en esta época solos catorce años el religioso varón (pues según afirman sus historiadores, nació en 1596) (1), no es creíble que sea el autor de dicho tratado. Y aunque de gracia concediera que la obra se escribió cinco años más tarde, tampoco en esta suposición puedo creer que el Padre Falconi la haya compuesto Contando solamente diecinueve años, y no habiéndose ejercitado en la dirección de las almas, no se comprende que se atreviera á escribir de altas especulaciones místicas. Además, si esto fuera verdad, ¿no lo hubieran notado como una cosa extraordinaria sus biógrafos? Por otra parte, ¿cómo siendo obra de un novel en la ciencia teológica, iba á despertar tanto anhelo por hacerse con una copia de ella y más en religiosos de distinta Orden que la suya? (Véase la pág. XXXIII del tomo I.) ¿Y cómo es, finalmente, que ninguno de los manuscritos de que se tiene noticia lleva su nombre?

Del mismo Libro he hallado tres códices después de escritos los *Preliminares* de estas Obras; dos no llevan nombre de su autor, y el otro pone al fin la siguiente nota: «Un pecador, religioso Carmelita Descalzo, escribió este tratado, con pensión de que el siervo ó sierva de Dios que usare de él le ha de encomendar á Nuestro Señor que le haga bueno.» A mi juicio, aquí no se trata del autor, sino simplemente del copista de aquel códice; por eso no dice, que todos los que leyeren la obra le encomienden al Señor, sino, *el siervo ó sierva de Dios que usare de él*, refiriéndose indudablemente á la copia que había hecho....

El verdadero autor de tan famoso Escrito me parece que es el apostólico varón Hernando de Mata (1554-1612). A las razones que alegué en el primer tomo (las que por sí solas no me parecieron suficientes para adjudicarle la paternidad de él), hay que añadir otra de gran peso, y es, que el Padre Pedro de Jesús María, Monje Basilio Reformado, le publicó como parto legítimo de dicho sujeto al fin de la Vida que de él escribió, impresa en Málaga el año de 1663.

Fundamento de nuestra corrección.—En el artículo que lleva este epígrafe demostré que las obras del Santo no se imprimieron con fidelidad á su texto original. Las razones y documentos que alegué son más que suficientes para probarlo hasta la evidencia. Sin embargo, no estará demás, que verdad de tanta importancia la corrobore con la autoridad de dos obras Carmelitanas. Es la primera, la *Recreación espiritual* de la Venerable Madre Feliciana Eufrosina de San José, Carmelita Descalza en Zaragoza, impresa al final de su misma Vida, escrita por

(1) La *Biografía eclesiástica* dice que nació en 1594; pero más fe sin duda merece la *Bibliotheca hispana* de Nicolás Antonio, y el *Compendio de la Vida del Siervo de Dios*, sacado de las Informaciones para su beatificación.

D. Miguel de Lanuza, Protonotario de Aragón. El segundo de los dos Diálogos de que consta dicha obra está tomado á la letra en su mayor parte de los escritos de San Juan de la Cruz, especialmente de la *Llama de amor viva*. El texto lo trae, no conforme á las ediciones, sino á los manuscritos. De manera que los códices que usaba esta Venerable son un nuevo testigo que depone en favor de la causa que defiende. Que copiara de manuscritos los trozos que inserta en su libro, no cabe la menor duda, puesto que según ella misma asegura le terminó en 1604, catorce años, por consiguiente, antes que salieran á luz las Obras del Santo. A más de esto, debo notar que en esta obra se halla un nuevo testimonio de la autenticidad del segundo capítulo inédito que publiqué en el libro tercero de la *Subida del Monte Carmelo*, pues le transcribe casi todo él, tomándole indudablemente de los manuscritos de las Obras del Místico Doctor (Véase lo que diré en las *Cartas*, tom. III).

La segunda obra es la *Teología Mística, y espejo de la vida eterna, por el cual son encaminadas las almas que desean alcanzalla*, escrita por el Padre Inocencio de San Andrés, Carmelita Descalzo. Los trozos que de los Libros del Místico Doctor en ella se transcriben, están conformes en todos los puntos esenciales con el texto que yo he publicado (Compárense los capítulos 19, 20 y 21 del Tratado III con el 11, 12 y 13 del Libro III de la *Subida* (1).

Adiciones á este tomo II.

Llama de amor viva.—Acabados ya de imprimir los dos textos que de esta obra publico en el presente volumen, he hallado en las Carmelitas Descalzas de Córdoba dos manuscritos antiguos. Uno es de la primera redacción y el otro de la segunda, lo que viene á confirmar una vez más que el Santo escribió dos veces este Libro. Cotejados con los manuscritos de que me he servido para la impresión de una y otra Llama, los he hallado uniformes en las cosas esenciales.

(1) El Padre Inocencio fué natural de Tafalla, en el Reino de Navarra, y profeso del noviciado de Pastrana. Mereció contarse entre los fundadores del Convento del Calvario, y ayudó á San Juan de la Cruz en la fundación del Colegio de Baeza. Con él asistió también como socio al Capítulo de Alcalá. Pasó á mejor vida en Granada, año de 1620. Resplandeció especialmente por su mansedumbre, inocencia de vida, retiro del mundo, celo de las almas y espíritu de oración. En la ciencia Mística fué uno de los discípulos más aprovechados del Reformador del Carmelo, como lo revela muy á las claras su obra, la que es en verdad de un mérito extraordinario, tanto por la erudición, como muy singularmente por el buen gusto que campea en toda ella. Corre ésta impresa á nombre de Andrés Lacarra y Cruzate, Canónigo Regular. Los historiadores de nuestro Venerable de común acuerdo aseguran, que salió á luz á nombre de un Sacerdote amigo suyo, por no querer él figurar en el mundo científico, y dicen que constaba de tres partes: Tratado de la oración, Tratado de la mortificación y Tratado del hombre interior. (*Reforma de los Descalzos del Carmen*, tomo 4.º, págs. 219 y 919; *Bibliotheca scriptorum Carmelita um Excalceatorum a Patre Martiali a S. Joanne Baptista*, 213, etc. Véase también Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana*, art. «Inocencio»). Los mismos y con iguales títulos contiene el libro de Lacarra y Cruzate. Consta, además, ser esta la obra de Fray Inocencio, por las expresiones que hay en ella, que denuncian haber sido compuesta por un Carmelita Descalzo, pues cuando habla de Elías y Eliseo, les dá el título de *mi Padre y nuestro Padre*, como se ve en los textos siguientes: «A la manera que *mi Padre, el Profeta Eliseo*, tocando con la capa de *mi Padre Elías* las aguas del río Jordán» (fol. 17). «Pues *mi Padre Elías*, para hablar con Dios, cubrió su rostro» (fol. 38 vto.) «Y á *nuestro Padre Elías* no se le descubrió Dios en el viento recio» (fol. 134.) «Como parece que lo hacia *mi Santo Padre Elías*» (fol. 8 vuelto del tratado tercero.) Lo propio sucede cuando cita á Santa Teresa, llamándola *nuestra Madre*. «Y al mismo propósito *nuestra Santa Madre Teresa de Jesús*» (fol. 122 vuelto del tratado tercero. Véase la edición de Roma de 1615.)

NOCHE OSCURA

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.

(Comprende la purgación pasiva del sentido y del espíritu.)



Introducción á la Noche oscura.

I

Objeto de este Libro.

TRATA la NOCHE OSCURA de la purgación pasiva, á la cual podemos llamar *la obra de Dios en el alma*; no porque sea exclusivamente suya y la criatura quede reducida á un absoluto quietismo, sino porque el divino poder interviene en ella de un modo extraordinario, y también, por relación á la purgación activa, que se dice ser obra del alma.

La necesidad de dicha purgación para las almas que aspiran á ser admitidas al tálamo del Divino Verbo es bien manifiesta, pues evidente es, que sólo Dios puede preparar un corazón digno de sí; y gran verdad encierran aquellas palabras que nuestro Santo dirige al Señor diciendo: «¿Cómo se levantará á Ti el hombre engendrado y criado en bajezas si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?» (1) Necesitan, pues, tales almas que Dios las purifique y levante del polvo de su vileza antes de unir las consigo, todo lo cual es obra de la NOCHE OSCURA. Entradas en ella, comunicalas Dios un rayo de su Divina lumbre, al resplandor del cual contemplan la grandeza de sus pecados; ven al ojo un sin número de imperfecciones que

(1) *Oración del alma enamorada.*—En otra parte escribe el mismo Santo: «Porque por más que el alma se ayude, no puede ella por su industria activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la Divina unión de perfección de amor con Dios, si él no toma la mano y la purga en aquel fuego oscuro para ella.» (*Noche oscura*, Canción 1.ª, verso 1.ª, página 13.)

antes se escaparon á su vista natural; y conocen muy á las claras estar poseidas de muchos afectos desordenados, de que no han podido desnudarse, á pesar de los esfuerzos que han hecho en la purgación activa para vaciar su corazón de todo lo terreno. A la claridad de esa divina luz palpan también su natural bajeza y cuánto dista el hombre, por muy limpio que se halle, de la alteza de Dios. Esa misma lumbre, derivada de lo alto, no sólo baña en resplandores el entendimiento de tan felices almas, sino que también, á manera de ardorosa llama, prende en su corazón y le consume la herrumbre de sus imperfecciones, y penetrando más en lo interior de él, le comunica sus divinas propiedades.

Explicar cómo lleve Dios á cabo esta purificación, y dar reglas á las almas cómo deben haberse para no estorbar la operación divina que las ha de enriquecer de bienes inefables, es lo que se propone el Santo en el tratado de la NOCHE OSCURA, el cual divide en dos partes: NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU. Trata en la primera de la purgación pasiva del sentido, ó, hablando con más rigor, «*de la reformatión y enfrenamiento del apetito*» (1). Comienza para esto mostrando las muchas imperfecciones que tienen los principiantes en los siete vicios capitales, á fin de que, «*entendiendo ellos la flaqueza del estado que llevan, se animen y deseen que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes, y para los inestimables deleites del amor de Dios*» (2). La pintura que hace de los vicios de los imperfectos es viva y animada, graciosa á las veces, abundante en profundas observaciones psicológicas, y saturada de un grato sabor realista, que demuestra el conocimiento práctico que el Santo tenía de las almas. Estos capítulos, según dice un escritor moderno, nos revelan la gran potencia de su genio, y son bastante motivo para que se le reconozca como el más grande maestro de espíritu (3).

Mostradas á los principiantes sus imperfecciones, trata de la feliz Noche en que han de comenzar á purificarse de todas ellas. Con-

(1) Página 56. En otro lugar escribe: «La purgación del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu, que, como también habemos dicho, más sirve de acomodar el sentido al espíritu, que de unir el espíritu con Dios», pág. 53.

(2) Página 6.

(3) «Sono sei capitoli che rivelano tutta la potenza del genio del nostro mistico Dottore e che da soli sarebb.ro bastati e bastano perché Egli sia riconosciuto come il più grande di tutti i maestri di spirito. (Edición italiana de las Obras del Santo, hecha en 1912 por el Sacerdote Paolo Toth, pág. LXXXII del tomo I.)

siste ésta en una contemplación árida y purgativa que Dios les infunde (1), con el fin de destetarlos de los pechos del jugo y sabor sensitivo, á que ellos andaban muy arrimados, para que así se acostumbren á otro manjar más sólido, que los hará crecer más en la virtud. Pone luego el Místico Doctor tres señales por las que han de conocer las almas si la sequedad que padecen proviene de la contemplación en que Dios comienza á entrarlas, ó de tibieza, ó de indisposición corporal. La primera consiste en advertir que no hallan gusto ni consuelo en cosa alguna criada. La segunda en sentir que traen ordinariamente la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no le sirven, sino que vuelven atrás. La tercera en ver, que no pueden ya meditar ni discurrir, aprovechándose del sentido de la imaginación como antes solían (2). Enséñales después el Santo cómo se han de haber en estas sequedades, que es procurar no discurrir, teniendo una atención quieta y amorosa á Dios, y termina la NOCHE DEL SENTIDO poniéndoles delante los grandes provechos que de ella se les seguirá, si sufren varonilmente sus penalidades, los cuales son, profundo conocimiento de sus miserias y de la alteza de las perfecciones divinas, destierro de los vicios capitales y crecimiento en las virtudes que á ellos son contrarias, ordinaria memoria de Dios y vivas ansias de amarle, con otras muchas virtudes largas de enumerar.

Sigue la NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU, blanco á donde principalmente dirige su pluma el Místico Doctor, «por haber de ella, como dice, muy poco lenguaje, así de plática como de escritos, y aun de experiencia muy poco» (3).

En esta dichosa noche no entran las almas luego que han salido de las sequedades y aprietos de la anterior, sino que, como dice el Santo, suele pasarse harto tiempo, y aun años, antes que Dios en ella las meta (4). Como padre amoroso y providente las prepara en ese intervalo para las terribles pruebas porque han de pasar, regalándolas para esto con celestiales mercedes, consuelos, éxtasis y revelaciones. Así dispuestas, las entra en esa oscura, horrenda y tempes-

(1) Páginas 25, 30, 34, etc. Véase también la *Médula mística*, del Padre Francisco de Santo Tomás, C. D., trat. IV, cap. VIII, n.º 42, y *Des graces d'oraison* del P. Poulain, S. J., pág. 202 y siguientes de la edición de 1909, obras en que se expone el verdadero concepto de la noche del sentido según la mente del Santo.

(2) Página 28 y siguientes.

(3) Página 26.

(4) Página 51.

tuosa noche del espíritu, donde las aflicciones que en ella padecen, especialmente las almas que á gran perfección quiere Dios levantar, son tan hondas, que no hay penas en este mundo á que las poder comparar. Robado el gusto y sabor espiritual á la parte sensible, oscurecido con espantosa tiniebla el entendimiento, puesta en terrible aprieto la voluntad y cercada de grande aflicción y angustia la memoria, hállanse rodeadas por todas partes de dolor, y miran cerradas todas las puertas por donde les entraban sus alegrías. Auméntales estas penas el recuerdo de su pasada felicidad, la que juzgan se acabó ya para ellas, y se las amarga también muy mucho el verse como impotentes para elevar su corazón á Dios. No son estos trabajos, á pesar de ser tan grandes, los mayores que padecen. La aflicción para ellas más terrible les nace del profundísimo conocimiento de sus miserias y pecados. El mirarse por una parte sumamente abominables delante de Dios, y el sentirse por otra como abandonadas y desechadas de él para siempre (de lo que se juzgan muy dignas), es un tormento indecible para su corazón. Cuando tal pena sufren bien pueden decir, que Dios ha descargado sobre ellas las olas de todas las tribulaciones, y que se ven rodeadas y cercadas de los dolores de la muerte y del infierno (1).

La causa principal de todos estos aprietos es la contemplación infusa, la cual, por embestir aquí en el alma con más fuerza que en la NOCHE DEL SENTIDO, la hace penar más terriblemente. No nace, sin embargo, directamente de ella la pena, sino de las disposiciones del sujeto que la padece, las cuales son contrarias á sus propiedades (2).

Los efectos que esta luz infusa causa en las almas que no ponen obstáculo á su operación, son admirables. Consúmeles por completo la escoria de sus hábitos imperfectos (cosa que no pudo hacer la purgación del sentido) (3) fortifica la parte sensible, para que no desfallezca como ántes en los recibos del cielo, vacía sus potencias de las aprensiones de objetos terrenos, para llenárselas de noticias de los

(1) Con otros muchos géneros de penas acostumbra Dios purificar á las almas escogidas, como son, visiones y atormentamiento de demonios; tentaciones violentas de impureza, infidelidad y blasfemia; enfermedades, deshonras, desprecios, persecuciones de los buenos, etc. Estas pruebas son, como dice un autor, partes variables y accesorias de la purificación. (Saudreau, *Los grados de la vida espiritual*, tomo 2.º, pág. 282 de la edición de Barcelona, 1906.) Por eso el Místico Doctor no habla de algunas de ellas, y se ocupa principalmente de las arriba nombradas, que son, por decirlo así, la parte esencial de la noche del espíritu.

(2) *Llama de amor viva*, Canc. 1.ª, ver. 4.ª

(3) Páginas 53 y 56.

divinos, adelgaza su espíritu á fin de que pueda percibir el sabor de las cosas celestiales, alumbrando su entendimiento, enriquece su memoria con santos recuerdos, y pone en su voluntad una grande inflamación de amor, diferentísima de la que se dijo en la noche del sentido, y tan superior á ella como lo es el alma al cuerpo, la parte espiritual á la sensible (1). Juntamente con esto adorna al alma con una hermosa librea de tres colores, con la cual disfrazada, puede subir por la secreta escala de la contemplación á lo alto de la unión de amor, sin que sus tres enemigos, mundo, demonio y carne, puedan descubrirla é impedirle el paso (2).

Estas son, en suma, las materias que explica el Místico Doctor en la NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU. Noche que pinta con todas sus penalidades y lobregeces de la manera más admirable que nadie lo haya hecho. Siendo de esto la causa el haber pasado su alma por todas ellas, y al mismo tiempo el profundo conocimiento que tenía de los arcanos de las Divinas Escrituras.

A este tratado seguían otros dos en que explicaba, según lo prometió en el Argumento, varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios. Mas, desgraciadamente, no se hallan en ninguno de los códices que existen de su obra, ni se encontraban tampoco en todos aquellos de que la antigüedad nos ha dejado memoria. ¡Pérdida irreparable que nunca lamentaremos bastante! (3).

(1) Páginas 85 y 92.

(2) Página 109 y siguientes.

(3) En el primer volumen prometí tratar la cuestión, de si el Santo terminó el Libro de la NOCHE OSCURA, y pareciéndome este lugar oportuno, voy á escribir dos líneas sobre ella, no queriendo extenderme por no repetir los mismos argumentos. Es mi opinión, que el Místico Doctor le concluyó; pues no es creíble que empezara á componer otros libros sin haber terminado primero éste. Y aun dado caso que lo hiciera, tiempo tuvo después muy sobrado, según probé en otra parte, para concluirle. Pruébese además que verdaderamente le acabó por lo que dice en el Prólogo de la *Llama de amor viva*, donde escribe: «Aunque en las Canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección á que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas Canciones tratan del amor ya más calificado». En estas palabras, según el parecer autorizado de Fray Andrés de la Encarnación, hace el Santo referencia á las Canciones de la NOCHE OSCURA; y en este supuesto, de ellas se colige que la ha concluído; pues dice haber declarado Canciones que tratan de la transformación del alma en Dios, que son precisamente las que hoy se hallan sin declarar.

Opine cualquiera lo que le plazca sobre el valor de estos argumentos, yo seguiré creyendo siempre que San Juan de la Cruz declaró todas las Canciones de la NOCHE OSCURA, abrigando al mismo tiempo una muy fundada y triste convicción de que la explicación de las últimas jamás la llegará á leer ninguno de los mortales.

Para suplir en parte esta falta publicaré como Apéndice en el volumen III los Comentarios de la insigne Cecilia del Nacimiento, Carmelita Descalza, á diecisiete lirás (de las que es también autora) sobre la noche oscura del alma, obra de tan alta penetración mística y exquisito gusto literario como verán mis lectores.

II

División.

En dos libros aparece dividido en las impresiones el tratado de la NOCHE OSCURA: no lo dividió así su Venerable Autor, sino simplemente en NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU, sin dar á ninguna parte el título de libro. La noticia no es de mucha importancia, pero merece consignarse.

Por lo que toca á la división en capítulos con que hasta ahora se ha impreso, tampoco es suya. Hé aquí cómo aparece dividida una y otra Noche en todos los manuscritos, excepción hecha de uno (1):

NOCHE OSCURA DEL SENTIDO.—Después del *Argumento*, las *Canciones* y una especie de *Advertencia*, pone el Autor la primera canción y la declara en general: á esta *Declaración* siguen ocho párrafos distintos con un encabezamiento de lo que tratan, que es de las imperfecciones que tienen los principiantes en cada uno de los pecados capitales. Vuelve luego á repetir el primer verso, entrando ya propiamente en su declaración, la cual comprende tres párrafos, que van sin numerar: el primero no lleva título, los otros dos sí (2). Hecho esto, explica brevemente, y por separado, los versos segundo y tercero. La explicación del cuarto la divide en dos párrafos, el segundo de los cuales encabeza con un sumario de lo que trata. Expone finalmente el verso quinto, y termina con esto la NOCHE DEL SENTIDO.

NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU.—La división de esta segunda noche es menos embarazosa que la anterior. Pone en un principio, como prelude, dos párrafos con sus títulos correspondientes; sigue la *Anotación* de la primera estrofa, y á continuación explica las canciones por el mismo método que las del Cántico espiritual y la Llama de amor viva, sin poner sumario ni hacer división alguna en la explicación de los versos, no obstante de ser, por lo general, muy extensa.

(1) Este es el que poseen los Carmelitas Descalzos de Toledo. Se diferencia de los demás en dividir la NOCHE DEL SENTIDO en capítulos, en tanto que los otros lo hacen en párrafos. Esta división, sin embargo, no la continúa hasta el fin, pues desde el capítulo décimo la abandona, siguiendo en todo lo restante del tratado la división de los otros códices, con los cuales está conforme también en dividirlo en NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU.

(2) Por ser continuación del mismo verso, se ha seguido la numeración de los párrafos. Así lo hace también el Manuscrito de Sevilla.

Estas divisiones de una y otra parte de la Obra, hechas por el Autor, hubiera yo absolutamente conservado, á no habérmelo impedido poderosos motivos. Por lo que toca á la NOCHE DEL ESPÍRITU, no obstante la sencillez de su división, hubiera resultado sumamente pesada su lectura. Versos hay cuya explanación comprende doce, dieciocho y hasta veintiséis páginas. De ponerlos sin partición ni sumario alguno de lo que tratan, además de fatigar al lector, tendríamos el inconveniente, de que esta parte no guardaría uniformidad con la primera.

En cuanto á la NOCHE DEL SENTIDO, no habiéndose hecho en ella otra cosa que poner numeración á varios párrafos y á dos de ellos encabezamiento (al *nono* del primer verso y al *único* del verso quinto) creo era bastante razón para obrar así el que todos fueran uniformes.

La división de toda la obra es sencillísima, á mi entender, pues se reduce á lo siguiente: Tanto una *noche* como otra se divide en Canciones; éstas en versos, y éstos, á su vez, cuando la explicación es larga, en párrafos.

He conservado también la división de capítulos que hacían las ediciones anteriores (3), con el fin de facilitar á los estudiosos y críticos el que puedan comparar el texto de aquéllas con el de la presente.

En todo esto no he procedido arbitrariamente, sino que he seguido (como en algunas otras cosas), el sabio dictamen del Padre Fray Andrés de la Encarnación, expuesto por él en las siguientes palabras: «La partición, escribe, de los dos libros de la Noche oscura, podía ser en canciones y versos; y cuando la declaración de éstos es larga, dividir cada una de estas declaraciones en los párrafos que convenga, al modo que se hizo en la canción tercera de la Llama. El partir en párrafos, es práctica del Santo en alguna parte; y de este modo se sigue en todo su intento. No quita ésto se pongan los títulos que hay ahora donde están; sólo que se deben llamar párrafos, no capítulos. Y para no olvidar del todo lo antiguo, donde se hallan aquellos títulos, ó donde hoy empiezan los capítulos, se puede poner esta margen: «Cap. I, II., etc.», sin decir en la margen más: que así lo han practicado los Maurinos con diversas obras de Santos Padres, si no estoy trascordado (1).

(1) Esto es lo que indica la línea que va entre paréntesis debajo de cada párrafo.

(2) *Notas para una edición corregida de N. P. San Juan de la Cruz, en el papel que lleva por título Variantes y enmiendas.*

III

Manuscritos consultados para corregir este Libro.

Firme en mi propósito de dar al público el texto de los escritos del Místico Doctor con la mayor corrección posible, he consultado, en defecto de los originales, cuantos manuscritos he podido hallar del tratado de la NOCHE OSCURA. Afortunadamente se conservan bastantes, y casi todos ellos son completos. De los que tengo noticia, y con los que he comparado el texto que hasta aquí corría impreso, son los siguientes:

1.º *El Manuscrito 3.446 de la Biblioteca Nacional.*—Contiene solamente el tratado de la NOCHE OSCURA, y es, á mi juicio, el más correcto de todos los traslados que conozco. Perteneció á los Carmelitas Descalzos de Sevilla, del Convento de los Remedios, quienes hicieron donación de él á nuestro Archivo general. Por eso le cito con el título de *Hispalense*.

2.º *El Manuscrito 12.658.*—De los escritos del Santo no contiene más que la NOCHE OSCURA y alguna poesía dudosa. Es también bastante correcto. Lo adquirió en Madrid para el Archivo de la Orden Fray Andrés de la Encarnación. Le conocerá el lector con el nombre de códice *Matritense*.

3.º *El Manuscrito 8.795.*—Excepto el libro de la *Subida del Monte Carmelo*, se encuentran en él todos los tratados del Místico Doctor, aun el de las *Espinas de espíritu*. Fué de las Carmelitas de Baeza, quienes lo regalaron al Archivo general. Se cita con el nombre de su primera procedencia.

4.º *El Manuscrito 18.160.*—Vino á la Biblioteca Nacional de la librería de Gayangos. Contiene tres de los tratados de San Juan de la Cruz, y además cuatro capítulos de la *Subida del Monte Carmelo*. (Véase la pág. 21 del tomo I de estas Obras.) Se cita con el nombre de su antiguo poseedor.

5.º *El Manuscrito 13.498.*—De éste se habló en la pág. 20 del primer tomo. Se debe notar que la NOCHE OSCURA no la trae compendiada, como la *Subida*, sino completa. Fáltale, sin embargo, media hoja del párrafo que trata de la lujuria espiritual, la que ha sido cortada de propósito.

6.º *El Manuscrito 6.624.*

7.^o *El Manuscrito de los Carmelitas Descalzos de Alba de Tormes.*

8.^o *El Manuscrito de las Carmelitas de Pamplona.*—Tanto de éste como de los tres anteriores, se dió noticia en el tomo I, páginas 19 y 20.

9.^o *El Manuscrito 12.411.*—Contiene varios escritos del Santo. La NOCHE OSCURA la trae compendiada. Le poseyeron en un principio los Carmelitas de Ecija, quienes hicieron graciosa donación de él al Archivo general de la Descalcez. Se le citará con el nombre del Convento á que perteneció.

10. *Un códice que poseen las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Toledo.*—Contiene, además de la NOCHE OSCURA, la LLAMA DE AMOR VIVA. Tiene pocas y ligeras incorrecciones.

11. *Otro códice que se halla en el Archivo de los Carmelitas Descalzos de la referida ciudad.*—Hablóse de él en el tomo I, pág. XXXIII. Le faltan varios párrafos, que sin duda omitió el copista por juzgarlos menos útiles para su intento. No son ninguno de los interesantes que ahora por vez primera se dan á luz. A pesar de estos lunares, merece bastante crédito, pues trae el texto varias veces más correcto que algunos de los mejores manuscritos (1).

12. *Copia de los principales trozos que se omitieron en las ediciones de los escritos de San Juan de la Cruz, hecha por Fray Andrés de la Encarnación, y sacada de varios manuscritos antiguos.* (Véase el códice 3.653 de la Biblioteca Nacional) (2).

Todos estos documentos están concordantes entre sí en los puntos esenciales, prueba inequívoca de que representan el texto genuino del Místico Doctor.

(1) En el *Catálogo* de los escritores Carmelitanos se pone un Fray Juan de la Cruz distinto del Místico Doctor, del cual se dice (y es el único hecho que se narra de su vida), que escribió un libro intitulado: NOCHE OSCURA DEL SENTIDO Y DEL ESPÍRITU, cuyo manuscrito se conserva en el Convento de Toledo. (*Vide Patrem Martialem a S. Joanne Baptista, Bibliotheca scriptorum Carmelitarum excalceatorum*, tomo I, pág. 230, et *Patrem Bartholomæum a S. Angelo, Catalogus Scriptorum Carmelitarum Excalceatorum*, tomo I, pág. 296.) Es una manifiesta equivocación, pues el manuscrito á que se refieren los citados escritores, necesariamente es el que arriba acabamos de mencionar, porque consta por documentos antiguos no haber existido en los Carmelitas de Toledo otro manuscrito de la NOCHE OSCURA DEL SENTIDO Y DEL ESPÍRITU, que el referido del Santo Padre. En esto mismo reparó ya un erudito Carmelita Descalzo (*Memorias historiales* de Fray Andrés de la Encarnación, tomo IV, letra X, núm. 3.) Debe, por tanto, quitarse de dichos Catálogos ese Fray Juan de la Cruz, que jamás ha existido; así como por el contrario es necesario añadir muchísimos escritores que no están incluidos en ellos.

(2) En el mismo códice se halla un escrito en el que se indican las enmiendas que se habían hecho en el texto que corría impreso, consultando para ello varios manuscritos. Nótanse también las variantes que éstos tenían entre sí. Mas todo este trabajo está hecho de tal manera, que si no es teniendo á la vista el manuscrito que allí se cita (el que por desgracia ha desaparecido), apenas se puede utilizar nada de él. Algún servicio, sin embargo, me ha prestado.

I V

Correcciones y citas.

Correcciones.—Numerosas son las que se han hecho en este Tratado. La mayor parte de ellas atañe tan sólo al estilo, el cual, como se dijo en otro lugar, se pretendió limar en muchos puntos, quitándole con esto el carácter propio del Místico Doctor, y robándole la naturalidad. Algunas se refieren á palabras y sentencias introducidas en el texto con el fin de aclararle, ó de atenuar expresiones que, tomadas á la letra, parecen decir más de lo que pretendió el Autor. Las restantes, que no son pocas, se refieren principalmente á sentencias y párrafos omitidos en todas las ediciones hechas hasta el presente. Estas partes mutiladas son de capitalísima importancia, pues á más de darnos á conocer mejor el carácter y los talentos de San Juan de la Cruz, sirven para entender más claramente su doctrina (1).

Citas.—La uniformidad que, según arriba se dijo, guardan los manuscritos, me excusa el citarlos al pie de las correcciones que se han hecho. Hágolo, sin embargo, cuando hay alguna divergencia entre ellos, y á veces también cuando están mendosos, citándolos por regla general en estos casos con el título indicado en el párrafo anterior. En tres ó cuatro lugares los cito con las abreviaturas siguientes: A. manuscrito de Alba; B. de Burgos; C. de Calatayud; G. de Gayangos; H. el Hispalense; M. de las Madres Carmelitas de Toledo; Matr. el Matritense; P. de Pamplona; T. de Carmelitas de Toledo. En

(1) Acerca de las autoridades latinas de la Sagrada Escritura, debo confesar que he suprimido en los tratados de este volumen menos de las que prometí. Daré la razón de este proceder. El manuscrito á que llama el Santo *borrador*, del primer Cántico y que tiene valor de original, trae bastantes; y estando conformes con él, tanto la edición de Bruselas, hecha sin duda por el códice que llevó allí la Venerable Ana de Jesús, como el manuscrito de las Carmelitas de Jaén y otros, perteneciendo ya al 1.º, ya al 2.º Cántico, se saca en consecuencia, que esos textos latinos los puso el Santo. Ahora bien, observándse lo mismo en los traslados que he visto de la *Subida*, parece indudable que esa misma costumbre debió observar el Autor en la *NOCHE OSCURA* y *Llama de amor viva*, sobre todo en la primera, por haberla escrito entre la *Subida* y el Cántico, que no es probable mudara de proceder á cada paso.

A pesar de esta razón, las copias que existen de uno y otro Tratado (las cuales son en crecido número), no ponen sino como una media docena de textos latinos, lo que es argumento bastante poderoso en contrario. ¿Será que el Místico Doctor por alguna razón particular no los puso, ó que los primeros que sacaron traslados de los originales los omitieran? Me inclino á creer lo segundo, y por ese motivo he suprimido muchas de esas autoridades. Para saber cuáles debían dejarse he observado que el Santo acostumbra sólo ponerlas (y esto no siempre), cuando cita el texto íntegro en castellano, en otros casos no.

Aquí pongo fin á esta cuestión, la cual, como se ve, no es de gran importancia, y el resolverla en uno ú otro sentido no atañe á la fidelidad de las copias.

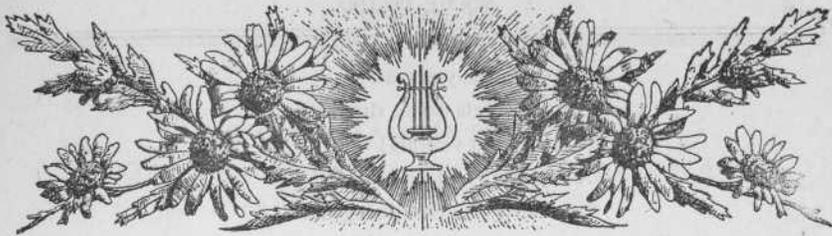
cuanto á las citas de las correcciones, adiciones y supresiones, suelo hacerlas lo mismo que en la *Subida del Monte Carmelo*. La letra *a* significa que aquellas palabras ó párrafos se han añadido; la *c*, que se ha corregido aquel pasaje, y la *s*, que se han suprimido algunas palabras interpoladas en el texto. Advierto que no se notan todas las enmiendas, sino solamente las que tienen alguna importancia.

Por lo que toca á las notas, he procurado poner solamente las que he juzgado más indispensables, porque es muy enojoso al lector tener que cortar con frecuencia el hilo de la lectura, y por tener muy presente que el objeto de mi trabajo no es comentar los escritos de San Juan de la Cruz, sino editarlos con la mayor corrección posible.

Toledo, 20 de Septiembre de 1912.

Fray Gerardo de San Juan de la Cruz,

Carmelita Descalzo.



NOCHE OSCURA

Declaración de las canciones del modo que tiene el alma en el camino espiritual para llegar á la perfecta unión de amor con Dios, cual se puede en esta vida. Dicense también las propiedades que tiene en sí el que ha llegado á la dicha perfección, según en las mismas canciones se contiene.

ARGUMENTO

CN este Libro se ponen primero todas las Canciones que se han de declarar; y después se declarará cada una de por sí, poniendo la Canción antes de la declaración, y luego se va declarando de por sí cada verso, poniéndole también al principio. En las dos primeras Canciones se declaran los efectos de las dos purgaciones espirituales: de la parte sensitiva del hombre y de la espiritual. En las otras seis se declaran varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios.

CANCIONES DEL ALMA

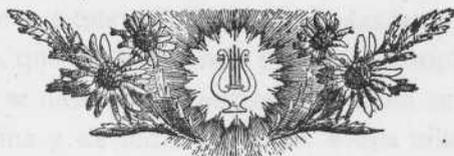
- 1.—En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

- 2.—A oscuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A oscuras, y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.
- 3.—En la noche dichosa
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz y guía,
Sino la que en el corazón ardía.
- 4.—Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del medio día,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
- 5.—Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que la alborada:
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!
- 6.—En mi pecho florido,
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedé dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
- 7.—El aire de el almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía (1),
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
- 8.—Quedéme, y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

(1) Así dicen los manuscritos, incluso el de Sanlúcar de Barrameda.

COMIENZA LA DECLARACIÓN DE LAS CANCIONES
QUE TRATAN DEL MODO Y MANERA QUE TIENE EL ALMA EN EL CAMINO
DE LA UNIÓN DEL AMOR CON DIOS

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, conviene saber aquí que el alma las dice estando ya en la perfección, que es la unión de amor con Dios, habiendo ya pasado por los estrechos trabajos y aprietos, mediante el ejercicio espiritual del camino estrecho de la vida eterna que dice nuestro Salvador en el Evangelio, por el cual ordinariamente pasa el alma para llegar á esta alta y divina unión con Dios. El cual por ser tan estrecho y ser tan pocos los que entran por él (como también dice el mismo Señor) (Math. VII, 14), tiene el alma por gran dicha y ventura haber pasado por él á la dicha perfección de amor, como ella lo canta en esta primera Canción, llamando noche oscura con harta propiedad á este camino estrecho, como se declara adelante en los versos de la dicha Canción. Dice, pues, el alma, gozosa de haber pasado por este angosto camino de donde tanto bien se le siguió, en esta manera.





NOCHE DEL SENTIDO

CANCIÓN PRIMERA

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN



CUENTA el alma en esta primera Canción el modo y manera que tuvo en salir, según el afecto, de sí y de todas las cosas, muriendo por verdadera mortificación á todas ellas, y á sí misma, para venir á vivir vida de amor dulce y sabrosa en Dios; y dice que este salir de sí y de todas las cosas, fué «En una noche oscura», que aquí entiende por la contemplación purgativa, como después se dirá: la cual *pasivamente* causa en el alma la negación de sí misma y de todas las cosas. Y esta salida dice ella aquí, que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dió el amor de su Esposo en la dicha contemplación oscura. En lo cual encarece la buena dicha que tuvo en caminar á Dios por esta noche con tan próspero suceso, que ninguno de los tres enemigos, que son mundo, demonio y carne (que son los que siempre contrarían este camino),

se lo pudiese impedir; por cuanto la dicha noche de contemplación purificativa hizo adormecer y amortiguar en la casa de su sensualidad todas las pasiones y apetitos según sus movimientos contrarios.

Dice, pues, el verso:

En una noche oscura.

§ I

(Capítulo I)

COMIENZA Á TRATAR DE LAS IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

En esta noche oscura comienzan á entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza á poner en el de los aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la Divina unión del alma con Dios. Por tanto, para declarar y entender mejor qué noche sea ésta por que el alma pasa, y por qué causa la pone Dios en ella, primero convendrá tocar aquí algunas propiedades de los principiantes (*lo cual, aunque será con la brevedad que pudiere, no dejará de servir también á los mismos principiantes*) (1), para que, entendiendo la flaqueza del estado que llevan, se animen (2) y deseen que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes, y para los inestimables deleites del amor de Dios. Y aunque nos detengamos en ello un poco, no será más de lo que basta para tratar luego de esta noche oscura.

Es, pues, de saber que el alma, después que determinadamente se convierte á servir á Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu

(1) a.

(2) Las ediciones anteriores, el Ms. G. y el de las Carmelitas de Toledo, dicen: «Para que *entiendan* la flaqueza del estado que llevan y se animen.»

y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual calienta al calor de sus pechos, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría, y trae en sus brazos y regala; pero á la medida que va creciendo, le va la madre quitando el regalo, y escondiendo el tierno *amor*, *pónele* amargo acíbar *en el dulce pecho*, y abajándole de los brazos, le hace andar por su pie, para que, perdiendo las propiedades de niño, se dé á cosas más grandes y sustanciales. La amorosa madre de la gracia de Dios, luego que por nuevo calor y fervor de servir á Dios reengendra al alma, eso mismo hace con ella. (Sapi. Cap. XVI, 25.) Porque la hace hallar dulce y sabrosa leche espiritual sin algún trabajo suyo en todas las cosas de Dios, y en los ejercicios espirituales gran gusto; porque le da Dios aquí su pecho de amor tierno, bien así como á niño tierno. Por tanto, su deleite halla en pasarse grandes ratos en oración, y por ventura las noches enteras; sus gustos son las penitencias; sus contentos los ayunos, y sus consuelos usar de los Sacramentos y comunicar en las cosas Divinas. En las cuales cosas (aunque con gran eficacia y porfia asisten á ellas y las usan y tratan con grande cuidado los espirituales), hablando espiritualmente, comunmente se hán muy flaca é imperfectamente en ellas. Porque como son movidos á estas cosas y ejercicios espirituales por el consuelo y gusto que allí hallan, y como también ellos no están habilitados por ejercicio de fuerte lucha en las virtudes, acerca de estas sus obras espirituales tienen muchas faltas é imperfecciones; porque, en fin, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene. Y como éstos no han tenido lugar de adquirir los dichos hábitos fuertes, de necesidad han de obrar como niños, flacamente. Lo cual, para que más claramente se vea, y cuán flacos van estos principiantes en las virtudes acerca de lo que con el dicho gusto con facilidad obran, irémoslo notando por los siete vicios capitales, diciendo algunas de las muchas imperfecciones que en cada uno de ellos tienen. En que se verá claro cuán de niños es el obrar que estos obran. Y veráse también cuántos bienes trae consigo la noche oscura de que luego habemos de tratar; pues de todas estas imperfecciones limpia al alma y la purifica.

§ II

(Capítulo II)

DE ALGUNAS IMPERFECCIONES ESPIRITUALES QUE TIENEN LOS PRINCIPIANTES
ACERCA DEL HÁBITO DE LA SOBERBIA

Como estos principiantes se sienten tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios devotos, de esta prosperidad (aunque es verdad que las cosas santas de suyo humillan) por su imperfección les nace muchas veces cierto ramo de soberbia oculta, de donde vienen á tener alguna satisfacción de sus obras y de sí mismos. Y de aquí también les nace cierta gana *algo vana*, y á veces *muy vana* (1), de hablar cosas espirituales delante de otros, y aun á veces de enseñarlas más que de aprenderlas, y condenan en su corazón á otros cuando no los ven con la manera de devoción que ellos querrian, y aun á veces lo dicen de palabra, pareciéndose en esto al Fariseo, que se jactaba alabando á Dios sobre las cosas que hacía, y despreciando al Publicano. (Luc. XVIII, 11 y 12.) A éstos muchas veces les *acrecienta* el demonio el fervor y gana de hacer estas y otras obras, porque les vaya creciendo la soberbia y presunción. Porque sabe muy bien el demonio que todas estas obras y virtudes que obran, no solamente no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio. Y á tanto suelen llegar algunos de éstos, que no querrian que pareciese otro bueno sino ellos; y así con la obra y la palabra cuando se ofrece, los condenan y detraen: mirando la motica en el ojo de su hermano, y no considerando la viga que está en el suyo; cuelan el mosquito ajeno y tráganse su camello. (Matth. VII, 3 y XXIII, 24.)

A veces también, cuando sus maestros espirituales, como son confesores y preladados, no les aprueban su espíritu y modo de proce-

(1) a.

der (porque tienen gana que estimen y alaben sus cosas), juzgan que no les entienden el espíritu, y que ellos no son espirituales, pues que no aprueban aquéllo y condescienden con ello. Y así luego desean y procuran tratar con otro, que cuadre con su gusto; porque ordinariamente desean tratar su espíritu con aquellos que entienden que han de alabar y estimar sus cosas. Huyen, como de la muerte, de los que se las deshacen para ponerlos en camino seguro, y aun á veces toman ojeriza con ellos. Presumiendo mucho de sí mismos, suelen proponer mucho y hacer poco. Tienen alguna vez gana que los otros entiendan su espíritu y devoción; y para esto hacen muestras exteriores de movimientos, suspiros y otras ceremonias, y á veces suelen tener algunos arrobamientos, en público más que en secreto, á los cuales ayuda el demonio, y tienen complacencia en que les entiendan aquello que ellos tanto codician. Muchos quieren preceder y privar con los confesores; y de aquí les nacen mil envidias é inquietudes. Tienen empacho de decir sus pecados desnudos porque no los tengan los confesores en menos, y vanlos coloreando porque no parezcan tan malos, lo cual más es irse á excusar que á acusar. Y á veces buscan otro confesor para decir lo malo, porque el otro no piense que tienen nada malo, sino bueno, y así siempre gustan de decirle lo bueno, y á veces por términos que parezca más de lo que es, á lo menos con gana de que le parezca bueno; como quiera que fuera más humildad, como luego diremos, deshacerlo y tener gana de que ni él ni nadie lo tuviesen en algo.

También algunos de éstos tienen en poco sus faltas, y otras veces se entristecen demasiado de verse caer en ellas, pensando que ya habían de ser Santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia, lo cual es otra imperfección. Tienen muchas veces ansias con Dios porque les quite sus imperfecciones y faltas, más por verse sin la molestia de ellas en paz, que por Dios; no mirando que si se las quitase, por ventura se harían más soberbios. Son enemigos de alabar á otros, y amigos que los alaben, y á veces lo pretenden: en lo cual son semejantes á las Vírgenes locas, que teniendo sus lámparas muertas, buscan óleo por de fuera. (Matth. XXVI, 8.)

§ III

(Capítulo II)

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

De estas imperfecciones algunos llegan á muchas muy intensamente, y á mucho mal en ellas. Pero algunos tienen menos y otros más, y algunos sólo los primeros movimientos ó poco más; y apenas hay algunos de estos principiantes que en tiempo de estos fervores no caigan en algo de esto. Pero los que en este tiempo van en perfección, muy de otra manera proceden y con muy diferente temple de espíritu; porque se aprovechan y edifican mucho en la humildad, no sólo teniendo sus propias cosas en nada, mas con muy poca satisfacción de sí, á todos los demás tienen por muy mejores, y les suelen tener una santa envidia, con gana de servir á Dios como ellos. Porque cuanto más fervor llevan y cuantas más obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto más conocen lo mucho que Dios merece, y lo poco que es todo cuanto hacen por él; y así, cuanto más hacen, tanto menos se satisfacen. Que tanto es lo que de caridad y amor querrian hacer por él, que todo lo que hacen no les parece nada; y tanto les solicita, ocupa y embebe este cuidado de amor, que nunca advierten en si los demás hacen ó no hacen; y así, si advierten, todo es, como digo, creyendo que todos los demás son muy mejores que ellos. De donde teniéndose en poco, tienen gana de que los demás también los tengan en poco, y les deshagan y desestimen sus cosas. Y tienen más: que aunque se las quieran alabar y estimar, en ninguna manera lo pueden creer, y les parece cosa extraña decir de ellos aquellos bienes.

Estos, con mucha tranquilidad y humildad, tienen gran deseo de que les enseñe cualquiera que les pueda aprovechar; harto contraria cosa de la que tienen los que hemos dicho arriba, que lo querrian ellos enseñar todo, y aun cuando parece les enseñan algo, ellos mismos toman la palabra de la boca como que ya se lo sabian. Pero éstos están muy lejos de querer ser maestros de nadie. Están muy prontos

de caminar y echar por otro camino del que llevan, si se lo mandaren, porque nunca piensan que aciertan en nada. De que alaben á los demás se gozan; sólo tienen pena de que no sirven á Dios como ellos. No tienen gana de decir sus cosas, porque las tienen en tan poco, que aun á sus maestros espirituales tienen vergüenza de decir las, pareciéndoles que no son cosas que merezcan hacer lenguaje de ellas. Más gana tienen de decir sus faltas y pecados, ó que *los* entiendan, *que* no sus virtudes; y así se inclinan más á tratar su alma con quien *en* menos tiene sus cosas y su espíritu. Lo cual es propiedad de espíritu sencillo, puro y verdadero, y muy agradable á Dios. Porque como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, luego les mueve é inclina á guardar adentro sus tesoros en secreto, y echar fuera los males. Porque da Dios á los humildes, junto con las demás virtudes, esta gracia, así como á los soberbios la niega.

Darán éstos la sangre de su corazón á quien sirve á Dios, y ayudarán cuanto es en sí á que le sirvan. En las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren, y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios, y esperando en él. Pero almas que en el principio caminan en esta manera de perfección, entiendo, como queda dicho, son las menos, y muy pocas que ya nos contentaríamos que no cayesen en las cosas contrarias. Que por eso, como después diremos, pone Dios en la noche oscura á los que quiere purificar de todas estas imperfecciones para llevarlos adelante.

§ IV

(Capítulo III)

DE LAS IMPERFECCIONES QUE SUELEN TENER ALGUNOS DE ÉSTOS ACERCA DEL SEGUNDO VICIO CAPITAL, QUE ES LA AVARICIA, ESPIRITUALMENTE HABLANDO.

Tienen muchos de estos principiantes también á veces mucha avaricia espiritual. Porque apenas los verán contentos con el espíritu que Dios les da, y muy desconsolados y quejosos porque no hallan el consuelo que querrían en las cosas espirituales. Muchos no se acaban de hartar de oír consejos y preceptos espirituales, y tener y leer

muchos libros que traten de esto, y váseles más el tiempo en ésto que no en *obrar* la mortificación y perfección de la pobreza interior de espíritu que deben. Porque demás de ésto se cargan de imágenes, rosarios y cruces muy curiosas y costosas; ahora dejan unas y toman otras; ahora truecan, ahora destruecan; ya las quieren de esta manera, ya destotra, aficionándose más á ésta que á aquélla, por ser más curiosa ó preciosa. Ya veréis otros arreados de *Agnus Dei*, y reliquias y nóminas, como los niños con dijes. En lo cual yo condeno la propiedad del corazón, y el asimiento que tienen al modo, multitud y curiosidad de estas cosas; por cuanto es muy contra la pobreza de espíritu, que sólo mira en la sustancia de la devoción, aprovechándose sólo de aquello que basta para ella, y cansándose de esotra multiplicidad y curiosidad de ella; pues que la verdadera devoción ha de salir de corazón, y mirar sólo en la verdad y sustancia de lo que representan las cosas espirituales, y todo lo demás es asimiento y propiedad de imperfección, que para pasar al estado de perfección, es necesario que se acabe el tal apetito. Yo conocí una persona que más de diez años se aprovechó de una cruz hecha toscamente de un ramo bendito, clavada con un alfiler retorcido al derredor, y nunca la había dejado, trayéndola consigo hasta que yo se la tomé; y no era persona de poca razón y entendimiento. Y vi otra, que rezaba por cuentas que eran de esos huesos de las espinas del pescado, cuya devoción es cierto que no era por eso de menos quilates delante de Dios; pues se ve claro que éstos no la tenían en la hechura y valor. Los que van, pues, bien encaminados desde estos principios, no se asen de los instrumentos visibles ni se cargan de éstos, ni se les da nada por saber más de lo que conviene saber para obrar; porque sólo ponen los ojos en ponerse bien con Dios y en agradarle, y en ésto tienen su codicia. Y así con gran largueza dan todo cuanto tienen, y su gusto es saberse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, *no me da más que sean cosas espirituales que temporales* (1). Porque como

(1) c. En las ediciones hechas hasta aquí, se decía: «Regulándolo todo con las leyes de esta virtud.»

digo, sólo ponen los ojos en las veras de la perfección interior, que es dar á Dios gusto, y no á sí mismos en nada. Pero de estas imperfecciones tampoco, como de las demás, se puede el alma purificar cumplidamente hasta que Dios la ponga en la pasiva purgación de aquella oscura noche que luego diremos. Mas conviene al alma, en cuanto pudiere, procurar de su parte hacer por purgarse y perfeccionarse, porque merezca que Dios la ponga en aquella Divina cura, donde sana el alma de todo lo que ella no alcanza á remediarse. Porque por más que el alma se ayude, no puede ella por su industria activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la Divina unión de perfección de amor con Dios, si él no toma la mano y la purga en aquel fuego oscuro para ella cómo y de la manera que habemos de decir.

§ V

(Capítulo IV)

DE OTRAS IMPERFECCIONES QUE SUELEN TENER ESTOS PRINCIPIANTES ACERCA
DEL TERCER VICIO, QUE ES LA LUJURIA

Otras muchas imperfecciones más de las que acerca de cada vicio voy diciendo, tienen muchos de estos principiantes, que por evitar prolijidad dejo, tocando algunas de las más principales, que son como origen y causa de las otras. Y acerca del vicio de la lujuria (dejando aparte lo que es caer en este pecado los espirituales, pues mi intento es tratar de las imperfecciones que se han de purgar por la noche oscura) tienen muchas imperfecciones, que se podrían llamar lujuria espiritual: no porque así lo sea, sino porque *procede de cosas espirituales* (1) *porque* muchas veces acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin ser en mano de ellos, se levantan y *acaecen* en la sensualidad movimientos y *actos torpes* (2), y á veces aun cuando el

(1) c.

(2) Véase sobre esto el V. P. Juan de Jesús María, en su *Escuela de la oración*, tratado XIII, núm. 33.

espíritu está en mucha oración, ó ejercitando los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Los cuales, sin ser como digo en su mano, proceden de una de tres cosas.

La primera procede muchas veces (1) del gusto que tiene el natural en las cosas espirituales. Porque como gusta el espíritu y sentido, con aquella recreación se mueve cada parte del hombre á deleitarse según su porción y propiedad. Porque entonces el espíritu se mueve á recreación y gusto de Dios, que es la parte superior; y la sensualidad, que es la porción inferior, se mueve á gusto y deleite sensual, porque no sabe ella tener ni tomar otro; y *toma entonces el más conjunto á sí, que es el sensual torpe*. Y así acaece, que el alma está en mucha oración con Dios según el espíritu, y por otra parte según el sentido siente rebeliones y movimientos y *actos* sensuales pasivamente, no sin harta desgana *suya*; lo cual muchas veces acaece en la comunión, que como en este acto de amor recibe el alma alegría y regalo, porque se le hace este Señor (pues para eso se da), la sensualidad toma también el suyo (como habemos dicho) á su modo. Que como en fin estas dos partes son un supuesto, ordinariamente participan entrambas de lo que una recibe, cada una en su modo; porque como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe, está en el recipiente al modo del mismo recipiente. Y así en estos principios, y aun cuando el alma está aprovechada, como está la sensualidad imperfecta, *recibe el espíritu de Dios muchas veces con la misma imperfección* (2). Pero cuando esta parte sensitiva está ya reformada por la

(1) Procede *algunas veces, aunque pocas y en naturales flacos*. (Edic. ant.)

(2) a. y c. Con grande penetración psicológica, no menos que con exactitud y precisión admirables, señala y explica nuestro Maestro la causa de los desordenados movimientos que sienten algunas personas espirituales sin que preceda sugestión diabólica, y en momentos en que por otra parte parece que había menos lugar para tales rebeldías de la carne, pues se levantan cuando el alma se halla en dulce contemplación bebiendo á torrentes las delicias del espíritu. Este fenómeno tan extraño se explica, como dice el Santo, por la unión íntima del alma con el cuerpo y por la mutua influencia que de aquí resulta entre los dos.

De igual parecer sobre el particular fué la Mística Doctora, la cual, escribiendo á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, que sufría molestias de tal índole, le dice las siguientes palabras: «De esas tribulaciones, después que vuestra merced me da

purgación de la noche oscura que diremos, no tiene ella estas flaquezas; porque *no es ella la que recibe ya; más antes está ya recibida ella en el espíritu. Y así lo tiene todo entonces al modo del espíritu (1).*

cuenta, ningún caso haga. Que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones, *entiendo debe de ser, que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural. Irase gastando con el favor de Dios como no haga caso de ello.*» (Carta 138 de la edición de D. Vicente de la Fuente).

En otra carta, insistiendo sobre este punto, le dice al mismo sujeto: «En lo de esos movimientos sensuales, para probarlo todo, se lo dije; que bien veo que no hace al caso, y que es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado que había venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba, venía en una torpeza grande, más que eso mucho, y que le habían mandado que no comulgase sino de año á año, por ser de obligación. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza, y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho á ocho días, y como perdió el miedo, quitósele.» (Carta 141).

En el mismo sentir que estas dos lumbreras de la Mística Teología, abundan otros muchos autores, que pueden verse en el Padre José del Espíritu Santo, quien trata con mucha amplitud y con grande profundidad la presente materia. (*Cursus Theologiæ Mystico-Scholasticæ, tomus quintus, disp. XLI, quæst. III.*)

Dicho sea esto en defensa de la doctrina del Místico Doctor. Ahora, por lo que á su explicación se refiere, notamos que existe alguna divergencia entre los expositores. Quiere el citado Fray José del Espíritu Santo que, según el Venerable Autor, los gustos espirituales sean *causa* verdadera, aunque indirecta ó accidental de los movimientos desordenados, como el alma lo es, por ejemplo, de la cojera, y la buena acción de un Santo del escándalo de una persona flaca en la virtud. (Obra y lugar citados). Según los Padres Antonio del Espíritu Santo y Nicolás de Jesús María, no es tal la mente del Santo; y así advierten que nunca emplea la palabra *causa*. La explicación que ellos dan se reduce á decir que los movimientos torpes provienen, no de los gustos espirituales, sino del encendimiento del espíritu en la oración, el cual, comunicándose al cuerpo, revuelve la sangre y los humores impuros. (*Directorium mysticum*, página 403 y siguientes de la edición de París, 1904; *Elucidatio Theologica*, página 277 y siguientes). ¿Qué decir de estas opiniones? Que apenas si existe entre ellas diferencia real, como ya lo observó el defensor de la primera de ellas; y que si atendemos al texto, más parece favorecer al Padre José del Espíritu Santo que á los segundos. Sea de esto, sin embargo, lo que quiera, siempre será verdad, diremos con un autor moderno, que á consecuencia del deleite grande del alma, se produce en los sentidos algo muy desagradable. (Meynard. *La vida espiritual*, tomo II, página 188.)

Para terminar esta cuestión, advertiremos que estas cosas no suceden con frecuencia y que sólo por lo general caecen á las personas de natural muy deleznable.

(1) Porque *tan abundantemente* recibe el Espíritu Divino, que más parece que es ella recibida en ese mismo espíritu: al fin como mayor y tanto. Y así lo tiene todo á modo del espíritu por una admirable manera de que participa unida con Dios.» (Edic. ant.)

La segunda causa de donde á veces proceden estas rebeliones, es el d emonio, que por inquietar y turbar el alma, al tiempo que est  en oración   la quiere tener, procura levantar en el natural estos movimientos torpes: con que si al alma se le da algo de ellos, le hace harto daño. Porque no sólo por el temor de esto afloja en la oración, que es lo que él pretende, por ponerse   luchar contra ellos; mas aún algunos lo dejan del todo, pareciéndoles que en aquel ejercicio les acaecen más aquellas cosas que fuera de él, como es la verdad; porque se las pone el demonio más en aquella que en otra cosa, porque dejen el ejercicio espiritual. Y no sólo eso, sino que llega á representarles muy al vivo cosas muy feas y torpes, y   veces muy conjuntamente acerca de cualesquier cosas espirituales y personas que aprovechan sus almas, para aterrorizarlas y *acobardarlas*; de manera, que los que de ello hacen caso, aún no se atreven   mirar nada ni poner la consideración en nada; porque luego tropiezan en aquéllo; y esto en los que son tocados de melancolía acontece con tanta eficacia y vehemencia (1), que es de haberles lástima, *porque padecen vida triste; porque llega á tanto en algunas personas este trabajo cuando tienen este mal humor, que les parece claro que sienten tener consigo acceso el demonio, sin ser libres para poderlo evitar: aunque algunas personas de éstas pueden evitar el tal acceso con gran fuerza y trabajo* (2). Cuan-

(1) «Con tanta eficacia y frecuencia.» (Mss. A. y T.).

(2) a.—Todo esto es mera ilusión de las personas que creen sentirlo. Así lo da á entender el Santo con aquellas palabras «*les parece claro*», con las cuales quiere significar que los hechos sólo tienen realidad en la imaginación de tales sujetos. Igual sentido se debe dar   lo que dice al fin del párrafo, pues está en correlación con las palabras anteriormente citadas, y así los triunfos que algunos piensan haber conseguido de las audacias del espíritu inmundo tienen mucho de ilusorio, puesto que la lucha solamente es con una quimera de su extraviada fantasía.

Para patentizar todavía más   nuestros lectores que ésta sea la mente del Místico Doctor, notamos que viene tratando de personas que padecen terrible melancolía y que advierte él mismo que es en el acceso de ese humor tétrico cuando tales cosas les parecen sentir, circunstancias por cierto muy notables y que indican bien   las claras que habla de sueños y no de realidades. Otro juicio no podía formar el experimentado varón de las afirmaciones de personas semejantes, las cuales, si bien no han perdido del todo la razón, en el caso presente no usan rectamente de ella,

do estas cosas acaecen á los tales por medio de la melancolía, ordinariamente no se libran de ellas hasta que sanan de aquella calidad de humor, si no es que entrase la noche oscura en el alma (1), que la *priva sucesivamente* de todo.

El tercer origen de donde suelen proceder y hacer guerra estos movimientos torpes, suele ser el temor que ya tienen cobrado estos tales á estos movimientos y representaciones torpes; porque el temor que les da la súbita memoria en lo que ven ó tratan ó piensan, los hace padecer estos actos sin culpa suya.

Hay también algunas almas, de naturales tiernos y deleznales, que en viniéndoles, cualquier gusto de espíritu ó de oración luego es con ellos también el espíritu de lujuria, que de tal manera los embriaga (2) y regala la sensualidad, que se hallan como engolfados en aquel jugo y gusto de este vicio, y dura el uno con el otro pasivamente y á veces se echa de ver haber sucedido algunas torpezas y rebeldes actos. La causa es, que como estos naturales sean, como digo, deleznales y tiernos, con cualquiera alteración se les revuelven los humores y la sangre; y suceden de aquí estos movimientos, porque á éstos lo mismo les acaece, cuando se encienden en ira ó tienen algún alboroto ó penas (3).

á causa de versar sus juicios sobre un objeto que excita y fomenta su melancolía, con lo cual perturba por completo su mente, al menos por aquellos momentos.

Lo mismo que nuestro Santo sienten acerca de semejantes casos el Padre Arbiol y el Beato Francisco Posadas, quienes aseguran ser ilusiones, y nada más, de las personas melancólicas, según que tuvieron ocasión de comprobarlo con algunas que vinieron á ellos diciendo sentir cosas de esta especie. (Véase del primero los *Desengaños místicos*, lib. III, cap. 23 y lib. V, cap. VII, y *Extragos de la lujuria*, página 76 de la edición de 1876; del segundo *Triunfos de la castidad contra Molinos*, página 520 y siguientes).

Al parecer de tan experimentados varones allego el mío, y difícilmente me avengo á creer que se den casos reales de esta índole en personas de probada virtud. No lo niego, sin embargo, de una manera absoluta.

(1) «Si no es que entrase el alma en la noche oscura.» (Ms. T.)

(2) Los *embarga*. (Ms. de las Carmelitas de Toledo.)

(3) a.

Algunas veces en estos espirituales, así en el hablar como en el obrar cosas espirituales, se levanta cierto brio y gallardía con memoria de las personas que tienen delante, y tratan con alguna manera de vano gusto; lo cual nace también de lujuria espiritual, al modo que aquí la entendemos, de lo cual *ordinariamente* viene complacencia en la voluntad.

Cobran algunos de éstos aficciones con algunas personas por vía espiritual, que muchas veces nace de lujuria, y no de espíritu; lo cual se conoce ser así cuando con la memoria de aquella afición no crece más la memoria y amor de Dios, sino remordimiento de la conciencia. Porque cuando la afición es puramente espiritual, creciendo ella, crece la de Dios, y cuanto más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de la de Dios, y le da ganas de Dios; creciendo en lo uno, crece en lo otro. Porque eso tiene el espíritu de Dios, que lo bueno aumenta con lo bueno, por cuanto hay semejanza y conformidad. Pero cuando el tal amor nace del dicho vicio sensual, tiene los efectos contrarios; porque cuanto más crece lo uno, tanto más decrece lo otro, y la memoria juntamente; porque si crece aquel amor, luego verá que se va resfriando en el de Dios, y olvidándose de él con aquella memoria y algún remordimiento en la conciencia. Y por el contrario, si crece el amor de Dios en el alma, se va resfriando en el otro y olvidándole; porque como son contrarios amores, no sólo no ayuda el uno al otro, mas antes el que predomina apaga y confunde al otro y se fortalece á sí mismo, como dicen los filósofos. Por lo cual dijo nuestro Salvador en el Evangelio: *Quod natum est ex carne, caro est; et quod natum est ex spiritu, spiritus est.* Que lo que nace de carne, es carne, y lo que nace de espíritu, es espíritu (Joan. III, 6); esto es, el amor que nace de sensualidad para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y hácele crecer. Y esta es la diferencia que hay entre los dos amores para conocerlos. Cuando el alma entrare en la noche oscura, todos estos amores pone en razón. Porque al uno fortalece y purifica, que es el que es según Dios; y al otro quita ó acaba ó mortifica, y al principio á entrambos los hace perder de vista, como después se dirá.

§ VI

(Capítulo V)

DE LAS IMPERFECCIONES EN QUE CAEN LOS PRINCIPIANTES ACERCA DEL VICIO
DE LA IRA

Por causa de la concupiscencia que tienen muchos principiantes en los gustos espirituales, los poseen muy de ordinario con muchas imperfecciones del vicio de la ira. Porque, cuando se les acaba el sabor y gusto en las cosas espirituales, naturalmente se hallan desabridos, y con aquel sinsabor que traen consigo, traen mala gracia en las cosas que tratan, y se airan fácilmente en cualquier cosilla, y aun á veces no hay quien los sufra. Lo cual muchas veces acaece después que han tenido algún muy gustoso recogimiento sensible en la oración, que como se les acaba aquel gusto y sabor, naturalmente queda el natural desabrido y desganado. Bien así como el niño cuando le apartan del pecho de que estaba gustando á su sabor. En el cual natural, cuando no se dejan llevar de la desgana no hay culpa, sino imperfección que se ha de purgar por la sequedad y aprieto de la noche oscura.

También hay otros de estos espirituales que caen en otra manera de ira espiritual, y es que se airan contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, notando á otros, y á veces les dan ímpetus de reprehenderlos enojosamente, y aun lo hacen algunas veces, haciéndose ellos dueños de la virtud. Todo lo cual es contra la mansedumbre espiritual.

Hay otros que cuando se ven imperfectos, con impaciencia no humilde se airan contra sí mismos: acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser Santos en un día. De éstos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos, y como no son humildes y confían de sí (1), cuantos más propósitos hacen, tanto

(1) Humildes *ni desconfían* de sí (Mss. A. y M.).

más caen, y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar á que se lo dé Dios cuando fuere servido; que también es contra la dicha mansedumbre espiritual, que del todo no se puede remediar sino por la purgación de la noche oscura; aunque algunos tienen tanta paciencia y se van tan despacio en esto de querer aprovechar, que no querría Dios ver en ellos tanta.

§ VII

(Capítulo VI)

DE LAS IMPERFECCIONES ACERCA DE LA GULA ESPIRITUAL

Acercas del cuarto vicio, que es gula espiritual, hay mucho que decir; porque apenas hay uno de los principiantes, que por bien que proceda, no caiga en algo de las muchas imperfecciones que acerca de este vicio les nacen á estos principiantes, por medio del sabor que hallan al principio en los ejercicios espirituales. Porque muchos de éstos, engolosinados en el sabor y gusto que hallan en los tales ejercicios, procuran más el sabor del espíritu que la pureza y *discreción de él* (1), que es lo que Dios mira y acepta en todo el camino espiritual. Por lo cual, demás de la imperfección que tienen en pretender estos sabores, la golosina que ya tienen les hace salir del pie á la mano, pasando de los límites del medio, en que consisten y se granjean las virtudes. Porque atraídos del gusto que allí hallan, algunos se matan á penitencias, y otros se debilitan con ayunos, haciendo más de lo que su flaqueza sufre, sin orden ni consejo ajeno, antes procuran hurtar el cuerpo á quien deben obedecer en lo tal; y aun algunos se atreven á hacerlo aunque les hayan mandado lo contrario. Estos son imperfectísimos, gente sin razón, que posponen la sujeción y obediencia (que es penitencia de la razón y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio que todos los demás), á la

(1) c. «La pureza y *devoción verdadera.*» (Edic. ant.)

penitencia corporal, que, dejando aparte esotra, *no es más que penitencia de bestias, á que también como bestias se mueven por el apetito (1) y gusto que allí hallan.* En lo cual, por cuanto todos los extremos son viciosos, y en esta manera de proceder todos hacen su voluntad, antes van creciendo en vicios que en virtudes; porque por lo menos ya en esta manera adquieren gula espiritual y soberbia, pues no van en obediencia. Y tanto empuja el demonio á muchos de éstos, atizándoles esta gula por gustos y apetitos que les acrecienta, que ya que no pueden más, ó mudan ó añaden ó varían lo que les mandan, porque les es apretada y aceda toda obediencia acerca de esto. En lo cual algunos llegan á tanto mal, que por el mismo caso que van por obediencia á los tales ejercicios, se les quita la gana y devoción de hacerlos, porque sola su gana y gusto es hacer á lo que á él les mueve; todo lo cual por ventura les valdría más no hacerlo.

Veréis á muchos de éstos muy porfiados con sus maestros espirituales para que les concedan lo que quieren, y allá medio por fuerza lo sacan, y si no, se entristecen como niños y andan de mala gana, y les parece que no sirven á Dios cuando no les dejan hacer lo que querrian. Porque como andan arrimados al gusto y voluntad propia, *y esto tienen por su Dios (2)*, luego que se lo quitan y les quieren poner en voluntad de Dios, se entristecen y aflojan y faltan. Piensan éstos que el gustar ellos y estar satisfechos, es servir á Dios y satisfacerle.

Hay también otros, que por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria, y tan echado aparte el amoroso temor y respeto que deben á la grandeza de Dios, que no dudan de porfiar mucho con sus confesores, sobre que les dejen confesar y comulgar muchas veces. Y lo peor es que muchas veces se atreven á comulgar sin licencia y parecer del ministro y despensero de Cristo, sólo por su parecer, y le procuran encubrir la verdad. Y á esta causa, con ojo de ir comulgando, hacen como quiera las confesiones, teniendo más codicia en comer, que en comer limpia y perfectamente; como quiera que fuera más sano y santo, tener la inclinación

(1) a.

(2) a.

contraria, rogando á los confesores que no les manden llegar tan á menudo; aunque entre lo uno y lo otro mejor es la resignación humilde. Pero los demasiados atrevimientos cosa es para grande mal, y pueden temer el castigo de ellos sobre tal temeridad (1).

Estos, en comulgando, todo se les va en procurar algún sentimiento y gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad á Dios. Y de tal manera se apropian en esto, que cuando no han sacado algún gusto ó sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, lo cual es juzgar muy bajamente de Dios, no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca al sentido, porque es mayor el invisible de la gracia que dá; que, porque pongan en él los ojos de la Fe, quita Dios muchas veces esotros gustos y *sabores* sensibles. Y así quieren sentir á Dios y gustarle como si fuese comprehensible y accesible, no sólo en éste, más también en los demás ejercicios espirituales. Todo lo cual es muy grande imperfección, y muy contra la condición de Dios, *porque es impureza en la Fe*.

Lo mismo tienen éstos en la oración que ejercitan, que piensan que todo el negocio de ella está en hallar gusto y devoción sensible, y procuran sacarle, como dicen, á fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza. Y cuando no han hallado el tal gusto se desconsuelan mucho, pensando que no han hecho nada, y por esta pretensión pierden la verdadera devoción y espíritu, que consiste en perseverar allí con paciencia y humildad, desconfiando de sí, sólo por agradar á Dios. A esta causa, cuando no han hallado una vez sabor en este ó otro ejercicio, tienen mucha desgana y repugnancia de volver á él, y á veces lo dejan. Que en sí son, como habemos dicho, semejantes á los niños, que no se mueven ni obran por razón, sino por el gusto. Todo se les va á éstos en buscar gusto y consuelo de espíritu, y para esto nunca se hartan de leer libros, y ahora toman una meditación, ahora otra, andando á caza de este

(1) Los Manuscritos traen así este lugar: «Cosa es para grande mal y castigo de ellos sobre tal temeridad.» Sin duda les faltan palabras.

gusto en las cosas de Dios. A los cuales se les niega Dios muy justa, discreta y amorosamente, porque si esto no fuese, crecerían por esta gula y golosina espiritual en males sin cuento. Por lo cual conviene mucho á éstos entrar en la noche oscura, que habemos de decir, para que se purguen de estas niñerías.

Estos que así están inclinados á estos gustos, también tienen otra imperfección muy grande, y es que son muy flojos y muy remisos en ir por el camino áspero de la cruz. Porque al alma que se da al sabor, naturalmente le da en el rostro todo sinsabor de negación propia. Tienen éstos otras muchas imperfecciones que de aquí les nacen, las cuales el Señor á tiempo les cura con tentaciones, sequedades y otros trabajos, que todo es parte de la noche oscura. De las cuales, por no me alargar, no quiero tratar aquí, sino sólo decir que la sobriedad y templanza espiritual lleva otro temple muy diferente de mortificación, temor y sujeción en todas sus cosas; echando de ver, que no está la perfección y valor de las cosas en la multitud y gusto de las obras, sino en saberse negar á sí mismo en ellas; lo cual ellos han de procurar hacer cuanto pudieren de su parte, hasta que Dios quiera purificarlos de hecho, entrándolos en la noche oscura, á la cual por llegar me voy dando prisa con estas imperfecciones.

§ VIII

(Capítulo VII)

DE LAS IMPERFECCIONES ACERCA DE LA ENVIDIA Y ACCIDIA ESPIRITUAL

Acerca también de los otros dos vicios, que son envidia y accidia espiritual, no dejan estos principiantes de tener hartas imperfecciones. Porque acerca de la envidia muchos de éstos suelen tener movimientos de pesarles del bien espiritual de los otros; dándoles alguna pena sensible de que les lleven ventaja en este camino, y no querrían verlos alabar; porque se entristecen de las virtudes ajenas, y á veces no lo pueden sufrir sin decir ellos lo contrario, deshaciendo aquellas

alabanzas como pueden, y *les crece, como dicen, el ojo*, y sienten mucho no hacerse con ellos otro tanto, porque querrian hallarse preferidos en todo. Lo cual es muy contrario á la Caridad, que como dice San Pablo, se goza de la *bondad* (1) (1 ad Cor. XIII, 6). Y si alguna envidia tiene, es envidia santa, pesándole de no tener las virtudes del otro, con gozo de que el otro las tenga, y holgándose de que todos le lleven la ventaja porque sirvan á Dios, ya que él está tan falto en ello.

También acerca de la accidia espiritual suelen tener tedio en las cosas que son más espirituales, y huyen de ellas, como son aquellas que contradicen al gusto sensible. Porque como ellos están tan saboreados en las cosas espirituales, en no hallando sabor en ellas les fastidian. Porque si una vez no hallaron en la oración la satisfacción que pedía su gusto (porque en fin conviene que se le quite Dios para probarlos), no querrian volver á ella: otras veces la dejan ó van de mala gana. Y así por esta accidia posponen el camino de perfección (que es el de la negación de su voluntad y gusto por Dios) al gusto y sabor de su voluntad, á la cual en esta manera andan ellos á satisfacer más que á la de Dios. Y muchos de éstos querrian que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad á la de Dios. De donde les nace que muchas veces en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensan que no es voluntad de Dios; y por el contrario, cuando ellos se satisfacen, creen que Dios se satisface, midiendo á Dios consigo, y no á sí mismos con Dios; siendo muy al contrario lo que él mismo enseñó en el Evangelio, diciendo: *Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*. Que el que perdiese su voluntad por él, ese la ganaría; y el que la quisiese ganar, ese la perdería. (Matth. XVI, 25).

Estos también tienen tedio cuando les mandan lo que no tiene gusto para ellos. Y porque se andan al regalo y sabor del espíritu, son muy flojos para la fortaleza y trabajos de la perfección, hechos semejantes á los que se crían en regalo, que huyen con tristeza de

(1) c. Cita aquí el Santo, no la letra, sino el sentido del Apóstol Cf. Alapide.

toda cosa áspera, y oféndense con la cruz, en que están los deleites del espíritu, y en las cosas más espirituales más tedio tienen. Porque como ellos pretenden andar en las cosas espirituales á sus anchuras y gusto de su voluntad, háceles gran tristeza y repugnancia entrar por el camino estrecho, que Cristo dice, de la vida. (Matth. VII, 14).

Estas imperfecciones baste aquí haber referido de las muchas en que viven los de este primer estado de principiantes; para que se vea cuánta sea la necesidad que tienen de que Dios les ponga en estado de aprovechados; lo cual se hace metiéndolos en la noche oscura que ahora decimos, donde destetándolos Dios de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas imperfecciones y niñerías, y hace ganar las virtudes por medios muy diferentes. Porque por más que el principiante se ejercite en mortificar en sí todas estas sus acciones y pasiones, nunca del todo ni con mucho puede, hasta que Dios lo hace en él pasivamente por medio de la purgación de la noche oscura. En la cual, para hablar algo que sea de provecho, sea Dios servido de darme su Divina luz, porque es bien menester en noche tan oscura y materia tan dificultosa *para ser hablada y tratada* (1).

Dice, pues, el verso así:

En una noche oscura.

§ IX

(Capítulo VIII)

EN QUE DECLARA EL PRIMER VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN, Y SE COMIENZA
Á EXPLICAR ESTA NOCHE OSCURA

Esta noche que decimos ser la contemplación, dos maneras de tinieblas ó purgaciones causa en los espirituales, según las dos partes

(1) a. Hemos corregido aquí los manuscritos, pues dicen con manifiesto error: «Para ser hablada y *recitada*.» En el de Alba ya se hizo antiguamente esta misma corrección.

del hombre, conviene á saber, sensitiva y espiritual. Y así la una noche, ó purgación será sensitiva con que se purga ó desnuda un alma según el sentido, acomodándole al espíritu; y la otra es noche ó purgación espiritual, con que se purga y desnuda el alma según el espíritu, acomodándole y disponiéndole para la unión de amor con Dios. La sensitiva es común y que acaece á muchos, y éstos son los principiantes, de los cuales trataremos primero. La espiritual es de muy pocos, y éstos ya de los ejercitados y aprovechados, de que trataremos después.

La primera noche ó purgación es amarga y terrible para el sentido, como ahora diremos. La segunda no tiene comparación, porque es horrenda y espantable para el espíritu, como también diremos; y porque en orden es primero y acaece primero la sensitiva, de ella con brevedad diremos alguna cosa; porque de ella como cosa más común se hallan más cosas escritas, para pasar á tratar más de propósito de la noche espiritual, por haber de ella muy poco lenguaje, así de plática como de escritos y aun de experiencia muy poco (1). Pues como el estilo que llevan estos principiantes en el camino de Dios, es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, como arriba queda dado á entender; queriendo Dios llevarlos adelante, y sacarlos de este bajo modo de amor á más alto grado de amor de Dios, y librarlos del bajo ejercicio del sentido y discurso, que tan tasadamente y con tantos inconvenientes como habemos dicho andan buscando á Dios, y ponerlos en ejercicio de espíritu, en que más abundantemente y más libres de imperfecciones puedan comunicarse con Dios, ya que se han ejercitado algún tiempo en el camino de la virtud, perseverando en meditación y oración, en que con el sabor y gusto que allí han hallado, se han desaficionado de las cosas del mundo y cobrado algunas fuerzas espirituales en Dios, con que tienen algo refrenados los apetitos de las criaturas, con que podrán ya sufrir por Dios un poco de carga y sequedad sin volver atrás al mejor tiempo. Cuando más á su sabor y gusto andan en estos ejercicios espirituales,

(1) Ms. de Alba dice: «Muy poca.»

y cuando más claro á su parecer les luce el Sol de los Divinos favores, oscuréceles Dios toda esta luz, y ciérrales la puerta y manantial de la dulce agua espiritual que andaban gustando en Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querían (porque, como eran flacos y tiernos, no había puerta cerrada para ellos, como dice San Juan en el Apocalipsis III. 8). Y así les deja tan á oscuras, que no saben por dónde ir con el sentido de la imaginación y el discurso. Porque no saben dar un paso en el meditar, como antes solían, anegado ya el sentido interior en esta noche, y dejado tan á secas, que no sólo no hallan jugo y gusto en las cosas espirituales y buenos ejercicios en que solían ellos hallar sus deleites y gustos, más en lugar de esto hallan por el contrario sinsabor y amargura en las dichas cosas. Porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aquí algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los desarrima del dulce pecho, y abajándolos de sus brazos, los muestra á andar (1) por sus pies, en lo cual sienten ellos gran novedad porque se les ha vuelto todo al revés.

Esto á la gente recogida comunmente acaece más en breve, después que comienzan, que á los demás; por cuanto están más libres de ocasiones para volver atrás, y reforman más presto los apetitos de las cosas del siglo, que es lo que se requiere para comenzar á entrar en esta dichosa noche del sentido. Y ordinariamente no pasa mucho tiempo después que comienzan, antes que entren en esta noche del sentido, y todos los más entran en ella, porque comunmente los verán caer en estas sequedades. De esta manera de purgación sensitiva, por ser tan común, podríamos traer aquí gran número de autoridades de la Divina Escritura, donde á cada paso, particularmente en los Salmos y Profetas, se hallan muchas. *Por tanto, no quiero en esto gastar tiempo, porque el que allí no las supiere mirar, bastarle há la común experiencia que de ella se tiene* (2).

(1) Así dicen las ediciones y el Ms. M. Los Manuscritos Albense y Toledano ponen: Los *enseña* á andar. El Hispalense y Matritense escriben: Los *veza* á andar.

(2) a.

§ X

(Capítulo IX)

DE LAS SEÑALES EN QUE SE CONOCERÁ QUE EL ESPIRITUAL VA POR EL CAMINO
DE ESTA NOCHE Y PURGACIÓN SENSITIVA

Pero porque estas sequedades podrían proceder muchas veces, no de la dicha noche y purgación del apetito sensitivo, sino ó de pecados ó de imperfecciones, ó flojedad ó tibieza, ó de algún mal humor ó indisposición corporal, pondré aquí algunas señales en que se conozca si es la tal sequedad de la dicha purgación, ó si nace de algunos de los dichos vicios: para lo cual hallo que hay tres señales principales.

La primera es, si así como no halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco le halla en alguna de las cosas criadas. Porque, como pone Dios al alma en esta oscura noche á fin de enjugarle y purgarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa la deja engolosinar ni hallar sabor. En esto se conoce probablemente que esta sequedad y sinsabor no proviene de pecados, ni de imperfecciones nuevamente cometidas. Porque si esto fuese, sentirse hía en el natural alguna inclinación ó gana de gustar de alguna otra cosa que de las de Dios. Porque cuando quiera que se relaja el apetito en alguna imperfección, luego se siente quedar inclinado á ella poco ó mucho, según el gusto y afición que allí aplicó. Pero porque éste no gustar ni de cosa de arriba ni de abajo, podría provenir de alguna indisposición ó humor melancólico, el cual muchas veces no deja hallar gusto en nada, es menester la segunda señal y condición.

La segunda señal y condición *para que se crea ser la dicha purgación*, es que ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve á Dios, sino que vuelve atrás, como se ve sin aquel sabor en las cosas de Dios. Que en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad;

porque de razón de la tibieza es no se le dar mucho ni tener solicitud interior por las cosas de Dios. Por donde, entre la sequedad y tibieza hay mucha diferencia. Porque la que es tibieza, tiene mucha remisión y flojedad en la voluntad y en el ánimo, sin solicitud de servir á Dios; la que sólo es sequedad purgativa tiene consigo ordinaria solicitud con cuidado y pena, como digo, de que no sirve á Dios. Y ésta, aunque algunas veces se ayuda de la melancolía ó otro humor (como otras veces lo es), no por eso deja de hacer su efecto purgativo del apetito; pues de todo gusto está privado, y sólo su cuidado trae en Dios; porque cuando es puro humor, todo se va en disgustos y estragos del natural, sin estos deseos de servir á Dios que tiene la sequedad purgativa, con la cual, aunque la parte sensitiva está muy caída, floja y flaca para obrar, por el poco gusto que halla, el espíritu empero está pronto y fuerte.

Porque la causa de esta sequedad es porque muda Dios los bienes y fuerzas del sentido al espíritu, de los cuales, por no ser capaz el sentido y fuerza natural, se queda ayuno, seco y vacío. Porque la parte sensitiva no tiene habilidad para lo que es puro espíritu; y así gustando al espíritu, se desabre la carne y se afloja para obrar; mas el espíritu, que va recibiendo el manjar, anda fuerte y más alerta y solícito que antes en el cuidado de no faltar á Dios; el cual, si no siente luego al principio el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y sinsabor, es por la novedad del trueque. Porque habiendo tenido el paladar hecho á esotros gustos sensibles, todavía tiene los ojos puestos en ellos. Y porque también el paladar espiritual no está acomodado ni purgado para tan sutil gusto, hasta que sucesivamente se vaya disponiendo por medio de esta seca y oscura noche, no puede sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y sinsabor, á falta del gusto que antes con tanta facilidad gustaba. Porque estos que comienza Dios á llevar por estas soledades del desierto, son semejantes á los hijos de Israel, que luego que en el desierto les comenzó Dios á dar el manjar del cielo, que de suyo tenía todos los sabores, y como allí dice, se convertía al sabor que cada uno quería; con todo sentían más la falta de los gustos y sabores de las carnes y cebollas que

comian antes en Egipto, por haber tenido el paladar hecho y engolosinado en ellas, que la dulzura delicada del manjar angélico, y lloraban y gemían por las carnes entre los manjares del cielo. (Núm. XI, 5.) *Recordamur piscium, quos comedebamus in Ægypto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porrique, et cepe, et allia.* Que á tanto llega la baja de nuestro apetito, que nos hace desear nuestras miserias, y fastidiar el bien incomunicable del cielo. Pero como digo, cuando estas sequedades provienen de la vida purgativa del apetito sensible, aunque al principio el espíritu no siente sabor, por las causas que acabamos de decir, siente la fortaleza y brío para obrar, en la sustancia que le da el manjar interior, el cual manjar es principio de oscura y seca contemplación para el sentido; la cual contemplación es oculta y secreta para el mismo que la tiene. Ordinariamente junto con esta sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinación y gana de estarse á solas y en quietud, sin poder pensar cosa particular ni tener gana de pensarla. Y entonces, si á los que esto acaece se supiesen quietar, descuidando de cualquiera obra interior y exterior, sin solicitud de hacer allí nada (1),

(1) c. Las ediciones ponían así este pasaje: «Descuidando de cualquiera obra interior y exterior *que ellos por su industria y discurso pretendan hacer, estando sin solicitud de hacer allí nada más que dejarse llevar de Dios, recibir y oír con atención amorosa.*»

Ya que se nos ofrece oportunidad, debemos notar aquí que es muy común en los místicos el aconsejar al alma á quien Dios ha puesto en contemplación que no obre entonces nada. Con esto no quieren significar que suspenda completamente el ejercicio de sus potencias, sino solamente que cese en sus actos discursivos, y esto por dos razones: 1.^a, por ser ya innecesarios, pues se ha conseguido el fin á que ellos se ordenan, que es la inquisición de la verdad; y 2.^a, porque si el alma se distrae á hacerlos, dejará de atender á Dios, y perderá los inefables bienes que entonces la está comunicando. Que tal sea el sentido de esta y otras locuciones semejantes bastará para demostrarlo el fijarnos en lo que dice y repite hasta la saciedad el Místico Doctor, á saber: que el alma debe, en semejantes casos, permanecer *con atención sencilla y amorosa á Dios*. Por la *atención* significa el acto del entendimiento, que escucha lo que Dios habla en ella. Con la palabra *sencilla* excluye la multiplicidad de actos, y con la otra, *amorosa*, aconseja el acto de la voluntad, la cual debe recibir con amor lo que el Señor la comunica. Véase, pues, cómo los místicos no aconsejan el aniquilamiento de la actividad humana según quieren los racionalistas de nuestros días.

luego en aquel descuido y ocio sentirían delicadamente aquella refección interior. La cual es tan delicada, que ordinariamente, si tiene gana ó cuidado en sentirla, no la siente; porque como digo, ella obra en el mayor ocio ó descuido del alma; que es como el aire, que en queriendo cerrar el puño, se sale. Y á este propósito podemos entender lo que el Esposo dijo á la Esposa en los Cantares, es á saber: *Averte oculos tuos à me, quia ipsi me avolare fecerunt*. Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hacen volar. (Cant. VI, 4.) Porque de tal manera pone Dios al alma en este estado, por tan diferente camino la lleva, que si ella quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo, que ayuda; lo cual antes era muy al revés. La causa es, porque ya en este estado de contemplación, que es cuando sale del discurso á estado de aprovechados, ya Dios es el que obra en el alma; de manera que parece que le ata las potencias interiores, no dejándole arrimo en el entendimiento, ni jugo en la voluntad, ni discurso en la memoria. Porque en este tiempo lo que de suyo puede obrar el ánima, no sirve sino (como habemos dicho) de estorbar la paz interior y la obra que en aquella sequedad del sentido hace Dios en el espíritu. La cual, como es espiritual y delicada, hace obra quieta y delicada, *solitaria, satisfactoria* y pacífica y muy ajena de todos esotros gustos primeros, que eran muy palpables y sensibles. Porque esta paz es la que dice David que habla Dios en el alma para hacerla espiritual. (Ps. LXXXIV, 9.) Y de aquí es la tercera.

La tercera señal que hay para que sepamos ser esta purgación del sentido, es el no poder ya meditar ni discurrir, aprovechándose del sentido de la imaginación como solía, aunque más haga de su parte; porque como aquí comienza Dios á comunicársele, no ya por el sentido, como antes hacía por medio del discurso que componía y dividía las noticias, sino por el espíritu puro, en que no hay discurso sucesivamente, comunicándosele con acto de sencilla contemplación, la cual no alcanzan los sentidos de la parte inferior exteriores ni interiores; de aquí es que la imaginación y fantasía no pueden hacer arrimo en alguna consideración, ni hallar en ella pie ya de ahí adelante.

En esta tercera señal se entienda que este empacho de las potencias y disgustillo de ellas, no proviene de algún mal humor; porque cuando de aquí nace, en acabándose aquel humor que nunca permanece en un ser, luego con algún cuidado que ponga el alma, vuelve á poder lo que antes, y hallan sus arrimos las potencias. Lo cual en la purgación del apetito no es así; porque en comenzando á entrar en ella, siempre va adelante el no poder discurrir con las potencias. Que aunque es verdad que á los principios en algunos á veces no entra con tanta continuación, de manera que algunas veces dejen de llevar sus gustos y discursos sensibles (porque por su ventura, por su flaqueza no convenía destetarlos de un golpe), con todo, van entrando siempre más en ella y acabando con la obra sensitiva, si es que han de ir adelante; porque los que no van por camino de contemplación, muy diferente modo llevan; porque esta noche de sequedades no suele ser continua en el sentido; porque aunque algunas veces las tienen, otras no; y aunque algunas veces no puede discurrir, otras pueden como solían, porque como sólo los mete Dios en esta noche á éstos para ejercitarlos y humillarlos, y reformarles el apetito porque no se vayan criando con golosina viciosa en las cosas espirituales, y no para llevarlos á la vía del espíritu, que es esta contemplación (porque no á todos los que se ejercitan de propósito en el camino del espíritu lleva Dios á contemplación ni aun á la mitad: el por qué, él se lo sabe), de aquí es que á éstos nunca les acaba de desarriar el sentido de los pechos de las consideraciones y discursos, sino algunos ratos y á temporadas como habemos dicho.

§ XI

(Capítulo X)

DEL MODO CON QUE SE HAN DE HABER ÉSTOS EN ESTA NOCHE OSCURA

En el tiempo, pues, de las sequedades de esta noche sensitiva (en la cual hace Dios el trueque que habemos dicho arriba, sacando al alma de la vida del sentido á la del espíritu, que es de meditación á

contemplación, donde ya no hay poder obrar ni discurrir en las cosas de Dios el alma con sus potencias, como queda dicho) padecen los espirituales grandes penas; no tanto por las sequedades que padecen, como por el recelo que tienen de que van perdidos por este camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios, pues no hallan arrimo ni gusto en cosa buena. Entonces se fatigan, y procuran (como lo han habido de costumbre) arrimar con algún gusto las potencias á algún objeto de discurso, pensando que cuando ellos no hacen esto, y se sienten obrar, no se hace nada; lo cual hacen no sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que gustaba de estarse en aquella quietud y ocio, y *sin obrar con las potencias*. En lo cual estragándose en lo uno, no aprovechan en lo otro; porque por usar su espíritu, pierden el espíritu que tenían de tranquilidad y paz. Y así son semejantes al que deja lo hecho para volverlo á hacer, ó al que se salió de la ciudad para volver á entrar en ella, ó al que deja la caza para volver á andar á caza; y esto en esta parte es excusado, porque no hallará nada, y porque se vuelve á su primer estilo de proceder, como queda dicho.

Estos en este tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino ó aflojando, ó á lo menos se estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que ponen de ir por el primer camino de meditación y discurso, fatigando y trabajando demasiadamente el natural; imaginando que queda por su negligencia ó pecados. Lo cual les es ya excusado; porque les lleva ya Dios por otro camino, que es de contemplación, diferentísimo del primero; porque el uno es de meditación y discurso, y el otro no cae en imaginación ni discurso. Los que de esta manera se vieren, conviéndoles que se consuelen perseverando con paciencia, y no teniendo pena confien en Dios, que no deja á los que con sencillo y recto corazón le buscan, ni les dejará de dar lo necesario para el camino, hasta llevarlos á la clara y pura luz de amor, que les dará por medio de la otra noche oscura del espíritu, si merecieren que Dios les ponga en ella.

El estilo que han de tener en esta del sentido, es que no se den nada por el discurso y meditación; pues ya, como he dicho, no es

tiempo de eso, sino que dejen estar al alma en sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen nada y que pierden tiempo, y *aunque les parezca* que por su flojedad no tienen gana de pensar allí en nada. Que harto harán en tener paciencia y en perseverar en la oración *sin hacer allí nada; sólo lo que aquí han de hacer es* (1) dejar al alma libre y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos, no teniendo cuidado allí de qué pensarán, ni meditarán, contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, y estar sin cuidado, sin eficacia y sin gana de sentirle (2) y de gustarle. Porque todas estas pretensiones inquietan y distraen el alma de la sosegada quietud y ocio suave de contemplación que aquí se da. Y aunque más escrúpulos le vengán de que pierde tiempo y que sería bueno hacer otra cosa, pues en la oración no puede hacer ni pensar nada, súfrase y estése sosegado, como que no va allí más que á estarse á su placer y anchura de espíritu. Porque si de suyo algo quiere obrar con las potencias interiores, sería estorbar y perder los bienes que Dios por medio de aquella paz y ocio del alma está asentando é imprimiendo en ella. Bien así como si un pintor estuviese pintando ó alcoholando un rostro, que si el rostro se menease en querer hacer algo, no dejaría hacer nada al pintor, y le turbaría lo que estaba haciendo. Y así, cuando el alma está en paz y ocio interior, cualquiera operación y afición ó advertencia (3) que ella quiera tener entonces, la distraerá é inquietará, y hacerla há sentir sequedad y vacío del sentido. Porque cuanto más pretendiere tener algún arrimo de afecto y noticia, tanto más sentirá la falta, la cual no puede ya ser suplida por aquella vía. De donde á esta tal alma le conviene no hacer aquí caso que se le pierdan las operaciones de las potencias, antes ha de gustar que se le pierdan presto. Porque, no estorbando la operación de la contemplación infusa que va Dios dando, con más abundancia pacífica la recrea, y da lugar á que arda y se encienda en

(1) a.

(2) c. «Sin gana *demasiada* de sentirle». (Edic. ant.)(3) c. «*Cuidadosa* advertencia». (Edic. ant.)

el espíritu del amor, que esta oscura y secreta contemplación trae consigo y pega á el alma (1), porque la contemplación no es otra cosa que una infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios, que si la dan lugar, inflama al alma en espíritu de amor, según ella da á entender en el verso siguiente, es á saber:

Con ansias en amores inflamada.

(Capítulo XI)

La cual inflamación de amor comunmente á los principios no se siente, por no haber comenzado á emprenderse por la impureza del natural, ó por no le dar lugar pacífico en si el alma por no entenderse, como habemos dicho. Aunque á veces con eso y sin eso comienza luego á sentirse alguna ansia de Dios; y cuanto más va, más se va sintiendo el alma aficionada é inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo y de dónde le nace el tal amor y afición, sino que ve crecer tanto en sí á veces esta llama é inflamación, que con ansias de amor desea á Dios: según David, estando en esta noche, lo dice de si por estas palabras: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi.* (Ps. LXXII, 21.) Porque se inflamó mi corazón (es á saber, en amor de contemplación), también mis renes y aficiones se mudaron; es á saber, de la vía sensitiva á la espiritual, que es la sequedad y cesación en todos ellos que vamos diciendo. Y yo, dice, fui resuelto en nada y

(1) En las otras ediciones se introducía en este lugar el siguiente párrafo: «No quería empero que de aquí se hiciese regla general de dejar meditación ó discurso; que el dejarla ha de ser siempre á más no poder, y sólo por el tiempo que, ó por vía de purgación ó tormento, ó por muy perfecta contemplación la estorbare el Señor. Que en el demás tiempo y ocasiones, siempre ha de haber este arrimo y reparo, y más de la vida y Cruz de Cristo, que para purgación y pasión y paciencia y para seguro camino es lo mejor, y ayuda admirablemente á la subida contemplación. La cual no es etc.»

Después de lo que se escribió en la nota 2.ª de la pág. 277 del tomo I, no hay necesidad de aducir muchas pruebas para demostrar que este pasaje es espúreo. Basta para ello notar que no se halla en los once manuscritos que se han consultado y que no tiene buen enlace con lo que le antecede y le sigue.

aniquilado, y no supe: porque como habemos dicho, sin saber el alma por dónde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar; y sólo se ve enamorada sin saber cómo. Y porque á veces crece mucho la inflamación de amor en el espíritu, son las ansias por Dios tan grandes en el alma, que parece se le secan los huesos en esta sed, y se marchita el natural, y estraga su calor y fuerza por la viveza de la sed de amor, porque siente el alma que es viva esta sed de amor. La cual también David tenía y sentía, cuando dice: *Sitivit anima mea ad Deum vivum*. (Ps. XLI, 3.) Mi alma tuvo sed á Dios vivo; que es tanto como decir: Viva fué la sed que tuvo mi alma. La cual sed, por ser viva, podemos decir que mata de sed. *Pero es de notar que la vehemencia de esta sed no es con continuación, sino algunas veces, aunque de ordinario suele sentir alguna sed. Pero háse de advertir que, como aquí comencé á decir, á los principios comunmente no se siente este amor, sino la sequedad y vacío que vamos diciendo; y entonces en lugar de este amor que después se va encendiendo, lo que trae el alma en medio de aquellas sequedades y vacíos de las potencias, es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve; que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor. Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplación, hasta que por tiempo habiendo purgado algo el sentido, esto es, la parte sensitiva, de las fuerzas y aficiones naturales por medio de las sequedades que en ella pone, va ya encendiendo en el espíritu este amor Divino. Pero entretanto, en fin como el que está puesto en cura, todo es padecer en esta oscura noche y seca purgación del apetito, curándose de muchas imperfecciones y ejercitándose en muchas virtudes, para hacerse capaz del dicho amor, como ahora se dirá sobre el verso siguiente:*

¡Oh dichosa ventura!

Que por cuanto pone Dios al alma en esta noche sensitiva á fin de purgar el sentido de la parte inferior, y acomodarle y sujetarle y

unirle con el espíritu, oscureciéndole y haciéndole cesar acerca de los discursos, como también después á fin de purificar el espíritu para unirle con Dios, le pone en la noche espiritual, gana el alma (aunque á ella no le parece) tantos provechos, que tiene por dichosa ventura haber salido del lazo y apretura del sentido de la parte inferior por esta dichosa noche, dice el presente verso, es á saber: «¡Oh dichosa ventura!» Acerca del cual nos conviene aquí notar los provechos que halla en esta noche el alma, por causa de los cuales tiene por dichosa ventura pasar por ella; todos los cuales provechos encierra el alma en el siguiente verso:

Salí sin ser notada.

§ I

La cual salida se entiende de la sujeción que tenía el alma á la parte sensitiva en buscar á Dios por operaciones *tan* flacas y *tan* limitadas y ocasionadas como las de esta parte inferior son; pues á cada paso tropezaba en mil imperfecciones é ignorancias, como habemos notado arriba en los siete vicios capitales. De todos los cuales se libra, apagándole esta noche todos los gustos de arriba y de abajo, y oscureciéndole todos los discursos, y haciéndole otros innumerables bienes en la ganancia de las virtudes, como ahora diremos; que será cosa gustosa y de gran consuelo para el que por aquí camina, ver como cosa que tan áspera y adversa parece al alma y tan contraria al gusto espiritual, obra tantos bienes en ella. Los cuales (como decimos) se consiguen en salir el alma según el afición y operación, por medio de esta noche, de todas las cosas criadas, y caminar á las eternas, que es grande dicha y ventura. Lo uno, por el gran bien que es apagar el apetito y afición acerca de todas las cosas. Lo otro por ser muy pocos los que sufren y perseveran en entrar por esta puerta angosta, y por el camino estrecho que guía á la vida, como dice nuestro Salvador. (Matth. VII, 14.) Porque la angosta puerta es esta noche del sentido, del cual se despoja y desnuda el

alma para entrar en ella, fundándose en Fe (1), que es ajena de todo sentido, para caminar después por el camino estrecho, que es la otra noche de espíritu, en que adelante entra el alma para caminar á Dios en pura Fe, que es el medio por donde el alma se une con Dios. Por el cual camino, por ser tan estrecho, oscuro y terrible (tanto que no hay comparación de esta noche del sentido á la oscuridad y trabajos de aquélla, como diremos), son muchos menos los que caminan por él, pero son sus provechos también mucho mayores. De los cuales comenzaremos ahora á decir algo, con la brevedad que se pudiere, por pasar á la otra noche.

§ II

(Capítulo XII)

DE LOS PROVECHOS QUE CAUSA EN EL ALMA ESTA NOCHE

Esta noche y purgación del apetito tan dichosa para el alma por los grandes bienes y provechos que hace en ella (aunque á ella antes le parece, como habemos dicho, que se los quita), que así como Abraham hizo gran fiesta cuando quitó la leche á su hijo Isaac (Gen. XXI, 8); así se gozan en el cielo de que ya saque Dios á esta alma de pañales, de que la baje de sus brazos, de que la haga andar por su pie, de que también, quitándole el pecho de la leche y blando y dulce manjar de niños, le haga comer pan con corteza, y que comience á gustar pan de robustos, que en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza á dar al espíritu vacío y seco de los jugos del sentido, que es la contemplación infusa que habemos dicho. Y este es el primero y principal provecho que aquí el alma consigue, del cual casi todos los demás se causan.

De éstos, el primer provecho es conocimiento de sí y de su miseria. Porque demás de que todas las mercedes que Dios hace al

(1) *Rigiéndose por Fe.* (Edic. ant.) Los manuscritos están aquí mendosos, y en lugar de decir *fundándose* en Fe, ponen *juntándose* en Fe.

alma, ordinariamente las hace envueltas en este conocimiento, estas sequedades y vacío de las potencias acerca de la abundancia que antes sentía, y la dificultad que halla el alma en las cosas buenas, la hacen conocer de sí la bajeza y miseria que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver. De esto hay buena figura en el Éxodo, donde queriendo Dios humillar á los hijos de Israel y que se conociesen, les mandó quitar y desnudar el traje y atavío festival con que ordinariamente andaban compuestos en el desierto, diciendo *Jan nunc depone ornatum tuum* (Exod. XXXIII, 5). Ahora ya de aquí adelante despojáos el ornamento festival, y ponéos vestiduras comunes de trabajo, para que sepáis el tratamiento que merecéis. Lo cual es como si dijera: Por cuanto el traje que traéis, por ser de fiesta y alegría, os ocasiona á no sentir de vosotros tan bajamente como vosotros sois, quitáos ya ese traje, para que de aquí adelante, viéndoos vestidos de vileza, conozcáis que no merecéis más, y quién vosotros sois. De donde conoce la verdad el alma que antes no conocía, de su miseria. Porque en el tiempo que andaba como de fiesta, hallando en Dios mucho gusto, consuelo y arrimo, andaba algo más satisfecha y contenta, pareciéndole que en algo servía á Dios. Porque ésto, aunque expresamente entonces no lo tengan en sí, á lo menos en la satisfacción que hallan en el gusto, se les alienta algo de ello. Ya puesta en esotro traje de trabajo, de sequedad y de desamparo, oscurecidas sus primeras luces, posee y tiene más de veras esta tan excelente y necesaria virtud del conocimiento propio, no teniéndose ya en nada ni teniendo satisfacción ninguna de sí; porque ve que de suyo no hace nada ni puede nada. Y esta poca satisfacción de sí y desconsuelo que tiene de que no sirve á Dios, tiene y estima Dios en más que todas las obras y gustos primeros que tenía el alma y hacía, por más que ellos fuesen. Por cuanto en ellas se ocasionaba para muchas imperfecciones é ignorancias; y de este traje de sequedad, no sólo lo que habemos dicho, sino también los provechos que ahora diremos y muchos más que se quedarán por decir, nacen, como de su origen y fuente, del conocimiento propio.

Cuanto á lo primero, nácele al alma tratar con Dios con más

comedimiento y más cortesía, que es lo que siempre ha de tener el trato con el Altísimo. Lo cual en la prosperidad de su gusto y consuelo no hacia; porque aquel favor gustoso que sentía hacia ser el apetito acerca de Dios algo más atrevido *de lo que bastaba y descortés y mal mirado*. Como acaeció á Moisés cuando sintió que Dios le hablaba, que llevado de aquel gusto y apetito sin más consideración se atrevía á llegar, si no le mandara Dios que se detuviera y descalzara (Exod. III, 5). Por lo cual se denota el respeto y discreción en desnudez de apetito con que se ha de tratar con Dios. De donde, cuando obedeció en ésto Moisés, quedó tan puesto en razón y tan advertido, que dice la Sagrada Escritura que no sólo no se atrevió á llegar, mas que ni aun osaba *considerar* (Exod. III, 6). Porque quitados los zapatos de los apetitos y gustos, conocía grandemente su miseria delante de Dios: porque así le convenía para oír las palabras *de Dios*. Como también la disposición que dió Dios á Job para hablar con él, no fueron aquellos deleites y gloria que el mismo Job allí refiere que solía tener con su Dios, sino ponerle desnudo en un muladar, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura, y sembrado de gusanos el suelo: y entonces de esta manera se preció el que levanta al pobre del estiércol, *el Altísimo Dios de descender y hablar allí cara á cara con él*, descubriéndole las altezas profundas de su Sabiduría, cual nunca antes había hecho en el tiempo de la prosperidad (Vid. cap. II, 8; XXIX, XXX y XXXVIII).

Y aquí nos conviene notar otro excelente provecho que hay en esta noche y sequedad del sensitivo apetito, pues habemos venido á dar en él, y es que en esta noche oscura del apetito (porque se verifica lo que dice el profeta: *Orietur in tenebris lux tua*. Lucirá tu luz en las tinieblas) (Isai. LVIII, 10.); alumbra Dios al alma, no sólo dándole conocimiento de su miseria y bajeza, como habemos dicho, sino también de la grandeza y excelencia de Dios. Porque demás de que apagados los apetitos y gustos y arrimos sensibles, queda libre y limpio el entendimiento para entender la verdad; porque el gusto sensible y apetito, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y emba-

raza al espíritu y además también que aquel aprieto y sequedad del sentido ilustra y aviva el entendimiento, como dice Isaiás: *Vexatio intellectum dabit auditui*. (XXVIII, 19.) Que la vejación hace entender Dios cómo en el alma vacía y desembarazada, que es lo que se requiere para su Divina influencia, sobrenaturalmente por medio de esta noche oscura y seca de contemplación la va, como habemos dicho, instruyendo en su Divina Sabiduría; lo cual por los jugos y gustos primeros no hacía. Esto da muy bien á entender el mismo profeta Isaiás, diciendo: *Quem docebit scientiam? et quem intelligere faciet auditum? Ablactatos à lacte, avulsos ab uberibus*. ¿A quién enseñará Dios su ciencia, y á quién hará entender su audición? A los destetados de la leche y á los desarrimados de los pechos. (XXVIII, 9.) En lo cual se da á entender que para esta Divina influencia no es la disposición la leche primera de la suavidad espiritual, ni el arrimo del pecho de los sabrosos discursos de las potencias sensitivas que gustaba el alma, sino el carecer de lo uno y el desarrimo de lo otro. Por cuanto para oír á Dios, le conviene al alma estar muy en pie y desarrimada, según el afecto y sentido, como de sí lo dice el profeta diciendo: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem: et contemplanor, ut videam, quid dicatur mihi*. Estaré en pie sobre mi custodia (esto es, desarrimado el apetito), y afirmaré el paso (esto es, no discurriré con el sentido), para contemplar, esto es, para entender lo que de parte de Dios se me dijere. (Hab. II, 1.) De manera que ya tenemos que de esta noche seca sale conocimiento de sí primeramente; de donde, como de fundamento, sale estotro conocimiento de Dios. Que por eso decía San Agustín á Dios: Conózcame, Señor á mí, y conocerte hé á ti (1). Porque, como dicen los filósofos, un extremo se conoce bien por otro. Y para probar más cumplidamente la eficacia que tiene esta noche sensitiva en su sequedad y desarrimo para ocasionar más la luz que de Dios decíamos recibir aquí el alma, alegaremos aquella autoridad de David, en que da muy bien á entender la virtud grande que tiene esta noche para este alto

(1) S. Aug. Soliloq. c. 2.

conocimiento de Dios. Dice, pues, así: *In terra deserta, et in via, et in aquosa: sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam.* En la tierra desierta, sin agua, seca y sin camino parecí delante de ti para poder ver tu virtud y gloria. (Ps. LXII, 3.) Lo cual es cosa admirable, que no da á entender aquí David, que los deleites espirituales y gustos muchos que había tenido, fuesen disposición y medio para conocer la gloria de Dios, sino la sequedad y desarrimo de la parte sensitiva, que se entiende aquí por la tierra seca y desierta. Y que no diga también que los conceptos y discursos Divinos de que él había usado mucho, fuesen camino para sentir y ver la virtud de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios, ni caminar con el discurso de la consideración imaginaria, que se entiende aquí por la tierra sin camino. De manera que para conocer á Dios y á sí mismo, esta noche oscura es el medio con sus sequedades y vacíos, aunque no con la plenitud y abundancia que en la otra de espíritu; porque este conocimiento es como principio del otro.

Saca también el alma en las sequedades y vacío de esta noche del apetito humildad espiritual, que es la virtud contraria al primer vicio capital, que dijimos ser soberbia espiritual. Por la cual humildad que adquiere por el dicho conocimiento propio, se purga de todas aquellas imperfecciones en que caía acerca de aquél de soberbia en el tiempo de su prosperidad. Porque como se ve tan seca y miserable, ni aun por primer movimiento le pasa que va mejor que los otros ni que les lleva ventaja, como antes hacía, antes por el contrario, conoce que los otros van mejor. Y de aquí nace el amor del prójimo; porque los estima, y no los juzga como antes solía cuando se veía á sí con mucho fervor y á los otros no; sólo conoce su miseria y la tiene delante de los ojos, tanto que no la deja ni da lugar para poner los ojos en nadie. Lo cual admirablemente David, estando en esta noche, manifiesta diciendo: *Obmutui, et humiliatus sum, et silui à bonis: et dolor meus renovatus est.* Enmudecí y fui humillado, y tuve silencio en los bienes, y renovóse mi dolor. (Ps. XXXVIII, 3.) Esto dice, porque le parecía que los bienes de su alma estaban tan acabados, que no solamente no había ni hallaba lenguaje de ellos; mas

acerca de los ajenos también enmudeció con el dolor del conocimiento de su miseria.

Aquí también se hacen sujetos y obedientes en el camino espiritual. Que como se ven tan miserables, no sólo oyen lo que les enseñan, mas aun desean que cualquiera los encamine y diga lo que deben hacer. Quitaseles la presunción *afectiva* que en la prosperidad á veces tenían; y finalmente, de camino se les barren todas las imperfecciones que tocamos allí, *acerca de este vicio primero que es soberbia espiritual, como habemos dicho.*

§ III

(Capítulo XIII)

DE OTROS PROVECHOS QUE CAUSA EN EL ALMA ESTA NOCHE DEL SENTIDO

Acerca de las imperfecciones que en la avaricia espiritual tenía, en que codiciaba unas y otras cosas espirituales, y nunca se veía satisfecha el alma de unos ejercicios y otros con la codicia del apetito y gusto que hallaba en ellos, ahora en esta noche seca y oscura anda bien reformada. Porque como no halla el gusto y sabor que solía, antes halla en ellas sinsabor y trabajo, con tanta templanza usa de ellas que por ventura podría perder ya por punto de corto como antes perdía por largo; aunque á los que Dios pone en esta noche, comunmente les da humildad y prontitud, aunque con sinsabor, para que sólo por Dios hagan aquello que se les manda, y desaprópiense de muchas cosas porque no hallan gusto en ellas.

Acerca de la lujuria espiritual también se ve claro que por esta sequedad y sinsabor del sentido que halla el alma en las cosas espirituales, se libra de aquellas impurezas que allí notamos; pues comunmente dijimos que procedían del gusto que del espíritu redundaba en el sentido.

Pero de las imperfecciones que se libra el alma en esta noche oscura acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, puédense ver

allí, aunque no están dichas todas, porque son innumerables; y así yo aquí no las referiré, porque querría ya concluir con esta noche para pasar á la otra, de la cual tenemos graves palabras y doctrina. Baste para entender los innumerables provechos que demás de los dichos gana el alma en esta noche acerca de este vicio de gula espiritual, decir que de todas aquellas imperfecciones que allí quedan dichas se libra, y de otros muchos y mayores males y feas abominaciones que allí no están escritas, en que vinieron á dar muchos de que tenemos experiencia, por no tener ellos reformado el apetito en esta golosina espiritual. Porque como Dios en esta seca y oscura noche en que pone al alma, tiene refrenada la concupiscencia y enfrenado el apetito de manera que no se *puede* cebar de *algún gusto ni sabor sensible* de cosa de arriba ni de abajo; y esto lo va continuando de tal manera, que queda el alma *impuesta, reformada y emprendada* según la concupiscencia y apetitos. Pierde las fuerzas de las pasiones y *concupiscencia* y *se hace estéril no usándose al gusto, bien así como no acostumbrando á sacar leche de la ubre se secan los cursos de la ubre y de la leche, y enjugados así los apetitos del alma, síguense, demás de los dichos por medio de esta sobriedad espiritual admirable, provechos en ella; porque apagados los apetitos y concupiscencias, vive el alma en paz y tranquilidad espiritual;* que donde no reina apetito y concupiscencia, no hay perturbación, sino paz y consuelo de Dios.

Sale de aquí otro segundo provecho, y es qué trae ordinaria memoria de Dios, con temor y recelo de volver atrás, como queda dicho, en el camino espiritual; el cual es grande provecho, y no de los menores, en esta sequedad y purgación del apetito, porque se purifica el alma y limpia de las imperfecciones que se le pegaban por medio de los apetitos y aficiones, que de suyo embotan y ofuscan el alma.

Hay otro provecho muy grande en esta noche para el alma, y es que se ejercita en las virtudes de por junto, como es en la paciencia y longanimidad, que se ejercita bien en estas sequedades y vacíos, sufriendo el perseverar en los espirituales ejercicios sin consuelo y

sin gusto. Ejercitase la caridad de Dios, pues ya no por el gusto *atraído y saboreado* que halla en la obra es movido, sino sólo por Dios. Ejercita aquí también la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla en el obrar, saca fuerzas de flaqueza, y así se hace fuerte; y finalmente, en todas las virtudes así teologales *como cardinales y morales, corporal y espiritualmente*, se ejercita el alma en estas sequedades. Y que en esta noche consiga el alma todos estos cuatro provechos que habemos aquí dicho, conviene á saber: delectación de paz, ordinaria memoria y solicitud de Dios, y limpieza y pureza del alma, y el ejercicio de las virtudes que acabamos de decir, dícelo David, como lo experimentó él mismo estando en esta noche, por estas palabras: *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum, et exercitatus sum, et defecit spiritus meus*. Mi alma desechó las consolaciones, tuve memoria de Dios, hallé consuelo y ejercítame, y desfalleció mi espíritu (Ps. LXXVI, 4). Y luego dice: Medité de noche con mi corazón, y ejercitábame, y barría y purificaba mi espíritu (Ibid. 7): conviene á saber, de todas las aficiones.

Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos, que son envidia, ira y acidia, también en esta sequedad del apetito se purga el alma y adquiere las virtudes á ellos contrarias. Porque hablandada y humillada por estas sequedades y dificultades, y otras tentaciones y trabajos en que á vueltas de esta noche Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo, y también para con el prójimo. De manera que ya no se enoja con alteración sobre las faltas propias contra si, ni sobre las ajenas contra el prójimo, ni acerca de Dios trae disgustos y querellas descomedidas porque no le hace presto bueno. Pues acerca de la envidia, también aquí tiene caridad con los demás; porque si alguna envidia tiene, no es viciosa como antes solía, cuando le daba pena que otros fuesen á él preferidos y que llevasen la ventaja; porque ya aquí se la tiene dada, viéndose tan miserable como se ve; y la envidia que tiene (si la tiene) es virtuosa, deseando imitarlos, lo cual es mucha virtud.

Las acidas y tedios que aquí tiene en las cosas espirituales,

tampoco son viciosos como antes; porque aquéllos procedían de los gustos espirituales que á veces tenía, y pretendía tener cuando no los hallaba. Pero estos tedios no proceden de esta flaqueza del gusto; porque se le tiene Dios quitado acerca de todas las cosas en esta purgación del apetito.

Demás de estos provechos que están dichos, otros innumerables consigue por medio de esta seca contemplación. Porque en medio de estas sequedades y aprietos, muchas veces cuando menos piensa, comunica Dios al alma suavidad espiritual y amor puro, y noticias espirituales á veces muy delicadas, cada una muy de mayor provecho y precio que cuanto antes gustaba. Aunque el alma en los principios no lo piensa así; porque es muy delicada la influencia espiritual que aquí se da, y no la percibe el sentido.

Finalmente, por cuanto aquí el alma se purga de las aficiones y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo. También aquí admirablemente se libra de las manos de los tres enemigos, demonio, mundo y carne; porque apagándose el sabor y gusto sensitivo acerca de las cosas, no tiene el demonio, ni el mundo, ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

Estas sequedades, pues, hacen al alma andar con pureza en el amor de Dios; pues que ya no se mueve á obrar por el gusto y sabor de la obra, como por ventura lo hacía cuando gustaba, sino sólo por dar gusto á Dios. Hácese no presumida ni satisfecha, como por ventura en el tiempo de la prosperidad solía, sino recelosa y temerosa de sí, no teniendo de sí satisfacción alguna: en lo cual está el santo temor que conserva y aumenta las virtudes. Apaga también esta sequedad las concupiscencias y bríos naturales, como también queda dicho. Porque aquí, si no es el gusto que de suyo Dios le infunde algunas veces, por maravilla halla gusto y consuelo sensible por su diligencia en alguna obra y ejercicio espiritual, como ya queda dicho.

Créceles en esta noche seca el cuidado de Dios, y las ansias por servirle. Porque como se le van enjugando los pechos de la sensualidad, con que sustentaba y criaba los apetitos tras que iba, sólo

queda en seco y en desnudo el ansia de servir á Dios, que es cosa para él muy agradable. Pues como dice David. El espíritu atribulado es sacrificio para Dios (Ps. L, 19). Como el alma, pues, conoce que en esta purgación seca por donde pasó, sacó y consiguió tantos y tan preciosos provechos como aquí se han referido, no hace mucho en decir en la canción que vamos declarando en el verso, es á saber: «¡Oh dichosa ventura! Salí sin ser notada.» Esto es, salí de los lazos y sujeción de los apetitos sensitivos y aficiones, sin ser notada; es á saber, sin que los dichos tres enemigos me lo pudiesen impedir. Los cuales (como habemos dicho) en los apetitos y gustos, así como con los lazos enlazan el alma y la detienen que no salga de sí á la libertad del amor de Dios, sin los cuales ellos no pueden combatir al alma, como queda dicho.

De donde en sosegándose por continua mortificación las cuatro pasiones del alma, que son, gozo, dolor, esperanza y temor; y en adormiéndose en la sensualidad por ordinarias sequedades los apetitos naturales; y en alzando de obra la armonía de los sentidos y potencias interiores, cesando de sus operaciones discursivas, como habemos dicho, la cual es toda la gente y morada de la parte inferior del alma, *que es lo que allí llama su casa, diciendo:*

Estando ya mi casa sosegada.

(Capítulo XIV)

DECLÁRASE ESTE ÚLTIMO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN

Estando ya esta casa de la sensualidad sosegada, esto es, mortificadas sus pasiones, apagadas sus codicias, y los apetitos sosegados y adormidos por medio de esta noche dichosa de la purgación sensitiva, salió el alma á comenzar el camino y vía del espíritu, que es el de los *aprovechantes* y *aprovechados*, que por otro nombre llaman la vía iluminativa ó de contemplación infusa, con que Dios de suyo

anda apacentando y reficionando el alma, sin discurso ni ayuda activa con industria de la misma alma. Tal es, como habemos dicho, la noche y purgación del sentido en el alma. La cual en los que después han de entrar en la otra más grave del espíritu, para pasar á la divina unión de amor de Dios (porque no todos, sino los menos, pasan ordinariamente), suele ir acompañada con graves trabajos y tentaciones sensitivas, que duran mucho tiempo, aunque en unos más que en otros: porque á algunos se les dá el ángel de Satanás, que es espíritu de fornicación, para que los azote los sentidos con abominables y fuertes tentaciones, y les atribule el espíritu con feas advertencias y representaciones muy visibles en la imaginación, que á veces les es mayor pena que el morir.

Otras veces se les añade á esta noche el espíritu de blasfemia, el cual, en todos sus conceptos y pensamientos, se anda atravesando con intolerables blasfemias, y á veces con tanta fuerza sugeridas en la imaginación (1), que casi se las hace pronunciar, que les es grave tormento.

Otras veces se les dá otro abominable espíritu que llaman *Spiritus vertiginis*, no porque caigan, sino porque los ejercite. El cual de tal manera les oscurece el sentido, que los llena de mil escrúpulos y perplejidades tan enredadas al juicio de ellos, que nunca pueden satisfacerse con nada, ni arrimar al juicio *de ellos* á consejo ni concepto: el cual es uno de los más graves estímulos y horrores de esta noche, muy vecino á lo que pasa en la noche espiritual.

Estas tempestades y trabajos ordinariamente envía Dios en esta noche y purgación sensitiva á los que ha de poner después en la otra (aunque no todos pasan á ella), para que, castigados y abofeteados, de esta manera se vayan ejercitando, y disponiendo y curtiendo los sentidos y potencias para la unión de la Sabiduría que allí los han de dar. Porque si el alma no es tentada, ejercitada y probada con

(1) Así dicen el manuscrito Hispalense y las ediciones precedentes. Los dos manuscritos Toledanos ponen: *Sugetadas* en la imaginación. El Matritense escribe: *Engeridas* en la imaginación.

tentaciones, y trabajos, no puede arribar su sentido para la Sabiduría. Que por eso dijo el Eclesiástico: *Qui non est tentatus, quid scit? Qui non est expertus, pauca recognoscit.* El que no es tentado, qué sabe? Y el que no es probado, ¿cuáles son las cosas que reconoce? (Cap. XXXIV, 9 y 10.) De la cual verdad da Jeremías buen testimonio, diciendo: *Castigasti me, et eruditus sum.* Castigástemme, Señor, y fui enseñado. (Cap. XXXI, 18.) Y la más propia manera de este castigo para entrar en la Sabiduría, son los trabajos interiores que aquí decimos: por cuanto son de los que más eficazmente purgan el sentido de todos los gustos y consuelos á que con flaqueza natural estaba afectado, y donde es humillada el alma de veras para el ensalzamiento que ha de tener.

Pero el tiempo que al alma tengan en este ayuno y penitencia del sentido, cuanto sea, no es cosa cierta decirlo; porque no pasa en todos de una manera ni unas mismas tentaciones, que esto va medido por la voluntad de Dios conforme á lo más ó menos que cada uno tiene de imperfección que purgar; y también conforme al grado de unión de amor á que Dios le quiere levantar, le humillará más ó menos intensamente, ó más ó menos tiempo. Los que tienen sujeto y más fuerza para sufrir, con más intensión los purga y más presto. Porque á los muy flacos con mucha remisión y flacas tentaciones mucho tiempo los lleva por esta noche, dándoles ordinarias refecciones al sentido porque no vuelvan atrás, y tarde llegan á la pureza de perfección en esta vida, y algunos de éstos nunca. Que ni bien están en la noche ni bien fuera de ella; porque, aunque no pasan adelante, para que se conserven en humildad y conocimiento propio, los ejercita Dios algunos ratos y días en aquestas sequedades y tentaciones; y les ayuda con el consuelo otras veces á temporadas, porque desmayando no vuelvan á buscar el del mundo. A otras almas más flacas anda Dios con ellas como desapareciendo y trasponiéndose, para ejercitarlas en su amor; porque sin desvíos no aprendieran á llegarse á Dios.

Pero las almas que han de pasar á tan dichoso y alto estado como es la unión de amor, por muy aprisa que Dios las lleve,

harto tiempo suelen durar en estas sequedades y tentaciones ordinariamente, como está visto por experiencia. *Tiempo es, pues, ya, de comenzar á tratar de la segunda noche* (1).



(1) De este modo terminan los manuscritos. El de Alba, añade las siguientes palabras: «en que pone Dios al alma.» Las ediciones variaron algo el texto para que estuviera conforme con la división que habían hecho de esta obra. Decían así: «Concluyendo, pues, con este libro, comencemos á tratar de la segunda noche.»



NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU

§ I

(Capítulo I)

COMIÉNZASE Á TRATAR DE LA NOCHE DEL ESPÍRITU

DÍCESE Á QUÉ TIEMPO COMIENZA

Al alma que Dios ha de llevar adelante, no luego que sale de las sequedades y trabajos de la primera purgación y noche del sentido, pone Su Majestad en esta noche del espíritu (1), antes suele pasar harto tiempo y años, en que salida el alma del estado de principiantes se ejercita en el de los aprovechados. En el cual (así como el que ha salido de una estrecha cárcel), anda en las cosas de Dios con mucha más anchura y satisfacción del alma, y con más abundante é interior deleite que tenía á los principios, antes que entrase en la dicha noche, no trayendo ya atada la imaginación y potencias al discurso y cuidado espiritual, como solía. Porque con gran facilidad halla luego en su espíritu muy serena y amorosa contemplación y sabor espiritual sin trabajo del discurso. Aunque como no está bien hecha la purgación del alma (porque falta la principal parte, que es la del espíritu, sin la cual, por la comunicación que hay de la una parte á la otra, por razón de ser un solo supuesto, tampoco la purgación sensitiva, aunque más fuerte haya sido, queda acabada y perfecta:

(1) c. H. y T. En las ediciones se decía: «Pone su Majestad en *la unión de amor.*» En los Manuscritos de Alba, Madrid y Carmelitas Descalzas de Toledo, faltan palabras; por lo cual no haen completo sentido.

nunca le faltan á veces algunas necesidades, sequedades, tinieblas y aprietos, á veces mucho más intensos que los pasados, que son como presagios y mensajeros de la noche venidera del espíritu, aunque no son éstos durables, como será la noche que espera. Porque habiendo pasado un rato, ó ratos, ó días de esta noche ó tempestad, luego vuelve á su acostumbrada serenidad; y de esta manera va purgando Dios á algunas almas que no han de subir á tan alto grado de amor como las otras, metiéndolas á ratos interpoladamente en esta noche de contemplación ó purgación espiritual, haciendo anochecer y amanecer á menudo, porque se cumpla lo que dice David, que envía su cristal, esto es, su contemplación, como á bocados: *Mittit cristallum suam, sicut buccellas*. (CXLVII, 17). Aunque estos bocados de oscura contemplación nunca son tan intensos como lo es aquella horrenda noche de contemplación que tenemos de decir, en que de propósito pone Dios al alma para llevarla á la Divina unión.

Este sabor, pues, y gusto interior que decimos, que con abundancia y facilidad hallan y gustan estos aprovechantes en su espíritu, con mucha más abundancia que antes se les comunica, redundando de ahí en el sentido más que solía antes de esta sensible purgación. Que por cuanto él está ya más puro, con más facilidad puede sentir los gustos del espíritu á su modo. Y como en fin, esta parte sensitiva del alma es flaca é incapaz para las cosas fuertes del espíritu, de aquí es que estos aprovechados, á causa de esta comunicación espiritual que se hace en la parte sensitiva, padecen en ella muchas debilitaciones y detrimentos y flaquezas de estómago, y en el espíritu consiguientemente fatiga. Porque, como dice el Sabio: *Corpus enim, quod corrumpitur, aggravat animam*. El cuerpo que se corrompe agrava el ánimo. (Sap. IX., 15). De aquí es que las comunicaciones de éstos, ni pueden ser muy fuertes, ni muy intensas, ni muy espirituales, cuales se requieren para la Divina unión con Dios, por la flaqueza y corrupción de la sensualidad que participa en ellas. De aquí vienen los arrobamientos y traspasos, y descoyuntamientos de huesos, que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales; esto es, al espíritu sólo, como son las de los perfectos, puri-

ficados ya por la noche segunda del espíritu, en los cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpo, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que se anuble y trasponga el sentido. Y para que se entienda la necesidad que éstos tienen de entrar en esta noche de espíritu, notaremos aquí algunas imperfecciones y peligros que tienen estos aprovechados.

§ II

(Capítulo II)

DE ALGUNAS IMPERFECCIONES QUE TIENEN ESTOS APROVECHADOS

Dos maneras de imperfecciones tienen estos aprovechados: unas son habituales, otras actuales: las habituales son las aficiones y hábitos imperfectos que todavía, como raíces, han quedado en el espíritu, donde la purgación del sentido no pudo llegar. En la purgación de los cuales la diferencia que hay á estotra, es la que de la raíz á la rama, ó sacar una mancha fresca ó una muy asentada y vieja. Porque, como dijimos, la purgación del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu, *que como también hemos dicho*, más sirve de acomodar el sentido al espíritu, que de unir el espíritu con Dios. Mas todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque á él no se le parecen, ni las echa de ver: las cuales si no salen con el jabón y fuerte lejía de la purgación de esta noche, no podrá el espíritu venir á pureza de unión divina.

Tienen también éstos la *hebetudo mentis* y rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado, y la distracción y exterioridad del espíritu, la cual conviene que se ilustre, clarifique y recoja por la penalidad y aprieto de aquella noche. Estas habituales imperfecciones, todos los que no han pasado de este estado de aprovechados, las tienen; las cuales no pueden estar, *como decimos*, con el estado perfecto de unión por amor.

En las actuales no caen todos de una manera; mas algunos, como

traen estos bienes espirituales tan afuera y tan manuales en el sentido, caen en *mayores* inconvenientes y peligros que á los principios dijimos. Porque como ellos hallan á manos llenas tantas comunicaciones y aprehensiones espirituales al sentido y espíritu, donde muchas veces ven visiones imaginarias y espirituales (porque todo esto con otros sentimientos sabrosos acaece á muchos de éstos en este estado, en lo cual el demonio y la propia fantasía muy ordinariamente hace trampantojos al alma), y como con tanto gusto suele imprimir y sugerir el demonio al alma las aprehensiones dichas y sentimientos, con gran facilidad la embelesa y engaña, no teniendo ella cautela para resignarse y defenderse fuertemente *en fe* de todas estas visiones y sentimientos. Porque aquí hace el demonio creer á *muchos* (1) visiones vanas y profecías falsas: *aquí en este puesto* les procura hacer presumir que habla Dios y los Santos con ellos, y creen muchas veces á su fantasía. Aquí los suele el demonio llenar de presunción y soberbia, y atraídos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como son arrobamientos y otras apariencias. Hácense así atrevidos á Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes; y tantas falsedades y engaños suelen multiplicarse en algunos de éstos, y tanto se envejecen en ellos, que es muy dudosa la vuelta de éstos al camino puro de la virtud y verdadero espíritu. En las cuales miserias vienen á dar, comenzando á darse con demasiada seguridad á las aprehensiones y sentimientos espirituales, cuando comenzaban á aprovechar en el camino espiritual. Había tanto que decir de las imperfecciones de éstos, y de cómo les son más incurables por tenerlas ellos por más espirituales que las primeras, que lo quiero dejar. Sólo digo, para fundar la necesidad que hay de la noche espiritual, que es la purgación, para el que ha de pasar adelante, que á lo menos ninguno de estos aprovechados, por bien que le hayan andado las

(1) c. Mss. A y T.—El Hispalense dice lo mismo, sólo que pone invertida la oración, pues escribe: «Hace el demonio á muchos creer.» Las ediciones y el de las Carmelitas de Toledo traen el texto de este modo: «Hace el demonio creer *muchas* visiones, etc.»

manos, deja de tener muchas de aquellas afecciones naturales y hábitos imperfectos, de que dijimos primero ser necesario preceder purificación para pasar á la Divina unión. Y demás de esto, lo que arriba dejamos dicho, es á saber, que por cuanto todavía participa la parte inferior en estas comunicaciones espirituales, no pueden ser tan intensas, puras y fuertes como se requieren para la dicha unión; por tanto, para venir á ella, conviénele al alma entrar en la segunda noche del espíritu, donde desnudando el sentido y espíritu perfectamente de todas estas aprehensiones y sabores, le han de hacer caminar en oscura y pura Fe, que es propio y adecuado medio por donde el alma se une con Dios, según por Oseas lo dice: *Sponsabo te mihi in fide*. Yo te desposaré conmigo, esto es, te uniré conmigo por Fe. (Osee II, 20.)

§ III

(Capítulo III)

ANOTACIÓN PARA LO QUE SE SIGUE

Estando ya, pues, estos aprovechados, por el tiempo que han pasado *cebando los sentidos con dulces comunicaciones* (1), para que así atraída y saboreada del espiritual gusto la parte sensitiva que del espíritu le manaba, se aunase y acomodase en uno con el espíritu, comiendo cada uno en su manera de un mismo manjar espiritual y en un mismo plato de un solo supuesto y sujeto; para que así ellos, en alguna manera juntos y conformes en uno, estén dispuestos para sufrir la áspera y dura purgación del espíritu que les espera; porque en ella se han de purgar cumplidamente estas dos partes del alma,

(1) c. Así dicen los manuscritos de Baeza, Calatayud, Madrid, Sevilla y el de Gayangos. Como se notará leyendo todo el párrafo, no hacen sentido muy perfecto. A nuestro juicio, mejor le haría si dijera: «*Están* ya, pues, estos, etc.» El manuscrito de Alba y el de las Carmelitas de Toledo se hallan algo mendosos en este lugar, el cual ponen de esta manera: «Estando ya *puestos* y aprovechados, etc.» Las ediciones decían: «*Han*, pues, ya estos aprovechados, por el tiempo que han pasado, *experimentado estas dulces comunicaciones.*» El sentido es más completo.

espiritual y sensitiva; porque la una nunca se purga bien sin la otra, que la purgación válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu. De donde la noche que habemos dicho del sentido, más se puede y debe llamar cierta reformación y enfrenamiento del apetito, que purgación. La causa es, porque todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, *donde se sujetan los hábitos buenos y malos*, y así, hasta que éstos se purguen, las rebeliones y siniestros del sentido no se pueden bien purgar. De donde en esta noche que se sigue se purgan entrambas partes juntas, que este es el fin, porque convenía haber pasado por la reformación de la primera noche, y llegado á la bonanza que de ella salió, para que aunado con el espíritu, en cierta manera se purguen y padezcan aquí con más fortaleza, porque para tan fuerte y dura purga es menester disposición tan grande, que sin haber reformádose antes la flaqueza de la parte inferior, y cobrado fortaleza en Dios por el dulce y sabroso trato que con él después tuvo, no tuviera fuerza ni disposición el natural para sufrirla.

Por tanto, todavía el trato y operaciones que tienen estos aprovechados con Dios son muy bajas, á causa de no tener purificado é ilustrado el oro del espíritu, por lo cual todavía entienden de Dios como pequeñuelos, y hablan de Dios como pequeñuelos, y saben y sienten de Dios como pequeñuelos, según dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 11.), por no haber llegado á la perfección, que es la unión del alma con Dios, por la cual unión ya como grandes obran grandezas con su espíritu, siendo ya sus obras y potencias más Divinas que humanas, como después se dirá. Queriendo Dios desnudarlos de hecho de este viejo hombre y vestirlos del nuevo, que según Dios es criado en la novedad del sentido, que dice el Apóstol (Ephes. IV, 23 y 24), desnúdales las potencias y aficiones y sentidos, así espirituales como sensibles, así exteriores como interiores, dejando á oscuras el entendimiento, y la voluntad á secas, y vacía la memoria, y las aficiones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentía de los bienes espirituales, para que esta privación sea uno de los principios que se requieren en el espí-

ritu para que se introduzca y una en él la forma espiritual del espíritu, que es la unión de amor. Todo lo cual obra el Señor en ella por medio de una pura y oscura contemplación, como el alma lo da á entender en la primera Canción. La cual, aunque está declarada al *propósito* de la primera noche del sentido, principalmente la entiende el alma por esta segunda del espíritu, por ser la principal parte de la purificación del alma. Y así á este propósito la pondremos y declararemos aquí otra vez.

PÓNESE LA PRIMERA CANCIÓN Y SU DECLARACIÓN

En una noche oscura,
 Con ansias en amores inflamada,
 ¡Oh dichosa ventura!
 Salí sin ser notada,
 Estando ya mi casa sosegada.

(Capítulo IV)

Entendiendo ahora esta Canción á propósito de la purgación, contemplación, ó desnudez ó pobreza de espíritu, que todo aquí es casi una misma cosa, podémosla declarar en esta manera, y que dice el alma así: en pobreza, *desamparo* y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma, esto es, en oscuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en aflicción y angustia de la memoria, dejándome á oscuras en pura Fe, la cual es noche oscura para las dichas potencias naturales, sola la voluntad tocada de dolor y aflicciones y ansias de amor de Dios, salí de mí misma; esto es, de mi bajo modo de entender, y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar de Dios, sin que la sensualidad ni el demonio me lo estorben. Lo cual fué grande dicha y buena ventura para mí; porque en acabando de aniquilarse y sosegarse las potencias, pasiones, *apetitos* y aficiones de mi alma, con que bajamente sentia y gustaba de Dios, salí del trato y escasa operación *humana mía* á

operación y trato con Dios. Es á saber, mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano y *natural* en Divino; porque, uniéndose por medio de esta purgación con Dios, ya no entiende *por su vigor natural* (1), sino por la Divina Sabiduría con que se unió. Y mi voluntad salió de sí haciéndose Divina; porque unida con el Divino amor, ya no ama *bajamente con su fuerza natural* (2), sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo; y así la voluntad ya acerca de Dios no obra humanamente, y ni más ni menos la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgación del viejo hombre, todas se renuevan con temples y deleites Divinos.

Síguese el verso:

En una noche oscura.

§ I

(Capítulo V)

COMIENZA Á DECLARAR CÓMO ESTA CONTEMPLACIÓN OSCURA NO SÓLO ES
NOCHE PARA EL ALMA, SINO TAMBIÉN PENA Y TORMENTO

Esta noche oscura es una influencia de Dios en el alma, que la purga de sus ignorancias é imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos, contemplación infusa, ó mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma, y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo es esta contemplación infusa. Por cuanto es Sabiduría de Dios amorosa, hace *Dios principales* efectos en el alma; porque la dispone purgándola é iluminándola para la unión de amor con Dios. De donde la misma sabiduría amorosa, que purga los espíritus bienaventurados ilustrándolos, es la que aquí purga al alma y la ilumina.

(1) «Con el modo limitado y corto que antes.» (Edic. ant.)

(2) «Con la fuerza y vigor limitado que antes.» (Edic. ant.)

Pero es la duda, ¿por qué, pues, á la lumbre Divina (que, como decimos, ilumina y purga al alma de sus ignorancias) la llama aquí el alma noche oscura? A lo cual se responde, que por dos cosas (1) es esta Divina Sabiduría no sólo noche y tiniebla para el alma, mas también le es pena y tormento. La primera es por la alteza de la Sabiduría Divina, que excede al talento del alma, y en esta manera le es tinieblas. La segunda, por la bajeza é impureza de ella, y de esta manera le es penosa y afflictiva, y también oscura. Para probar la primera, conviene suponer cierta doctrina del Filósofo, que dice que quanto las cosas Divinas son en sí más claras y manifiestas, tanto más son al alma oscuras y ocultas naturalmente. Asi como de la luz, quanto más clara es, más ciega y oscurece la pupila de la lechuza, y quanto el Sol se mira más de lleno, más tinieblas causa en la potencia visiva y la priva, excediéndola por su flaqueza. De donde, quando esta Divina luz de contemplación embiste en el alma que aún no está ilustrada totalmente, le hace tinieblas espirituales, porque no sólo la excede, pero también la priva y *oscurece el acto* de su inteligencia natural. Que por esta causa San Dionisio y otros místicos teólogos llaman á esta contemplación infusa rayo de tiniebla; conviene á saber, para el alma no ilustrada y purgada, porque de su gran luz sobrenatural es vencida la fuerza natural intelectual y privada. Por lo cual David también dijo: *Nubes, et caligo in circuitu ejus*. Que cerca de Dios y enderredor de él está oscuridad y nube (Ps. XCVI, 2): no porque ello asi sea en sí, sino para nuestros entendimientos flacos, que en tan inmensa luz se ciegan y quedan ofuscados, no alcanzando tan gran alteza. Que por eso el mismo David lo declaró, diciendo: *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt*. Por el gran resplandor de su presencia se atravesaron nubes (Ps. XVII, 13); es á saber, entre Dios y nuestros entendimientos. Y esta es la causa, porque en derivando Dios de sí al alma que aún no está transformada, este esclarecido rayo de su sabiduría secreta le hace tinieblas oscuras en el entendimiento. Y que esta oscura con-

(1) El Ms. de Alba dice: «Por dos causas.»

templación también le sea al alma penosa á estos principios, está claro: porque como esta Divina contemplación infusa tiene muchas excelencias en extremo buenas, y el alma que las recibe, por no estar purgada, tiene muchas miserias *también en extremo malas*; de aquí es que no pudiendo caber dos contrarios en un sujeto del alma, de necesidad haya de pensar y padecer, siendo ella el sujeto en que *contra* sí se ejercitan estos dos contrarios, haciendo los unos contra los otros, por razón de la purgación que de las imperfecciones del alma por esta contemplación se hace. Lo cual probaremos por inducción de esta manera. Quanto á lo primero, porque la luz y sabiduría de esta contemplación es muy clara y pura, y el alma en que ella embiste, está oscura é impura: de aquí es que la pena mucho el recibirla, así como cuando los ojos están de mal humor, enfermos é impuros, del embestimiento de la clara luz reciben pena; y esta pena en el alma, á causa de su impureza, es inmensa cuando de veras es embestida de esta Divina luz, porque embestiéndose en el alma esta luz pura, á fin de expeler la impureza del alma, siéntese el alma tan impura y miserable, que le parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria á Dios. Lo cual es de tanto sentimiento y pena para el alma (porque le parece aquí que la ha Dios arrojado), que uno de los trabajos que más sentía Job cuando Dios le tenía en este ejercicio, era éste, diciendo: *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis?* Por qué me has puesto contrario á tí, y soy grave y pesado á mí mismo? (Job VII, 20.) Porque viendo el alma claramente aquí por medio de esta clara y pura luz (aunque á oscuras) su impureza, conoce claro que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que más la pena es, que piensa que nunca lo será, y que ya se le acabaron sus bienes. Esto lo causa la profunda inmersión que tiene de la mente en el conocimiento y sentimiento de sus males y miserias. Porque aquí se las muestra todas al ojo esta Divina y oscura luz, y que vea claro cómo de suyo no podrá tener otra cosa. Podemos entender en este sentido aquella autoridad de David, que dice: *Propter iniquitatem corripuisti hominem: et tabescere fecisti sicut araneam animam ejus.*

Por la iniquidad corregiste al hombre, é hiciste deshacer y *contabescer* su alma como la araña se desentraña (Ps. XXXVIII, 12). La segunda manera en que pena el alma, es á causa de su flaqueza natural y *moral* y espiritual; porque como esta Divina contemplación embiste en el alma con alguna fuerza, á fin de la ir fortaleciendo y domando, de tal manera pena en su flaqueza, que *poco menos* desfallece; particularmente algunas veces cuando con alguna más fuerza la embiste; porque el sentido y espíritu, así como si estuviese debajo de alguna inmensa y oscura carga, está penando y agonizando tanto, que tomaría por alivio y partido el morir. Lo cual, habiendo experimentado el Santo Job, decía: *Nolo multa fortitudine contendat mecum, ne magnitudinis suæ mole me premat*. No quiero que trate conmigo en mucha fortaleza, porque no me oprima con el peso de su grandeza (Job XXIII, 6). En la fuerza de esta opresión y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida, que le parece, y así es, que aún en lo que solía hallar algún arrimo se acabó con lo demás, y que no hay quien se compadezca de ella. A cuyo propósito también dice Job: *Miseremini mei, miseremini mei saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me*. Compadecéos de mí, compadecéos de mí, á lo menos vosotros mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor (Job XIX, 21). Cosa de grande maravilla y lástima, que sea aquí tanta la flaqueza é impureza del ánima, que siendo la mano de Dios de suyo tan blanda y suave, la siente el alma aquí tan grave y contraria, con no cargar ni asentarla, sino solamente tocando, y eso misericordiosamente, pues lo hace á fin de hacer mercedes al alma, y no de castigarla.

§ II

(Capítulo VI)

DE OTRAS MANERAS DE PENA QUE EL ALMA PADECE EN ESTA NOCHE

La tercera manera de pasión y pena que el alma aquí padece, es á causa de otros dos extremos, conviene á saber, Divino y humano, que aquí se juntan. El Divino es esta contemplación purgativa, y el

humano es el sujeto del alma. Que como el Divino embiste á fin de sazónarla y renovarla para hacerla Divina, y *desnudándola* de las aficiones habituales y propiedades del hombre viejo, con que ella está muy unida, conglutinada y conformada, de tal manera la desmenuza y deshace *la sustancia espiritual* (1), absorbiéndola en una profunda y honda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo á la faz y vista de sus miserias con muerte de espíritu cruel; así como si tragada de una bestia en su vientre tenebroso se sintiese estar digiriendo, padeciendo estas angustias, como Jonás en el vientre de aquella marina bestia (II. 1.) Porque en este sepulcro de oscura muerte le conviene estar para la espiritual resurrección que espera.

La manera de esta pasión y pena, aunque de verdad ella es sobre manera, describela David, diciendo: *Circumdederunt me dolores mortis..... dolores inferni circumdederunt me..... in tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi*. Cercáronme los dolores de la muerte, los dolores del infierno me rodearon, en mi tribulación clamé (XVII, 5-7.) Pero lo que esta doliente alma aquí más siente, es parecerle claro que Dios la ha desechado, y aborreciéndola arrojado en las tinieblas, que para ella es grave y lastimera pena creer que la ha dejado Dios. La cual también David, sintiéndola mucho en este caso, dice: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius; et ipsi de manu tua repulsi sunt; posuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis, et in umbra mortis; super me confirmatus est furor tuus; et omnes fluctus tuos induxisti super me*. De la manera que los llagados están muertos en los sepulcros, dejados ya de tu mano, de que no te acuerdas más; así me pusieron á mí en el lago más hondo é inferior en tenebrosidades y sombra de muerte, y está sobre mí confirmado tu furor, y todas tus olas descargaste sobre mí (Psalm. LXXXVII, 6-8.) Porque verdaderamente,

(1) Hay en este lugar alguna diferencia entre los manuscritos: el Hispalense dice: la *destrica* y descuece; el Toledano: la *descuece*; el Albense: la deshace y descurece (ó *descuece*, según se escribió en un principio); y el de las Carmelitas: destrueca y descuece.

cuando esta contemplación purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos *de muerte* y dolores de infierno siente el alma muy á lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada, é indignado él y que está muy enojado, que todo se siente aquí; y más, que le parece en una temerosa aprehensión, que ya es para siempre. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y desprecio acerca de ellas, particularmente de los amigos. Que por eso prosigue luego David, diciendo: *Longè fecisti notos meos à me; posuerunt me abominationem sibi.* Alejaste de mí mis amigos y conocidos; tuvieronme por abominación (Ibid. 9.) Todo lo cual, como quien también lo experimentó *en el vientre de la bestia* corporal y espiritualmente, testifica bien Jonás, diciendo así: *Projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me; omnes gurgites tui, et fluctus tui super me transierunt. Et ego dixi: abjectus sum à conspectu oculorum tuorum; verumtamèn rursus videbo Templum Sanctum tuum; circumdederunt me aquæ usque ad animam; abyssus vallavit me, pelagus operuit caput meum. Ad extrema montium descendi: terræ vectes concluderunt me in æternum.* Arrojásteme al profundo en el corazón de la mar, y la corriente me cercó; todos sus golfos y olas pasaron sobre mí y dije: Arrojado estoy de la presencia de tus ojos; pero otra vez veré tu santo templo (lo cual dice, porque aquí purifica Dios al alma para verlo); cercáronme las aguas hasta el alma, el abismo me ciñó, el piélago cubrió mi cabeza, á los extremos de los montes descendi; los cerrojos de la tierra me cerraron para siempre (Jon. II, 4-7.) Los cuales cerrojos se entienden aquí á este propósito por las imperfecciones del alma, que la tienen impedida que no goce esta sabrosa contemplación.

La cuarta manera de pena causa en el alma otra excelencia de esta oscura contemplación, que es la majestad y grandeza *de ella* (1), de la cual nace sentir en el alma otro extremo que hay en ella de íntima

(1) c. Así dicen los manuscritos de Baeza, Calatayud, Madrid, Sevilla y Carmelitas Descalzos de Toledo.—Las ediciones decían: «Grandeza de Dios.» Los códices de Alba, Burgos y el de las Carmelitas de Toledo no están conformes ni con éstas ni con aquéllas. Creo están aquí mendosos.

pobreza y miseria; la cual es de las principales penas que padece en esta purgación. Porque siente en sí un profundo vacío y pobreza de tres maneras de bienes que se ordenan al gusto del alma, que son: temporal, natural y espiritual; viéndose puesta en los males contrarios, conviene á saber: miserias de imperfecciones, sequedades y vacíos de las aprehensiones de las potencias y desamparo del espíritu en tiniebla. Que por cuanto aquí purga Dios al alma según la sustancia sensitiva y espiritual, y según las potencias interiores y exteriores, conviene que el alma sea puesta en vacío y pobreza y desamparo de todas estas partes, dejándola seca, vacía y en tinieblas. Porque la parte sensitiva se purifica en la sequedad, y las potencias en el vacío de sus aprehensiones, y el espíritu en tiniebla oscura. Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplación; en la cual no sólo padece el alma el vacío y suspensión de estos arrimos naturales y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso, (como si á uno le suspendiesen ó detuviesen en el aire, que no respirase), mas también está purgando al alma, aniquilando ó vaciando ó consumiendo en ella (así como hace el fuego al orin y moho del metal), todas las afecciones y hábitos imperfectos que ha contraído toda la vida. Que por estar ellos muy arraigados en *la sustancia del alma*, suele padecer *grandes gravedades*, deshacimiento y tormento interior, demás de la dicha pobreza y vacío natural y espiritual, para que se verifique aquí la autoridad de Ezequiel, que dice: *Congere ossa, quæ igne succendam; consumentur carnes, et coquetur universa compositio, et ossa tabescent*. Junta los huesos, y encenderlos hé en fuego, consumirse han las carnes, y cocerse há toda la composición, y deshacerse han los huesos (Ezech. XXIV, 10.) En lo cual se entiende la pena que se padece en el vacío y pobreza de *la sustancia del alma* sensitiva y espiritual. Y sobre esto dice luego: *Pone quoque eam super prunas vacuam, ut incalescat, et liquefiat æs ejus; et confletur in medio ejus inquinamentum ejus, et consumatur rubigo ejus* (Ibid. 11.) Ponedla también así vacía sobre las ascuas, para que se caliente y derrita su metal, y deshaga en medio de ella su inmundicia y sea consumido su moho. En lo cual se dá á entender la grave pasión que aquí el alma

padece en la purgación del fuego de esta contemplación; pues dice aquí el profeta, que para que se purifique y deshaga el orin de las aficiones que están en medio del alma, es menester en cierta manera que ella misma se aniquile y deshaga; según está connaturalizada en estas pasiones é imperfecciones. De donde, porque en esta fragua se purifica el alma como el oro en el crisol, según el Sabio dice: *Tamquam aurum in fornace probavit illos* (Sapient. III, 6); siente este grande deshacimiento en la *misma sustancia* del alma con extremada pobreza, en que está como acabando. Como se puede ver por lo que á este propósito de sí dice David por estas palabras, clamando á Dios: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam. Infixus sum in limo profundi, et non est substantia; veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me; laboravi clamans, rauca factæ sunt fauces meæ, defecerunt oculi mei, dum spero in Deum meum.* Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta el alma mía; fijado estoy en el limo del profundo, y no hay donde me sustente; vine hasta lo profundo de la mar, y la tempestad me anegó; trabajé clamando, enronquecióse mi garganta, desfallecieron mis ojos en tanto que espero en mi Dios (Ps. LXVIII, 2 4.) En esto humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho después, y si él no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, desampararía el cuerpo en muy breves días; mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima vileza. La cual algunas veces se siente tan á lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición. Porque de éstos son los que de veras descienden al infierno viviendo, *pues aquí se purgan á la manera que allí* (1); porque esta purgación es la que se había de hacer allí (2). Y así el alma que por aquí pasa (3), ó no entra en aquel lugar, ó se detiene allí *muy poco*, porque aprovecha aquí más una hora, que muchas allí.

(1) c. «Y á modo del purgatorio se purgan aquí.» (Edic. ant.)

(2) s. «Cuando es de culpas, aunque sean veniales.» (Edic. ant.)

(3) s. «Queda bien purgada.» (Edic. ant.)

§ III

(Capítulo VII)

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA DE OTRAS AFLICCIONES
Y APRIETOS DE LA VOLUNTAD

Las aflicciones de la voluntad y aprietos son también aquí inmensos y de manera que algunas veces traspasan al alma con la súbita memoria de los males en que se ve, y con la incertidumbre del remedio. Y añádese á esto la memoria de las prosperidades pasadas; porque éstos, ordinariamente, cuando entran en esta noche, han tenido muchos gustos en Dios y héchole muchos servicios, y esto les causa más dolor, ver que están ajenos de aquel bien, y que ya no pueden entrar en él. Esto dice Job también, como lo experimentó, por estas palabras: *Ego ille quondam opulentus, repente contritus sum: tenuit cervicem meam, confregit me, et posuit me sibi quasi in signum. Circumdedit me lanceis suis, convulneravit lumbos meos, non pepercit, et effudit in terra viscera mea. Concidit me vulnere super vulnus, irruit in me quasi gigas. Saccum consui super cutem meam, et operui cinere carnem meam. Facies mea intumuit à fletu, et palpebræ meæ caligerunt.* Yo aquel que solía ser opulento y rico, de repente estoy deshecho y contrito; asíóme la cerviz, quebrantóme, y púsome como blanco suyo para herir en mí; cercóme con sus lanzas, llagó todos mis lomos, no perdonó, derramó en la tierra mis entrañas, rompióme como llaga sobre llaga; embistió en mí como fuerte gigante; cosí un saco sobre mi piel, y cubrí con ceniza mi carne; mi rostro se ha hinchado con llanto y cegádose mis ojos. (Job. XVI, 13-17.) Tantas y tan grandes son las penas de esta noche, y tantas autoridades hay en la Escritura, que á este propósito se podían alegar, que nos faltaría tiempo y fuerzas escribiendo; porque sin duda todo lo que se puede decir es menos: por las autoridades ya dichas se podrá barruntar algo de ello. Y para ir concluyendo con este verso, y dando á enten-

der *algo más* lo que en el alma es esta noche, diré lo que de ella siente Jeremías, *lo cual por ser tanto lo dice y llora él por muchas palabras, en esta manera* diciendo: *Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis ejus. Me minavit, et adduxit in tenebras, et non in lucem. Tantum in me vertit, et convertit manum suam tota die. Vetustam fecit pellem meam, et carnem meam, contrivit ossa mea. Ædificavit in gyro meo, et circumdedit me felle, et labore. In tenebrosis collocavit me quasi mortuos sempiternos. Circumædificavit adversum me, ut non egrediar: aggravavit compedem meum. Sed et cum clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam. Conclusit vias meas lapidibus quadris, semitas meas subvertit. Ursus insidians factus est mihi, leo in absconditis. Semitas meas subvertit, et confregit me: posuit me desolatam. Tetendit arcum suum, et posuit me quasi signum ad sagittam. Misit in renibus meis filias pharetræ suæ. Factus sum in derisum omni populo meo, canticum eorum tota die. Replevit me amaritudinibus, inebriavit me absynthio, et fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere. Et repulsa est à pace anima mea, oblitus sum bonorum, et dixi: Perit finis meus, et spes mea à Domino. Recordare paupertatis, et transgressionis meæ, absynthii, et fellis: Memoria memor ero; et tabesceat in me anima mea.* Yo varón que veo mi pobreza en la vara de su indignación; hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz. Tanto ha vuelto y convertido su mano sobre mí todo el día, hizo vieja mi piel y mi carne, desmenuzó mis huesos: en derredor de mí hizo cerca, y cercóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó, como muertos sempiternos. Cercó en derredor contra mí porque no salga, agravóme las prisiones. Y también cuando hubiere llamado y rogado, ha excluido mi oración. Cerrádome há mis salidas y vías con piedras cuadradas, desbarató mis pasos. Puso acechadores; háse hecho para mí león en escondrijo. Mis pisadas trastornó y desmenuzóme, púsome desamparada, extendió su arco, y púsome á mí como señuelo á su saeta. Arrojó á mis entrañas las hijas de su aljaba. Hecho soy para escarnio de todo el pueblo, y para risa y mofa de ellos todo el día. Llenádome há de amarguras, embriagóme con absintio. Por número me quebrantó mis dientes, apacentóme con

ceniza. Arrojada está mi alma de la paz, olvidado estoy de los bienes. Y dije: Frustrado y acabado está mi fin, y mi pretensión y mi esperanza del Señor. Acuérdate de mi pobreza y de mi exceso, del absintio y de la hiél. Acordarme hé con memoria, y mi alma en mi se deshará en penas. (Thren. III, 1-20.)

Todos estos llantos hace Jeremías sobre estas penas y trabajos, en que pinta muy al vivo las pasiones del alma en que esta purgación y noche espiritual la pone. De donde grande compasión conviene tener al alma que Dios pone en esta *tempestuosa* y horrenda noche. Porque aunque le corre muy buena dicha por los grandes bienes que de ella le han de nacer (cuando como dice Job, levantara Dios en el alma de las tinieblas profundos bienes, y produzca en luz la sombra de muerte (Job. XII, 22): de manera, que como dice David, venga á ser su luz como fueron sus tinieblas) (CXXXVIII, 12), con todo eso por la inmensa pena con que anda penando, y por la grande incertidumbre que tiene de su remedio, pues cree (como aquí dice este profeta) que no ha de acabarse su mal, pareciéndole, como también dice David, que la colocó Dios en las oscuridades como á los muertos del siglo, angustiando por esto en ella su espíritu, y turbándose en ella su corazón (Ps. CXLII, 3), es de haberle gran dolor y lástima, porque se añade á esto, á causa de la soledad y desamparo que esta oscura noche le causa, no hallar consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni en maestro espiritual. Porque aunque por muchas vías le testifique las causas del consuelo que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer. Porque como ella está tan embebida é inmersa en aquel sentimiento de males en que ve tan claramente sus miserias, parécete que como ellos no ven lo que ella ve y siente, no la entendiendo dicen aquello, y en vez de consuelo, antes recibe nuevo dolor, pareciéndole que no es aquél el remedio de su mal, y á la verdad así es. Porque hasta que el Señor acabe de purgarla de la manera que él lo quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor. Cuanto más, que puede el alma tan poco en este puesto, como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra atados pies y manos, sin poderse

mover ni ver, ni sentir ningún favor de arriba ni de abajo, hasta que aquí se ablande, humille y purifique el espíritu, y se ponga tan sutil, sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, según el grado que su misericordia quisiere concederle de unión de amor, que conforme á esto es la purgación más ó menos fuerte, ó de más ó menos tiempo. Mas si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años; puesto que en estos medios hay interpolaciones y alivios, en que por dispensación de Dios dejando esta contemplación oscura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma, bien como salida de tal mazmorra y tales prisiones, y puesta en recreación de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad amorosa con Dios con abundancia fácil de comunicación espiritual. Lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgación, y prenuncio de la abundancia que espera. Y aun esto es tanto á veces, que le parece al alma que son ya acabados sus trabajos. Porque de esta calidad son las cosas espirituales en el alma, cuando son más puramente espirituales; que cuando vuelven los trabajos, le parece al alma que nunca ha de salir de ellos, y que se le acabaron ya sus bienes, como se ha visto por las autoridades alegadas; y cuando son bienes espirituales, también le parece al alma que ya se acabaron sus males, y que no le faltarán ya los bienes, como David, viéndose en ellos, lo confesó diciendo: *Ego autem dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum*. Yo dije en mi abundancia: no me moveré para siempre. (Ps. XXIX, 7.) Y esto acaece, porque la posesión actual de un contrario en el espíritu, de suyo remueve la actual posesión y sentimiento del otro contrario; lo cual no acaece así en la parte sensitiva del alma, por ser flaca su aprehensión. Mas como quiera que el espíritu aún no está aquí bien purgado y limpio de las aficiones que la parte inferior tiene contraídas, aunque *en quanto espíritu no se muda*, en quanto está afectado con ellas, *se podrá mudar en* penas, como vemos que después se mudó David, sintiendo muchos males y penas, aunque en el tiempo de su abundancia le había parecido y dicho que no se habia de mover jamás. Así el alma, como

entonces se ve actuada con aquella abundancia de bienes espirituales, no echando de ver la raíz de la imperfección é impureza que todavía le queda, piensa que se acabaron sus trabajos. Mas este pensamiento las menos veces acaece; porque hasta que esté acabada de hacer la purgación espiritual, muy raras veces suele ser la comunicación suave tan abundante que le encubra la raíz que queda, de manera que deje el alma de sentir allá en el interior un no sé qué que le falta ó que está por hacer, que no le deja cumplidamente gozar de aquel alivio, sintiendo allá dentro como un enemigo suyo, que aunque está como sosegado y dormido, se recela que volverá á revivir y á hacer de las suyas. Y así es, que cuando más segura está y *menos se cata*, vuelve á tragar y á absorber al alma en otro grado *peor* y más duro y oscuro y lastimero que el pasado, el cual durará otra temporada, por ventura más larga que la primera. Y aquí el alma otra vez viene á *creer* que todos los bienes están acabados para siempre. Que no le basta la experiencia que tuvo del bien pasado que gozó después del primer trabajo, en que también pensaba que ya no había más que penar, para dejar de creer en este segundo grado de aprieto que está ya todo acabado y que no volverá como la vez pasada. Porque, como digo, esta creencia tan confirmada se causa en el alma de la actual aprehensión del espíritu, que aniquila en él todo lo que *á ella es contrario*. *Esta es la causa porque los que yacen en el purgatorio padecen grandes dudas de que han de salir de allí jamás, y de que se han de acabar sus penas* (1). *Porque aunque habitualmente tienen las tres virtudes Teologales, fe, esperanza y caridad, la actualidad que tienen del sentimiento de las penas y privación de Dios, no les deja gozar del bien actual y consuelo de estas virtudes: porque aunque ellos echan de ver que quieren bien á Dios, no les consuela ésto, porque no les parece que los quiere Dios á ellos ni que de tal cosa son dignos; antes como se ven privados de él, puestos en sus miserias, paréceles que tienen muy bien en sí por qué ser aborre-*

(1) El manuscrito de las Carmelitas de Toledo dice: «Y desean de acabar sus penas.» Es, sin duda, una errata.

cidos y desechados de Dios con mucha razón para siempre (1). Y así el alma aquí en esta purgación, aunque ella ve, que quiere bien á Dios, y que por él daría mil vidas (como es así la verdad, porque en estos trabajos aman con muchas veras estas almas á su Dios) con todo eso no le es alivio esto, antes le causa más pena; porque queriéndole ella tanto, porque no tiene otra cosa que le dé cuidado, como se ve tan miserable, no *pudiendo creer lo que Dios la quiere á ella, ni que tiene ni tendrá jamás* por qué, sino antes que tiene por qué ser aborrecida no sólo de él, sino de toda criatura para siempre, duélese de ver en sí causas, porque merezca ser desechada, de quien ella tanto quiere y desea.

§ IV

(Capítulo VIII)

DE OTRAS PENAS QUE AFLIGEN AL ALMA EN ESTE ESTADO

Pero hay aquí otra cosa que al alma aqueja y desconsuela mucho, y es que, como esta oscura noche la tiene así impedidas las potencias y aficiones, no puede levantar como antes el afecto ni mente á Dios, ni le puede rogar, pareciéndole lo que á Jeremías, que ha puesto Dios una nube delante porque no pase la oración. (Thren. III, 44). Porque esto quiere decir lo que en la autoridad alegada dice, es á saber: *Atrancó y cerró mis vías con piedras cuadradas.* (Ibid. 9). Y si

(1) a. Este pasaje lo traen ocho manuscritos. Falta, sin embargo, en dos bastante importantes, el de Burgos y Alba. Hay alguna probabilidad de que esto provenga de haberle quitado el Santo al revisar sus obras, para evitar torcidas interpretaciones. Acerca de su inteligencia, debemos notar que no es el Místico Doctor de la opinión de un corto número de teólogos que afirmaron que algunas almas del Purgatorio no están ciertas de su eterna salvación, bien porque Dios, para de este modo purificarlas más, las oculta la sentencia, ó bien porque la acerbidad de las penas de tal manera absorbe su mente, que no las deja distinguir si se hallan en el infierno ó en el lugar de expiación, ó bien por otras razones. (Véanse Santo Tomás *in IV Sententiarum*, dist. 21, quæst. 1.^a, art. 1.^o; Belarmino en su obra *Controversiæ adversus hæreticos*, Tract. de Purgatorio, lib. II, cap. IV; Billiot. *De Novissimis*, pág. 107 de la edición de 1902; y otros autores, los cuales refieren dicha opinión y la refutan). Para evidenciar esto que afirmamos, basta advertir que dice el Santo que tienen

algunas veces ruega, es con tanta sequedad y sin jugo, que le parece que no le oye Dios ni hace caso de ella, como también este profeta da á entender en la misma autoridad, diciendo: *Sed et cùm clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam*. Cuando clamare y rogare, ha excluido mi oración. (Ibid. 8). A la verdad *no es este tiempo de hablar con Dios, sino de poner, como dice Jeremías, su boca en el polvo, si por ventura le viniere alguna actual esperanza* (Ibid. 29), sufriendo con paciencia su purgación. Dios es el que aquí anda haciendo la obra en el alma; por eso ella no puede nada. De donde ni rezar ni asistir con mucha advertencia á las cosas Divinas puede, ni menos á las demás cosas y tratos temporales. Ni tiene sólo esto, sino también muchas veces tales enajenamientos, y tan profundos olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni pensó, ni qué es lo que hace ni qué es lo que va á hacer, ni *puede aunque quiera advertir á nada de aquéllo en que está*.

Que por cuanto aquí no sólo se purga el entendimiento de su lumbre y la voluntad de sus aficiones, sino también la memoria de sus discursos y noticias, conviene también aniquilarla acerca de todas ellas, para que se cumpla lo que de sí dice David en esta purgación es á saber: Y yo fui aniquilado, y no supe. (Ps. LXXII, 22). El cual no saber se refiere á estas insipiencias y olvidos de la memoria,

habitualmente las tres virtudes teologales, y sobre todo, que afirma que *echan de ver que quieren bien á Dios*. Con estas palabras no deja lugar á duda de que supone que tienen certidumbre de que se hallan en estado de salvación, pues saben muy bien las almas que los condenados, lejos de amar á Dios, le aborrecen. Por otra parte, en ninguna de sus proposiciones se le escapa decir que ignoren ó duden estar en el Purgatorio. Lo que sí dice es, que padecen dudas de que han de salir de allí; dudas que no proceden de la razón, ni son propiamente tales, sino un temor de la duración de la penas; *Timent tamen, como dice Gotti, diuturnitatem pœnarum*. (Theol. Dogm., De Purg. q. III., dub. III., n. XVIII); es un parecerles que se dilata, que nunca va llegar (pues sin duda Dios les oculta cuánto tiempo estarán allí) la consecución de aquellos bienes que con tantas ansias esperan. De ahí proviene el que los días se les hacen siglos.

Lo que dice que les parece que Dios no los quiere, se explica según lo que dicen los autores que Jesús se les muestra airado. «Y aun si sólo se sintiesen, escribe Bougaud, alejadas, separadas de él! ¡Pero se ven también rechazadas! ¡Míralas Él con cólera!...» (El Cristianismo y los tiempos presentes, tomo 5.º, pág. 286.)

las cuales enajenaciones y olvidos son causados del interior recogimiento en que esta contemplación absorbe al alma. Porque, para que el alma quede dispuesta y templada á lo Divino con sus potencias para la Divina unión de amor, convenia que primero fuese absorta con todas ellas en esta Divina y oscura luz espiritual de contemplación, y así fuese abstraída de todas las aficiones y aprehensiones de criaturas. Lo cual regularmente dura según es la intensión. Y así cuanto esta Divina luz embiste más sencilla y pura en el alma, tanto más la oscurece, vacía y aniquila acerca de sus aprehensiones y aficiones particulares, así de cosas de arriba como de abajo. Y también, cuanto menos sencilla y pura embiste, tanto menos la priva y menos oscura le es. Que es cosa que parece increíble decir que la luz sobrenatural y Divina tanto más oscurece al alma, cuanto ella tiene más de claridad y pureza; y cuanto menos, le sea menos oscura. (1) Lo cual se entiende bien (2) si consideramos lo que arriba queda probado en la sentencia del filósofo, conviene á saber, que las cosas sobrenaturales tanto son á nuestro entendimiento más oscuras, cuanto ellas son en sí más claras y manifiestas.

Y para que más claro se entienda, pondremos aquí una semejanza de la luz natural y común. Vemos que en el rayo del sol, que entra por la ventana, cuanto más puro y limpio es de átomos, tanto menos claramente se ve, y cuanto más de átomos y motas tiene el aire, tanto más claro parece al ojo. La causa es, porque la luz no es la que se ve por sí misma, sino el medio con que se ven las demás cosas que embiste. Y entonces ella, por la reverberación que hace en ellas, también se ve, y si no diese en ellas, ni ella se vería. De tal manera que si el rayo del sol entrase por la ventana de un aposento, y pasase por otra de la otra parte, por medio del aposento, como no topase en alguna cosa, ni hubiese en él aire, ni átomos en que reverberase, no tendría el aposento más luz que antes, ni el rayo se echaría de ver; antes, si bien se mirase, entonces hay más obscuridad, por donde está el rayo, porque priva y oscurece

(1) Véase la página 158 del tomo I.

(2) Estas palabras «*se entiende bien*» faltan en los manuscritos. El contexto necesariamente las exige, pues sin ellas queda imperfecto el sentido.

*algo de la otra luz, y él no se ve, porque como habemos dicho, no hay objetos visibles en que pueda reverberar (1). Pues ni más ni menos hace este divino rayo de contemplación en el alma, que embistiendo en ella con su lumbre divina excede el natural del alma, y en esto la obscurece y priva de todas las aprehensiones y afecciones naturales, que antes mediante la luz natural aprehendía, y así no sólo la deja oscura, sino también vacía según las potencias y apetitos así espirituales como naturales. Y dejándole así vacía y á oscuras la purga é ilumina con divina luz espiritual, sin pensar que la tiene, sino que está en tinieblas, como habemos dicho del rayo, que, aunque está en medio del aposento, si está puro y no tiene en qué topar, no se ve. Pero con esta luz espiritual de que está embestida el alma, cuando tiene en qué reverberar, esto es, cuando se ofrece alguna cosa que entender espiritual de perfección, por mínimo átomo que sea (2) ó juicio de lo que es falso ó verdadero, luego lo ve y entiende mucho más claramente que antes que estuviese en estas oscuridades. Y ni más ni menos conoce la luz que tiene espiritual, para conocer con facilidad la imperfección que se le ofrece; así como cuando el rayo que habemos dicho está oscuro en el aposento, aunque él no se ve, si se ofrece pasar por él una mano ó cualquiera cosa, luego se ve la mano, y se conoce que estaba allí aquella luz del Sol. Donde por ser esta luz espiritual tan sencilla, pura y general, no afectada ni particularizada á ningún particular inteligible, natural ni Divino (pues acerca de todas estas aprehensiones tiene las potencias del alma vacías y aniquiladas), de aquí es que con grande generalidad y facilidad conoce y penetra el alma cualquiera cosa de arriba ó de abajo que se ofrece; que por eso dijo el Apóstol: *Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei*. Que el espiritual todas las cosas penetra, hasta los profundos de Dios. (1 ad Cor. II, 10.) Porque de esta sabiduría general y sencilla se en-*

(1) a. Este párrafo no se suprimió por otra causa que por haber ya puesto el Santo la misma comparación que en él hace en la *Subida del Monte Carmelo*. Véase la pág. 157 y 158. Por idéntica razón se suprimió otro muy interesante en la *Llama de amor viva*, como adelante se verá.

(2) c.

tiende lo que por el Sabio dice el Espíritu Santo, es á saber: *Attingit autem ubique propter suan munditiam*. Que toca hasta do quiera por su pureza (Sap. VII, 24); es á saber, porque no se particulariza á ningún particular inteligible ni afición. Y esta es la propiedad del espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares aficiones é inteligencias, que en este no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío, oscuridad y tinieblas, lo abraza todo con gran disposición, para que se verifique en él místicamente lo de San Pablo: *Nihil habentes, et omnia possidentes*. (2 ad Cor. VI, 10.) Porque tal bienaventuranza se debía á tal pobreza de espíritu.

§ V

(Capítulo IX)

CÓMO, AUNQUE ESTA NOCHE OSCURECE AL ESPÍRITU,
ES PARA ILUSTRARLE Y DARLE LUZ

Resta, pues, aquí decir que esta dichosa noche, aunque oscurece al espíritu, no lo hace sino por darle luz de todas las cosas; y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y levantarle; y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que Divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo. Porque así como los elementos, para que se comuniquen en todos los compuestos y entes naturales, conviene que con ninguna particularidad de color, olor ni sabor estén afectados, para poder concurrir con todos los sabores, olores y colores, así al espíritu le conviene estar sencillo, puro y desnudo de todas maneras de aficiones naturales, así actuales como habituales, para poder comunicar con libertad con la anchura del espíritu con la Divina Sabiduría, en que por su limpieza gusta todos los sabores de todas las cosas con cierta manera de excelencia. Y sin esta purgación en ninguna manera podrá sentir ni gustar la satisfacción de toda esta abundancia de sabores espirituales. Porque una sola afición que

tenga, ó particularidad á que esté el espíritu asido actual ó habitualmente, basta para no sentir ni gustar ni comunicar la delicadeza é intimo sabor del espíritu de amor, que contiene en sí todos los sabores con gran eminencia.

Porque así como los hijos de Israel, sólo porque les había quedado una sola afición y memoria de las carnes y comidas que habían gustado en Egipto (Exod. XVI, 3), no podían gustar el delicado pan de ángeles en el desierto, que era el Maná, el cual, como dice la Divina Escritura, tenía suavidad de todos los gustos, y se convertía al gusto que cada uno quería (Sap. XVI, 21); así no puede llegar á gustar los deleites del espíritu de libertad, según la voluntad desea, el espíritu que todavía estuviere afectado con alguna actual ó habitual afición, ó con particulares inteligencias, ó cualquiera otra limitada aprehensión. La razón de esto es, porque las aficiones, sentimientos y aprehensiones del espíritu perfecto, *porque son Divinas*, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural y *eminente* (1), que para poseer las unas actual y habitualmente, se han de aniquilar las otras, *como hacen dos contrarios que no pueden estar juntos en un sujeto*. Por tanto conviene mucho y es necesario para que el alma haya de pasar á estas grandezas, que esta noche oscura de contemplación la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola á oscuras, seca, apartada y vacía; porque la luz que se le ha de dar, es una altísima luz Divina que excede toda luz natural, y que no cabe naturalmente en el entendimiento. Y así conviene que para que el entendimiento pueda llegar á unirse con ella y hacerse Divino en el estado de perfección, sea primero purgado y aniquilado en su lumbre natural, poniéndolo actualmente á oscuras por medio de esta oscura contemplación. La cual tiniebla conviene que le dure tanto cuanto sea menester para expeler y aniquilar el hábito que de mucho tiempo tiene en su manera de entender, en sí formado, y en su lugar quede la ilus-

(1) c. Hace aquí el Místico Doctor, conforme lo ha de costumbre, una trasposición. La construcción natural (que en este caso resultaría con menos gracia) debía ser: «Son de otra suerte y género tan diferente y eminente del natural».

tración y luz Divina. Y así, por cuanto aquella fuerza que tenía de entender antes, es natural; de aquí se sigue que las tinieblas que aquí padece son profundas y horribles, y muy penosas, porque como se sienten en *la profunda sustancia* del espíritu, *parecen tinieblas sustanciales* (1). Ni más ni menos (por cuanto la afición de amor que se le ha de dar en la Divina unión es Divina, y por eso muy espiritual, sutil y delicada, y muy interior, que excede á todo afecto y sentimiento natural é imperfecto de la voluntad, y todo apetito de ella) conviene que para que la voluntad pueda venir á *sentir* y gustar por unión de amor esta Divina afición y deleite tan subido, *que no cae en la voluntad naturalmente* (2), sea primero purgada y aniquilada en todas sus aficiones y sentimientos, dejándola en seco y en aprieto tanto cuanto conviene según el hábito que tenía de naturales aficiones, así cerca de lo Divino como de lo humano. Para que extenuada, enjuta y *extricada* en el fuego de esta oscura contemplación, de todo género de demonio (como el corazón del pez de Tobías en las brasas), tenga disposición pura y sencilla, y el paladar purgado y sano para sentir los subidos y peregrinos toques del Divino amor en que se verá transformada Divinamente, expelidas todas las contrariedades actuales y habituales, como decimos, que antes tenía. También, porque para la dicha unión á que la dispone esta oscura noche, ha de estar el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios, que encierra en sí innumerables bienes y deleites que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer, *porque en tan flaco é impuro natural no la puede recibir* (3) (porque según dice Isaías: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis, qui diligunt illum*. Ni ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que aparejó Dios á los que le aman) (Isai. LXIV, 4); conviene que primero sea puesta el alma en vacío y en pobreza de espíritu, purgándola de todo arrimo, consuelo y aprehensión natural acerca de todo lo de arriba y de abajo, para que así vacía esté bien pobre de espíritu y

(1) c. y a.

(2) a.

(3) a.

desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta noche oscura se alcanza, que es el estado de la unión con Dios.

Y porque el alma ha de venir á tener un sentido y noticia Divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas Divinas y humanas, que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan indiferentes que antes, como difiere la luz y gracia del Espíritu Santo del sentido, y lo Divino de lo humano), conviene al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del común y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplación en grande angustia y aprieto, y á la memoria remota de toda amigable y pacífica noticia, con sentido muy interior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solían ser. Porque en esto va sacando esta noche al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas, para traerle al sentido Divino, el cual es extraño y ajeno de toda manera humana, tanto, que le parece al alma que anda fuera de sí. Otras veces piensa si es encantamiento el que tiene ó embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que comunmente solía tratar. De lo cual es causa el irse ya haciendo remota el alma y ajena del común sentido y noticia acerca de las cosas, para que aniquilada en éste, quede informada en el Divino, que es más de la otra vida que de ésta.

Todas estas aflicciones y purgaciones del espíritu, para reengendrarla en vida de espíritu por medio de esta Divina influencia, las padece el alma, y con estos dolores viene á parir el espíritu de salud, porque se cumpla la sentencia de Isaías, que dice: *Sic facti sumus à facie tua, Domine. Concepimus, et quasi parturivimus, et peperimus spiritum.* De tu faz, Señor, concebimos, y estuvimos como con dolores de parto, y parimos el espíritu de salud. (Isai. XXVI, 17 y 18.) Demás de esto, porque por medio de esta noche contemplativa se dispone el alma para venir á la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable que, como dice la Escritura, excede todo sentido, conviénele al alma que toda la paz primera deje (que por cuanto

estaba envuelta con imperfecciones, no era paz, aunque á ella le parecía, porque andaba á su sabor, que era paz, paz dos veces, esto es, *que tenía ya adquirida la paz del sentido y del espíritu, según se veía llena de abundancias espirituales de esta paz del sentido y del espíritu, porque, como digo, aún es imperfecta*), y sea primero purgada en ella y quitada y perturbada de esta paz; como lo sentía y lloraba Jeremías en la autoridad que de él alegamos, para declarar los trabajos de esta noche pasada, diciendo: Quitada y despedida está mi alma de la paz. (Thren. III, 17). Esta es una penosa purgación de muchos celos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que con la aprehensión y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre. De aquí es que entró en el espíritu un dolor y gemido tan profundo que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos á veces por la boca, y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer; aunque las menos veces hay este alivio. David declaró muy bien ésto, como quien también lo experimentó en un Salmo, diciendo: *Afflictus sum et humiliatus sum nimis: rugiebam a gemitu cordis mei*. Fui muy afligido y humillado, rugía del gemido de mi corazón. (Ps. XXXVII, 9.) El cual rugido es cosa de gran dolor; porque algunas veces con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, *tanto se levanta y cerca en dolor y pena, las afecciones del alma*, que no sé cómo se podría dar á entender, sino por la semejanza que el Santo Job, estando en el mismo trabajo, por estas palabras dice: De la manera que son las avenidas de las aguas, así el rugido mío. (Job, III, 24.) Porque así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma algunas veces crece tanto, que anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y fuerzas sobre todo lo que se puede encarecer. Tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del día. Porque á este propósito dice también el profeta Job: *Nocte os meum perforatur doloribus: et qui me comedunt; non dormiunt*. En la noche es horadada mi boca con dolores, y

los que me comen no duermen. (Job, XXX, 17.) Aquí por la boca se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores que en despedazar al alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos, que así la traspasan, nunca cesan.

Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda; y el dolor espiritual es íntimo y delgado y apurado, porque el amor que ha de poseer, ha de ser también muy íntimo y apurado. Porque cuanto más íntima y esmerada ha de ser y quedar la obra, tanto más íntima, esmerada y pura ha de ser la labor, y tanto más fuerte cuanto el edificio más firme. Por eso, como dice Job, se está marchitando en si misma el alma, é hirviendo sus interiores sin alguna esperanza. (Job. XXX, 16.) Y ni más ni menos; porque el alma ha de venir á poseer y gozar en el estado de perfección, á que por medio de esta purgativa noche camina, de innumerables bienes de dones y virtudes, así según la sustancia del alma como *también* según sus potencias *de ella*, conviene que primero generalmente se vea y sienta ajena y privada de todos ellos y *vacía y pobre de ellos*; y le parezca que de ellos está tan lejos, que no se pueda persuadir que jamás ha de venir á ellos, sino que todo bien se le acabó. Como también lo da á entender Jeremias en la dicha autoridad, cuando dice: Olvidado estoy de los bienes. (Thren. III, 17.)

Pero veamos ahora cuál sea la causa, por qué siendo esta luz de contemplación tan suave y amigable para el alma, que no hay más que desear (pues como arriba queda dicho, es la misma con que se ha de unir el alma y hallar en ella todos los bienes en el estado de la perfección que deseó), la causa con su embestimiento estos principios tan penosos y esquivos efectos que aquí habemos dicho. A esta duda fácilmente se responde, diciendo lo que ya en parte habemos dicho, y es que la causa de esto es que no hay de parte de la contemplación é infusión Divina cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite, como después se le dará. Sino la causa es la flaqueza é imperfección que entonces tiene el alma, y disposiciones que en si tiene contrarias para recibirlos. En los cuales embistiendo la dicha lumbre Divina, ha de padecer el alma en la manera ya dicha.

§ VI

(Capítulo X)

EXPLÍCASE DE RAÍZ ESTA PURGACIÓN POR UNA COMPARACIÓN

De donde para mayor claridad de lo dicho y de lo que se ha de decir, conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia ó luz Divina que aquí decimos, de la misma manera se há en el alma purgándola y disponiéndola para unirla consigo perfectamente, que se há el fuego en el madero para transformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle á secar, echándole la humedad fuera, y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y *aun de mal olor*, y yéndole secando poco á poco, le va sacando á luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y, finalmente, comenzándole á inflamar por de fuera y calentarle, viene á transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual término, ya de parte del madero ninguna acción ni pasión hay propia de madero, salvo la cantidad y gravedad *más espesa* que la del fuego, *porque* las propiedades del fuego y *acciones tiene en sí*: porque está seco, y seca; está caliente, y calienta; está claro y esclarece; está ligero mucho más que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos. A este *mismo* modo, pues, habemos de filosofar acerca de este Divino fuego de amor de contemplación, que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir afuera sus fealdades, y pónela negra y oscura, y así parece peor que antes y *más fea y abominable que solía*. Porque como esta Divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que por estar ellos muy arraigados y asentados en el alma, no los echaba ella de ver, y así no entendía que tenía en sí tanto mal, y ahora, para echarlos fuera y aniquilarlos se los ponen al ojo, y los ve tan clara-

mente, alumbrada por esta oscura luz de Divina contemplación (aunque no es peor que antes ni en sí ni para con Dios), como ve en sí lo que antes no veía, parecele claro que está tal, que no sólo no está para que Dios la vea, *más que está* para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida. De esta comparación podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

Lo primero podemos entender, cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar en el alma, es la misma que al principio la purga y dispone; así como el mismo fuego, que transforma en sí el madero incorporándose en él, es el que primero le estuvo disponiendo para el mismo efecto.

Lo segundo echaremos de ver, cómo estas penalidades no las siente el alma de parte de la dicha Sabiduría, pues como dice el Sabio: Todos los bienes juntos le vienen al alma con ella (Sap. VII, 11); sino de parte de la flaqueza é imperfección que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgación su luz Divina, suavidad y deleite (así como el madero, que no puede luego que se le aplica el fuego ser transformado hasta que sea dispuesto), y por eso padece tanto. Lo cual también el Eclesiástico aprueba, diciendo lo que él padeció para venirse á unir con ella y gozarla, diciendo así: *Venter meus conturbatus est quærendo illam: propterea bonam possidebo possessionem.* Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseeré buena posesión. (Eccli. LI, 29.)

Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio. Porque el fuego no tendría en ellos *poder*, aunque se les aplicase, si ellos *no tuviesen imperfecciones en qué padecer* (1), que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada, no hay más que arder. Como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar (2).

Lo cuarto sacaremos de aquí cómo al modo que se va purgando

(1) c. «No tendría en ellos poder, si ellos *estuvieran del todo dispuestos para reinar y unirse con Dios en gloria, y no tuviesen culpas por qué padecer.*» (Edic. ant.)

(2) s.

y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en amor; así como el madero al modo y paso que se va disponiendo, se va más calentando. Aunque esta inflamación de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces cuando deja de embestir la contemplación tan fuertemente, porque entonces tiene lugar el alma de ver, y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan la mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra. Así también cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuanto le haya inflamado.

Lo quinto, sacaremos también de esta comparación lo que arriba queda dicho, conviene á saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma á padecer más intensa y delgadamente que antes. Porque después de aquella muestra que se hace, después que se han purificado las imperfecciones más de afuera, vuelve el fuego de amor á herir en lo que está por consumir y purificar más adentro. En lo cual es más íntimo, sutil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las más íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y más arraigadas en lo de más adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que cuanto el fuego va entrando más adentro, va con más fuerza y furor disponiéndole lo más interior para poseerlo.

Lo sexto, también se sacará de aquí, la causa por qué le parece al alma que todo bien se le acabó, y que está llena de males, pues otra cosa en este tiempo no la llega, sino todo amarguras; así también como al madero que arde, que aire ni otra cosa da en él más que fuego consumidor. Pero después que se hagan otras muestras como las primeras, gozará más de adentro, porque ya se hizo la purificación más adentro (1).

(1) a. Este pasaje, sin duda, se dejó de imprimir por haberle omitido involuntariamente los amanuenses que sacaron copia de los manuscritos para hacer la primera impresión.

Lo séptimo sacaremos, que aunque el alma se goza muy ahincadamente en estos intervalos (tanto que, como dijimos, á veces le parece que no han de volver más los trabajos) con todo cuando han de volver presto no deja de sentir, si advierte (y á veces ella se hace advertir), una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido; porque parece que está amenazando para volver á embestir; y cuando es así, presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar é ilustrar más adentro, no se puede bien encubrir al alma acerca de lo ya purificado; así como también en el madero lo que más adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado; y cuando vuelve á embestir más adentro esta purificación, no hay que maravillarse que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver más á los bienes, pues que puesta en pasiones más interiores, todo el bien de afuera se le escondió.

Llevando, pues, delante de los ojos esta comparación con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera Canción de esta oscura noche y de sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya á tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan á cantar desde este segundo verso.

Con ansias en amores inflamada.

§ I

(Capítulo XI)

COMIÉNZASE Á EXPLICAR EL SEGUNDO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN.
DICE CÓMO EL ALMA, POR FRUTO DE ESTOS RIGUROSOS APRIETOS, SE HALLA
CON VEHEMENTE PASIÓN DE AMOR DIVINO.

En el cual verso da á entender el alma el fuego de amor que hemos dicho que, á manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplación penosa. La cual inflamación, aunque es en cierta manera como la que arriba

declaramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquélla ésta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo ó la parte espiritual de la sensitiva. Porque ésta es una inflamación de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor Divino con cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular; porque como decimos, el entendimiento está á oscuras.

Siente aquí el espíritu apasionado en amor mucho; porque esta inflamación espiritual hace pasión de amor. Que por cuanto este amor es infuso, *es más pasivo que activo* (1), y así engendra en el alma pasión fuerte de amor. Y va teniendo ya este amor algo de unión con Dios; y así participa algo de sus propiedades, las cuales son más acciones de Dios que de la misma alma, *las cuales se sujetan en ella pasivamente aunque el alma lo que aquí hace es dar el consentimiento; mas* al calor y fuerza, y temple y pasión de amor, ó inflamación, como aquí la llama el alma, sólo el amor de Dios que se va uniendo con ella, se le pega. El cual amor tanto más lugar y disposición halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto más cerrados, enajenados é inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra. Lo cual en esta oscura purgación, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan *destetados todos los gustos* y tan recogidos, que no puedan gustar de cosa que ellos quieran. Todo lo cual hace Dios á fin de que apartándolos y recogiénolos todos para sí, tenga el alma más fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios, que por este medio purgativo le comienza ya á dar, en que el alma ha de amar con *gran fuerza* de todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos *del alma*; lo cual no podía ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa. Que por eso, para poder David recibir la fortaleza del amor de esta unión de Dios, decía á Dios: *Fortitudinem meam ad te custodiam*. Mi fortaleza guardaré para tí (Ps. LVIII, 10); esto es, toda la habilidad y apetitos

(1) c.

y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operación ni gusto fuera de ti en otra cosa.

Según esto, en alguna manera se podría considerar cuánta y cuán fuerte podrá ser esta inflamación de amor en el espíritu, donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee sus fuerzas y virtudes en este amor, y así venga á cumplir de veras con el primer precepto, que no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor, dice: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua*. Amarás á Dios de todo tu corazón, y de toda tu mente, de toda tu alma, y de todas tus fuerzas. (Deuter. VI, 5.)

Recogidos, pues, aquí en esta inflamación de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada, según todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podemos entender que serán los movimientos y digresiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor y *sin la posesión* y satisfacción de él, en la oscuridad y duda? Sin duda padeciendo hambre, *como los canes que decía David rodearon la ciudad, y no se viendo hartos de este amor, quedan ahullando y gimiendo*. Porque el toque de este amor y fuego Divino, de tal manera seca el espíritu, y le enciende tanto los apetitos por satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí, y desea de mil modos y maneras á Dios, con la codicia y dēseo *del apetito*. David da muy bien á entender esto en un Salmo, diciendo: *Sitivit in te anima mea: quàm multipliciter tibi caro mea*. Mi alma tuvo sed de ti: cuán de muchas maneras se há mi carne á tí (Ps. LXII, 2); esto es, en deseos. Y otra translación dice: Mi alma tuvo sed de ti, mi alma perece por ti.

Esta es la causa por qué dice el alma en el verso: «*Con ansias en amores inflamada*». Porque en todas las cosas y pensamientos que en si revuelve, y en todos los negocios, y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece en el deseo también á este modo de muchas maneras en todos los tiempos y lugares, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia inflamada y herida, según el

Santo Job lo da á entender, diciendo: *Sicut cervus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam, quando consurgam? et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras.* Así como el ciervo desea la sombra, y el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos, y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recostare á dormir, diré: ¿Cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche. (Job. VII, 2.) Hácese á esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores hasta las tinieblas que aquí dice Job, que hablando espiritualmente y á nuestro propósito, es un penar y padecer sin consuelo y hasta de cierta esperanza de alguna luz y bien espiritual. De donde su ansia y pena en esta inflamación de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes. Lo uno de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen. Lo otro, de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula con su herida amorosa, y maravillosamente la atiza. Las cuales dos maneras de padecer en semejante sazón da bien á entender Isaías, diciendo: *Anima mea desideravit te in nocte.* Mi alma te deseó en la noche (Isai. XXVI, 9), esto es, en la miseria. Y esta es la una manera de padecer de parte de esta noche oscura; pero con mi espíritu, dice, en mis entrañas hasta la mañana velaré á ti. *Sed et spiritu meo in præcordiis meis de mane vigilabo ad te* (ibid). Y esta es la segunda manera de penar en deseo y ansia de parte del amor en las entrañas del espíritu, que son las aficiones espirituales. Pero en medio de estas penas oscuras y amorosas siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces, que como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestia; de aquí es, que en cesando de embestir en ella, cesan las tinieblas y la fuerza y calor de amor en el alma.

§ II

(Capítulo XII)

DICE CÓMO ESTA HORRIBLE NOCHE ES PURGATORIO, Y CÓMO EN ELLA ILUMINA LA DIVINA SABIDURÍA Á LOS HOMBRES EN EL SUELO CON LA MISMA ILUMINACIÓN QUE PURGA É ILUMINA Á LOS ÁNGELES EN EL CIELO

Por lo dicho echaremos de ver, cómo esta oscura noche de fuego amoroso, así como á oscuras va purgando, así á oscuras va el alma inflamándose. Echaremos de ver también, que así como se purgan los espíritus (1) en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual. Porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego, y acá se limpian é iluminan sólo con amor. El cual amor pidió David, cuando dijo: *Cor mundum crea in me, Deus*, etc. (Psalm. L, 12). Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios. Que los limpios de corazón son llamados por nuestro Salvador bienaventurados; lo cual es decir tanto como enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

Y que se purgue iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa (porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde), muéstralo bien Jeremias, donde dice: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudit me*. Envío fuego en mis huesos, y enseñóme (Thren. I, 13). Y David dice que la Sabiduría de Dios es plata examinada en *fuego, esto es*, en fuego purgativo de amor. (Psalm. CXI, 7.) Porque esta oscura contemplación juntamente infunde en el alma amor y sabiduría á cada uno según su capacidad y necesidad, alumbrando al alma y purgándola, como dice el sabio, de sus ignorancias, como dice que lo hizo con él: *Ignorantias meas illuminavit* (Eccles. LI, 26) (2).

(1) c. H. Matr. y T.—Los *predestinados*. (Edic. ant.)

(2) *Antiquitus erat in Biblia, ut constat ex correctione illius*.

De aquí también inferimos, que purga estas almas y las ilumina la misma Sabiduría de Dios que purga los ángeles de sus ignorancias, *haciéndolos saber, alumbrándolos en lo que no sabían*, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles é inspiraciones, se dice con verdad y propiedad en la Escritura hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos también de unos en otros sin alguna dilación: así como el rayo del Sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre si. Que aunque es verdad que de suyo el rayo pasa por todas, todavía cada una le envía é infunde en la otra más modificado, conforme al modo de aquella vidriera, algo más abreviada y remisamente, según ella está más ó menos cerca del Sol. De donde se sigue que los superiores espíritus y los de abajo, cuanto más cercanos están de Dios, más purgados están y clarificados con más general purgación; y que los postreros recibirán esta ilustración muy más tenue y remota. De donde se sigue, que el hombre *que está el postrero, hasta el cual se viene derivando esta contemplación amorosa* (1), cuando Dios le quiere dar, la ha de recibir á su modo, y muy limitada y penosamente. Porque la luz de Dios que al ángel ilumina, esclareciéndole y suavizándole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre por ser impuro y flaco, naturalmente le ilumina (como arriba queda dicho), oscureciéndole, dándole pena y aprieto (como hace el Sol al ojo enfermo, que le alumbra apasionada y aflictivamente), hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole, para que con suavidad pueda recibir la unión (2) de esta amorosa influencia á modo de los ángeles, ya purgado, como después diremos, mediante el Señor (3). Pero en el entretanto, esta contemplación y noticia amorosa recibela en el aprieto y ansia de amor que decimos aquí.

(1) c.

(2) Los Mss. A. y M. dicen: La *infusión*.

(3) c. En las ediciones se introducían las siguientes palabras que no son genuinas del Santo: «Porque almas hay que en esta vida recibieron más perfecta iluminación que los ángeles.»

Esta inflamación y ansia de amor no siempre la anda el alma sintiendo. Porque á los principios que comienza esta purgación espiritual, todo se le va á este Divino fuego más en enjugar y disponer la materia del alma, que en calentarla; pero ya *andando el tiempo* cuando ya este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor. Aquí como se va purgando más el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece algunas veces que esta mística y amorosa teología juntamente con inflamar la voluntad, hiere también, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbre Divina tan sabrosa y divinamente, que ayudada de ella la voluntad se afervora maravillosamente, ardiendo en ella, y *sin ella hacer nada*, este Divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego con la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un Salmo, diciendo: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*. Calentóse mi corazón dentro de mí, y cierto fuego, en tanto que yo entendía, se encendió. (Psalm. XXXVIII, 4.) Y este encendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, *que se unen aquí*, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma. Porque es cierto *toque en la divinidad* y ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y así á este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega, sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación. Mas para otros grados más bajos que ordinariamente acaecen, no es menester tanta purgación.

De lo que aquí habemos dicho se colige, cómo en estos bienes espirituales, que pasivamente se infunden por Dios en el alma, puede muy bien amar la voluntad sin entender el entendimiento; así como el entendimiento puede entender sin que ame la voluntad; porque pues esta noche oscura de contemplación consta de luz divina y amor, así como el fuego tiene luz y calor, no es inconveniente, que cuando se comunica esta luz amorosa, algunas veces hiera más en la voluntad inflamándola con el amor, dejando á oscuras el entendimiento sin herir en él con la luz; y otras, alumbrándole con la luz, dando inteligencia, dejando seca

la voluntad (como también acaece poder recibir el calor del fuego sin ver la luz, y también ver la luz sin recibir el calor), y esto obrándolo el Señor, que infunde como quiere (1).

§ III

(Capítulo XIII)

DE OTROS SABROSOS EFECTOS QUE OBRA EN EL ALMA ESTA OSCURA NOCHE DE CONTEMPLACIÓN

Por este modo de inflamación podemos entender algunos de los sabrosos efectos que va ya obrando en el alma esta oscura noche de contemplación; porque algunas veces en medio de estas oscuridades es ilustrada el alma, y luce la luz en las tinieblas (Joan. I, 5), derivándose esta *inteligencia* mística al entendimiento, *quedándose seca la voluntad, quiero decir, sin unión actual de amor*, con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra. Algunas veces también hiere juntamente, como queda dicho, en la voluntad, y prende el amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias entendimiento y voluntad, cuando se va más purgando el entendimiento, tanto más perfecta y delicadamente cuanto él lo está más. Pero antes de llegar aquí, más común es sentirse en la voluntad el toque de la inflamación, que en el entendimiento el toque de la inteligencia.

(1) a. No nos detenemos á declarar lo que aquí dice el Místico Doctor, puesto que él mismo lo hace en la canción XXVI, verso 2.º del Cántico espiritual de la segunda escritura, y en la XVII, verso 2.º del de la redacción primera. La misma doctrina vuelve á enseñar y la explica maravillosamente en un párrafo hasta ahora inédito de una y otra *Llama de amor viva* (Canc. 3.ª, v. 3.º, párrafo X). Pueden verse también Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús en los *Conceptos del amor de Dios*, cap. VI, núms. 8, 14, 15 y 16, y el Venerable Padre Juan de Jesús María, C. D., en su *Escuela de la Oración*, tratado duodécimo, Duda quinta.

Pero nace aquí una duda, y es: ¿Por qué, pues, estas dos potencias se van purgando á la par, se siente á los principios más comunmente en la voluntad la inflamación y amor de la contemplación purgativa, que en el entendimiento la inteligencia de ella? A esto se responde, que aquí no hiere derechamente este amor pasivo en la voluntad, porque la voluntad es libre, y esta inflamación de amor más es pasión de amor que acto libre de la voluntad, porque hiere en la sustancia del alma este calor de amor, y así mueve las afecciones pasivamente. Y así ésta antes se llama pasión de amor que acto libre de la voluntad: el cual en tanto se llama acto de la voluntad en cuanto es libre. Pero porque estas pasiones y afecciones se reducen á la voluntad, por eso se dice que si el alma está apasionada en alguna afección, lo está la voluntad; y así es la verdad, porque desta manera se cautiva la voluntad y pierde su libertad, de manera que la lleva tras sí el ímpetu y fuerza de la pasión: y por eso podemos decir que esta inflamación de amor es en la voluntad, esto es, inflama el apetito de la voluntad; y así ésta antes se llama, como decimos, pasión de amor que obra libre de la voluntad. Y porque la pasión receptiva del entendimiento sólo puede recibir la inteligencia desnuda y pasivamente (y esto no puede sin estar purgado), por eso antes que lo esté, siente el alma menos veces el toque de inteligencia que el de la pasión de amor. Porque para esto no es menester que la voluntad esté tan purgada acerca de las pasiones, pues que aun las pasiones le ayudan á sentir amor apasionado (1).

Esta inflamación y sed de amor, por ser ya aquí del Espíritu Santo, es diferentísima de la otra que dijimos en la noche del sentido. Porque aunque aquí el sentido también lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu, sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente, y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido, aunque sin comparación es mayor que en la primera noche sensitiva, no le

(1) a. Este importante y notabilísimo párrafo sirve en gran manera para aclarar varios puntos de estas Obras. Para su mejor inteligencia léanse las páginas 84 y 85 de este mismo tomo.

tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada se puede remediar.

Pero aquí conviene notar que aunque á los principios, cuando comienza esta noche espiritual, no se siente esta inflamación de amor, por no haber obrado este fuego de amor, en lugar de eso da desde luego Dios al alma un amor estimativo tan grande de Dios, que, como habemos dicho, todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche, es ansia de pensar si tiene perdido á Dios y pensar si está dejada de él. Y así siempre podemos decir que desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora también de inflamación. Y vése que la mayor pasión que siente entre estos trabajos es este recelo; porque si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no esta enojado, no se le daría nada de todas aquellas penas, antes se holgaría sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimación que tiene á Dios, aunque á oscuras sin sentirlo ella, que no sólo eso, sino que holgaría mucho de morir muchas veces por satisfacerle. Pero cuando ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimación que ya tiene de Dios, suele cobrar tal fuerza y brío y tal ansia por Dios, comunicándosela el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna, ni tener respeto á nada, en la fuerza y embriaguez del amor y deseo, sin mirar mucho lo que hace, haría cosas extrañas é inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofreciese, por poder encontrar con el que ama su alma.

Esta es la causa por qué á María Magdalena, con ser tan estimada en sí como antes era, no le hizo al caso la turba de hombres principales del convite que se hacia en casa del Fariseo, como dice San Lucas (VII, 37), ni el mirar que no venía bien ni lo parecía ir á llorar y derramar lágrimas entre los convidados, á trueque de (sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y sazón) poder llegar ante aquel de quien estaba ya su alma herida é inflamada. Y esta es la embriaguez y osadía de amor, que con saber que su amado estaba encerrado en el sepulcro con una grande piedra sellado y cercado de soldados,

(Joan. XX, 1) que, porque no le hurtasen sus discípulos, le guardaban, no le dió lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante, para dejar de ir antes del día con los unguentos para ungrirle. Y finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que creyendo que era hortelano le había hurtado del sepulcro, que le dijese si le había él tomado, dónde le había puesto, para que ella lo tomase (Joan. XX, 15): no mirando que aquella pregunta en libre juicio y razón era disparate, pues que está claro que si el otro le había hurtado, no se lo había de decir, ni menos se lo había de dejar tomar; porque esto tiene la vehemencia y fuerza del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deba emplear, ni buscar otra, sino á quien ella busca y á quien ella ama; pareciéndole que no hay otra cosa que querer ni en qué se emplear sino en aquello *y que también todos andan en aquello*. Que por eso cuando la Esposa salió á buscar á su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que si lo hallasen ellas le hablasen diciendo de ella que penaba por su amor. (Cant. V, 8). Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara, aunque más le fuera defendido. A este talle, pues, son las ansias de amor que va sintiendo esta alma, cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgación. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purgativas) según las aficiones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona ú osa va á buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los halla, anda esta herida alma á buscar á su Dios. Porque como está en tinieblas, siéntese sin él, estando muriendo de amor por él. Y este es el amor impaciente en que no puede durar mucho el sujeto sin recibir ó morir, según el que tenía Raquel á los hijos cuando dijo á Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Dame hijos: si no, moriré. (Gen. XXX, 1.)

Pero es aquí de ver, cómo el alma sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios, como hace aquí en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse á juntar con Dios. La

causa es que como el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea querer unir, juntar é igualar y asimilar á la cosa amada, para perfeccionarse en el bien de amor; de aquí es, que no estando esta alma perfeccionada en amor, por no haber llegado á la unión, la hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión, y las fuerzas que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha hecho apasionada, la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada, aunque según el entendimiento, por estar á oscuras y no ilustrado se siente indigna y miserable.

No quiero dejar de decir aquí la causa, por qué, pues esta luz Divina es siempre luz para el alma, no la da luego que embiste en ella luz, como lo hace después, antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho antes de esto; pero á este particular se responde: Que las tinieblas y los demás males que el alma sinté cuando esta Divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz la alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta luz Divina; pero con ella no puede ver el alma primero, sino lo que tiene más cerca de sí, ó por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas ó miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veía, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y esta es la causa por qué al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada por el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que se le muestren los bienes de esta luz Divina; y expelidas y quitadas todas estas tinieblas é imperfecciones del alma, ya parece que se van conociendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche de contemplación.

Pues por lo dicho queda entendido cómo Dios hace mercedes aquí al alma de limpiarla y curarla con esta fuerte legía y amarga purga, según la parte sensitiva y espiritual de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en sí tenía acerca de lo temporal y de lo natural, sensitivo y espiritual, oscureciéndole las potencias interiores, y vaciándoselas acerca de todo esto, y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las

fuerzas naturales del ánimo acerca de todo ello (lo cual nunca el alma por sí misma pudiera conseguir, como luego diremos), haciéndola Dios desfallecer en esta manera á todo lo que no es Dios *naturalmente*, para ir la vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antiguo pellejo. Y así se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol, según Dios. (Ephes. IV, 24.) Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga Divino unido con el Divino. Y ni más ni menos inflámale la voluntad con amor Divino, de manera que ya no sea voluntad menos que Divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la Divina voluntad y amor; y la memoria, ni más ni menos; y también las aficiones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial, y más Divina que humana. Todo lo cual, según se ha ido diciendo, por lo que habemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola é inflamándola divinamente con ansias de sólo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la Canción, que dice:

*¡Oh dichosa ventura!
sali sin ser notada.*

§ IV

(Capítulo XIV)

EN QUE SE PONEN Y EXPLICAN LOS TRES VERSOS ÚLTIMOS
DE LA PRIMERA CANCIÓN

Esta dichosa ventura, fué por lo que dice luego en los siguientes versos:

*Sali sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

tomando la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y á oscuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se

lo estorbe. Porque como esta alma había de salir á hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse con su Amado Divino, sale afuera, porque el amado no se halla sino sólo afuera en la soledad. Que por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te?* etc. ¿Quién te me diese, hermano mío, que te hallase yo afuera y comunicase contigo mi amor? (Cant. VIII. 1.) Conveniale al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma adormidos y apagados por medio de esta noche, que son la gente de casa, que recordada siempre estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que salga libre de ellos. Porque estos son los domésticos que dice nuestro Salvador en el sagrado Evangelio, que son los enemigos del hombre: *Et inimici hominis domestici ejus.* (Matth. X, 36.) Y así convenía que las operaciones de éstos con sus movimientos estuviesen dormidos en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque durante la viveza y operación de éstos no puede alcanzarse. Que toda su obra y movimiento natural, antes estorba que ayuda á recibir los bienes espirituales de la unión de amor, por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio. Y así es menester que le tengan todas las potencias y se *hayan pasivamente* para recibirle, no entremetiendo allí su baja obra y vil inclinación.

Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche le adormeciese toda la gente doméstica de su casa; esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritualmente, *para que ella, sin ser notada, esto es, sin ser impedida de estas afecciones, etc. (por quedar ellas adormidas y mortificadas en esta noche en que las dejaron á oscuras, para que no pudiesen notar ni sentir á su modo bajo y natural, y así impidiesen al alma el salir de sí y de la casa de su sensualidad) llegase á la unión espiri-*

tual de perfecto amor de Dios (1). ¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender si no fuere, á mi ver, el alma que ha gustado de ello. Porque verá claro cuán misera servidumbre era la que tenía, y á cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba á la obra de sus potencias y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables, como iremos notando algunos de ellos en las siguientes Canciones, en que se verá más claro cuánta razón tenga el alma de contar por dichosa ventura el tránsito de esta horrenda noche que arriba queda dicho.

CANCIÓN SEGUNDA

(Capítulo XV)

A oscuras y segura
 Por la secreta escala disfrazada,
 ¡Oh dichosa ventura!
 A oscuras y en celada,
 Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

Va el alma cantando en esta Canción todavía algunas propiedades de la oscuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas, respondiendo á cierta objeción tácita, advirtiéndole que no se piense que por haber en esta noche y oscuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y horrores, como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse; porque antes en la oscuridad de esta noche se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la oscuridad de la noche iba mudado el traje, y disfrazada con tres libreas ó colores que después diremos; y por una escala muy secreta, que ninguno de casa lo sabía (que como también en su lugar notaremos, es la viva Fe.) Por lo cual salió tan encubierta

(1) a. y c. Mss. H. M. y Matr.

y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy segura; mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que estando despiertos y vivos no se lo consintieran.

Síguese, pues, el verso, y dice así:

A oscuras y segura.

(Capítulo XVI)

EXPLÍCASE CÓMO YENDO EL ALMA Á OSCURA VA SEGURA

La oscuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque todas se oscurecen de su natural lumbre en esta noche, porque purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas acerca de lo sobrenatural; porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados sin poder gustar de cosa ni Divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover á ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada; el entendimiento entenebrecido, sin poder entender cosa, y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías é inútiles, y sobre todo esto una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajendada de Dios. De esta manera «A oscuras», dice, que iba «segura». La causa de esto está bien declarada: porque ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos ó sus gustos, ó sus discursos, ó sus inteligencias, ó sus aficiones, porque de ordinario en éstas excede ó falta, ó varía ó desatina, y de ahí se inclina á lo que no conviene. De donde impedidas todas estas operaciones y movimientos, está claro que queda el alma segura de errar en ellos. Porque no sólo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio, los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

De aquí se sigue que cuanto el alma va más á oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura. Porque como dice el profeta: *Perditio tua Israël: tantummodo in me auxilium tuum* (Osee, XIII, 9): la perdición al alma solamente le viene de sí misma (esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos no concertados), y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengan luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, en que las hará Divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira en ello, muy bien echará de ver cuán poco se le divierte el apetito y las potencias á cosas inútiles y dañosas; y cuán segura está de vanagloria, y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir á oscuras, no sólo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

Pero á la duda que de aquí nace luego, conviene á saber, que pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le oscurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gozar de ellas, ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese, que entonces conviene *que tampoco le quede* operación ni gusto, acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y *muy naturales*; y así, aunque se les de el sabor y trato á estas potencias de las cosas sobrenaturales y Divinas, no le podrían recibir sino muy baja y naturalmente, *muy á su modo*. Porque como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe, está en el recipiente al modo del que la recibe. De donde porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza, ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es Divino, sino *sólo al suyo que es humano y bajo, como habemos dicho*; conviene que sean también oscurecidas acerca de esto Divino. Porque destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y *humano* modo de obrar y recibir, y así vengan á quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma, para poder recibir, sentir y gustar lo Divino y *sobrenatural* alta

y subidamente, lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene, comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrio y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y potencias del hombre con Dios, y por mucho que les parezca gustan de él, no le gustarán, divina y *espiritualmente, sino humana y naturalmente, como gustan las demás cosas, porque los bienes no van del hombre á Dios, sino vienen de Dios al hombre.* Acerca de lo cual (si este fuera lugar de ello) pudiéramos declarar aquí, cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios ó de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, y por ventura no son más que actos y apetitos naturales y humanos, que como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias á cualquier cosa. Si por ventura tuviéremos ocasión en lo restante, lo trataremos, diciendo algunas señales de cuándo los movimientos y acciones interiores del alma sean sólo naturales, y cuándo sólo espirituales, y cuándo espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir á ser movidos por Dios alta y divinamente, primero han de ser adormidos y oscurecidos, y sosegados en lo natural acerca de toda su habilidad y operación, hasta que desfallezcan.

Oh, pues, alma espiritual, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, é inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten á buena dicha; pues que te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente (á causa de la impureza y torpeza de ellas), como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía á oscuras como á ciego, á donde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinarás á caminar.

La causá también por qué el alma no sólo va segura, cuando así

va á oscuras, sino aún se va más ganando y aprovechando, es, porque comunmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando, es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad que la hace salir y deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo, que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabía y gustaba, y se va por donde no sabe ni gusta. Así como el caminante que para ir á nuevas tierras no sabidas ni experimentadas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados; camina no guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otros; y claro está que éste no podría venir á nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía; ni más ni menos el que va sabiendo más particularidades en un oficio ó arte, siempre va á oscuras, no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás, nunca saldría de él, ni aprovecharía en más: así de la misma manera el alma cuando va más aprovechando, va á oscuras y no sabiendo. Por tanto, como habemos dicho, Dios es aquí el maestro y guía de este ciego del alma. Bien puede ella, ya que lo ha venido á entender, con verdad alegrarse y decir: «A oscuras y segura.»

Otra causa también hay por qué en estas tinieblas ha ido el alma segura, y es, porque ha ido padeciendo; porque el camino de padecer es más seguro y aun más provechoso, que el de gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas é imperfecciones. Y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma, y haciéndola más sabia y cauta.

Pero aquí hay otra más principal causa por qué aquí el alma á oscuras va segura, y es de parte de la dicha luz, ó sabiduría oscura. Porque de tal manera la absorbe y embebe en si esta oscura noche de contemplación, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios. Porque, como está aquí puesta en cura esta alma, para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela

Su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa es estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni aun gozar de la luz, ni que sienta las pisadas, ni aun el rumor de los de la casa, y la comida muy delicada y muy por tasa y de substancia más que de sabor.

Todas estas propiedades (que todas son de seguridad y guarda del alma) causa en ella esta oscura contemplación, porque ella está puesta más cerca de Dios. Porque cuanto el alma más á él se acerca, más oscuras tinieblas siente y más profunda oscuridad por su flaqueza; así como el que más cerca del Sol llegase, más tinieblas y pena le causaría su grande resplandor por la flaqueza, impureza y cortedad de sus ojos. De donde tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento, que cuando llega más cerca, le ciega y oscurece. Y esta es la causa por qué en el salmo XVII dice David, que puso Dios por su escondrijo y cubierta las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire (v. 12). La cual agua tenebrosa en las nubes del aire es la oscura contemplación y Sabiduría Divina en las almas, como vamos diciendo. Lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca de él, como tabernáculo donde él mora, cuando Dios á si las va más juntando. Y así, lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tiniebla más oscura (como dice San Pablo), según lo declara luego David en el mismo Salmo, diciendo: *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt*. Por causa del resplandor que está en su presencia, salieron nubes y cataratas (Psalm. XVII, 13), conviene á saber, para el entendimiento natural, cuya luz, como dice Isaías: *Obtenebrata est in caligine ejus* (V. 30). ¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce! pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso; y por eso huimos de ello siendo lo que más nos conviene; y lo que más luce y llena nuestros ojos, lo abrazamos y vamos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que á cada paso nos hace dar de ojos. ¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues la misma

lumbre de sus ojos natural con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir á Dios! ¡Y que si ha de acertar á ver por dónde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos é ir á oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias! Bien está, pues, aquí el alma escondida y amparada en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios. Porque así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá ni más ni menos al alma de otro tanto y de amparo perfecto y seguridad, aunque ella quede en tinieblas, en que está escondida y amparada de si misma, y de todos los demás daños de criaturas, como habemos dicho; porque de las tales se entiende lo que también dice David en otro Salmo, diciendo: *Abcondes eos in abscondito faciei tuæ à conturbatione hominum: proteges eos in tabernaculo tuo à contradictione linguarum*. Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres: ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas (XXX, 30). En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque estar escondidos en el rostro de Dios de la turbación de los hombres, es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir. Y estar amparados en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas, es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados, y las potencias oscurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne, como de las demás criaturas. De donde esta alma bien puede decir, que va «á oscuras y segura.»

Hay también otra causa no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va segura á oscuras, y es por la fortaleza que desde luego esta oscura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma. Que al fin, aunque es tenebrosa, es agua, y por eso no ha dejar de refecionar y fortalecer al alma en lo que más le conviene, aunque á oscuras y penosamente. Porque desde luego ve el alma en si una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que

le parece cosa de su servicio. Porque aquel amor oscuro se le pega con un muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará ó dejará de hacer por él para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todas las fuerzas y apetitos y potencias del alma, como están recogidas de todas las demás cosas, emplean su conato y fuerza sólo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas á la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, «A oscuras, y segura.»

Por la secreta escala disfrazada.

§ I

(Capítulo XVII)

EXPLÍCASE CÓMO ESTA OSCURA CONTEMPLACIÓN SEA SECRETA

Tres propiedades conviene declarar acerca de tres vocablos que contiene el presente verso. Las dos, que son «secreta» y «escala», pertenecen á la noche oscura de contemplación que vamos tratando; la tercera, conviene á saber, «disfrazada», pertenece á el alma *por razón del modo que ella tiene* en esta noche. Quanto á lo primero, es de saber que el alma llama aquí en este verso á esta oscura contemplación por donde ella va saliendo á la unión de amor, «secreta escala», por estas dos propiedades que hay en ella, *es á saber, ser secreta y ser escala; y diremos de cada una de por sí.*

Primeramente llama secreta á esta contemplación tenebrosa; por cuanto según habemos tocado arriba, esta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice Santo Tomás que se comunica é infunde en el alma por amor (1). Lo cual acaece secretamente á oscuras de la obra natural del entendimiento y de las demás

(1) s. «Propter hoc Gregorius (hom. 14 in Ezech) constituit vitam contemplativam in charitate Dei.» *Summa Theologica*, 2.^a, 2.^{ae}, quæst, 180, art. 1.

potencias. De donde por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde y adorna en el alma, como dice la Esposa en los Cantares, sin *ella saberlo* (1) *ni* entender cómo sea, se llama secreta. Y á la verdad no sólo ella no lo entiende, pero nadie, ni el mismo demonio. Por cuanto el Maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente, *donde no puede llegar el demonio, ni el sentido natural, ni el entendimiento* (2). Y no sólo por eso se puede llamar secreta, sino también por los efectos que hace en el alma. Porque no solamente en las tinieblas y aprietos de la purgación, cuando esta sabiduría secreta purga al alma es secreta, por no saber decir de ella el alma nada; mas también después en la iluminación, cuando más á las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta para *discernir* (3) y ponerle nombre para decirle, que demás que ninguna gana le da al alma de decirlo, no halla modo ni manera, ni simil que le cuadre, para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado. Y así, aunque más gana tuviese de decirlo, y más significaciones trajese, siempre se quedaría secreto y *por decir*. Porque como aquella sabiduría interior es tan sencilla, tan general y espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie ó imagen sujeta al sentido; de aquí es que el sentido é imaginativa (cuando no entró por ellas ni sintieron su traje y color) no saben dar razón ni imaginarla, para decir algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría. Bien así como el que viese una cosa nunca vista, cuyo semejante tampoco nunca vió, que aunque la entendiese y gustase, no la sabría poner nombre ni decir lo que es, aunque más hiciese, y esto con ser cosa que la percibió con los sentidos; ¿cuánto menos, pues, se podrá manifestar lo que no entró por ellos? Que esto tiene el lenguaje de Dios, que por ser él muy íntimo al alma y espiritual, que excede todo sentido, luego hace cesar y enmudecer toda la armonía y habilidad de los sentidos exteriores é interiores. De lo cual tenemos autoridades y ejemplos juntamente en la Divina

(1) a.

(2) a.

(3) «Para decir.» Mss. A. M. y T.

Escritura. Porque la cortedad del manifestarlo y hablarlo exteriormente mostró Jeremías (I, 6), cuando habiendo hablado Dios con él no supo qué decir, sino a a. Y la cortedad interior, esto es, del sentido interior de la imaginación, y juntamente la del exterior acerca de esto, también la manifestó Moisen delante de Dios en la zarza (Exod. IV, 10), cuando no solamente dijo á Dios, que después que hablaba con él no sabia ni acertaba á hablar; pero ni aun (según se dice en los Actos de los Apóstoles) (VII, 32) *con la imaginación interior no se atrevió á considerar, pareciéndole que la imaginación estaba muy lejos y muda no sólo para formar algo de aquello que entendía en Dios, pero ni aun capacidad para recibir algo de ello. De donde por cuanto* (1) la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu *á espíritu puro, todo lo que es menos que espíritu* (2), como son los sentidos, no lo perciben, y así les es secreto y no lo saben ni pueden decir, *ni tienen gana porque no le ven* (3).

De donde podemos sacar la causa por qué algunas personas que van por este camino, que por tener almas buenas y temerosas, querrian dar cuenta á quien las rige de lo que tienen, y no saben ni pueden. *De aquí nace la grande repugnancia que tienen en decirlo*, mayormente cuando la contemplación es algo más sencilla, que la misma alma apenas la siente; pues sólo saben decir que el alma está satisfecha y quieta ó contenta, y decir que sienten á Dios y que les va bien á su parecer; mas no hay decir lo que el alma tiene, sino por términos generales semejantes á éstos. Otra cosa es cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc., las cuales, como ordinariamente se reciben debajo de alguna especie en que participa el sentido, que entonces debajo de aquella especie se puede ó debajo de otra semejanza decir. Pero este poderlo decir ya no es en razón de pura contemplación; porque esta *es indecible, como habernos dicho*, y por eso se llama secreta.

Y no sólo por eso se llama y es secreta, sino también porque esta sabiduría mística tiene propiedad de esconder al alma en sí. Porque

(1) a. (2) a. (3) a.

demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y la sume en un abismo secreto, que ella echa de ver claramente que está puesta alejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profunda y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve levantada sobre toda temporal criatura. Y tanto levanta y engrandece entonces este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que la hace conocer no solamente que va muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir Divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas Divinas, y cómo es imposible por vía y modo natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología. Y así, viendo el alma en la iluminación de ella esta verdad, de que no se puede alcanzar ni menos declarar con términos humanos ni vulgares, con razón la llama *secreta*.

Esta propiedad de ser secreta y sobre la capacidad natural esta Divina contemplación, tiénela, no sólo por ser cosa sobrenatural, sino también en cuanto es vía, que guía al alma á las perfecciones de la unión de Dios: las cuales, como son cosas no sabidas humanamente, hase de caminar á ellas *humanamente* no sabiendo, y divinamente ignorando. Porque hablando misticamente, como aquí vamos hablando, las cosas y *perfecciones divinas*, no se conocen ni entienden cómo ellas son, cuando las van buscando y *ejercitando*, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas. Porque á este propósito dice el profeta Baruc de esta Sabiduría Divina: *Non est qui possit scire vias ejus, neque qui exquirat semitas ejus*. No hay quien pueda saber sus vías, ni quien pueda pensar sus sendas (Baruch. III, 31). También el profeta Real de este camino del alma dice de esta manera, hablando con Dios: *Illuxerunt coruscationes tuæ orbi terræ: commota*

est, et contremuit terra: in mari via tua, et semitæ tuæ in aquis multis: et vestigia tua non cognoscentur. Tus ilustraciones lucieron, y alumbraron á la redondez de la tierra, conmoviósese, *contremeciósese* y tembló la tierra: en el mar está tu camino, y tus sendas en muchas aguas, y tus pisadas no serán conocidas (Psalm. LXXVI, 19-20). Todo lo cual, hablando espiritualmente se entiende al propósito que vamos diciendo. Porque alumbrar las ilustraciones de Dios á la redondez de la tierra, es la ilustración que hace esta Divina contemplación en las potencias del alma; conmoviéndose y temer la tierra, es la purgación penosa que en ella causa. Y decir que el camino de Dios por donde el alma va á él, es en el mar, y sus pisadas en muchas aguas y que por eso no serán conocidas, es decir, que este camino de ir á Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la mar, cuyas sendas y pisadas no se conocen. Que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que quiere llevar á sí, haciéndolas grandes en la unión de su Subiduría, que no se conocen. Por lo cual en el libro de Job se dicen, encareciendo este negocio, estas palabras: *Numquid nosti semitas nubium magnas, et perfectas scientias?* ¿Por ventura nas tú conocido las sendas de las nubes grandes, ó las perfectas ciencias? (Job, XXXVII, 16). Entendiendo por esto las vías y caminos por donde Dios va engrandeciendo á las almas y perfeccionándolas en su sabiduría, las cuales son aquí entendidas por las nubes.

Queda, pues, que esta contemplación que va guiando al alma á Dios, es sabiduría secreta.

§ II

(Capítulo XVIII)

DECLÁRASE CÓMO ESTA SABIDURÍA SECRETA SEA TAMBIÉN ESCALA

Pero resta ahora de ver lo segundo, conviene á saber, cómo esta sabiduría secreta sea también *escala*. Acerca de lo cual es de saber, que por muchas razones podemos llamar á esta secreta con-

templación *escala*. Primeramente, porque así como con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros y cosas que hay en las fortalezas, así también por esta secreta contemplación, sin saberse cómo, sube el alma á escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo. Lo cual da bien á entender el Real profeta David, cuando dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum in loco, quem posuit. Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt, de virtute in virtutem; videbitur Deus Deorum in Sion.* Bienaventurado el que tiene tu favor y ayuda, porque en su corazón éste tal puso sus subidas en el valle de lágrimas en el lugar que puso; porque de esta manera el señor de la ley dará bendición, é irán de virtud en virtud como de grado en grado, y será visto el Dios de los dioses en Sión (Psalm. LXXXIII. 6), el cual es los tesoros de la fortaleza de Sión, que es la bienaventuranza.

Podemos también llamarla *escala*, porque así como la escala esos mismos pasos que tiene para subir, los tiene también para bajar: así también esta secreta contemplación esas mismas comunicaciones que hace al alma, que la levantan en Dios, la humillan en sí misma. Porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen, que de una vez humillan y levantan al alma. Porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, pues el que se humilla es ensalzado, y el que se ensalza es humillado: *Qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur* (Luc. XIV, 11). Y demás de esto de que la virtud de la humildad es grandeza para ejercitar al alma en ella, suele Dios hacerla subir por esta escala para que baje, y hacerla bajar para que suba, para que así se cumpla lo que dice el Sabio, es á saber: *Antequam conteratur, exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur humiliatur.* Antes que el alma sea ensalzada, es humillada; y antes que sea humillada, es ensalzada (Prov. XVIII, 12). Lo cual hablando ahora naturalmente echará bien de ver el alma que quisiere mirar en ello (dejado aparte lo espiritual que no se siente) cuántos altos y bajos padece en este camino, y cómo tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo; tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para preve-

nirla y esforzarla para la siguiente penuria; como también después de la miseria y tormenta se sigue abundancia y bonanza. De manera, que le parece al alma que para hacerla aquella fiesta, la pusieron primero en aquella vigilia. Y este es el ordinario estilo y ejercicio del estado de contemplación, hasta llegar al estado quieto, que nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar. La causa de esto es que, como el estado de perfección que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo, no puede estar sino con estas dos partes, que son conocimiento de Dios y de sí mismo, y de necesidad ha de ser ejercitada el alma primero en lo uno y en lo otro, dándole ahora á gustar lo uno engrandeciéndola, y haciéndola también probar lo otro humillándola, hasta que adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y unídose con Dios, que está en el fin de esta escala, en quien la escala se arrima y estriba. Porque esta escala de contemplación, que como hemos dicho, se deriva de Dios, es figurada por aquella escala que vió durmiendo Jacob, por la cual subían y bajaban ángeles de Dios al hombre y del hombre á Dios, el cual estaba estribando en el extremo de la escala (Gen. XXVIII, 12). Todo lo cual dice la Escritura Divina que pasaba de noche y Jacob dormido, para dar á entender cuán secreto y diferente del saber del hombre es este camino y subida para Dios. Lo cual se ve bien, pues que ordinariamente lo que en él es de más provecho (que es irse perdiendo y aniquilando á sí mismo) tiene por peor, y lo que menos vale (que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana), eso lo tiene por mejor.

Pero hablando ahora algo más sustancial y propiamente de esta escala de contemplación secreta, diremos que la principal propiedad que por aquí se llama *escala*, es porque la contemplación es ciencia de amor, la cual es noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma, hasta subirla de grado en grado á Dios su Criador. Porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios. De donde, para que más claro se vea, iremos aquí apuntando los grados de esta Divina escala, diciendo con brevedad las

señales y efectos de cada uno, para que por allí pueda conjeturar el alma en cuál de ellos estará; y así los distinguiremos por sus efectos, como hace San Bernardo y Santo Tomás (1); y porque conocerlos en sí (por cuanto esta escala de amor es, como habemos dicho, tan secreta, que sólo Dios es el que la mide y pondera) no es posible por vía natural.

§ III

(Capítulo XIX)

COMIENZA A EXPLICAR LOS DIEZ GRADOS DE LA ESCALA MÍSTICA DE AMOR DIVINO SEGÚN SAN BERNARDO Y SANTO TOMÁS.—PÓNENSE LOS CINCO PRIMEROS

Decimos, pues, que los grados de esta escala de amor por donde el alma de uno en otro va subiendo á Dios, son diez. El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa, cuando dice: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nunciatis ei quia amore langueo.* Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes á mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor. (Cant. V, 8). Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, porque en *esta enfermedad* desfallece el alma al pecado y á todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios, como David testimonia diciendo: *Defecit spiritus meus.* Desfalleció mi alma (Psalm. CXLII, 7), esto es, acerca de todas las cosas á tu salud (Psalm. CXVIII, 81). Porque así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda el color primero, así también en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas, y muda como amante el color y *acidente de la vida pasada.* Esta enfermedad no cae en ella el alma si de

(1) «Ut dicit Bernardus, Magna res est amor, sed sunt in eo gradus. Loquendo ergo aliquantulum magis moraliter quam realiter, decem amoris gradus distinguere possumus.» (D. Thom. *De dilectione Dei et proximi*, cap. XXVII. Vide opusc. LXI de la edición de Venecia de 1595.)

arriba no le envían el exceso del calor, según se da á entender por este verso de David, que dice: *Pluviam voluntariam segregabis Deus hæreditati tuæ, et infirmata est: tu verò perfecisti eam.* (Psalm. LXVII, 10). Esta enfermedad y desfallecimiento á todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir á Dios, bien le habemos dado á entender arriba, cuando dijimos la aniquilación en que se ve el alma cuando comienza á entrar en esta escala de purgación contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar arrimo, gusto, ni consuelo ni asiento. Por lo cual de este grado luego va *comenzando á subir al segundo grado.*

El segundo grado hace al alma buscar sin cesar á Dios. De donde cuando la Esposa dice que buscándole de noche en su lecho (cuando según el primer grado de amor estaba desfallecida), y no le halló, dijo: *Surgam, et quæram quem diligit anima mea.* Levantarme he, y buscaré al que ama mi alma (Cant. III, 2). Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David diciendo: *Quærite Dominum..... quærite faciem ejus semper.* Buscad siempre la cara de Dios, y *buscándole* en todas las cosas, en ninguna reparad hasta hallarle. (Psalm. CIV, 4). Como la Esposa, que en preguntando por él á las guardas, luego pasó y las dejó. María Magdalena, ni aun en los ángeles del sepulcro reparó (Joan. XX, 14). Aquí en este grado tan solicita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado; en todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado; en cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es tratar y hablar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquiera cosa, todo su cuidado es en el Amado, según arriba queda dicho en las ansias de amor. Aquí, como va ya el amor convaleciendo y cobrando fuerzas en el amor de este segundo grado, luego comienza á subir al tercero por medio de algún grado de nueva purgación en la noche, como después diremos, el cual hace en el alma los efectos siguientes.

El tercer grado de la escala amorosa es el que hace al alma obrar y le pone calor para no faltar. De éste dice el Real profeta: *Beatus vir, qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis.* Bienaventurado

el varón que teme al Señor, porque en sus mandamientos codicia obrar mucho (Ps. CXI, 1). Donde si el temor, por ser hijo del amor, le hace esta obra de codicia, ¿qué hará el mismo amor? En este grado las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor en que ya va ardiendo. Como á Jacob, que con haberle hecho servir siete años sobre otros siete, le parecían pocos por la grandeza del amor (Gen. XXIX, 20). Pues si el amor en Jacob con ser de criatura tanto podía, ¿qué podrá el del Criador, cuando en este tercer grado se apodera del alma? Tiene el alma aquí, por el grande amor que tiene á Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios; y si le fuese lícito deshacerse mil veces por él, estaría consolada. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive de balde. Y de aquí le nace otro efecto admirable, y es que se tiene por más mala averiguadamente para consigo que todas las otras almas. Lo uno, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios; y lo otro, porque como las obras que aquí hace por Dios son muchas, y las conoce por faltas é imperfectas, de todas saca confusión y pena, conociendo tan baja manera de obrar para un tan alto Señor. En este tercer grado muy lejos va el alma de tener vanagloria ó presunción, y de condenar á los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma, con otros muchos á este talle, este tercer grado; y por eso en él cobra ánimo y fuerzas para subir hasta el cuarto, que es el que se sigue.

El cuarto grado de esta escala de amor es en el cual se causa en el alma, por razón del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse. Porque, como dice San Agustín, todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ningunas las hace el amor (1). En este grado hablaba la Esposa, cuando deseando ya verse en el último, dijo al Esposo: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus æmulatio.* Ponme

(1) *Omnia enim sæva et immania prorsus facilia et prope nulla efficit amor,* (Serm. IX de Verbis Domini in Evang. secundum Mathh. in fine.)

como señal en tu corazón, como señal en tu brazo; porque la dilección, esto es, el acto y obra de amor, es fuerte como la muerte, y dura la emulación porfiada como el infierno (Cant. VIII, 5). El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta á la carne y la tiene tan en poco, como el árbol á una de sus hojas. En ninguna manera aquí el alma busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa, *ni anda deseando ni pretendiendo pedir mercedes á Dios, porque ve claro que hartas le tiene hechas*, y tiene todo su cuidado en cómo podrá dar algún gusto á Dios y servirle algo por lo que él merece y de él tiene recibido, aunque fuese muy á su costa. Dice en su corazón y espíritu: ¡Ay Dios y Señor mío! cuán muchos hay que andan á buscar en tí su consuelo y gusto, y á que les concedas mercedes y dones; mas los que á ti pretenden dar gusto y darte algo á su costa, pospuesto su particular, son muy pocos; porque no está la falta, Dios mío, en no nos querer tú hacer mercedes de nuevo, sino en no emplear nosotros las recibidas en tu servicio, para obligarte á que nos las hagas de continuo. Harto levantado es este grado de amor; porque como aquí el alma con tan verdadero amor se anda siempre tras Dios con espíritu de padecer por él, dale Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en el espíritu sabrosa y deleitablemente; porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle. Lo cual por Jeremias afirmó él, diciendo: *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam..... quando secuta es me in deserto*. Acordádome hé de tí, apiadádome hé de tu adolescencia y ternura cuando me seguiste en el desierto. (Jerem. II, 2). Que hablando espiritualmente es el desarrimo que aquí interiormente trae el alma de toda criatura, no parando ni quietándose en nada. Este cuarto grado inflama de tal manera al alma y la enciende en tal deseo de Dios, que la hace subir al quinto, el cual es el que se sigue.

El quinto grado de esta escala de amor hace al alma apetecer y codiciar á Dios impacientemente. En este grado el amante tanta es la vehemencia que tiene por aprehender al Amado y unirse con él, que toda dilación por mínima que sea se le hace muy larga, molesta

y pesada, y siempre piensa que halla al Amado; y cuando ve frustrado su deseo (lo cual es casi á cada paso), desfallece en su codicia, según hablando en este grado lo dice el Salmista diciendo: *Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini*. Codicia y desfallece mi alma á las moradas del Señor (Ps. LXXXIII, 9). En este grado el amante no puede dejar de ver lo que ama, ó morir, en el cual Raquel por la gran codicia que á los hijos tenia, dijo á Jacob su Esposo: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Dame hijos: si no, yo moriré. (Gen. XXX, 1): *Padececen aquí hambre como canes y cercan y rodean la ciudad de Dios. En este hambriento grado se ceba el alma en amor; porque según la hambre es la hartura: de manera que de aquí puede subir al sexto grado, que hace los efectos que se siguen.*

§ IV

(Capítulo XX)

PÓNENSE LOS OTROS CINCO GRADOS DE AMOR

El sexto grado hace correr al alma ligeramente á Dios y *dar muchos toques en él*. Y sin desfallecer corre por la esperanza: que aquí el amor que la ha fortificado, la hace volar ligera. En el cual grado también dice Isaías: *Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilæ, current, et non laborabunt ambulabunt, et non deficient*. Los Santos que esperan en Dios mudarán la fortaleza, tomarán alas como de águila, volarán, y no desfallecerán (Isai. XL, 31), *como hacían en el grado quinto*. A este grado pertenece también aquello del Salmo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus*. Así como el ciervo desea las aguas, mi alma desea á tí, Dios. (Psalm. XLI, 1.) Porque el ciervo con la sed corre con gran ligereza á las aguas. La causa de esta ligereza de amor que tiene el alma en este grado, es por estar ya muy dilatada la caridad en ella, y por estar ya aquí el alma poco menos que purificada del todo, como se dice también en

el Salmo, es á saber: *Sine iniquitate cucurri*. (LVIII, 5.) Y en otro Salmo: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum*. El camino de tus mandamientos corré cuando dilataste mi corazón (CXVIII, 32); y así, desde este sexto grado se pone luego en el séptimo, que es el que se sigue.

El séptimo grado de esta escala hace atrever al alma con vehemencia: aquí el amor no se aprovecha del juicio para esperar, ni usa del consejo para se retirar, ni con vergüenza se puede enfrenar; porque el favor que ya Dios hace aquí al alma, la hace atrever con vehemencia. De donde se sigue lo que dice el Apóstol, y es: que la caridad todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede (1 ad Cor. XIII, 17): De este grado habló Moisés, cuando dijo á Dios que perdonase al pueblo, y si no, que le borrara del libro de la vida en que le había escrito. (Exod. XXXII, 31, 32.) Estos alcanzan de Dios lo que con gusto le piden. De donde dice David: *Delectare in Domino: et dabit tibi petitiones cordis tui*. Deléitate en Dios, y darte há las peticiones de tu corazón. (Psalm. XXXVI, 4.) En este grado se atrevió la Esposa, y dijo: *Osculetur me osculo oris sui*. (Cant. I, 1.) Pero es mucho aquí de advertir, que en este grado no le es lícito al alma atreverse, si no sintiese el favor interior del cetro del Rey inclinado para ella (Esther. VIII, 4); porque por ventura no caiga de los demás grados que hasta allí ha subido, en los cuales siempre se ha de conservar con humildad. De esta osadía y mano que Dios le da al alma en este séptimo grado, para atreverse á Dios con vehemencia de amor, se sigue el octavo, que es hacer ella presa en el Amado y unirse con él, según se sigue.

El octavo grado de amor hace al alma asir y apretar sin soltar, según la Esposa dice en esta manera: *Inveni, quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam*. Hallé al que ama mi corazón y ánima, túvele, y no le soltaré. (Cant. III, 4.) En este grado de unión satisface el alma su deseo, mas no de continuo, porque algunos llegan á poner el pie y luego le vuelven á quitar; que si así no fuese y durasen en este grado, tendrían cierta manera de gloria en esta vida, y así muy pocos espacios pasa el alma en él. Al profeta Daniel, por ser

varón de deseos, se le mandó de parte de Dios que permaneciese en este grado, diciéndole: Está sobre tu grado, porque eres varón de deseos. (Dan. X, 11.) De este grado se sigue el nono, que es de los perfectos, como diremos después, que es el que se sigue.

El nono grado de amor hace arder al alma con suavidad. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente. Porque este ardor suave y deleitoso les causa el Espíritu Santo por razón de la unión que tienen con Dios. Por eso dice San Gregorio de los Apóstoles, que cuando el Espíritu Santo visiblemente vino sobre ellos, que interiormente ardieron por amor suavemente (1). De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado no se puede hablar; porque si de ello se escribiesen muchos libros, quedaría lo más por decir. Del cual, por esto y porque después diremos alguna cosa, aquí no digo más, sino que de este se sigue el décimo y último grado de esta escala de amor secreta, que ya no es de esta vida.

El décimo y último grado de esta escala secreta de amor hace al alma asimilarse totalmente á Dios, por razón de la clara visión de Dios que luego posee *inmediatamente* el alma, que habiendo llegado en esta vida al nono grado, sale de la carne. Porque éstos (que son pocos) *por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el Purgatorio* (2). De donde San Mateo dice: *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt.* (Cap. V, 8). Y como decimos, esta visión es la causa de la similitud total del alma con Dios, porque así lo dice San Juan, diciendo: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est.* Sabemos que seremos semejantes á él. (Joan. III, 2). *No porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible* (3), sino porque todo lo que ella es se hará semejante á Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participación. Esta es la escala secreta que aquí dice el alma, aunque ya en estos grados de arriba no es muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor por los grandes efectos que en ella hace. Mas en

(1) «Dum Deum in ignis visione suscipiunt, per amorem suaviter arserunt.» (Hom. XXX in Evang.)

(2) c. (3) a.

este último grado de clara visión, que es lo último de la escala donde estriba Dios, como ya dijimos, ya no hay cosa para el alma encubierta, por razón de la total asimilación. De donde nuestro Salvador dice: *Et in illo die me non rogabitis quidquam*. En aquel día ninguna cosa me preguntaréis, etc. (Joan. XVI, 23); pero hasta este día, aunque el alma más alta vaya, le queda algo encubierto, y tanto, cuanto le falta para la asimilación total con la Divina esencia. De esta manera por esta teología mística y amor secreto se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo á Dios. Porque el amor es semejante al fuego, que siempre sube hacia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.

§ V

(Capítulo XXI)

DECLÁRASE ESTA PALABRA «DISFRAZADA», Y DÍCENSE LOS COLORES
DEL DISFRAZ DEL ALMA EN ESTA NOCHE

Resta, pues, ahora, después que habemos declarado las causas por qué el alma llamaba á esta contemplación «Secreta escala», declarar también acerca de la tercera palabra del verso, conviene á saber «Disfrazada», por qué causa también dice el alma que ella salió por esta «Secreta escala disfrazada.»

Para inteligencia de esto conviene saber, que disfrazarse no es otra cosa que disimularse y encubrirse debajo de otro traje y figura que de suyo tenía, ahora para debajo de aquella forma ó traje mostrar de fuera la voluntad y pretensión que en el corazón tiene, para ganar la gracia y voluntad de quien bien quiere; ahora también para encubrirse de sus émulos, y así poder hacer mejor su hecho. Y entonces aquellos trajes y librea toma que más represente y signifique la afición de su corazón, y con que mejor se pueda de sus contrarios disimular. El alma, pues, aquí tocada del amor del Esposo Cristo, pretendiendo caerle en gracia y ganarle la voluntad, aquí sale disfrazada con aquel disfraz que más al vivo represente las aficiones de su espíritu y con

que más segura vaya de sus adversarios y enemigos, que son demonio, mundo y carne. Y así la librea que lleva es de tres colores principales, que son, blanco, verde y colorado: por los cuales son denotadas las tres virtudes teologales, que son Fe, Esperanza y Caridad, con las cuales no solamente ganará la gracia y voluntad de su Amado, pero irá muy amparada y segura de sus tres enemigos; porque la Fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de Fe, no ve ni atina el demonio á empecerla, porque en la Fe va muy amparada, *más que con las demás virtudes* (1), contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo. Que por eso San Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él, cuando dijo: *Cui resistite fortes in Fide*. (1, Petr. V, 9). Y para conseguir la gracia y unión del Amado, no puede el alma ponerse mejor túnica y camisa interior, para principio y fundamento de las demás vestiduras de virtudes, que esta blancura de Fe, porque sin ella, como dice el Apóstol, imposible es agradar á Dios. (Hebræor. XI, 6). Y con ella también, siendo viva, es *imposible dejarle de agradar*: pues él mismo dice por un profeta: *Sponsabo te mihi in Fide*. (Osee. II, 20). Que es como decir: Si te quieres, alma, unir y desposar conmigo, has de venir interiormente vestida de Fe.

Esta blancura de la Fe lleva el alma en la salida de esta noche oscura, cuando caminando (como habemos dicho arriba) en tinieblas y aprietos interiores, no dándole su entendimiento algún alivio de luz, ni de arriba, pues le parecía el cielo cerrado y Dios escondido, ni de abajo, pues los que le enseñaban no le satisfacían, sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la Fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel verso de David: *Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras*. Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros. (Ps. XVI, 4).

(1) a.

Luego sobre esta túnica blanca de Fe se sobrepone aquí el alma el segundo color, que es una *almilla* de verde. Por el cual, como dijimos, es significada la virtud de la Esperanza, con la cual cuanto á lo primero el alma se libra y ampara del segundo enemigo, que es el mundo. Porque esta verdura de esperanza viva en Dios da al alma una tal viveza y animosidad y levantamiento á las cosas de la vida eterna, que en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece (como es la verdad) seco, y lacio y muerto y de ningún valor. Aquí se desnuda y despoja de todas estas vestiduras y trajes del mundo, no poniendo su corazón en nada, ni esperando nada de lo que hay ó ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. Por lo cual, teniendo el corazón tan levantado del mundo, no sólo no le puede tocar y asir el corazón, pero ni alcanzarle de vista. Y así con esta verde librea y disfraz va el alma muy segura de este segundo enemigo, que es el mundo. Porque á la Esperanza llama San Pablo yelmo de salud (1 Thessal. V, 8): que es una arma que ampara toda la cabeza, y la cubre de manera que no le queda descubierto sino una visera por donde ver. Y eso tiene la Esperanza, que todos los sentidos de la cabeza del alma cubre, de manera que no se engolfen en cosa ninguna del mundo, ni le quede por donde les pueda herir alguna saeta del siglo; sólo le deja una visera, para que los ojos puedan mirar hacia arriba, y no más, que es el oficio ordinario que hace la Esperanza en el alma, levantar los ojos sólo á mirar á Dios, como lo dice David que hacía en él cuando dijo: *Oculi mei semper ad Dominum*. (Ps. XXIV, 15.) No esperando bien ninguno de otra parte, sino como él mismo dice en otro Salmo: Que así como los ojos de la sierva están puestos en las manos de su señora, así los nuestros en nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros, esperando en él. (Ps. CXXII, 2.)

Por causa de esta librea verde (porque siempre está mirando á Dios, y no pone los ojos en otra cosa ni se paga sino sólo de él) se agrada tanto el Amado del alma, que es verdad decir que tanto alcanza de él el alma, cuanto ella de él espera. Que por eso el Esposo en los Cantares le dice á ella, que con solo el mirar de un ojo le llagó

el corazón. (Cant. IV, 9). Sin esta librea verde de sola Esperanza de Dios no le convenia al alma salir á esta pretensión de amor, porque no alcanzara nada; por cuanto la que mueve y vence es la Esperanza porfiada.

De esta librea de Esperanza va disfrazada el alma por esta secreta y oscura noche que habemos dicho; pues que va tan vacía de toda posesión y arrimo, que no lleva los ojos en otra cosa ni el cuidado, sino es en Dios, poniendo en el polvo su boca (Thren. III, 29), si por ventura hubiere Esperanza, como entonces alegamos de Jeremias.

Sobre el blanco y verde, para el remate y perfección de este disfraz y librea, lleva el alma aquí el tercer color, que es una excelente toga colorada. Por la cual es denotada la tercera virtud, que es Caridad, con la cual no solamente da gracia á los otros dos colores, pero hace levantar tanto al alma de punto, que la pone cerca de Dios tan hermosa y agradable, que se atreve ella á decir: *Nigra sum, sed formosa, filiæ Jerusalem: ideò dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum*. Aunque soy morena, oh hijas de Jerusalem, soy hermosa; y por eso me ha amado el Rey, y me ha metido en su lecho. (Cant. I, 4). Con esta librea de caridad, que es la del amor, no sólo se ampara y encubre el alma del tercer enemigo, que es la carne (porque donde hay verdadero amor de Dios, no entra amor de sí ni de sus cosas); pero aún hace válidas á las demás virtudes, dándoles vigor y fuerza, para amparar al alma, y gracia y donaire para agradar al Amado con ellas; porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios. Porque esta es la púrpura que se dice en los Cantares, por donde se sube al reclinatorio sobre que se recuesta Dios. (Cant. III, 10). De esta librea colorada va el alma vestida, cuando (como arriba queda declarado en la primera Canción) sale de sí en la noche oscura, y de todas las cosas criadas, «Con ansias en amores inflamada», por esta secreta escala de contemplación, á la perfecta unión de amor de Dios, su amada salud.

Este, pues, es el disfraz que el alma dice que lleva en la noche de Fe por esta secreta escala: y estos son los tres colores de él. Los cuales

son una acomodadísima disposición para unirse el alma con Dios, según sus tres potencias, que son, memoria, entendimiento y voluntad. Porque la Fe vacía y oscurece al entendimiento de toda su inteligencia natural, y en esto le dispone para unirle con la Sabiduría Divina. Y la Esperanza vacía y aparta la memoria de toda posesión de criatura: porque como dice San Pablo, la Esperanza es de lo que no se posee. (Rom. VIII, 24). *Spes autem, quæ videtur, non est spes.* Y así aparta la memoria de lo que se puede poseer, y pónela en lo que espera. Y por esto la esperanza de Dios sólo dispone puramente á la memoria, según el vacío que causa en ella, para unirla con él. La Caridad, ni más ni menos, vacía las aficiones y apetitos de la voluntad de cualquiera cosa que no es Dios, y sólo los pone en él; y así esta virtud dispone á esta potencia, y la une con Dios por amor. Y así porque estas virtudes tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, lo tienen consiguientemente de juntarla con Dios. Y así, sin caminar á las veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar á la perfección de amor con Dios. De donde, para alcanzar el alma lo que pretendía, que era esta amorosa y deleitosa unión con su Amado, muy necesario y conveniente traje y disfraz fué este que tomó el alma. Y también, atinársele á vestir y perseverar con él hasta conseguir pretensión y fin tan deseado como era la unión de amor, fué gran ventura, y por eso dice luego este verso:

¡Oh dichosa ventura!

(Capítulo XXII)

EXPLÍCASE EL TERCER VERSO DE LA SEGUNDA CANCIÓN

Bien claro está que le fué dichosa ventura al alma salir con una tal empresa como ésta; su salida fué en la cual se libró del demonio y del mundo, y de su misma sensualidad, como habemos dicho; y alcanzada la libertad preciosa y deseada de todos, del espíritu, salió de lo bajo á lo alto, de terrestre se hizo celestial, de humana Divina,

viniendo á tener su conversación en los cielos, como acaece en este estado de perfección al alma, como en lo restante se irá diciendo, aunque ya con alguna más brevedad; porque lo que era de más importancia (y por lo que yo principalmente me puse en esto, que fué por declarar esta noche á muchas almas que pasando por ella, estaban de ella ignorantes como en el prólogo se dice) está ya medianamente declarado y dado á entender (aunque harto menos de lo que ello es), cuántos sean los bienes que consigo trae al alma, y cuán dichosa ventura le sea al que por ella pasa, para que cuando se espantaren con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan. Y también, demás de esto, le fué dichosa ventura al alma, por lo que dice luego en el siguiente verso:

A oscuras y en celada.

(Capítulo XXIII)

DECLÁRASE EL CUARTO VERSO; DICE EL ADMIRABLE ESCONDRIJO EN QUE ES PUESTA EL ALMA EN ESTA NOCHE, Y CÓMO AUNQUE EL DEMONIO TIENE ENTRADA EN OTROS MUY ALTOS, NO EN ÉSTE

En celada es tanto como decir: En escondido, ó en encubierto; y así lo que aquí dice el alma, conviene á saber, que «A oscuras, y en celada» salió, es más cumplidamente dar á entender la gran seguridad que ha dicho en el primer verso de esta Canción que lleva por medio de esta oscura contemplación en el camino de la unión de amor de Dios.

Decir, pues, el alma: «A oscuras y en celada», es decir, que por cuanto iba á oscuras de la manera dicha, iba encubierta y escondida del demonio, y de sus cautelas y asechanzas. La causa porque el alma en la oscuridad de esta contemplación va libre y escondida de las asechanzas del demonio, es porque la contemplación infusa que aquí lleva se infunde pasiva y secretamente en el alma á oscuras de

los sentidos y potencias exteriores é interiores de la parte sensitiva. Y de aquí es, que no sólo del impedimento que con su natural flaqueza le pueden ser estas potencias, va escondida y libre, sino también del demonio; el cual, si no es por medio de estas potencias de la parte sensitiva, no puede alcanzar ni conocer lo que hay en el alma, y lo que en ella pasa. De donde, cuanto la comunicación es más espiritual, interior y remota de los sentidos, tanto menos alcanza el demonio á entenderla. Y así es mucho lo que importa para la seguridad del alma, que el trato interior con Dios sea de manera, que sus mismos sentidos de la parte inferior queden á oscuras y ayunos de ello y no lo alcancen. Lo uno, porque haya lugar que la comunicación espiritual sea más abundante, no impidiendo la flaqueza de la parte sensitiva la libertad del espíritu. Lo otro, porque, como decimos, va más segura, no alcanzando el demonio tan adentro. De donde podemos entender á este propósito aquella autoridad de nuestro Salvador, hablando espiritualmente, conviene á saber: *Nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua*. No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra (Math. VI, 3). Que es como si dijera: Lo que pasa en la parte diestra, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa la siniestra; esto es, sea de manera que la porción inferior de tu alma, que es la parte sensitiva, no lo alcance: sea sólo secreto entre el espíritu y Dios. Bien es verdad que muchas veces, cuando hay en el alma y pasan estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcanza cuáles y cómo sean, por la gran pausa y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva, por aquí echa de ver que las hay, y que recibe el alma algún gran bien. Y entonces, como ve que no puede alcanzar á contradecirlas al fondo del alma, hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, que es donde alcanza, ahora con dolores, ahora con horrores y miedos, con intento de inquietar y turbar por este medio á la parte superior y espiritual del alma, acerca de aquel bien que entonces recibe y goza. Pero muchas veces, cuando la comunicación de la tal contemplación tiene su puro embestimiento en el espíritu y hace fuerza en él, no le aprovecha al

demonio su diligencia para desquietarle, antes entonces el alma recibe nuevo provecho y amor y más segura paz; porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable! que sin saber cómo es aquello y *sin ella hacer nada de su parte*, se entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar más alejada y escondida del enemigo; y así aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar. Y entonces todo aquel temor le cae por defuera, sintiéndolo ella claramente y holgándose de verse tan á lo seguro gozar de aquella quieta paz y sabor del Esposo en escondido, que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar. Sintiendo allí el alma la verdad de lo que la Esposa á este propósito dice en los Cantares: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt..... propter timores nocturnos*. Mirad que al lecho de Salomón cercan sesenta fuertes por los temores de la noche (Cant. III, 7-8). Y esta fortaleza y paz siente, aunque muchas veces siente atormentar la carne y los huesos por defuera.

Otras veces, cuando la comunicación espiritual *no comunica mucho con el espíritu, sino que participa en el sentido* (1), con más facilidad alcanza el demonio á turbar el espíritu y alborotarle por medio del sentido con estos horrores. Y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir; porque como va de espíritu á espíritu *desnudamente*, es intolerable el horror que causa el malo en el bueno, digo en el del ánima, cuando le alcanza su alboroto. Lo cual también da á entender la Esposa en los Cantares, cuando dice haberle á ella acaecido así, al tiempo que quería descender al interior recogimiento á gozar de estos bienes, diciendo: *Descendi in hortum nucum, ut viderem poma convallium, et inspicerem si florisset vinea.....; nescivi: anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab*. Descendí al huerto de las nueces para ver las manzanas de los valles, y si había florecido la viña; no supe: conturbóse mi alma por *las cuadrigas, esto es, por los carros y estruendos de Aminadab*, que es el demonio. (Cant. VI, 10).

(1) a.

Otras veces acaece, cuando es por medio del ángel bueno, que algunas veces el demonio echa de ver *algunas mercedes que Dios quiere hacer á el alma: porque las que son por medio del ángel bueno* (1), ordinariamente permite Dios que las entienda el adversario: lo uno, para que haga contra ellas lo que pudiere según la proporción de la justicia, y así no pueda el demonio alegar de su derecho, diciendo que no le dan lugar para conquistar al alma, como dijo de Job (Job, I, 1-9). *Lo cual sería si no le dejase Dios lugar á que hubiese cierta paridad en los dos guerreros, conviene á saber, el ángel bueno y el malo, acerca del alma, y así la victoria de cualquiera sea más estimada, y el alma victoriosa y fiel en la tentación sea más premiada.*

Donde nos conviene notar que esta es la causa por qué *á la misma medida y modo que va Dios llevando al alma y habiéndose con ella*, da licencia al demonio para que *de esa misma manera se haya él con ella*: que si tiene visiones verdaderas por medio del ángel bueno (*que ordinariamente son por este medio aunque se muestre Cristo, porque él en su misma persona casi nunca aparece*) (2), también da Dios

(1) a.

(2) a. Lo que aquí enseña el Místico Doctor es muy conforme al sentir de los teólogos, los cuales con dificultad admiten apariciones de Jesucristo en propia persona.

Tanto es esto verdad, que no han convenido en admitir por unánime consentimiento como tal ni una sola de las que se refieren. Así la visión de San Esteban, unos dicen que fué espiritual, otros imaginaria y otros corpórea. (Ribet, *La Mystique divine*, tome second, pág. 99 de la edición de 1895.) Igual acaece con la aparición que se dice haber tenido San Pedro, cuando vencido de los ruegos de sus discípulos salió de Roma huyendo la persecución: pues mientras el Venerable Miguel de la Fuente, Carmelita de la Observancia, apoyado en algunos escritores, asegura que el Salvador se le apareció personalmente; el Padre Juan de Rada, de la Orden Franciscana, afirma que es probable no fuera aparición de tal especie. (*Las tres vidas del hombre*, pág. 142 de la edición de 1887. Meynard, *La vida espiritual*, tomo 2.º, pág. 508.) Por lo que toca á la visión de San Pablo en el camino de Damasco, es cierto que los teólogos comunmente la admiten como aparición personal de Jesucristo; mas también lo es que Nuestra Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, autoridad de primera nota en la materia, sigue al parecer una opinión contraria, según lo indican las siguientes palabras: «En algunas cosas, escribe, que me dijo (el Señor), entendí que después que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra (sino es en el Santísimo Sacramento), á comunicarse con nadie.» (Obras de Santa Teresa, tomo 1.º, pág. 156 de la edición de Ribadeneira.) Y aunque algunos

licencia al ángel malo para que en aquel mismo género se las pueda representar falsas; de manera, que según son de aparentes, el alma que no es cauta, fácilmente puede ser engañada, como muchas de esta manera lo han sido. De lo cual hay figura en el Éxodo (VII, 11, 22, et VIII, 7), donde se dice que todas las señales que hacía Moisen verdaderas, hacían los magos de Faraón aparentes. Que si él sacaba ranas, también ellos las sacaban; si él volvía el agua en sangre, ellos también la volvían. Y no sólo en este género de visiones corporales imita, sino también en las espirituales comunicaciones, que son por medio del ángel, alcanzándolas á ver, como decimos (porque como dijo Job, *Omne sublime videt*) (Cap. XLI, 25), imita y se entremete. Aunque en éstas, como son sin forma y figura (porque de razón del espíritu es no tenerla) no las puede imitar y formar como las otras que debajo de alguna especie ó figura se representan. Y así para impugnarla, al mismo modo que el alma es visitada, represéntala su temeroso espíritu, *para impugnar y destruir espiritual con espiritual. Cuando esto acaece así al tiempo que el ángel bueno va á comunicar al alma la espiritual contemplación, no puede el alma ponerse tan presto en lo escondido y celado de la contemplación, que no sea notada del demonio y la alcance de vista con algún horror y turbación espiritual* (1), á veces harto penosa para el alma. Y entonces algunas veces se puede el alma despedir presto, sin que haya lugar de hacer en ella impresión el dicho horror del espíritu malo: y se recoge dentro de sí favorecida para esto de la eficaz merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace.

Otras veces *prevalece el demonio y comprehende al alma la turba-*

escritores, para concordar esta sentencia con la común, la hayan dado diversas explicaciones, el Padre Diego Alvarez, Dominicano, sin necesidad de recurrir á vanos efigios, ha defendido á la Mística Doctora probando que su opinión ha sido enseñada por muchos Santos Padres: *asserta est à multis Sanctis Patribus.* (Meynard, O. P., *La vida espiritual*, tomo 2.º, pág. 508; Marcial de San Juan Bautista; *Biblioteca Carmelitana*, pág. 396).

Todo esto demuestra cuánta razón tiene San Juan de la Cruz para afirmar que Cristo en persona casi nunca aparece.

(1) a.

ción y horror, lo cual es al alma de mayor pena que ningún tormento de esta vida le podía ser, porque como esta horrenda comunicación va de espíritu á espíritu algo desnuda y claramente de todo lo que es cuerpo, es penosa sobre todo sentido. Y dura esto algún tanto en el espíritu, no mucho, porque saldría de las carnes con la vehemente comunicación del otro espíritu (1). Después queda la memoria, que aquí basta para dar gran pena. Todo esto que aqui habemos dicho pasa en el alma pasivamente, sin ser ella parte en hacer ni deshacer acerca de ello. Pero es aqui de saber, que cuando el ángel bueno permite al demonio esta ventaja de alcanzar al alma con este espiritual horror, hácelo para purificarla y disponerla con esta vigilia espiritual para alguna gran fiesta y merced espiritual que la quiere hacer el que nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar. Lo cual acaece de allí á poco; que el alma, conforme á la purgación tenebrosa y horrible que padeció, goza de admirable y sabrosa contemplación espiritual, á veces tan subida, que no hay lenguaje para ella. Pero utilizóle mucho el espíritu para poder recibir este bien, el antecedente horror del espíritu malo; porque estas visiones espirituales más son de la otra vida que de ésta, y cuando se ve una, dispone para otra (2).

Lo dicho se entiende acerca de cuando Dios visita al alma por medio del ángel bueno, en lo cual no va ella (según se ha dicho) totalmente tan á oscuras y en celada, que no le alcance algo el enemigo. Pero cuando Dios por sí mismo la visita, entonces se verifica el dicho verso; porque totalmente á oscuras y en celada del enemigo recibe las mercedes espirituales de Dios. La causa es porque como Su Majestad mora sustancialmente en el alma, donde ni el ángel ni demonio puede llegar á entender lo que pasa, no puede conocer las intimas y secretas comunicaciones que entre ella y Dios allí pasan.

(1) a.

(2) a. Este parrafillo tiene alguna falta de conexión con lo que antecede. Sospechamos que faltan palabras; las cuales no hemos podido hallar ni en los manuscritos ni en la copia de trozos inéditos de los escritos del Santo que nos dejó Fray Andrés de la Encarnación. Notamos también mucha incoherencia entre las dos partes de que consta.

Estas, por cuanto las hace el Señor por sí mismo, totalmente son Divinas y soberanas, porque todos son toques sustanciales de Divina unión entre el alma y Dios; en uno de los cuales, por ser éste el más alto grado de oración que hay, recibe el alma mayor bien que en todo el resto. Porque estos son los toques que ella le entró pidiendo en los Cantares, diciendo: *Osculetur me osculo oris sui.* (Cap. I, 1). Que por ser cosa que tan á lo junto pasa con Dios, donde el alma con tantas ansias codicia llegar, estima y codicia un toque de esta Divinidad más que todas las demás mercedes que Dios le hace. Por lo cual, después que en los Cantares le había hecho muchas, que ella allí le había cantado, no hallándose satisfecha, pidiéndole estos toques Divinos, dice: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me dará, hermano mío, que te hallase yo sola afuera mamando los pechos de mi madre, para que con la boca de mi alma te besase, y así no me despreciase ni se me atreviese ninguno? (Cant. VIII, 1). Dando por esto á entender que fuese la comunicación que Dios le hiciese por sí sólo, como vamos diciendo, afuera y á oscuras de todas las criaturas, porque esto quiere decir: «Sola y afuera mamando», esto es, *enjugando y apagando los pechos de los apetitos y afecciones de la parte sensitiva.* Lo cual es cuando ya con libertad de espíritu, sin que la parte sensitiva alcance á impedirlo, ni el demonio por medio de ella á contradecirlo, goza el alma en sabor y paz íntima estos bienes. Que entonces no se le atrevería el demonio, porque no lo alcanzaría, ni podría llegar á entender estos Divinos toques en la *sustancia del alma de la amorosa sustancia de Dios.* A este bien ninguno llega sino es por íntima purgación y desnudez y escondrijo espiritual de todo lo que es criatura. Lo cual es á oscuras, *como largamente hemos dicho atrás y decimos acerca de este verso.*

En celada y escondido, como ahora hemos dicho, se va confirmando el alma en la unión con Dios por amor, y por eso lo canta ella en el dicho verso, diciendo: «A oscuras y en celada.»

Cuando acaece que aquellas mercedes se le hacen al alma en celada, que es sólo, como hemos dicho, en espíritu, suele en algunas

de ellas el alma verse sin saber cómo es aquello, tan apartada y alejada según la parte superior de la porción inferior y sensitiva, que conoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene que ver la una con la otra, pareciéndole que está muy remota y apartada de la una. Y á la verdad, en cierta manera así lo está; porque según la operación que entonces obra, que es toda espiritual, no comunica en la parte sensitiva. De esta suerte se va haciendo el alma toda espiritual; y en este escondrijo de contemplación unitiva se le acaban por sus términos de quitar las pasiones y apetitos espirituales en mucho grado. Y así, hablando de la porción superior del alma, dice luego en este último verso:

Estando ya mi casa sosegada.

(Capítulo XXIV)

ACÁBASE DE EXPLICAR LA SEGUNDA CANCIÓN

Lo cual es tanto como decir, estando la porción superior de mi alma ya también como la inferior sosegada según sus apetitos y potencias, salí á la Divina unión de amor de Dios.

Por cuanto de dos maneras por medio de aquella guerra de la oscura noche (como queda dicho), es combatida y purgada el alma, conviene á saber, según la parte sensitiva y la espiritual con sus sentidos, potencias y pasiones, también de dos maneras, conviene á saber, según estas dos partes sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos, viene el alma á conseguir paz y sosiego. Que por eso (como también queda dicho), repite dos veces este verso, conviene á saber, en esta Canción y la pasada, por razón de estas dos porciones del alma, espiritual y sensitiva; las cuales, para poder ellas salir á la Divina unión de amor, conviene que estén primero reformadas, ordenadas y quietas acerca de lo sensitivo y espiritual conforme al modo del estado de la inocencia que había en Adán, no

obstante que no queda libre del todo de las tentaciones de la parte inferior. Y así este verso, que en la primera canción se entendió del sosiego de la parte inferior y sensitiva, en esta segunda se entiende particularmente de la superior y espiritual, que por eso le ha repetido dos veces.

Este sosiego y quietud de esta casa espiritual viene á conseguir el alma, habitual y perfectamente (según esta condición de vida sufre), por medio de los actos, como sustanciales, de Divina unión que acabamos de decir, que en celada y escondido de la turbación del demonio, y de los sentidos y pasiones ha ido recibiendo de la Divinidad, en que el alma se ha ido, como digo, purificando, sosegando y fortaleciendo, y haciéndose estable para poder de asiento recibir la dicha unión, que es el desposorio divino entre el alma y el Hijo de Dios. El cual, luego que estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno con todos sus domésticos de potencias y apetitos, poniéndolas en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente esta Divina Sabiduría se une en el alma con un nuevo nudo de posesión de amor, y se cumple como ella lo dice en el libro de la Sabiduría, diciendo: *Dùm quietum silentium contineret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de cælo à regalibus sedibus prosilivit* (Cap. XVIII, 14). Lo mismo da á entender la Esposa en los Cantares (III, 4), diciendo, que después que pasó de los que la desnudaron el manto de noche y la llagaron, halló al que deseaba su alma. No se puede venir á esta unión sin gran pureza, y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de toda cosa criada y viva mortificación. Lo cual es significado por el desnudar el manto á la Esposa y llagarla de noche en la busca y pretensión del Esposo; porque el nuevo manto que pretendía del desposorio, no se le podía vestir sin desnudar el viejo. Por tanto, el que rehusare salir en la noche ya dicha á buscar al Amado, y ser desnudado de su voluntad, y ser mortificado, sino que en su lecho y acomodamiento le busca, como hacia la Esposa, no llegará á hallarle, como esta alma dice de si que lo halló, saliendo á oscuras y con ansias de amor.

CANCIÓN TERCERA

(Capítulo XXV)

En la noche dichosa
 En secreto, que nadie me veía,
 Ni yo miraba cosa,
 Sin otra luz y guía,
 Sino la que en el corazón ardía.

DECLARACIÓN

Continuando todavía el alma la metáfora y semejanza de la noche temporal en esta suya espiritual, va todavía cantando y engrandeciendo las buenas propiedades que hay en ella, y que por medio de ella halló y llevó, para que breve y seguramente consiguiese su deseado fin, de las cuales pone aquí tres.

La primera, dice, es que en esta dichosa noche de contemplación, lleva Dios al alma por tan solitario y secreto modo de contemplación y tan remoto y ajeno del sentido, que cosa ninguna ni perteneciente á él, ni toque de criatura alcanza á llegarle al alma, de manera que la estorbase y detuviese en el camino de la unión de amor.

La segunda propiedad que dice, es por causa de las tinieblas espirituales de esta noche, en que todas las potencias de la parte superior del alma están á oscuras; no mirando el alma ni pudiendo mirar en nada, no se detiene en nada fuera de Dios para ir á él; por cuanto va libre de los obstáculos de formas y figuras, y de las aprehensiones naturales, que son las que suelen empachar al alma para no se unir siempre con Dios.

La tercera es, que aunque (1) no va arrimada á alguna particular luz interior del entendimiento, ni á alguna guía exterior, para recibir

(1) El sentido de este párrafo queda incompleto. Sospechamos que quizá escribiría el Santo: «La tercera es, que *aquí*, etc.»

satisfacción de ella en este alto camino, teniéndola privada de todo esto estas oscuras tinieblas; porque el amor solo que en este tiempo arde, solicitando el corazón por el Amado, es el que mueve y guía al alma entonces, y la hace volar á su Dios por el camino de la soledad, sin ella saber cómo ni en qué manera.

Síguese el verso:

En la noche dichosa.

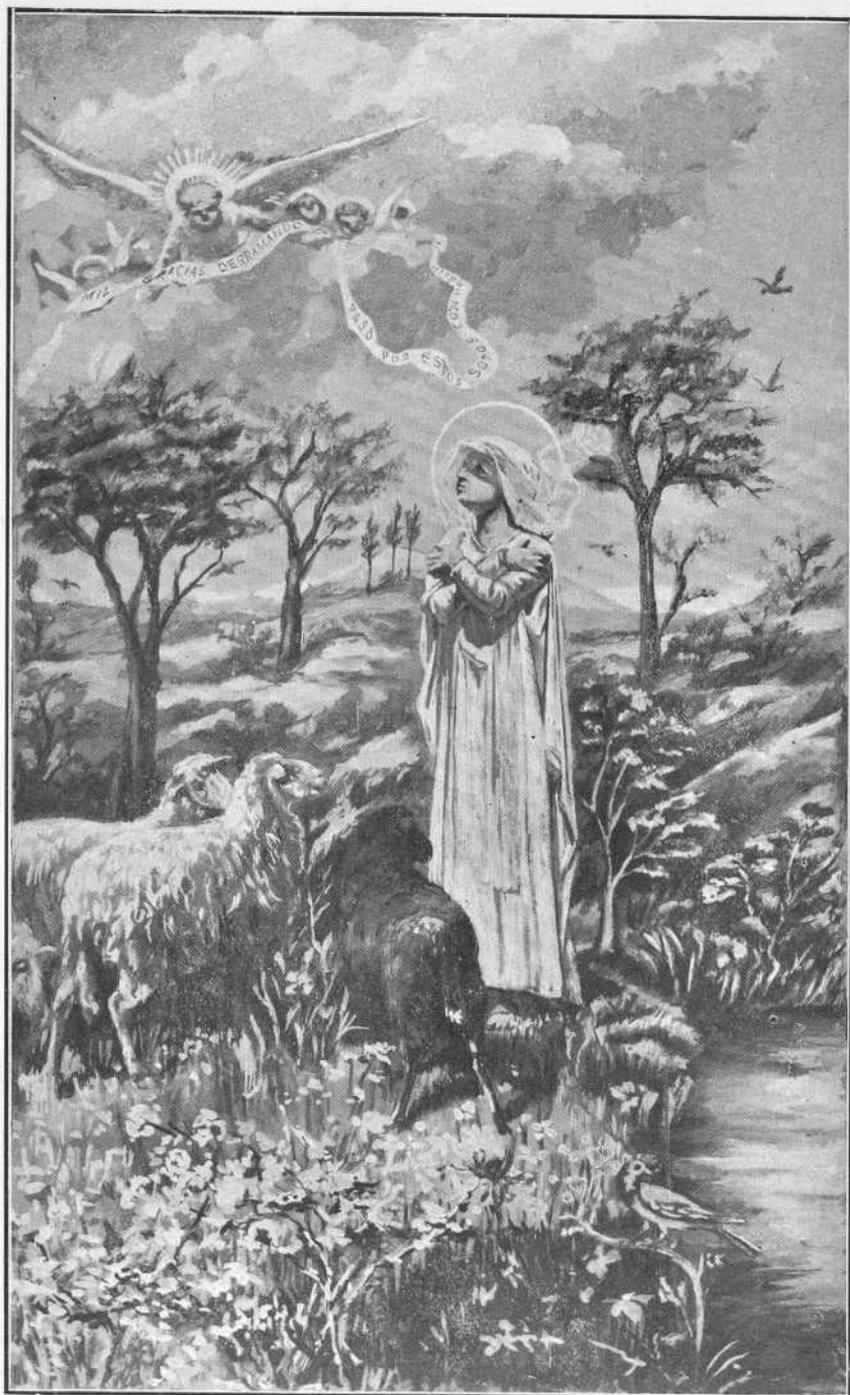
NOTA. Tan incompleto como se ve poseemos este interesante libro de la *Noche oscura*. Seis de las ocho canciones que contiene quedan sin interpretar, pues se corta la declaración al empezar á exponer los versos de la estancia tercera. Esta lamentable pérdida se suple, en parte, en el *Cántico*, puesto que en varias de sus estrofas se trata de los efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios, materia de las canciones cuya declaración hemos perdido. Digo que se suple sólo en parte y no en todo, por dos motivos: 1.º Porque la letra de unas y otras canciones es diversa, no obstante que exista cierta semejanza de conceptos, especialmente entre la canción octava de la *Noche* y la veintidós del *Cántico*; y 2.º Porque siendo verdad que los dichos de amor están preñados de infinitas significaciones, es de creer que las canciones de la *Noche oscura* no las expondría el Místico Doctor en el mismo sentido que aquellas del *Cántico* con que tienen alguna semejanza. Hemos perdido, por tanto, un tesoro inapreciable de conceptos místicos.

FIN DE LA NOCHE OSCURA

Cántico Espiritual

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura.



Introducción al Cántico Espiritual.

I

Análisis de este Libro.

LEGAMOS á tratar de la obra más hermosa y perfecta bajo el punto de vista literario del Místico Doctor, *el Cántico espiritual*. La mayor parte de este divino *Epitalamio* la compuso, según se dijo en otro lugar (1), entre las lobregueces del estrecho calabozo de Toledo, el cual, en expresión de Fray Jerónimo de San José, fué para el Santo claro y anchuroso Parnaso de divinas Musas (2). Las ocho últimas canciones las escribió algún tiempo después hallándose de Rector en el Colegio de Baeza (3), y aquella que empieza *Descubre tu presencia* la compuso más tarde en el Convento de Granada. En cuanto á los comentarios á dichas Canciones, algunos hizo en Beas, respondiendo á preguntas de las religiosas de aquel monasterio, según afirma la Madre Magdalena del Espíritu Santo (4), y los restantes en la Ciudad de Granada.

En esta obra no se concreta el Santo Padre á tratar un punto de

(1) Tomo, I pág. 24.

(2) *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 297.

(3) Adviértase que según la primera redacción del *Cántico*, la estancia, *Oh Ninfas de Judea*, que es hasta donde escribió el Santo en la cárcel (véase el tomo I, pág. 24), es la 31; según la redacción segunda, hecha en Granada, es la 18. Ténganse en cuenta estos interesantes datos, y se evitarán equivocaciones.

(4) Véase el tomo I, pág. 24. Esta noticia la confirma y amplía el Padre Angel Manrique, General de la Orden de San Bernardo, el cual, hablando de la Venerable Madre Ana de Jesús, escribe lo siguiente: «A instancia suya escribió en el Calvario gran parte de la explicación de sus Canciones, *de la 17 hasta la 27*, como después en Granada las demás.» (Vida de la Venerable Ana de Jesús, discípula y compañera de la Santa Madre Teresa de Jesús, lib. III, cap. VIII.) Nótese para disipar una aparente contradicción entre el dicho de la citada religiosa y lo que escribe este sujeto, que el Santo acudía á confesar á las Carmelitas de Beas desde el Convento del Calvario.

la vida espiritual, sino que estudia todos los estados del alma, aun aquel dichoso (que sólo en verdad merece el nombre de tal) en que el amor se consuma y el corazón se confirma en el bien para que jamás padezca mudanzas, el estado beatífico.

Puédese, por tanto, dividir en cuatro partes, según el orden siguiente: de la canción 1.^a á la 12 trata de la vía purgativa (1); de la 13 á la 21 de la vía iluminativa (2); de la 22 á la 35 de la vía unitiva; y de la 36 hasta el fin del estado beatífico (3).

El sistema que en ella expone su Venerable autor, en nada difiere del que ha expuesto en los tratados anteriores; el método con que lo hace si; porque aquí se concreta á escribir unos Comentarios al Cántico, los cuales ni son tan latos, ni tan filosóficos, ni tienen tampoco un carácter tan práctico como los que hizo á las canciones de la *Subida* y *Noche oscura*.

De la doctrina que en este tratado se contiene nos dará una ligera idea el resumen que á continuación ponemos, que es como sigue. Cayendo el alma en cuenta de la brevedad de la vida y de lo mudable y aparente de sus contentamientos, y conociendo, por otra parte, lo muy obligada que está á amar á Dios, por ser él quien sólo puede satisfacer sus deseos de felicidad y por los grandes beneficios de que la ha colmado, se determina á dar de mano al amor de todo lo criado y poner su corazón solamente en Jesucristo (Canc. 1). Sintiéndose, pues, herida del amor de él y ardiendo en vivas ansias de poseerle, para recabar la gracia de que se entregue todo á ella, envíale á decir, por medio de los mensajeros celestiales, que está enferma y muere de amor (Canc. 2). Mas conociendo que esto no basta, sino que si ha de venir á poseer á su Amado es necesario que ella misma le busque, se determina á hacerlo é ir en pos de sus huellas. Sale, pues, en busca de sus *amores* por los altos montes de las virtudes y las riberas de la mortificación y humildad, no parándose á coger las flores de los deleites, y sin temer las amenazas de sus fieros enemigos, mundo,

(1) Esta parte se puede subdividir en dos conforme la indicación que hace el Santo en la estrofa 22; de la 1.^a hasta la 4 inclusive, se ejercita el alma en los trabajos y amarguras de la mortificación, y en la meditación de las cosas espirituales; desde la 5 entra ya en la contemplación. (Véase la canción 22.)

(2) El Santo extiende más que otros autores los términos de la vía iluminativa, incluyendo en ella el *desposorio espiritual*, según lo da á entender por las siguientes palabras: «Las (canciones) de más adelante, dice, tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y *esta es la vía iluminativa*». (*Argumento del Cántico*.) De esto inferimos con un autor de nuestros días, que para San Juan de la Cruz las palabras, *vía purgativa*, *vía iluminativa* y *vía unitiva*, no tienen igual significado que para otros escritores. (Véase el P. Poulain, *Des graces d'oraison*, pág. 612 de la edición de 1909.)

(3) Véase el Argumento de la Obra.

demonio y carne (Canc. 3). Revestida ya de fortaleza para ir sin desfallecer en seguimiento de su Esposo, y dados los primeros pasos por el camino del conocimiento propio (que es el fundamento de la vida espiritual) empieza á caminar por la senda de la contemplación de las criaturas, para del conocimiento de ellas subir al del Criador. Pregúntalas por su Amado, y le dan por respuesta que ha pasado por ellas dejando impresa su indeleble huella en las innumerables y varias gracias de que las ha revestido (Canc. 4 y 5). Esta más clara noticia de las perfecciones de su Esposo llaga más y más su corazón, y crecen de tal manera las ansias por verle, que se vuelve á él y encarecidamente le pide que no se le muestre ya más por entre los celajes de las criaturas irracionales, sino que la descubra claramente su agraciado rostro; y que no sean ellas las que le den noticia de sus perfecciones divinas, sino que él mismo se las comunique, porque las cosas criadas no saben decirle lo que ella desea, que es conocerle como es en sí (Canc. 6). Esta herida de amor se agrava más con las altas noticias que le comunican de su Amado las criaturas racionales (Canc. 7). Pero como ve que todavía no se cumplen sus deseos y siente estarse muriendo de amor, queréllase con su misma vida de que no se acabe de morir, á pesar de traspasarla el Amado el corazón con agudas flechas, que tal son para ella las altas noticias que de sí por medio de las susodichas criaturas le comunica (Canc. 8). Por eso vuélvese á su Amado Esposo, y se queja amorosamente de que habiendo sido él quien llagó su corazón, no le sane, y que habiéndole robado, no le tome para sí (Canc. 9). Y para moverle más, le representa que sólo él puede poner término á las ansias y fatigas que padece por verle, y que sus ojos y corazón no hallan descanso en otra cosa (Canc. 10). Responde el Amado á estos requerimientos de la esposa mostrándole algunos profundos visos de su Divinidad y hermosura, con que aumenta en su corazón el deseo de conocerle, llevada del cual le torna á suplicar que se le descubra á las claras, porque sólo de este modo puede curarla de la dolencia de amor que padece (Canc. 11). Y pide también á la fuente cristalina de la fe que refleje con claridad en sus puras hondas los ojos que tanto desea y que tiene en sus entrañas dibujados. Responde el Amado á tan ardientes ansias descubriéndola algunos rayos de su grandeza y Divinidad, y esto con tanta viveza, que la hace salir de sí y volar hacia Él con grande ímpetu, y en ese alto vuelo se verifica la unión que llaman los místicos *Desposorio espiritual* (Canc. 13).

Llegada á tan alta y sublime perfección, si bien los incendios de

amor siguen creciendo, acábansele las ansias vehementes y que-rellas que antes tenía, y comienza á disfrutar de un estado de paz, deleite y suavidad de amor, en el cual se ocupa en contar y cantar las grandezas de su Esposo y los bienes sin cuento que en la unión con él siente y goza; y empléase también en practicar fervorosos actos de virtudes, que le ofrece como bellísima corona de frescas rosas (Canc. 14, 15 y 16). Y para que nada perturbe ni estorbe esta amorosa comunicación, suplica á los ángeles impidan llegar á ella sus enemigos; manda cesar al *cierzo muerto* de la sequedad espiritual que marchita las flores de las virtudes; soplar al *austro amoroso* que las hace germinar y esparcir su delicado aroma, á fin de que el Amado en ellas se deleite y se recree; y demanda á las *Ninfas de Judea*, que son las potencias de la porción inferior, que cesen en sus inquietas operaciones, en tanto que el Espiritu divino se le está comunicando suavísimamente (Canc. 17 y 18). Ahuyentados sus enemigos y puestas en paz sus potencias, entrégase libremente al ejercicio del amor; y como quiera que éste tienda siempre á estrechar más y más el lazo de unión entre los amantes, la impulsa y da confianza para pedir al Esposo que, procediendo adelante en sus bondades, se le comunique más en lo interior y escondido de su alma, poniéndole delante para moverle las grandes virtudes de que se ha dignado adornarla y enriquecerla. Satisface el Amado sus deseos haciéndola dos señaladas mercedes: la primera consiste en revestirla de una muy grande fortaleza y acabarla de purificar, y la segunda, en admitirla al purísimo tálamo de otra unión más subida, que en Mística Teología se llama *Matrimonio espiritual* (Canc. 19, 20, 21 y 22).

En esos místicos abrazos la colma de inefables bienes, carismas y gracias. Allí la unge con el bálsamo suavísimo y olorosísimo del Divino Espiritu; la entra en la bodega del amor; la da á beber en abundancia el dulcísimo y embriagador vino de la caridad; la comunica ciencia muy sabrosa y la descubre misterios secretísimos (Canc. 25, 26 y 27). Ella, en retorno de tan señalados favores, muere enteramente al mundo por amor del Esposo, se desnuda hasta de las más pequeñas imperfecciones, se entrega toda á Él, sin reservar para sí el más leve afecto, y le ofrece como gracioso don una guirnalda, formada con flores de las más hermosas y excelentes virtudes, entrelazadas y sujetas con el primoroso lazo de la caridad (Canc. 28, 27 y 30). Estas grandezas de que se conoce adornada no se las atribuye á sí propia, sino todas al Amado, que se dignó poner los ojos en ella,

á pesar de su fealdad, y con su mirada imprimió en su alma gracia y hermosura; la cual hermosura, deseando ella acrecentar, le ruega que vuelva á mirarla amorosamente (Canc. 32 y 33). Así lo hace el Esposo, y se regracia y complace con su Amada, diciendo y cantando mil loores de las virtudes, bellezas y gracias que la adornan.

Tantas y tan singulares muestras de amor son para el alma otras tantas prendas de que la unión que tiene con el Amado se ha de continuar á través de la eternidad. Por eso, como quien tiene de ello una muy cierta esperanza, se goza en hablarle de aquellos bienes inefables que en el cielo la comunicará, los cuales describe con sublimes pinceladas, y explica con sin igual profundidad teológica, desde el conocimiento esencial de la Divinidad hasta los deleites espirituales que, fluyendo de la esencia del alma, se comunicarán á la porción inferior inundándola en gloria. (Últimas canciones.)

Tal es en ligerísimo resumen la materia y desarrollo de este Libro. Sus bellezas literarias no son para escritas en corto espacio. Bastará decir con Menéndez y Pelayo que el espíritu de Dios ha pasado por sus páginas *santificándolo y hermozándolo todo* (1), y con Fray Jerónimo de San José, que *todo en este Tratado es divino* (2).

Por lo que toca á su estilo, nos permitiremos copiar el juicio que hizo el sabio Canónigo Lectoral de Jaén, D. Manuel Muñoz y Garnica, el cual está concebido en estos términos: «El estilo, dice, de *San Juan de la Cruz* corresponde á la sublimidad del asunto. Su lenguaje, enriquecido con hermosísimas figuras, es propio de los ángeles y de las almas santas más adelantadas y perfectas en el camino de la virtud y en la práctica de la oración. Sin asentar su planta en la tierra, baja de los cielos, donde se queda cimbrando, y despidiendo sonidos dulcísimos su dulce lira, y pelea por acercarse á nosotros y darnos la explicación de lo que ha dicho, la clave de su cantar incomprensible..... La suavidad y la incorrección van creciendo á medida que el alma sube, que el ángel vuela, que el Santo se pierde en el seno de Dios» (3). Hasta aquí este eminente literato, á cuyas consideraciones añadiremos una observación propia acerca de otra excelencia de estilo de este escrito, en la que apenas se ha reparado. Es ésta la facilidad y soltura con que en todo él corre la pluma del Santo. Parece que le vienen á pedir de boca las palabras, las metáforas, las imágenes y las comparaciones, para encerrar sus

(1) *Discurso de entrada en la Real Academia de la lengua.*

(2) *Historia del V. P. Fray Juan de la Cruz*, lib. III, cap. 13.

(3) *Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 372.

altísimos conceptos místicos en el estrecho círculo de sus Canciones. Otro tanto acaece cuando quiere explicarlas, pues lo hace sin la menor dificultad ni embarazo y con suma rapidez. Conoce perfectamente el significado de las voces y locuciones castellanas, las cualidades de las cosas, las propiedades de los animales, las costumbres de la vida, los arcanos de las Sagradas Escrituras, los principios de la sana filosofía, y de todo se vale para exponer de una manera que maravilla las misteriosas comunicaciones de Dios con las almas. Por esto se ha dicho con mucha razón que no se puede dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba su pluma (1).

I I

Los dos Cánticos.

Hasta la hora presente se ha creído, tanto en España como en las naciones extranjeras, que el *Cántico espiritual* se publicó sumamente mutilado en todas las ediciones que precedieron á la de Sevilla, hecha en 1703. Sobrados motivos se han tenido para creerlo así, pues que efectivamente, en la edición referida se encuentran muchísimos párrafos que echamos de menos en todas las anteriores. A pesar de ésto, no es la realidad de los hechos tal como á primera vista se nos presentan; sino que, por el contrario, dicho Tratado se ha impreso íntegro, tanto en una como en otras ediciones, aunque no con toda la corrección que fuera de desear. La solución de este enigma está en que San Juan de la Cruz le escribió dos veces, y en que unas impresiones se han hecho conforme la redacción primitiva, y otras se han ajustado á la segunda. Esta interesante noticia ya la insinuamos en otra parte (tomo I, pág. XXIV); mas como quiera que sea de gran importancia, no podemos contentarnos con aquellas ligeras indicaciones, sino que debemos exponer los hechos con toda la claridad posible, fundando nuestra aseveración en razones sólidas y documentos dignos de todo crédito. Así lo vamos á hacer; pero antes, á fin de proceder con método, se pondrá de manifiesto la notable diferencia que tiene un *Cántico espiritual* respecto del otro, para que

(1) Menéndez y Pelayo, obra citada.

así se cercioren nuestros lectores de cómo son dos obras distintas casi por completo.

Entrando en el examen de este punto, notamos que difieren los dos escritos principalmente en cuatro cosas: 1.^a El Cántico primitivo tiene 39 canciones y el segundo consta de 40 (1). 2.^a El orden que tienen en aquél, es muy distinto del que tienen en éste (2). 3.^a En el de la segunda escritura, cada estrofa va precedida, por lo general, de su Anotación, lo cual falta en el de la primera, si se exceptúan la estancia 13 y 14. Y 4.^a Se encuentran en el segundo Cántico muchos párrafos que se desean en el primero.

Estas diferencias tan notables (las cuales se advierten lo mismo en los manuscritos que en las ediciones), dan á cada redacción del Cántico una fisonomía propia y casi enteramente distinta de la del otro.

Que tales discrepancias no provengan de mera falta de cuidado y fidelidad por parte de los amanuenses, es cosa que no necesita demostración. Tampoco se pueden explicar, diciendo que el Cántico primero es quizá un compendio que hizo algún copista de la obra del Místico Doctor. Para echar por tierra esta hipótesis infundada, nos basta presentar el manuscrito de las Carmelitas Descalzas de

(1) Varias ediciones tanto españolas como de otros reinos, á pesar de seguir el Cántico primero, ponen 40 Canciones: la causa de esto luego se dirá.

(2) Puede verse esto fácilmente por el cuadro comparativo que se pone á continuación. Advertimos que no ponemos las diez primeras estrofas porque se corresponden en los dos escritos.

Cántico de la escritura segunda.

Estrofa.....	11
Idem.....	12
Idem.....	13
Idem.....	14
Idem.....	15
Idem.....	16
Idem.....	17
Idem.....	18
Idem.....	19
Idem.....	20
Idem.....	21
Idem.....	22
Idem.....	23
Idem.....	24
Idem.....	25
Idem.....	26
Idem.....	27
Idem.....	28
Idem.....	29
Idem.....	30
Idem.....	31
Idem.....	32
Idem.....	33
Idem.....	34
Idem.....	35
Idem.....	36
Idem.....	37
Idem.....	38
Idem.....	39
Idem.....	40

Cántico de la escritura primera.

Estrofa.....	Falta
Idem.....	11
Idem.....	12
Idem.....	13
Idem.....	14
Idem.....	25
Idem.....	26
Idem.....	31
Idem.....	32
Idem.....	29
Idem.....	30
Idem.....	27
Idem.....	28
Idem.....	15
Idem.....	16
Idem.....	17
Idem.....	18
Idem.....	19
Idem.....	20
Idem.....	21
Idem.....	22
Idem.....	23
Idem.....	24
Idem.....	33
Idem.....	34
Idem.....	35
Idem.....	36
Idem.....	37
Idem.....	38
Idem.....	39

Sanlúcar de Barrameda, el cual, según testificación del mismo autor de estas Obras (que puede verse más adelante), es el *borrador* de su tratado, y está en un todo conforme con otros muchos códices del primer Cántico y también con la edición de Bruselas, hecha sin duda por el manuscrito que llevó á Bélgica la Venerable Ana de Jesús.

Si tal hipótesis es insostenible, igualmente lo es una contraria que pudiera hacerse, suponiendo que el Cántico más compendiado es el genuino del Santo, y el más lato obra de un discípulo suyo, que amplificara sus conceptos y diera distinta colocación á sus estrofas; porque á más de no existir ni el más leve indicio para tal suposición, consta positivamente lo contrario. En el *borrador* antes mencionado, rastreamos ya algunas de las ampliaciones que hizo su mismo autor en el segundo Cántico. Hállanse en él varias notas de letra del Santo añadidas al texto, cuyos conceptos no se encuentran en los manuscritos de la primera escritura y si en los de la segunda. Esto prueba que el Místico Doctor, después de escrito su libro y de sacarse traslados de él, meditó nuevos pensamientos sobre el asunto y los fué apuntando en aquel manuscrito para luego explicarlos en la segunda composición que proyectaba de aquel tratado. Nueva demostración, de la verdad que defendemos, es el siguiente pasaje, tomado del verso 4.^o de la canción 31, el cual dice así: «Mas cuáles y cómo sean estas tentaciones y trabajos y hasta dónde llegan al alma, para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se una con el alma, en la declaración de las cuatro canciones que comienzan, *Oh llama de amor viva*, está dicho algo de ello.....» Este párrafo nadie dudará que sea original del Santo; y como quiera que no se halle en ninguno de los manuscritos del primer Cántico y se encuentre en todos los del segundo, es una prueba más de que el Reformador del Carmelo escribió dos veces su famoso tratado. ¿Se desean nuevas pruebas de nuestro aserto? Pues ahí están varios manuscritos, casi todos del siglo XVI, que son otras tantas autoridades que lo demuestran; ahí está sobre todo el códice de las Carmelitas de Jaén, que si no es el autógrafo del Santo, como hasta aquí viene creyéndose, es al menos una copia mandada sacar por él para regalarla á la Venerable Madre Ana de Jesús. Considérese por otra parte el estilo de los trozos añadidos en la segunda escritura, párese la atención en la profundidad de los conceptos que encierran, y se verá claramente que todo ello está marcado con el sello característico y personal de San Juan de la Cruz.

Me he detenido en demostrar esta verdad, no porque alguien la haya negado ó puesto siquiera en duda en más de doscientos años que há que corre impreso en varias naciones el Cántico segundo, sino para impedir que lo hagan ciertos criticos subjectivistas que juzgan *a priori* de los hechos, y que, si los viene en talante, los niegan ó ponen en tela de juicio, aunque no hayan desenvuelto ni un triste pergamino relativo á ellos.

Puesto en claro lo que principalmente pretendíamos, réstanos recoger un cabo suelto, solucionar la dificultad que arriba se tocó. La cual consiste en saber por qué causa varias ediciones ponen 40 estrofas, siendo así que están ajustadas en lo demás á los manuscritos de la primitiva redacción de este Libro. ¿Será porque el Santo lo escribió tres veces? De ninguna manera. Ya alguien sospechó que esa canción ó estrofa (introducida por vez primera en la edición de 1630) se debió tomar de los manuscritos de la segunda escritura (1). No anduvo desacertado quien tal hipótesis fingió; porque efectivamente así es la realidad. Prueba inequívoca de ello tenemos en que la explanación de dicha estrofa es en un todo idéntica á la que se halla en los manuscritos del Cántico escrito posteriormente, y en que no se ha encontrado en ninguno de los muchos códices que se han conocido y se conocen del Cántico primero (2).

(1) *Disertación* que va al frente del manuscrito del Cántico de las Carmelitas Descalzas de Loeches.

(2) Para mayor prueba y complemento de lo que hemos dicho y afirmado en este punto y el anterior, damos aquí una lista de los manuscritos de uno y otro Cántico.

Manuscritos del Cántico 1.º—Contienen el texto del primer Cántico los códices siguientes: 1.º El de las Carmelitas de Sanlúcar de Barrameda. 2.º El de las Carmelitas de Bujalance. 3.º El de las Carmelitas de Valladolid. 4.º El de las Carmelitas de Loeches. 5.º El 8.654 de la Biblioteca Nacional. 6.º El de Gayangos que se halla en dicha Biblioteca. 7.º El de las Carmelitas de Baeza (hoy 7.895 de la B. N.) y 8.º El del Sacro-Monte de Granada, del cual nos ha dado minuciosas noticias el ilustrado Sacerdote D. Manuel Medina Olmos, por lo que le estamos sumamente agradecidos.

Manuscritos del Cántico 2.º—Del Cántico de la segunda escritura se hallan los manuscritos siguientes: 1.º El de las Carmelitas Descalzas de Jaén. 2.º El de los Carmelitas de Alba de Tormes. 3.º El de los Carmelitas de Burgos. 4.º El de los Benedictinos de San Juan de la misma ciudad (6.624 de la B. N.). 5.º El de los Carmelitas Descalzos de Écija, que actualmente es el 12.411 de la B. N. 6.º El de las Carmelitas Descalzas de Baeza (9.492 de la B. N.). 7.º El 18.160 de la B. N. 8.º El códice 2.037 de la B. N., que es el comentario que de las Canciones, según las trae el Cántico 2.º, hizo el Ilmo. Sr. Antolínez, Arzobispo de Santiago.

Una y otra lista pudiéramos acrecentar con bastantes números, acudiendo á los manuscritos de Fray Andrés de la Encarnación, especialmente á sus *Memorias Historiales*. En prueba de esto basta decir que en los conventos de Religiosos y Religiosas de Loeches existían tres manuscritos de la primera escritura, además del arriba mencionado. Hemos querido poner solamente aquellos de cuya existencia nos consta, todos los cuales, excepción hecha del existente en el Sacro-Monte de Granada, hemos consultado (*).

(*) Muñoz y Garnica nos da cuenta de otro que existía en la Biblioteca del Excmo. Sr. D. Eduardo Fernández de San Román, en la ciudad de Jaén. (*Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, página 282.) No hemos podido averiguar su actual paradero, ni si era del primer Cántico ó del segundo.

En cuanto al hecho de haberse introducido en el Cántico primero, tiene la explicación siguiente: Encargado el célebre autor del *Genio de la historia* de editar los escritos de San Juan de la Cruz, advirtió que alguno ó algunos manuscritos del *Cántico* traían una estrofa más que otros (1) y que las ediciones que se habían publicado en Bruselas y Roma, y la transcribió con su explicación correspondiente para imprimirla con el texto primitivo de este Libro. El que después se haya publicado tanto en nuestra nación como en el extranjero, nada tiene de particular, pues todas las ediciones hechas antes de la publicación del segundo Cántico (año 1703) han seguido fielmente la referida de Fray Jerónimo.

Queda, pues, fuera de toda duda que San Juan de la Cruz escribió dos veces el Cántico espiritual y su explanación.

III

El autógrafo.

Tres manuscritos se han disputado la gloria de ser el original del *Cántico*: el de las Carmelitas Descalzas de San José de Avila, el de los Carmelitas de Segovia y el de las Religiosas del mismo Instituto de la Ciudad de Jaén. Que los dos primeros sean meros traslados, es cosa que está ya fuera de litigio; expondremos, sin embargo, los motivos por qué se los juzgaba autógrafos. No acaece así con el tercero, el cual hasta la fecha es venerado y tenido por verdadero original; por eso hablaremos de él con más detenimiento.

El manuscrito del primer monasterio de la Descalcez lo poseyeron, no se sabe desde qué tiempo, los Excmos. Sres. Duques de Béjar. Uno de ellos (cuyo nombre no se expresa en el documento de que tomamos estas noticias) se lo dejó al morir á su secretario D. Juan de Capillas; por muerte de éste vino á manos de su hijo D. Fernando

(1) Nada más natural que este escritor diera con algún manuscrito del Cántico segundo, pues existía en la Orden un número considerable de ellos. Además, prueba no sólo la posibilidad sino también el hecho, el haber visto (según se desprende de lo que dice en su Introducción á la edición referida y en la Vida del Santo, pág. 290) el Comentario que escribió el Ilustrísimo Antolínez á las Canciones del Cántico de la segunda escritura. (Véanse los códices 2.037 y 6.895 de la Biblioteca Nacional.)

Vélez de Capillas, quien lo vendió con la biblioteca de su padre á D. Alvaro de Hinojosa, Chaves de Paredes, vecino de la ciudad de Trujillo. Este señor hizo donación de él, en 1683, á una hermana suya, Carmelita Descalza en el susodicho convento, llamada Antonia de Cristo, imponiendo á la Comunidad, entre otras obligaciones, la de que nunca, ni por ninguna causa, pudiera enajenarle. Djóle en calidad de autógrafo, añadiendo en su escritura de *donación* que tenía «*entendido que de su aplicación por intercesión del Santo, Nuestro Señor había sido servido manifestar algunos milagros.*» Estos son los primeros motivos por qué las religiosas le creyeron original.

Corriendo los tiempos, los Definidores generales de la Reforma, hallándose en Avila el año 1754, pidieron á dos Notarios, llamados Marcos Delgado, Capellán mayor de la Iglesia Catedral, y Manuel Muñoz, Archivero del Cabildo, dieran su parecer sobre el tal manuscrito, presentándoles para el efecto una carta y una firma autógrafas del Místico Doctor, con cuyos documentos le confrontaron. El dictamen que dieron es del tenor siguiente: «Habiendo reconocido, dicen, y cotejado la letra y caracteres del (Manuscrito) con la letra de la citada carta y firmas, hallamos que zien fojas del dicho libro están escritas del mismo puño y letra de dicho glorioso Santo, y que el resto del citado libro es de diversa mano; y en cuanto á la firma que está al fin de él, yo el citado D. Marcos me parece hay alguna diversidad (aunque poca) de la letra que tengo por del Santo; bien puede ser haberla hecho con mayor cuidado dicho glorioso Santo por ser materia que le pide; y yo el expresado Manuel Muñoz, habiéndolo mirado y cotejado con el mayor cuidado y reconocido con reflexión sus caracteres, no obstante estar mejor formada que las firmas y letra con quien se cotejó, la tengo por del puño y letra de dicho glorioso Santo, siéndolo la carta, firmas y zien fojas del citado libro con quien la he cotejado.....»

Este autorizado dictamen confirmó más y más la creencia que se tenía de la autenticidad del manuscrito.

Unos cuantos años más tarde el Padre Manuel de Santa María registraba el archivo de las Carmelitas Descalzas de Avila y habiéndole presentado el Manuscrito, lo examinó con la detención y escrupulosidad con que él solía hacerlo, y formó juicio cierto de que era un simple traslado antiguo, como lo evidenciaban los rasgos y caracter de la letra, muy diferente de la verdadera del Santo. Tan convencido estaba de sus afirmaciones, que no dudó avocarse con el

Notario Manuel Muñoz arriba mencionado (el otro ya era muerto) y le hizo advertir la semejanza que existía entre la letra auténtica del Místico Doctor y la del referido Códice.

Las razones que dieron honores de autógrafo al códice segoviano (perteneciente en otro tiempo al Convento de Duruelo) son las dos que á continuación se ponen: 1.^a Una nota que lleva en su portada de mano del célebre historiador de Segovia el Licenciado Don Diego de Colmenares (1), que es del tenor siguiente: «Es original de su misma mano (del Santo) que le dió á una persona de esta ciudad de Segovia muy devota suya. Está ya impreso con las demás obras del Venerable Padre en Madrid año 1630, y en Barcelona, año 1635, etcétera: y 2.^a Al fin del libro se encuentra un dictamen del Padre Alonso de la Madre de Dios que dice de esta manera: «Cotejé este libro y su letra con el de las Canciones, escrito y firmado de Nuestro Santo Padre que está original en el Convento de religiosas nuestras de esta ciudad de Avila, y se conoce claramente ser la letra de ambos de una misma mano. Y siendo de la del Santo el citado, no debe dudarse que lo es también éste.—Avila y Octubre 17 de 1692.—Fray Alonso de la Madre de Dios, General.

Qué fe merezca en la presente materia el juicio de tan respetables varones, lo dice el ya citado Padre Manuel de Santa María, quien afirma sin vacilar que el manuscrito es un simple trasunto antiguo. Apóyase principalmente en que su letra es lo más desemejante que darse puede de la del Místico Doctor, la cual conocía él perfectamente. Fijase también en una nota marginal de la misma letra del copiante, que dice así acerca de la palabra *visitándola*, que había puesto en el texto: «Entiendo que ha de decir *vistiéndola*.» Esta advertencia, según arguye con mucha razón el Padre Manuel, no puede ser del Santo: él no podía dudar cómo debía decir, si *visitándola* ó *vistiéndola*. Caso de haberse equivocado, hubiera simplemente enmendado el yerro, ó á lo sumo escribir al margen: «Debe ponerse *vistiéndola*.»

Estos argumentos sentencian la causa en favor del referido crítico y hacen evidente la verdad que defiende. Mas si aún no fueran suficientes, nosotros podíamos apoyar su dictamen notando que el manuscrito está incompleto, y que por tanto, de ningún modo puede ser el original del autor. Fáltale desde las palabras «*agenas de todos los ojos mortales*» hasta aquellas otras *Primeramente conjura*; es decir,

(1) El Padre Manuel de Santa María averiguó la autenticidad de la letra y firma de este autor.

casi toda la explicación de la estrofa 19, la Anotación que sirve para las dos siguientes, y el principio de la 20 (1).

Excluidos los antedichos códices, averigüemos si el de las Carmelitas Descalzas de Jaén es realmente el autógrafo. Para proceder con método é imparcialidad, expondré primeramente las razones que favorecen la tradición; examinaré luego las que le son contrarias, y daré, por fin, mi opinión sobre el particular.

La primera razón en que se puede apoyar la tradicional creencia, son los caracteres internos del manuscrito. Dejando á un lado los que solamente prueban su antigüedad, y fijándonos en los que son indicio: de ser obra de la pluma del gran Reformador, notamos en primer lugar, que el nombre de éste no aparece por ninguna parte. Y no es esto lo más extraño, sino que al fin de la declaración del Cántico trae las poesías del Santo, y en sus títulos hasta ocho veces se dice y repite que son del *mesmo autor*, no habiéndonos dicho antes quien él sea. Esto, sin duda, es motivo más que suficiente para sospechar que es el verdadero original. En esta suposición se concibe muy bien que no se ponga el nombre del autor, por razón de dirigir el Santo su manuscrito á la Venerable Madre Ana de Jesús, de quien era bien conocido; en un copista no tiene tan natural explicación este proceder; y más siendo tan notorio al público quién había compuesto aquella obra (2).

Adviértese en segundo lugar que la letra, aunque de forma más elegante, tiene mucho parecido con la del Místico Doctor. Compárense, por ejemplo, la *b*, *d*, *l*, *p*, *q*, *y*, *z* y alguna otra, y se notará la semejanza en el aire y en la figura. En tercer lugar, se observa que guarda cierta uniformidad con el Santo en el uso de varias letras: la *c* ordinaria la emplea por lo general delante de *e* y de *i*; y la *ç* cuando hiere á las vocales *a*, *o* y *u*. Ejemplos: hacer cielo; alcança, dulçura, raçón, etc. La *u* en principio de dicción es una *v*, y esta letra en el mismo caso tiene su forma ordinaria; mas en medio de palabra constantemente hace sus veces la *u*. Ejemplos: *vnión*, *virtud*, *diuino*.

(1) En los doce primeros folios del manuscrito se encuentran de letra distinta algunas leves enmiendas y adiciones. Según opina el Padre Manuel de Santa María, es probable que sean de mano del Santo, por el parecido que tiene la letra con la suya. En este supuesto, cree dicho escritor, que San Juan de la Cruz, á cuyas manos vino el manuscrito, empezó á corregirle y prevenido por la muerte no pudo continuar. Respetamos la opinión de este eminente crítico, aunque á nuestro juicio, dichas enmiendas y adiciones no nos parecen del Reformador del Carmelo.

(2) Algo disminuye la fuerza de esta razón el que varios otros manuscritos tampoco ponen el nombre del autor. No tienen, sin embargo, la particularidad que el referido, á causa de no llevar ni las poesías, ni otros tratados del Santo.

Suele también escribir de dos modos la *r* y la *s*, en lo cual algo le imita el Santo Padre (1).

La segunda razón favorable que puede aducirse es la autoridad del Padre Salvador de la Cruz. Este religioso, en un Prólogo que puso al frente del código, y que fecha el día 3 de Febrero de 1670, afirma ser el verdadero original del Reformador de la Orden Carmelitana, y explica al mismo tiempo la causa de haber venido á parar á aquel Monasterio. Según sus noticias, el Santo se lo entregó á la Venerable Ana de Jesús, á cuyos ruegos se había escrito; ésta, á su vez, hizo obsequio de él, por el singular afecto que la profesaba, á Isabel de la Encarnación, novicia á la sazón en Granada, testificándola que era obra de letra y puño del Padre Fray Juan de la Cruz. Andando el tiempo, esta religiosa salió á fundar los Conventos de Baeza y Jaén, en el último de los cuales dejó la preciosa reliquia, entregándoselo al morir á la Madre Clara de la Cruz. Tal es, en suma, el relato del Padre Salvador.

Que su palabra en el presente caso merezca mucho crédito, es cosa incuestionable; en primer lugar, porque muestra ser hombre de conocimientos históricos y aficionado á la crítica; en segundo lugar, porque desciende á narrar varias menudencias, lo que indica que estaba bien enterado; y en tercer lugar, porque, dado que no tuviera á la vista algún escrito de donde tomara estos datos, vivían aún en aquel Convento la referida Madre Clara y otras religiosas que habían conocido á la Venerable Isabel de la Encarnación, de boca de las cuales pudo recibirlos.

La tercera razón se saca de unas palabras de la misma Madre Isabel, dichas en el Proceso de San Juan de la Cruz: Al art. 35 responde así: «A la pregunta 35 digo que sé que el Santo Fray Juan de la Cruz compuso los libros de que dice la pregunta, de los cuales tuve yo algunos de sus cuadernos originales en Granada y sé que son suyos» (2).

La cuarta y última razón es el sentir del Padre Andrés de Jesús María, C. D., y de D. Manuel Muñoz y Garnica, cuya autoridad es grande en la presente cuestión, por haber visto, no sólo el manus-

(1) Adviértase que procuramos poner los argumentos favorables á la tradición con toda la fuerza que les podía dar el más acérrimo defensor de ella.

(2) D. Alfonso de Canles depuso en el Proceso de Ubeda que dicha Madre Isabel sacó una copia del Cántico espiritual. Alguien podía inferir de aquí, que el manuscrito de que venimos tratando no es otra cosa que dicho traslado, en lo cual ciertamente se engañaría: la letra de la referida religiosa, fuera de ser bastante mala, no se le parece nada.

crito de Jaén, sino también varios autógrafos de San Juan de la Cruz. (Véase la Introducción á la edición de Sevilla, hecha en 1703, dirigida por el primero, y el Prólogo al *Ensayo Histórico sobre San Juan de la Cruz*, del segundo.)

Estas razones, consideradas en conjunto, no puede negarse que dan visos de certeza á la tradicional creencia sobre la autenticidad del dicho manuscrito. Dista, sin embargo, mucho de ser así, como lo evidenciarán los argumentos que en sentido contrario vamos á alegar, y que se reducen á cuatro principales:

1.º El manuscrito tiene distinto carácter de letra que los autógrafos ciertos del Santo. Nótase, en primer lugar, que quien le escribió maneja la pluma con mucha soltura, y traza con aire elegante y mucha perfección los rasgos de las letras; de donde resulta que su escritura es bastante más hermosa que la de San Juan de la Cruz, aun de la de aquellos escritos en que puso mayor esmero, como puede verse por los adjuntos fotograbados. En segundo lugar, se advierten bastantes diferencias en la formación de varias letras: 1.ª El autor del manuscrito une siempre la parte superior del semicírculo que corta la línea vertical de la *p*, y el Santo lo hace contadísimas veces y parece que por descuido. 2.ª Escribe la *r* en sentido inverso con muchísima más frecuencia y le da distinta forma. 3.ª Hace más uso de la *d* vuelta. 4.ª Para indicar abreviatura de la *n* forma un rasgo semicircular que nunca vemos emplee el Santo. 5.ª En el árbol ó rasgo superior de la *b*, *d*, *l*, *h*, suele hacer, con mucha gracia, cierta inflexión, que tampoco advertimos en los autógrafos de éste. En tercer lugar, se diferencian en la ortografía. En el manuscrito, por ejemplo, la palabra *Dios* se escribe casi siempre con letra mayúscula, en los autógrafos del Místico Doctor, la hallamos siempre con minúscula, si se exceptúan dos ó tres casos, y éstos dudosos, pues no aparece claro si es mayúscula ó minúscula. En los vocablos *decir*, *dice* y *diciendo*, emplea aquél la *z*, y éste, en semejantes casos, nunca vemos que haga uso de ella, sino de la *c*.

2.º Se encuentran en él bastantes erratas, lo cual prueba no ser realmente el original, y más si se tiene en cuenta que está escrito con sumo cuidado. Hé aquí algunas de las principales: «del espíritu de amor é inteligencia que á ellas llevan» (del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan). (Prólogo.)—«Porque los dichos de amor es mejor *declararlos* en su anchura para que cada uno se aproveche según su modo y caudal de espíritu» (porque los dichos de amor es mejor *dejarlos* en su anchura para que cada uno se aproveche según

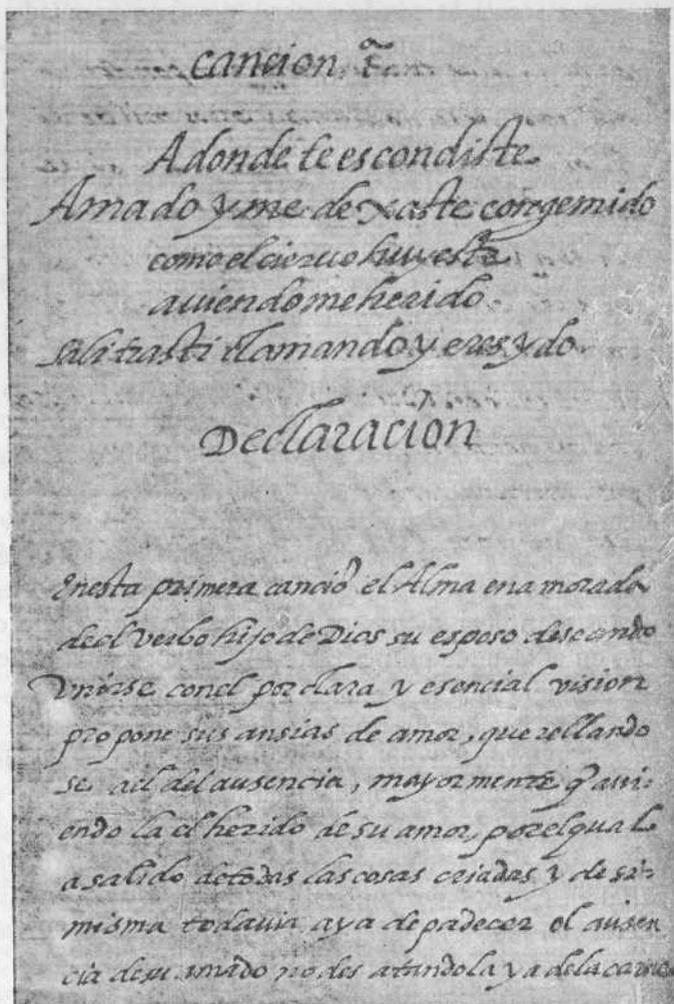
su modo y caudal de espíritu). (Prólogo.)—«Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca: Ahí le desea, ahí le adora» (gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él,

Siempre el señor descubrió la
 herida de sus abieceria y espiri-
 tuales mortales; mas ahora que
 la malicia va descubriendo mas
 su cara mucho los descubre—
 O señor adios mio quien te busca
 va con amor puro y sencillo, que
 le dege de hallar muy angusto
 y voluntad: pues que tu tenues
 has yrietas y sales al encuentro
 adios que te descan—
 J. porque el camino es duro
 suave para los hombres de bue-
 na voluntad: el que crumina
 caminara poco y con trabajo si
 no tiene buenos pies y carisma
 y porfia animosa en el mismo—
 Mas va le estas cargado junto
 al fuerte: que abilitado junto al
 flaco: quando es hoy cargado.
 estas junto adios que es fuerte
 balca el qual esta con los abiecer-
 lades: quando estas abilitado

Autógrafo de los Avisos de San Juan de la Cruz.

pues le tienes tan cerca: Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora). (Canc. 1.^a, ver. 1.^o)—«como el ciervo huyeste» (como el ciervo huíste). (Canc. 1.^a, ver. 3.^o)—«Y esto que tú» (Y esto es lo que tú). Canc. 1.^a, verso 1.^o)—«cuanto más distintamente le entienden más se llegan á él» (cuanto menos distintamente le entienden más se llegan á él). (Canc. 1.^a, ver. 1.^o)—«facta carnis mortificaveritis vivebitis» (facta carnis mortificaveritis vivetis). (Canc. 3.^a, ver. 5.^o)—«Constiyo os Dios» (cons-

tituya os Dios). (Canc. 4.^a, ver. 3.^o)—«Y déjanme muriendo» (y déjame muriendo). (Canc. 7.^a, ver. 4.^o) «descubrir de sí» (descubrir de ti).



Del manuscrito de Jaén.

(Canc. 7.^a, ver. 2.^o)—«se da todo por entender» (se queda todo por entender) Canc. 7.^a, ver. 5.^o)—«y que es» (y es que todos) (Anotación de la Canc. 9.^a)—«destruye» (destituye) (Canc. 13, ver. 2.^o)—«fuer-tes» (muy fuertes) (Canc. 16, ver. 4.^o).—«Y cuando pasan de primeros movimientos sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta; lo

cual» (Y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta) (Canc. 18, verso 5.^o)—«y así *solo* lo puede gozar» (y así no lo pueda gozar) (Canc. 19, anotación).—«El mirar de Dios es *mirar*» (El mirar de Dios es *amar*) (Canc. 19, ver. 4.^o)—«el correr dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos» (más el correr *no* dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos) (Canc. 30, ver. 3.^o)—«En la espesura de *mis* maravillosas obras» (En la espesura de *tus* maravillosas obras) (Canc. 36, ver. 5.^o)—«querido *dar* á solas» (querido *quedar* á solas) (Canc. 35, Declar.)—«en el seno *seráfico* de virtud» (en el seno *esférico* de virtud)* (Canc. 37, ver. 5.^o)—«esto que *canto*» (esto que *tanto*) (Canc. 38, Declar.)—«Y *en* ventalle de cedros aire daba» (Y *el* ventalle de cedros aire daba) (1).

En tercer lugar, porque en la Canción 2.^a, versos 1.^o y 3.^o, escribió el copista *fueredes* y *vieredes*, tachando después la segunda *e* para que dijera *fuerdes* y *vierdes*, que es como escribió el Santo, según se prueba por el manuscrito de Barrameda y por otros muchos, tanto de la primera como de la segunda escritura. Esto indica muy á las claras que el códice no está escrito de su puño; porque no es fácil padeciera estas dos equivocaciones; ó si no se quiere que lo sean, no es creible que escribiera dichas palabras de distinto modo que lo había hecho en el Cántico primero; y caso de haber variado de parecer, no las corrigiera luego.

3.^o El referido manuscrito no lleva un signo característico de los autógrafos del Reformador del Carmelo. Acostumbra éste siempre figurar la Cruz en vez de escribirla; ejemplo de ello tenemos en las muchas firmas suyas que se conservan, en el *borrador* del primer Cántico, y en una Carta, cuyo autógrafo poseen los Carmelitas de Concesa (Italia), escritos en que habla diversas veces de ella, sin jamás ponerla con letras. No acaece tal con el manuscrito de Jaén, lo cual es una prueba más de que no es el autógrafo.

4.^o El cuarto y último argumento contrario es el sentir de un autorizado crítico que examinó con detención el códice, y terminó por afirmar rotundamente que no era original, según noticia que nos da Fray Andrés de la Encarnación, cuyas son estas palabras: «En la diligencia de Jaén (escribe), consta que aunque nuestras religiosas de allí tienen el Cántico de Nuestro Santo Padre, ese no es original,

(1) Esta errata la tomamos de las Poesías que van al fin del manuscrito de la misma letra que todo él.

sino traslado; *da grandes pruebas* el religioso que practicó aquel registro» (1).

Estos argumentos son ciertamente más poderosos que los que arriba aducimos en favor de la tradicional creencia. Considerados en conjunto y fijándonos principalmente en las erratas y en el no figurar la Cruz, como el Santo lo había de costumbre, concluimos que es por lo menos muy dudoso, y á nuestro juicio, cierto, que el manuscrito no es realmente el autógrafo (2).

Tenemos, sin embargo, por muy cierto que es la primera copia que se hizo del original, mandada sacar por su autor para regalar á la Venerable Ana de Jesús. Las razones en que nos apoyamos son las siguientes:

1.^a La tradición del convento de Jaén, que si bien pudo errar en cuanto á creerle autógrafo, no es fácil padeciera engaño en cuanto al hecho de haberle recibido de manos del Santo la Venerable Ana, y de manos de ésta Isabel de la Encarnación.

2.^a El modo con que pone la fecha de la Obra, que es como sigue: año de 1584 *años*. Esta redundancia, propia de los documentos de la época, la hallamos solamente en el *boirador* de Barrameda, lo cual indica que los demás manuscritos son de fecha posterior.

3.^a La singular doxología con que termina, que es la misma del

(1) *Memorias historiales*, tom. I, letra C, núm. 36. No consta con toda certeza qué opinaba el citado Fray Andrés sobre el particular. Primeramente negó que fuera el original convencido por las razones á que alude en el párrafo copiado. Más tarde (año de 1759) examinó personalmente el manuscrito de que se viene tratando y lo confrontó con el de las Carmelitas de Baeza. Qué juicio formó entonces no hemos podido averiguarlo. Por una parte vemos que en las *Notas y adiciones á San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús*. (Ms. 3.180 de la B. N.), obra *probablemente* escrita en fecha posterior, le considera en diversos lugares como verdadero autógrafo, llegando á escribir en un pasaje estas terminantes palabras: «Constando ya de dos originales suyos (del Santo) y de su propia letra, que son el Cántico y las Sentencias» (fol. 20). Por otra parte, en la Disertación que puso el Padre Manuel de Santa María al Cántico espiritual, que fecha en 1761, leemos las siguientes palabras: «¿Y qué diremos, si no pasase tampoco de una copia bien hecha de este mismo libro del Epitalamio al que antes de ahora (como se previene en la Introducción á la famosa edición de Sevilla de 1703), se veneraba por original en nuestras Descalzas del convento de Jaén? Pues no es otra cosa según acaba de averiguarse y me lo participan de Madrid.» Quien le comunicara esta noticia, no creemos fuera otro que su grande amigo Fray Andrés; y parece haberla recibido después de 1759, fecha en que éste examinó el referido manuscrito; y caso de habérsela enviado antes, nos parece que al variar de opinión se lo hubiera notificado en seguida. Para apurar más la materia diremos, que en fecha muy posterior (1776), al indicar cómo había de hacerse la edición de las Obras del Santo, dice que el Cántico se imprimirá conforme al manuscrito de Jaén, consultando al de Segovia. Estos dos, dice, son suficientes para salir correcto dicho Tratado. Con esto no nos saca de la duda de si le tenía por original ó no. Lo que sí se collige de sus palabras es que por lo menos le consideraba como el manuscrito más antiguo y más correcto.

(2) El Excmo. Sr. Conde de Cedillo, Cronista de la Imperial Ciudad de Toledo, examinadas varias fotografías del manuscrito y de otros autógrafos verdaderos del Santo, hizo el mismo juicio que nosotros, como lo dan á entender claramente sus palabras: «Creo, pues (nos escribió), que con razón dudan ustedes de que los textos atribuidos al Santo sean verdaderamente autógrafos suyos, y entiendo que dichos escritos, aunque del siglo XVI y coetáneos del Santo, no son de su mano...»

referido *borrador*, y distinta de la que tienen los demás manuscritos, la cual es del tenor siguiente: «*Debetur soli gloria vera Deo.*»

4.^a Que está conforme con él también en traer más autoridades latinas de la Sagrada Escritura, y en llevar al fin las poesías del Santo, lo cual no hacen los otros manuscritos de este particular tratado.

5.^a El no poner jamás el nombre de quien escribió la obra, á pesar de que, como dijimos, en el título de las poesías se dice muchas veces que son del mismo autor.

6.^a La mucha semejanza que tiene con la letra del Santo, lo cual proviene sin duda de que el copista la tenía presente y procuró imitarla.

IV

Correcciones y enmiendas.

Abrigando la íntima convicción de que el manuscrito de Jaén es, por lo menos, la copia más antigua del *Cántico espiritual*, no hemos vacilado en elegirle para que nos sirva de guía en la presente edición. No ha sido obstáculo para esto el que tenga varias erratas, según hemos dicho, y es cosa evidente á todas luces: éstas, ni son muchas, ni de gran importancia, ni le quitan al códice el estar copiado con mucha fidelidad, y ser, consideradas las cosas en conjunto, el más perfecto de todos cuantos tenemos de este libro. Tales descuidos del copiante no se han corregido arbitrariamente, sino que hemos acudido para hacerlo al *borrador* de Barrameda y á cuatro manuscritos antiguos, cuales son el de los Carmelitas de Alba de Tormes, el de los Carmelitas de Burgos, el de los Carmelitas de Segovia y el códice 18.160 de la Biblioteca Nacional. En determinados casos hemos llevado más allá nuestra escrupulosidad, consultando otros traslados fidedignos. Estamos plenamente convencidos de que este Tratado sale á luz con más corrección que ninguno de los otros libros del *Místico Doctor*, proviniendo principalmente de haberse esmerado él más en corregirlo y los copistas en trasladarlo. Podemos asegurar que la presente edición, aun dado caso de que el manuscrito de Jaén no sea, como nosotros creemos que no lo es, el autógrafo del Santo, es en un todo conforme con el texto original, salvo quizá

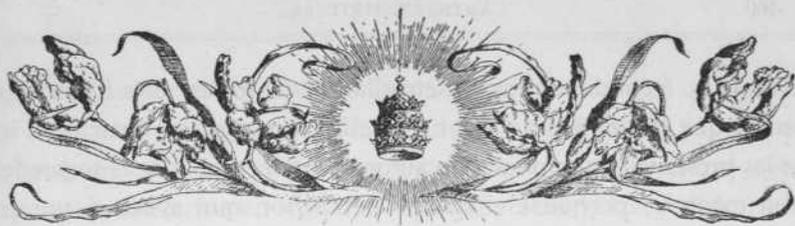
alguna que otra palabra de ninguna importancia aun para el sentido gramatical.

Ahora vamos á decir dos palabras sobre las enmiendas que hemos hecho al texto según corre en las impresiones. El Padre Andrés de Jesús María, que fué el primero que publicó el Cántico segundo, se valió, según dice, del manuscrito de Jaén, el que tenía por verdadero original. Conforme al texto que él nos dió, se han hecho todas las ediciones posteriores. Hay que decir, sin embargo, en honor de la verdad, que dicho religioso no siguió en un todo al referido códice según hemos podido comprobarlo al hacer la confrontación (1). Las diferencias que tiene con él su edición son muchas. Todas ellas no pasan de leves correcciones gramaticales, que él juzgó necesario hacer al texto del manuscrito; en unas partes, por creerle mendoso y en otras porque le parecía menos correcta la construcción. Por ésta ninguna importancia que tienen las enmiendas que hemos introducido, generalmente no las notamos.

Estas noticias creemos ser suficientes para la más clara inteligencia del *Cántico Espiritual*.



(1) Es para nosotros indudable que el Padre Fray Andrés de Jesús María no tuvo á la vista solamente el manuscrito de Jaén, sino también alguno más, como lo prueba el que las correcciones que hace á su texto están muchas veces conformes del todo con otros manuscritos.



Declaración de las canciones

que tratan del ejercicio del amor entre el alma y el Esposo Cristo, en la cual se tocan y declaran algunos puntos y efectos de oración, á petición de la Madre Ana de Jesús, Priora de las descalzas en San José de Granada, año de 1584 años (1).

PROLOGO

POR cuanto estas canciones, religiosa madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que como se dice en el libro de la *Sabiduría*, toca desde un fin hasta otro fin (VIII, 1), y el alma que de él es informada y movida en alguna manera, esa misma abundancia é ímpetu lleva en su decir; no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que

(1) La Venerable Madre Ana de Jesús tuvo por cuna la célebre villa de Medina del Campo, patria, como alguien ha dicho, de los hombres grandes. Fué su nacimiento á 25 de Noviembre del año 1545. Llamáronse sus padres Diego de Lobera y Francisca de Torres. Muy temprano la despertó el Señor para la virtud, pues cuando sólo contaba diez años hizo voto de virginidad, en el que perseveró constante, á pesar de las instancias de su abuela, que pretendía colocarla en el estado de matrimonio.

Llegado el año de 1570, contando á la sazón veinticuatro de edad, tomó el hábito de Carmelita Descalza en el Convento de San José de Ávila. La Santa Reformadora del Carmelo, conociendo sus grandes talentos y virtudes, la recibió más bien como coadjutora suya que como novicia. Antes de profesar la llevó á Salamanca para que desempeñara el cargo de maestra de novicias. En este viaje conoció, al pasar por la villa de Mancera, á San Juan de la Cruz. Algunos años más tarde la llevó de Priora á la fundación de Veas. En dicho Convento fué donde empezó á

el espíritu fecundo del amor en ellas lleva; antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor é inteligencia mística, cuales son los de las presentes Canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar; porque el Espíritu del Señor, que ayuda á nuestra flaqueza (como dice San Pablo) morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprehender para lo manifestar. Porque, ¿quién podrá escribir lo que á las almas amorosas donde él mora hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente nadie lo puede; cierto ni ellas mismas por quien pasa, lo pueden; porque esta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebozan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que á ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón,

comunicar con el gran Místico, pues nombrado éste Superior del desierto del Calvario (año de 1578), acudía cada semana á confesar á las religiosas.

En un principio parece no haber penetrado la Madre Ana las grandes cualidades de que Dios había dotado al Santo para director de las almas. Desengañada por la Santa Madre, quien la escribió aquella célebre Carta que empieza: *En gracia me ha caído*, etc., se puso con más confianza bajo su dirección. La experiencia la dió á conocer los inestimables tesoros de sabiduría y virtud que Dios había puesto en el alma del Santo. Amóle desde entonces con gran ardor, y con sus altas prendas le robó á su vez el corazón. Por eso consiguió con sus ruegos que la explicara el sentido místico de las canciones que había compuesto en la cárcel. A contar de esta época, sus relaciones con el Santo fueron muy íntimas, de las cuales no nos detendremos á hablar por ser bien conocidas y no permitirlo la estrechez de esta nota: sólo diremos que en compañía de él hizo las fundaciones de Carmelitas Descalzas de Granada y Madrid. Después de la muerte del Santo, pasó con otras religiosas á establecer la Reforma Carmelitana en Francia (año 1604), y de aquí al reino de Bélgica, donde hizo muchas fundaciones. Murió en olor de santidad en Bruselas el día 4 de Marzo de 1621. León XIII la declaró *Venerable* en 1878, y se prosigue con grande empeño el proceso de su beatificación. Escribió su Vida á petición de la Infanta Isabel Clara Eugenia, el Reverendo Padre Angel Manrique, General de la Orden de San Bernardo. Bruselas 1632. En nuestros días la ha publicado también el Padre Bertoldo J. de Santa Ana, la cual se ha traducido en nuestra lengua. Puede verse también *El Monte Carmelo*, 1.º de Octubre de 1911, donde publicamos una Carta inédita de la misma Venerable, que contiene varios datos interesantes para su Vida.

según es de ver en los Divinos *Cantares* de Salomón y en otros libros de la Escritura Divina, donde, no pudiendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas; de donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí. Por haberse, pues, estas Canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino sólo dar alguna luz general (pues V. R. así lo ha querido) y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos á un sentido á que no se acomode todo paladar; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse á la declaración; porque la sabiduría mística, la cual es por amor, de que las presentes Canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma; porque es á modo de la Fe, en la cual amamos á Dios sin entenderle. Por tanto seré bien breve, aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes donde lo pidiere la materia, y donde se ofreciere ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración, que por tocarse en las Canciones muchos no podrá ser menos de tratar algunos; pero, dejando los más comunes, trataré brevemente los más extraordinarios que pasan por los que han pasado con el favor de Dios de principiantes, y esto por dos cosas: la una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque en ello hablo con V. R. por su mandado, á la cual nuestro Señor ha hecho merced de haberle sacado de esos principios y llevádole más adentro al seno de su amor Divino; y así, espero que aunque se escriban aquí algunos puntos de teología escolástica acerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo á lo puro del espíritu en tal manera; pues, aunque á V. R. le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las

verdades divinas, no le falta el de la mística, que se sabe por amor, en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque lo que dijere (lo cual quiero sujetar al mejor juicio, y totalmente á el de la santa madre Iglesia) haga más fe, no pienso afirmar cosa de mio, fiándome de experiencia que por mi haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido ó de ellas oído (aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar) sin que con autoridades de la Escritura Divina vaya confirmando y declarado, á lo menos lo que pareciere más dificultoso de entender; en las cuales llevaré este estilo, que primero las pondré las sentencias de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trajeren. Y pondré primero juntas todas las Canciones, y luego por su orden irá poniendo cada una de por sí para haberla de declarar; de las cuales declararé cada verso, poniéndole al principio de su declaración.

FIN DEL PRÓLOGO

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

- 1 — ¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.
- 2.—Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
- 3.—Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA Á LAS CRIATURAS

- 4.—Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

- 5.—Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura (1).

(1) Así dicen, tanto aquí como al interpretar esta canción, los manuscritos de Jaén, Alba, Burgos, Valladolid, Bujalance, Barrameda y la edición de Bruselas. El códice de las Carmelitas de Loeches y la edición de Fray Jerónimo de San José ponen: «Vestidos los dejó de su hermosura.» Seguimos la primera lección por la autoridad de tantos documentos, no obstante que esté más imperfecto el verso.

ESPOSA

- 6.— ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
- 7.— Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
- 8.— Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
- 9.— ¿Por qué, pues, has llagado
A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
- 10.— Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
- § 11.— Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.*
- 12.— ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
- 13.— Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

- 14.—Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Lo ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.
- 15.—La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
- 16.—Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
- 17.—Detente, Cierzo muerto;
Ven, Austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.
- 18.—Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.
- 19.—Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

- 20.—A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.
- 21.—Por las amenas lirás
Y canto de serenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.
- 22.—Entrádose há la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
- 23.—Debajo del manzano,
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada,
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

- 24.—Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
- 25.—A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo Divino.
- 26.—En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.

- 27.—Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.
- 28.—Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
- 29.—Pues ya si en el ejido,
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fuí ganada.
- 30.—De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.
- 31.—En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
- 32.—Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían: (1)
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vían.
- 33.—No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

(1) La edición de Bruselas y el manuscrito de Barrameda ponen aquí: *Tu gracia en mí tus ojos imprimían*. Mas al explicar esta estrofa traen el verso como va en el texto, que es también como se halla en otros manuscritos.

ESPOSO

- 34.—La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
- 35.—En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

ESPOSA

- 36.—Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
- 37.—Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
- 38.—Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
- 39.—El aspirar del aire,
El canto de la dulce Filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
- 40.—Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

ARGUMENTO

§ El orden que llevan estas Canciones es desde que un alma comienza á servir á Dios hasta que llega al último estado de la perfección, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados ó vías del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva; y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa. Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y que esta es la vía iluminativa. Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unitiva y de perfectos se sigue á la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas Canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende. *

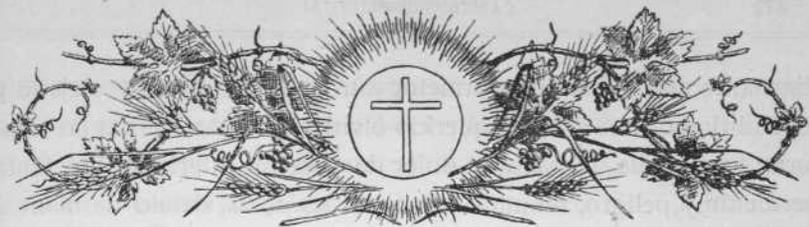


ARGUMENTO

El orden que llevan estas canciones es dado que un alma comienza a servir a Dios hasta que haya al último estado de la perfección, que es matrimonio espiritual, y así sucesiva se tocan los tres estados ó vías del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son purgativa, iluminativa y unificativa. Y se decantan acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

El principio de ellas está de los principales, que es la vía purgativa. Las de más adelante están de los apovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y que esta es la vía iluminativa. Después de estas, las que se siguen están de la vía unificativa, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unificativa y de perfectos se divide en la iluminativa, que es la de los apovechados, y las últimas canciones están del estado de unión que sólo va el alma en aquel estado perfecto.

En el primer canto se canta:



Comienza la declaración

de las

canciones de amor entre la Esposa y el Esposo Cristo (1).

ANOTACIÓN

§ Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada á hacer, viendo que la vida es breve (Job. XIV, 5), la senda de la vida eterna estrecha (Matth. VII, 14), que el justo apenas se salva (1. Petr. IV, 18), que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta como el agua que corre (2. Reg. XIV, 14), el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa; conociendo, por otra parte, la gran deuda que á Dios debe en haberla criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida; y en haberla redimido solamente por si mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia de su voluntad, y otros mil beneficios en que se conoce obligada á Dios desde antes que naciese; y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razón, así de lo primero como de lo postrero, hasta el último cuadrante (Matt. V, 26), cuando escudriñará Dios á Jerusalén con candelas encendidas (Sophon. I, 12), y que ya es tarde y por ventura lo postrero del día (Matth. XX, 6): para reme-

(1) Los párrafos comprendidos entre estos signos § — *, son los que añadió el Santo en el Cántico segundo.

diar tanto mal y daño, mayormente sintiendo á Dios muy alejado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas; tocada ella de pavor y dolor de corazón interior sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano á todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón herido ya del amor de Dios, comienza á invocar á su Amado, y dice: *

CANCIÓN I

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido,
Salí tras tí clamando, y eras ido.

DECLARACIÓN

En esta primera Canción el alma enamorada del Verbo Hijo de Dios, su Esposo, deseando unirse con él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose á él de la ausencia, mayormente que, habiéndola él herido y llagado de su amor (por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de sí misma), todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal para poderle gozar en la gloria de eternidad; y así, dice:

¿A dónde te escondiste?

Y es como si dijera: Verbo, esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido: en lo cual le pide la manifestación de su Divina Esencia; porque el lugar adonde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan (I, 18), en el seno del Padre, que es la Esencia Divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: *Verè tu es Deus absconditus*. Verdaderamente tú eres Dios escondido (XLV, 15). De donde es de notar que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un

alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él; porque todavía á la verdad le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma, sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo: «¿A dónde te escondiste?» Porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella, por lo cual, el Profeta Job dice: *Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam*. Si viniere á mí no le veré y si se fuere no lo entenderé (IX, 11). En lo cual se da á entender, que si el alma sintiere gran comunicación ó sentimiento ó noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir á que aquello que siente es poseer ó ver clara y esencialmente á Dios, ó que aquello sea tener más á Dios ó estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que le falta Dios más así que así, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: *Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit* (Eccles. IX, 1). Ninguno sabe si es digno de amor ó aborrecimiento delante de Dios. De manera que el intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia, en que desea estar certificada y satisfecha en la otra. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares Divinos cuando, deseando unirse con la Divinidad del Verbo, Esposo suyo, la pidió al Padre, Diciendo: *Indica mihi..... ubi pascas, ubi cubes in meridie*: Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al medio día (I, 6). Porque en pedir le mostrase dónde se apacentaba, era pedir le mostrase la Esencia del Verbo Divino, su Hijo, porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre; y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba, era pedirle lo mismo, porque el Hijo sólo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en

el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su Esencia, al medio día, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto, pues, de el Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y este lecho florido, donde con infinito deleite de amor se recuesta escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma Esposa cuando dice:

¿A dónde te escondiste?

§ Y para que esta sedienta alma venga á hallar á su Esposo y unirse con él por unión de amor en esta vida (según puede), y entretenga su sed con esta gota que de él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide á su Esposo, tomando la mano por él, le respondamos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle á lo cierto con la perfección y sabor que puede en esta vida, y así no comience á vaguear en vano tras las pisadas de las compañías. * Para lo cual es de notar, que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma. Por tanto, el alma que le ha de hallar conviene que salga de todas las cosas según la afición y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: *No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro* (1). Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo diciendo:

¿A dónde te escondiste?

§ Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar, donde está tu Amado, para buscarle y unirte

(1) *Misi nuntios meos omnes sensus exteriores, ut quærerem te, et non inveni, quia male quærebam. Video enim, lux mea Deus qui illuminasti me, quia male te per illos quærebam, quia tu es intus.*—S. August., Solil. Migne, Patr. Lat., t. XI, cap. XXXI, pág. 888.

con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo, donde está escondido, que es cosa de grande contentamiento y alegría para tí ver que todo tu bien y esperanza esté tan cerca de tí, que esté en tí, ó por mejor decir, tú no puedes estar sin él. *Ecce enim Regnum Dei intra vos est.* Catad, dice el Esposo: que el reino de Dios está dentro de vosotros. (Luc. XVII, 21.) Y su siervo el Apóstol San Pablo dice: Vosotros sois templo de Dios. (2 ad Cor. VI, 16.) Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta della, aunque esté en pecado mortal, cuanto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, á quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas á buscar fuera de tí, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de tí. Sólo hay una cosa, que aunque está dentro de tí está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar, donde está escondido, para buscarle allí á lo cierto. Y esto es lo que tú también aquí, alma, pides, cuando con afecto de amor dices:

¿A dónde te escondiste?

Pero todavía dices: ¿puesto está en mí el que ama mi alma, cómo no lo hallo ni le siento? La causa es, porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan á lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dió todas sus cosas (Matt. XIII, 44), convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu (Matt. VI, 6), y cerrando la puerta sobre tí (es á saber, tu voluntad á todas las

cosas) ores á tu Padre en escondido, y así quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con él; es á saber, sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido. Ea pues, alma hermosa, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor. Y mira que á ese escondrijo te llama él por Isaías diciendo: Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti (esto es, todas tus potencias á todas las criaturas), escóndete un poco hasta un momento (Isai. XXVI, 20); esto es, por este momento de vida temporal; porque si en esta brevedad de vida guardares, oh alma, con toda guarda tu corazón, como dice el Sabio (Prov. IV, 23), sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por Isaías diciendo: Darete los tesoros escondidos, y descubrirete la substancia y misterios de los secretos (Isai. XLVIII, 3). La cual substancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la substancia de la Fe y el concepto de ella, y la Fe es el secreto y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la Fe, que es lo perfecto de Dios, como dice San Pablo (1 ad Cor. XIII, 10), entonces se descubrirán al alma la substancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan á lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía si se escondiere como Moisés (Exod. XXXIII, 22), en la caverna de la piedra, que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida á tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios su Esposo. De manera que se sienta tan junta con él, y tan instruída y sabia en sus misterios, que cuanto á lo que toca á conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir: «¿A dónde te escondiste?»

Dicho queda, oh alma, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo. Pero si lo quieres volver á oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible: es buscarle en Fe y en

amor, sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber, que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán por donde no sabes allá á lo escondido de Dios; porque la Fe, que es el secreto que habemos dicho, son los pies con que el alma va á Dios, y el amor es la guía que la encamina, y andando ella tratando y manejando estos misterios y secretos de Fe, merecerá que el amor le descubra lo que en sí encierra la Fe, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia espiritual y Divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara á cara, ya de ninguna manera escondido; pero entre tanto, aunque el alma llegue á esta dicha unión (que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida) por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice:

¿A dónde te escondiste?

Muy bien haces, oh alma, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas á Dios y mucho te llegas á él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto no repares en parte ni en todo lo que tus potencias pueden comprender: quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de él, y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres ó sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de él; que eso es como habemos dicho, buscarle en Fe. Que pues es Dios inaccesible y escondido, como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos insipientes que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden ó no le gustan ó sienten, está Dios más lejos y más escondido siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos *distintamente* le entienden más se llegan á

él (1); pues como dice el profeta David: Puso por su escondrijo las tinieblas. (Psalm. XVII, 12.) Y así, llegando cerca de él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tu ojo: bien haces, pues, en todo tiempo, ahora de adversidad, ahora de prosperidad espiritual ó temporal, tener á Dios por escondido, y así clamar á él diciendo: «A dónde te escondiste?» *

Amado, y me dejaste con gemido.

Llámale Amado para más moverle é inclinarle á su ruego, porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude á las peticiones de su amante. § Y así lo dice él por San Juan, diciendo: Si permaneciéredes en mi, todo lo que quisiéredes, pediréis, y hacerse há. (XV, 7.) De donde entonces le puede el alma de verdad llamar «Amado», cuando ella está entera con él, no teniendo su corazón asido á alguna cosa fuera de él, y así de ordinario trae su pensamiento en él. Que por falta de esto dijo Dálila á Sansón: ¿Que cómo podía él decir que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella? (Jud. XVI, 15.) En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la afición. * De donde algunos llaman al Esposo «Amado». Y no es su Amado de veras, porque no tienen entero con él su corazón. Y así su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición, hasta que continuando la oración vengán á tener su ánimo más continuo con Dios, y el corazón con él más entero con afección de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.

En lo que dice luego. «Y me dejaste con gemido», es de notar que el ausencia del Amado causa continuo gemir en el amante, porque como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio,

(1) «Que cuanto *más* distintamente le entienden más se llegan á él.» Así traen este lugar el manuscrito de Jaén, Alba, Burgos, Baeza y Avila, lo cual es un yerro manifesto, pues además de estar en abierta oposición con lo que antecede y sigue, es contrario á la doctrina que enseña en otros lugares el Santo. (Véase la pág. 158 del tomo I, la 103 de éste y la *Anotación* á la Canción 13.) El códice de Segovia y el 18.160 de la Biblioteca Nacional están conformes con nuestro texto.

de donde en esto se conocerá el que de veras ama á Dios, si con ninguna cosa menos que él se contenta: ¿mas qué digo se contenta? § Pues aunque todas juntas las posea, no estará contento, antes cuantas más tuviere estará menos satisfecho: porque la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas ellas y pobreza de espíritu. Que por consistir en esta la perfección de amor en que se posee Dios con muy junta y particular gracia, vive en el alma en esta vida, cuando ha llegado á ella con alguna satisfacción, aunque no con hartura; pues que David con toda su perfección la esperaba en el cielo, diciendo: *Satiabor, cùm apparuerit gloria tua*. Cuando pareciere tu gloria, me hartaré. (Psalm. XVI, 15.) Y así no le basta la paz y tranquilidad, y satisfacción de corazón á que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido (aunque pacífico y no penoso) en la esperanza de lo que falta. Porque el gemido es anejo á la esperanza. * Como el que decía el Apóstol, que tenía él y los demás, aunque perfectos, diciendo: *Nos ipsi primitias Spiritûs habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes*. Nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu dentro de nosotros mismos, gemimos esperando la adopción de hijos de Dios. (Rom. VIII, 23.) Este gemido, pues, tiene aquí el alma dentro de sí en el corazón enamorado, porque donde hiere el amor, allí está el gemido de la herida clamando siempre con el sentimiento de la ausencia; mayormente, cuando habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicación del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente, que por eso dice luego:

Como el ciervo huíste.

Donde es de notar, que en los Cantares compara la Esposa á el Esposo al ciervo y á la cabra montesa, diciendo: *Similis est dilectus meus capreæ, hinnuloque cervorum*. Semejante es mi Amado á la cabra y al hijo de los ciervos (II, 9). Y esto no sólo por ser extraño y solitario, y huir de las campañas, como el ciervo, sino también por la presteza de esconderse y mostrarse, cual suele hacer en la visitas

que hace á las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas, para probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual las hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí á entender en lo que se sigue, diciendo:

Habiéndome herido.

Que es como si dijera, no sólo no me basta la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentando la pasión y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo, y no te dejas comprehender algún tanto.

Para más declaración de este verso, es de saber, que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos escondidos toques de amor que á manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor, y estas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llamas de amor, tanto, que parece consumirse de aquella llama, y la hace salir fuera de sí y renovar toda, y pasar á nueva manera de ser, así como el ave fénix, que se quema y renace de nuevo. De lo cual hablando David, dice: *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi.* Fué inflamado mi corazón, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe (Psalm. LXXII, 21, 22). Los apetitos y afectos que aquí entiende el profeta por renes, todos se conmueven y mudan en Divinos en aquella inflamación del corazón, y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor. Y á este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver á Dios, tanto, que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor; no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para

verse ó juntarse con él en vida de amor perfecto. Por tanto, encareciendo ó declarando ella su dolor, dice:

Habiéndome herido.

Es á saber, dejándome así herida, muriendo con herida de amor de ti, te escondiste con tanta ligereza como ciervo. Este sentimiento acaece así tan grande, porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma, levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza á la posesión del Amado, cuyo toque sintió, y con esa misma presteza siente el ausencia y el no poderle poseer aquí como desea; y así luego allí juntamente siente el gemido de la tal ausencia, porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque estas sólo las hace más para herir que para sanar; y más para lastimar que para satisfacer; pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y por consiguiente el dolor y ansia de ver á Dios. Estas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes á estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios; lo cual da ella á entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras ti clamando, y eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió. Y por eso esta herida alma salió con la fuerza del fuego que causa la herida tras de su Amado que la había herido, clamando á él para que la sanase. Es de saber, que este salir espiritualmente se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios. La una saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas. La otra saliendo de si misma por olvido de si, lo cual se hace por el amor de Dios; porque cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta que no sólo la hace salir de si misma por el olvido de sí, pero aun de sus

quicios y modos é inclinaciones naturales la saca clamando por Dios, y así es como si dijera: Esposo mio, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, mas también la sacaste é hiciste salir de si (porque á la verdad, y aun de las carnes parece la saca) y levántastela á ti, clamando por ti, ya desasida de todo para asirse á ti.

Y eras ido.

§ Como si dijera: al tiempo que quise comprehender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno y sin asir lo otro, penando en los aires de amor, sin arrimo de ti y de mi. * Esto que aquí llama el alma salir para ir á buscar el Amado, llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: *Surgam, et circuibo civitatem: per vicos, et plateas quæram, quem diligit anima mea: quæsi illum, et non inveni..... vulneraverunt me.* Levantarme hé y buscaré al que ama mi alma rodeando la ciudad por los arrabales y las plazas: busquéle, dice, y no le hallé, y llagáronme (III, 2, V, 7). Levantarse el alma Esposa, se entiende allí (hablando espiritualmente) de lo bajo á lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma, «salir»: esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló. Y aquí el alma también dice que está herida de amor, y la dejó así; por eso el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado á el que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, y es la entrega del Amado á él, y todavía no se la da, y estando ya perdido á todas las cosas, y á sí mismo por el Amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de le posesión del que ama su alma.

Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande á los que van llegando al estado de perfección al tiempo de estas Divinas heridas, que si no proveyese el Señor, morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad sano y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da á gustar algo de la dulzura del amor Divino, que ellos sobre todo inodo ape-

tecn, padecen sobre todo modo; porque como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, así es inefable la pena y el tormento.

CANCIÓN II

Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al Otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero,
 Decidle que adolezco, peno y muero.

DECLARACIÓN

En esta Canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse con el Amado, de hacerlo con los mejores medios que puede. Y así el alma de sus deseos, afectos y gemidos se quiere aquí aprovechar, como de mensajeros que tan bien saben manifestar lo secreto del corazón á su Amado, y así los requiere que vayan, diciendo:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores á sus deseos, afectos y gemidos, por cuanto ellos apacientan al alma de bienes espirituales. Porque «pastor» quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios á ella y le da Divino pasto, porque sin ellos poco se le comunica. Y dice:

Los que fuerdes.

que es como decir, los que de puro amor saliéredes. Porque no todos los afectos y deseos van hasta él, sino los que salen de verdadero amor.

Allá por las majadas al Otero.

Llama «majadas» á las jerarquías y coros de los ángeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos y oraciones á Dios. Al

cual aquí llama Otero por ser él la suma alteza, y porque en él, como en el otero, se otean y ven todas las cosas, y las «majadas» superiores é inferiores. Al cual van nuestras oraciones, ofreciéndoselas los ángeles, como habemos dicho, según lo dijo el ángel á Tobías, diciendo: *Quando orabas cum lacrymis, et sepelebas mortuos....., ego obtuli orationem tuam Domino.* Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, yo ofrecía tu oración á Dios (Tob. XII, 12). También se pueden entender estos pastores del alma por los mismos ángeles; porque no sólo llevan á Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios á nuestras almas, apacentándolas como buenos pastores de dulces comunicaciones é inspiraciones de Dios, por cuyo medio Dios también las hace, y ellos nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios. Ahora, pues, entienda estos pastores por los afectos, ahora por los ángeles, todos desea el alma que le sean parte y medios para con su Amado, y así á todos les dice:

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir, si por mi buena dicha y ventura llegáredes á su presencia, de manera que él os vea y os oiga. Donde es de notar, que aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mismos pensamientos del alma ve y nota, como dice Moysen (Deuter. XXXI, 21), entonces se dice ver nuestras necesidades y oraciones ú oírlas, cuando las remedia ó las cumple; porque no cualesquier necesidades y peticiones llegan al colmo que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos lleguen á bastante sazón y tiempo y número; y entonces se dice verlo y oírlo, según es de ver en el Éxodo, que después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habian estado ailigidos en la servidumbre de Egipto, dijo Dios á Moysen; *Vidi afflictionem populi mei..... et descendi, ut liberem eum.* Vi la aflicción de mi pueblo, y he bajado para librarlos (III, 7, 8); como quiera que siempre la hubiese visto. Y también dijo Gabriel á Zacarías (Luc. I, 13), que no temiese, porque ya Dios había oído su oración en darle el hijo que muchos años le había andado pidiendo,

como quiera que siempre le hubiese oído. Y así ha de entender cualquier alma, que aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno, Él que es ayudador, como dice David, en las oportunidades y en la tribulación (Psalm. IX, 10), si ella no desmayare y cesare. Esto, pues, quiere decir aquí el alma cuando dice:

Si por ventura vierdes.

Es á saber, si por ventura es llegado el tiempo en que tenga por bien de otorgar mis peticiones.

Aquel que yo más quiero.

Es á saber, más que á todas las cosas. Lo cual es verdad cuando al alma no se le pone nada delante que la acobarde de hacer y padecer por él cualquier cosa de su servicio; y cuando el alma también puede con verdad decir lo que en el verso siguiente aquí dice es señal de que le ama sobre todas las cosas. Es, pues, el verso:

Decidle que adolezco, peno y muero.

En el cual representa el alma tres necesidades. Conviene á saber, dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama á Dios con amor de alguna perfección, en la ausencia padece ordinariamente de tres maneras, según las tres potencias del alma, que son entendimiento, voluntad y memoria. Acerca del entendimiento, dice que adolece porque no ve á Dios, que es la salud del entendimiento, según lo dice Dios por David, diciendo: *Salus tua ego sum*. Yo soy tu salud, Psalm. XXXIV, 3.) Acerca de la voluntad, dice que pena porque no posee á Dios, que es el refrigerio y deleite de la voluntad, según también lo dice David, diciendo: Con el torrente de tu deleite los hartarás. (Ibid. 9.) Acerca de la memoria, dice que *muere*, porque acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver á Dios, y de los deleites de la voluntad, que es

poseerle, y que también es muy posible carecer de él para siempre entre los peligros y ocasiones de esta vida, padece en esta memoria sentimiento á manera de muerte, porque echa de ver que carece de la cierta y perfecta posesión de Dios, el cual es vida del alma, según lo dice Moisés, diciendo: Él ciertamente es tu vida. (Deuter. XXX, 20.)

Estas tres maneras de necesidades representó también Jeremías á Dios en los Trenos, diciendo: *Recordare paupertatis..... absinthii et fellis*. Recuérdate de mi pobreza y del ajeno y de la hiel. (III, 19.) La pobreza se refiere al entendimiento, porque á él pertenecen las riquezas de la sabiduría del Hijo de Dios, en el cual, como dice San Pablo, están encerrados todos los tesoros de Dios. (Coloss. II, 3.) El ajeno, que es yerba amarguísima, se refiere á la voluntad, porque á esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios, de la cual careciendo se queda con amargura. Y que la amargura pertenezca á la voluntad espiritualmente se da á entender en el Apocalipsi cuando el ángel dijo á San Juan: *Accipe librum, et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum*. Que en comiendo aquel libro le haria amargar el vientre. (X, 9.) Entendiendo allí por vientre la voluntad. La hiel se refiere no sólo á la memoria, sino á todas las potencias y fuerzas del alma; porque la hiel significa la muerte del alma, según da á entender Moisés hablando con los condenados, en el Deuteronomio, diciendo: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile*. Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de áspides insanable (XXXII, 33). Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma.

Estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son Fe, Caridad y Esperanza, las cuales se refieren á las dichas tres potencias por el orden que aquí se ponen, entendimiento, voluntad y memoria. Y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado; porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad, para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo á su amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente

el vino, sino diciéndole: No tienen vino (Joann. II, 3). Y las hermanas de Lázaro le enviaron á decir, no que sanase á su hermano, sino que mirase que al que amaba estaba enfermo (Ibid. XI, 3). Y esto por tres cosas: La primera, porque mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros. La segunda, porque más se compadece el Amado viendo la necesidad del que le ama y su resignación. La tercera, porque más seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar la falta, que en pedir á su parecer lo que le falta. Ni más ni menos hace acá ahora el alma, representando sus tres necesidades, y es como si dijera: decid á mi Amado, que pues adolezco y él sólo es mi salud, que me dé mi salud; y que pues peno y él sólo es mi gozo, que me dé mi gozo; y que pues muero y él sólo es mi vida, que me dé vida.

CANCIÓN III

Buscando mis amores,
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y frontera.

DECLARACIÓN

Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastan gemidos y oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros como ha hecho en la primera y segunda Canción, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede; porque el alma que de veras ama á Dios, no empreza hacer cuanto puede por hallar al hijo de Dios su Amado; y aun después que lo ha hecho todo, no se satisface ni piensa que ha hecho nada, y así en esta tercera Canción ella misma por la obra lo quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo. Conviene á saber, que ha de ir ejercitándose en las

virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa, y que para esto no ha de admitir deleites ni regalos algunos, ni bastarán á detenerla é impedirle este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son mundo, demonio y carne. Diciendo,

Buscando mis amores,

esto es, mi Amado, § bien da á entender aquí el alma, que para hallar á Dios de veras no basta sólo orar con el corazón y con la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también junto con eso es menester obrar de su parte lo que en sí es, porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona, que muchas que otras hacen por ella; y por eso acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice: Buscad y hallaréis (Luc. XI, 9); ella misma se determina á salir de la manera que arriba habemos dicho á buscarle por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos que no querrian que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer cosa que les cueste algo, y algunos aún no levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios á la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles; pero hasta que de ellos salgan á buscarle, aunque más voces den á Dios, no le hallarán; porque así le buscaba la Esposa en los Cantares, y no le halló hasta que salió á buscarle, y dicelo por estas palabras: En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé. Levantarme hé y rodearé la ciudad; por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi alma (III, 1). Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que le halló. De donde el que busca á Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de su gusto y deleites, éste le busca de día, y así le hallará; porque lo que de noche no se halla, de día parece. Esto da bien á entender el mismo Esposo en el libro de la

Sabiduría, diciendo: Clara es la Sabiduría, y nunca se marchita, y fácilmente es vista de los que la aman, y es hallada de los que la buscan. Previene á los que la codician, para mostrarse primero á ellos. El que por la mañanica madrugare á ella no trabajará, porque la hallará sentada á la puerta de su casa (VI, 13). En lo cual da á entender, que en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabado de salir, luego allí afuera hallará á la dicha Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios su Esposo, y por eso dice el alma aquí: *Buscando mis amores.* *

Iré por esos montes y riberas.

Por los montes, que son altos, entiende aquí las virtudes. Lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir á ellas por las cuales dice que irá ejercitando la vida contemplativa. Por las riberas que son bajas, entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales, por las cuales también dice que irá en ellas ejercitando la vida activa, junto con la contemplativa que ha dicho; porque para buscar á lo cierto á Dios, y adquirir las virtudes, la una y la otra son menester. Es, pues, tanto como decir: buscando á mi Amado, irá poniendo por obra las altas virtudes, y humillándose en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice, porque el camino de buscar á Dios, es ir obrando en Dios el bien, y mortificando en sí el mal, de la manera que va diciendo en los versos siguientes, es á saber:

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar á Dios, es menester un corazón desnudo y fuerte, y libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle; y en este dice, que no cogerá las flores que encontrare en este camino, por las cuales

entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida, que podrían impedir el camino, si cogierlos y admitirlos quisiere. Los cuales son en tres maneras: Temporales, sensuales y espirituales; y porque los unos y los otros ocupan el corazón y le son impedimento para la desnudez espiritual, cual se requiere para el derecho camino de Cristo, si reparase ó hiciese asiento en ellos, dice, que para buscarle no cogerá todas estas cosas dichas; y así es como si dijera: ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar á mis amores por los montes de las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el profeta David á los que van por este camino, diciendo: *Divitiæ si affluent, nolite cor apponere*. Esto es, si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar á ellas el corazón (Psalm. LXI, 11). Lo cual entiende, así de los gustos sensuales como de los demás bienes temporales y consuelos espirituales. Donde es de notar, que no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad ó se buscan, impiden al camino de la cruz del Esposo Cristo: por tanto, el que ha de ir adelante, conviene que no se ande á coger esas flores, y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir

*Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.*

En los cuales versos pone los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne.

Llama fieras al mundo, porque al alma que comienza el camino de Dios, parecele que se le representa en la imaginación el mundo como á manera de fieras haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente

en tres maneras. La primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valer y aun la hacienda. La segunda, que es otra fiera no menor, que cómo ha de poder sufrir no haber ya jamás de tener contentos ni deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él. La tercera es aún mayor; conviene á saber, que se han de levantar contra ella las lenguas y han de hacer burla, y ha de haber muchos dichos y mofas, y le han de tener en poco: las cuales cosas de tal manera se les suelen anteponer á algunas almas, que se les hace dificultosísimo, no sólo el perseverar contra estas fieras, mas aun el poder comenzar el camino.

Pero á algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras más interiores, y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras, porque les conviene pasar, cuales los envía Dios á los que quiere levantar á alta perfección, probándolos y examinándolos como al oro en el fuego, según aquello de David, en que dice: *Multæ tribulationes justorum: et de omnibus his liberabit eos Dominus*. Esto es, las tribulaciones de los justos son muchas, mas de todas ellas los libraré el Señor (Psalm. XXXIII, 20). Pero el alma bien enamorada, que estima á su Amado más que á todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir: *Ni temeré las fieras*.

Y pasará los fuertes y fronteras.

A los demonios, que es el segundo enemigo, llama fuertes, porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino; y porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer, y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos mundo y carne para hacer al alma fuerte guerra. Y por tanto, hablando David de ellos los llama fuertes, diciendo: *Fortes quæsierunt animam meam*. Es á saber, los fuertes pretendieron mi alma. (Ibid. LIII, 5.) De cuya fortaleza también dice el profeta Job: Que no hay poder

sobre la tierra que se compare á este del demonio, que fué hecho de suerte que á ninguno temiese (Job, XLI, 24); esto es, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así sólo el *poder* Divino basta para poderle vencer, y sola la luz Divina para poderle entender sus ardides; por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificación, que por eso dice el Apóstol San Pablo, avisando á los Fieles, estas palabras: *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli, quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem, et sanguinem.* Es á saber, vestios de las armas de Dios, para que podáis resistir *contra las* astucias del enemigo; porque esta lucha no es como contra la carne y sangre (Ephes. VI, 11 et 12.) Entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oración y la cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho. Dice también el alma que pasará las fronteras, por las cuales se entiende, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu, la cual, como dice San Pablo, codicia contra el espíritu: *Caro enim concupiscit adversus spiritum.* (Ad Gal. V, 17.) Y se pone como en frontera resistiendo al camino espiritual, y estas fronteras ha de pasar el alma rompiendo las dificultades, y echando por tierra con la fuerza y determinación del espíritu todos los apetitos sensuales y aficiones naturales; porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual. Lo cual nos dió bien á entender San Pablo, diciendo: *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* Esto es, si mortificáredes las inclinaciones de la carne y apetitos con el espíritu, viviréis. (Ad Rom. VIII, 13.) Este, pues, es el estilo, que dice el alma en la dicha Canción, que le conviene tener para en este camino buscar á su Amado, el cual en suma es tener constancia y valor para no bajarse á coger las *flores*, y ánimo para no temer las *fieras* y fortaleza para pasar los *fuertes* y *fronteras*, sólo entendiendo en ir por los montes y riberas de virtudes, de la manera que está ya declarado.

CANCIÓN IV

Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

DECLARACIÓN

Después que el alma ha dado á entender la manera de disponerse para comenzar este camino, para no se andar ya á deleites y gustos, y la fortaleza que ha de tener para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios; ahora en esta Canción comienza á caminar por la consideración y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, Criador de ellas; porque después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo á Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol, que dice: *Invisibilia enim ipsius, à creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur.* (Ad Rom. I, 20.) Que es como si dijera: las cosas invisibles de Dios, son del alma conocidas por las cosas criadas visibles é invisibles.

Habla, pues, el alma en esta Canción con las criaturas, preguntán-
doles por su Amado. Y es de notar que, como dice San Agustín (1),
la pregunta que el alma hace á las criaturas es la consideración que
en ellas hace del Criador de ellas. Y así en esta Canción se contiene
la consideración de los elementos y de las demás criaturas inferiores,
y la consideración de los cielos y de las demás criaturas y cosas

(1) - *Confessiones*, lib. X; capite 6 por totum.

materiales que Dios crió en ellos; y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

Oh bosques y espesuras.

Llama «bosques» á los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego. Porque así como amenísimos bosques, están poblados de espesas criaturas, á las cuales llama aquí «espesuras», por el grande número y mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento. En la tierra innumerables variedades de animales y plantas: en el agua innumerables diferencias de peces, y en el aire mucha diversidad de aves; y el elemento del fuego concurre con todos para la animación y conservación de ellos; y así cada suerte de animales vive en su elemento, y está colocada y plantada en él como en su bosque y región donde nace y se cria; y á la verdad así lo mandó Dios (Gen. I, per totum) en la creación de ellos, mandando á la tierra que produjese las plantas y los animales, y á la mar y agua los peces, y al aire hizo morada de las aves; y por eso viendo el alma que así lo mandó, y que así se hizo, dice el verso siguiente:

Plantados por la mano del Amado.

En el cual es esta la consideración, es á saber: que estas diferencias y grandezas sola la mano del Amado Dios pudo hacerlas y criarlas. Donde es de notar que advertidamente dice por la «mano» del Amado; porque aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, esta que es criar, nunca la hizo ni hace por otra que la suya propia; y así el alma mucho se mueve á el amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas, y dice adelante:

Oh prado de verduras.

Esta es la consideración del cielo, al cual llama «Prado de verduras», porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura inmarcesible, que ni fenecen ni se marchitan con el tiempo,

y en ellas como en frescas verduras se recrean los justos; en la cual consideración también se comprende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otros planetas celestiales.

Este nombre de «verduras» pone también la Iglesia á las cosas celestiales, cuando rogando á Dios por las ánimas de los fieles difuntos, hablando con ellas, dice: *Constituat vos Dominus inter amœna virentia*. Quiere decir: Constiyáos Dios entre las verduras deleitables (1). Y dice también que este «prado de verduras» también está

De flores esmaltado.

Por las cuales «flores» entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar y hermoseedo como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado.

Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: decid qué excelencias en vosotros ha criado.

CANCIÓN V

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

DECLARACIÓN

En esta Canción responden las criaturas al alma, la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar (2), es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios á el alma que por la consideración se lo pregunta; y así en esta Canción lo que

(1) Brev. in ordine commendat. animæ. En las ediciones antiguas se variaba algo este pasaje, poniendo el texto latino tal como se halla en el Breviario. En los manuscritos se encuentra según le damos en nuestra edición. El Santo no pretendió citarle á la letra.

(2) Lib. X, Conf. cap. 6. per totum.

se contiene en sustancia es, que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad, y en ellas dejó algún rastro de quién él era, no sólo dándoles el ser de nada, mas aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, y hermoaséndolas con el admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras, y esto haciéndolo por la Sabiduría suya por quien las crió, que es el Verbo su Unigénito Hijo. Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

Por estas «mil gracias» que dice iba derramando, se entiende la multitud de las criaturas innumerables, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar á entender la multitud de ellas, á las cuales llama gracias, por las muchas gracias de que dotó á las criaturas: las cuales derramando, es á saber, todo el mundo poblando,

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los sotos es criar los elementos, que aquí llama «Sotos», por los cuales dice que derramando mil gracias pasaba, porque de todas las criaturas los adornaba, que son graciosas; y allende de eso en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas. Y dice que pasó, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes Divinas: y dice que este paso fué con «presura», porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró, y en que él más reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso y con apresuramiento.

Y yéndolos mirando,

Con sola su figura

Vestidos los dejó de hermosura.

Según dice San Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria

y figura de su sustancia. (Hebræor. I, 3.) Es, pues, de saber, que con sola esta *figura* de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fué darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: Miró Díos todas las cosas que había hecho, y eran mucho buenas. (I, 31.) El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo su Hijo. Y no sólo les comunicó el ser y gracias naturales mirándolas, como habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural, lo cual fué cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente á todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios: *Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum*. Esto es, si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré á mí todas las cosas (Joan. XII, 32); y así en este levantamiento de la Encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección, según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Pero demás de esto todo, hablando ahora según el sentido y afecto de la contemplación, es de saber que en la viva contemplación y conocimiento de las criaturas, echa de ver el alma haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura, de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura y virtud natural sobrederivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y á todos los cielos, así como también con abrir su mano, como dice David, llena todo animal de bendición: *Aperis tu manum tuam: et imples omne animal benedictione* (Psalm. CXLIV, 16). Y por tanto, llagada el alma en amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su Ama-

do, con ansias de ver aquella hermosura, que es causa de estotra hermosura visible, dice la siguiente Canción:

CANCIÓN VI

¡Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieras enviarme
 De hoy más ya mensajero,
 Que no saben decirme lo que quiero.

DECLARACIÓN

Como las criaturas dieron al alma señas de su Amado, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor, y por consiguiente le creció el dolor de la ausencia; porque cuanto más el alma conoce á Dios, tanto más le crece el apetito y pena por verle; y como ve que no hay cosa que pueda curar su dolencia sino la presencia y vista de su Amado, desconfiada de cualquier otro remedio, pídele en esta Canción la entrega y posesión de su presencia, diciendo: que no quiera de hoy más entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas y rastros de su excelencia, porque éstas más le aumentan las ansias y el dolor, que satisfacen á su voluntad y deseo. La cual voluntad no se contenta y satisface con menos que con su vista; y por tanto que sea él servido de entregarse á ella ya de veras en acabado y perfecto amor, y así dice:

¡Ay, quién podrá sanarme!

Como si dijera: Entre todos los deleites del mundo y contentamientos de los sentidos y gustos y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme; y pues así es,

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar, que cualquier alma que ama de veras, no

puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras á Dios. Porque todas las demás cosas no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer el hambre y apetito de verlo á él como es; y así cada visita que del Amado recibe, de conocimiento ó sentimiento, ó otra cualquier comunicación (los cuales son como mensajeros, que dan al alma recaudos de noticia de quien él es, aumentándole y despertándole (1) más el apetito; así como hacen las migajas en grande hambre) haciéndosele pesado entretenerse con tan poco, dice:

Acaba de entregarte ya de vero.

Porque todo lo que de Dios en esta vida se puede conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte, y muy remoto; mas conociéndole esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones, y por tanto dice luego:

*No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero.*

Como si dijera: No quieras que de aquí adelante te conozca tan á la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de tí, tan remotos y ajenos de lo que de tí desea mi alma, porque los mensajeros á quien pena por la presencia, bien sabes tú, Esposo mio, que aumentan el dolor. Lo uno, porque renuevan la llaga con la noticia que dan. Lo otro porque parecen dilaciones de la venida. Pues luego de hoy más no quieras enviarme estas noticias remotas; porque si hasta aquí podía pasar con ellas porque no te conocía ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que tengo no puede contentarse con estos recaudos: por tanto acaba de entregarte. Como si más claro dijera: Señor mio Esposo, que andas dando de tí á mi alma por partes, acaba de darlo del todo. Y esto que andas mos-

(1) Así dicen los manuscritos de Jaén, Alba, Barrameda, Loeches, Bujalance, Valladolid y la edición de Bruselas; el código burguense pone: *aumentánle y despertánle*. Con él concordaban las ediciones anteriores.

trando como por resquicios, acaba de mostrarlo á las claras. Y esto que andas comunicando por medios, que es comunicarte como de burlas, acaba de hacerlo de veras, comunicándote por tí mismo; que parece á veces en tus visitas que vas á dar la joya de tu posesión, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella porque se la escondes; lo cual es como dar de burla. Entrégate, pues, ya de vero, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga á ti todo, y no quieras enviarme ya más mensajero,

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera, yo á ti todo quiero, y ellos no me saben ni pueden decir á ti todo; porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden dar al alma la noticia que ella desea tener de tí; y así no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de estos mensajeros, tú seas el mensajero y los mensajes

CANCIÓN VII

Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo (1)
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

DECLARACIÓN

En la Canción pasada ha mostrado el alma estar herida ó enferma de amor de su Esposo, á causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales: y en esta presente da á entender estar llagada de amor á causa de otra noticia más alta que del Amado recibe por medio de las criaturas racionales, que son más nobles que las otras, las cuales son los ángeles y hombres. Y también dice que no sólo está, sino que también está muriendo de amor, á causa de una

(1) El manuscrito de Jaén dice: «Y déjanme», lo cual se ve ser descuido del copiante, pues cuando pone todas las canciones, y al explicar este verso, escribe: «Y déjame». Algún manuscrito más tiene la misma equivocación.

inmensidad admirable que por medio de estas criaturas se le descubre sin acabársele de descubrir, que aquí llama *no sé qué*, porque no se sabe decir, porque ello es tal, que hace estar muriendo al alma. De donde podemos inferir, que en este negocio de amor hay tres maneras de penar por el Amado acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener. La primera se llama herida, la cual es más remisa, y más brevemente pasa, bien así como herida; porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las más bajas obras de Dios. Y de esta herida, que aquí llamamos también enfermedad, habla la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum ut nuntietis ei, quia amore langueo*. Que quiere decir: Conjúroos, hijas de Jerusalem, que si halláredes á mi Amado le digáis que estoy enferma de amor (V, 8) entendiendo por las hijas de Jerusalem las criaturas. La segunda se llama llaga, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor. Y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe. Los cuales por ser mayores obras de Dios, y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor. De manera, que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura. De la cual hablando el Esposo en los *Cantares* con el alma, dice: Llagásteme mi corazón, hermana mía; llagásteme mi corazón con el uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello (IV, 9). Porque el ojo significa aquí la Fe de la Encarnación del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma Encarnación. La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada; la cual vive muriendo, hasta que matándola el amor la haga vivir vida de amor transformándola en amor. Y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la Divinidad, que es el *no sé qué* que dice en esta Canción, que quedan balbuciendo: el cual toque no es continuo, ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo, mas pasa en breve; y

así queda muriendo de amor; y más muere, viendo que no se acaba de morir de amor. Este se llama amor impaciente, del cual se trata en el Génesis, donde dice la Escritura que era tanto el amor que tenía Raquel de concebir, que dijo á su esposo Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Esto es: dame hijos, si no yo moriré (XXX, 1). Y el profeta Job decía: *Quis mihi det, ut qui coepit ipse me conterat?* Que es decir: ¿Quién me dará á mí, que el que me comenzó, ese me acabe? (VI, 9.)

Estas dos maneras de penas de amor, es á saber la *llaga* y el *morir*, dice en esta Canción que le causan estas criaturas racionales. La *llaga*, en lo que dice que le van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y Sabiduría de Dios que la enseñan de la Fe. El *morir*, en aquello que dice que quedan balbuciendo, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios se le descubre. Dice, pues:

Y todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aquí por los que vagan, que son los ángeles y los hombres; porque solos éstos de todas las criaturas vacan á Dios entendiendo en él, porque eso quiere decir este vocablo *vagan*, el cual en latin se dice *vacant*. Y así es tanto como decir, todos cuantos vacan á Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los ángeles: los otros amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres. Y porque por estas criaturas racionales más al vivo conoce á Dios el alma, ahora por la consideración de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios; las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los ángeles; los otros exteriormente, por las verdades de la Escritura, dice:

De tí me van mil gracias refiriendo.

Esto es, dándome á entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de la Encarnación y verdades de Fe, que

de tí me declaran, y siempre me van más refiriendo; porque cuanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de tí.

Y todas más me llagan.

Porque en cuanto los ángeles me inspiran, y los hombres de tí me enseñan, de tí más me enamoran, y así todas de amor más me llagan.

Y déjame muriendo

Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Como si dijera: pero allende de lo que me llagan estas criaturas en las mil gracias que me dan á entender de tí, es tal un *no sé qué* que se siente quedar por decir, y una cosa que se conoce quedar por descubrir (1), y un subido rastro que se descubre al alma de Dios quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no se sabe decir, que por eso lo llama *no sé qué*; que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaece á veces á las almas que están ya aprovechadas, á las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen ó ven ó entienden, y á veces sin eso y sin esotro, una subida noticia en que se le da á entender y sentir alteza de Dios y grandeza; y en aquel sentir siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender. Y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á un alma por vía de paso, es darle claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo. Porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender; porque

(1) «Que *no* se conoce quedar por descubrir.» (Mss. de Alba y Burgos.) Es error manifiesto, al cual añade otro (además de tener éste), el manuscrito de Jaén, pues dice: «Por descubrir *de sí*». Los otros manuscritos de que nos servimos están conformes con el texto que damos.

aquellos que menos le ven, son á los que no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como á los que más ven. Esto creo no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender de aquello que altamente siente, llámalo *un no sé qué*; porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir: por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar á entender; que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar á decir ni dar á entender qué hay que decir.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

También acerca de las demás criaturas acaecen al alma algunas ilustraciones al modo que habemos dicho, aunque no siempre tan subidas, cuando Dios hace merced al alma de abrirle la noticia y el sentido del espíritu en ellas, las cuales parece están dando á entender grandezas de Dios que no acaban de dar á entender; y es como que van á dar á entender, y se quedan por entender; y así es *un no sé qué* que quedan balbuciendo. Y así el alma va adelante con su querella, y habla con la vida de su alma, en la siguiente Canción, diciendo:

CANCIÓN VIII

Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

DECLARACIÓN

Como el alma se ve morir de amor (según acaba de decir) y que no se acaba de morir para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duración de la vida corporal, á cuya causa se le dilata la vida espiritual. Y así en esta Canción habla con la misma vida de su alma encareciendo el dolor que le causa. Y el sentido de la Canción es el

que se sigue: vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo más verdaderamente que en el cuerpo vives? Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte, para vivir y gozar la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil?, pues demás de esto, son bastantes sólo por sí para acabarte la vida las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte del Amado, que todas ellas vehementemente te dejan herida de amor; y así cuantas cosas de él sientes y entiendes, tantos toques y heridas que de amor matan, recibes. Siguese el verso:

*Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives?*

Para inteligencia de estos versos, es de saber que el alma más vive donde ama, que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella lo da al cuerpo, y ella vive por amor en lo que ama. Pero demás de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida radical y naturalmente como también todas las cosas criadas en Dios, según aquello de San Pablo, que dice: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*. En él vivimos, y nos movemos, y somos (Act. XVII, 28), que es decir: en Dios tenemos nuestra vida, y nuestro movimiento y nuestro ser. Y San Juan dice que todo lo que fué hecho, era vida en Dios: *Quod factum est, in ipso vita erat* (I, 4). Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios, por el ser que en él tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quájase y lastímase que pueda tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impida gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa como vive en Dios por naturaleza y amor. En lo cual es grande el encarecimiento que el alma hace porque da aquí á entender que padece en dos contrarios, que son vida natural en cuerpo, y vida espiritual en Dios, que son contrarios en sí, por cuanto repugna el uno á el otro. § Y viviendo ella en

entrambos, por fuerza ha de tener gran tormento; pues la una vida penosa le impide la otra sabrosa, tanto que la vida natural le es á ella como muerte, pues por ella está privada de la espiritual, en que tiene todo su ser y vida por naturaleza, y todas sus operaciones y aficiones por amor. Y para dar más á entender el rigor de esta frágil vida, dice luego: *

*Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes.*

Como si dijera: y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por si sólo bastan á quitarte la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazón hace el Amado? Los cuales toques de tal manera fecundan el alma y el corazón de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, según lo dice en el verso siguiente:

De lo que del Amado en ti concibes.

Es á saber, de la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes que de él entiendes.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ A manera de ciervo, que cuando está herido con yerba, no descansa ni sosiega, buscando por acá y por allá remedios, ahora engolfándose en unas aguas, ahora en otras, y siempre le va creciendo más en todas las ocasiones y remedios que toma, el toque de la yerba, hasta que se apodera bien del corazón y viene á morir: así el alma que anda tocada de la yerba del amor, cual esta de que tratamos aquí, nunca cesando de buscar remedios para su dolor, no solamente no los halla, mas antes todo cuanto piensa, dice y hace, le aprovecha para más dolor; y ella conociéndolo así, y que no tiene otro remedio, sino venirse á poner en las manos del que la hirió,

para que despenándola, la acabe ya de matar con la fuerza del amor, vuélvese á su Esposo, que es la causa de todo esto, y dicele la Canción siguiente: *

CANCIÓN IX

¿Por qué, pues, has llagado
 Aqueste corazón no le sanaste?
 Y pues me le has robado,
 ¿Por qué así le dejaste,
 Y no tomas el robo que robaste?

DECLARACIÓN

Vuelve, pues, el alma en esta Canción á hablar con el Amado todavía, con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre ningún ocio ni da descanso á su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio: y como se ve llagada y sola, no teniendo otro ni otra medicina sino á su Amado, que es el que la llagó, dicele, que pues él llagó su corazón, con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia. Y que pues él también se lo ha robado por el amor con que la ha enamorado sacándosele de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es á saber, sacado de su poder (porque el que ama ya no posee su corazón, pues lo ha dado al amado), y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformación de amor, en gloria: dice pues;

*¿Por qué, pues has llagado
 Aqueste corazón, no le sanaste?*

No se querella porque la haya llagado, porque el enamorado cuanto más herido, está más pagado; sino que habiendo llagado el corazón, no le sanó acabándole de matar: porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que si no llegan á morir, no la pueden satisfacer; pero sonle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta aca-

barla de matar, y por eso dice: «¿Por qué, pues has llagado a este corazón no le sanaste?» Como si dijera: por qué, pues le has herido hasta llagarle, no le sanas acabándole de matar de amor? Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, sé tú la causa de la salud en muerte de amor: porque de esta manera el corazón que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y añade diciendo:

*Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste.*

Robar no es otra cosa que desaposeionar lo suyo á su dueño, y aposeionarse de ello el robador. Esta querella, pues, propone aquí el alma al amado, diciendo que pues él ha robado su corazón por amor, y sacádole de su poder y posesión, ¿por qué le ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya tomándole para sí, como hace el robador, el robo que robó, que de hecho se le lleva consigo? Por eso el que está enamorado se dice tener el corazón robado ó arrobado de aquel á quien ama, porque le tiene fuera de sí puesto en la cosa amada, y así no tiene corazón para sí, sino para aquello que ama. De aquí podrá bien conocer el alma si ama á Dios puramente ó no; porque si le ama, no tendrá corazón para sí propia ni para mirar su gusto y provecho, sino para honra y gloria de Dios, y darle á él gusto, porque cuanto más tiene el corazón para sí, menos le tiene para Dios. Y verse há si el corazón está bien robado de Dios, en una de dos cosas: en si trae ansias por Dios, y no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma: la razón es porque el corazón no puede estar en paz y sosiego sin alguna posesión, y cuando está bien aficionado, ya no tiene posesión de sí ni de alguna otra cosa, como habemos dicho, y así tampoco posee cumplidamente lo que ama: de donde no le puede faltar tanta fatiga cuanta es la falta, hasta que lo posea y se satisfaga, porque hasta entonces está el alma como vaso vacío que espera su lleno, y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire y no tiene en qué estribar: de esta manera está el corazón bien

enamorado, lo cual sintiendo aquí el alma por experiencia, dice: «Por qué así le dejaste?» Es á saber, vacío, hambriento, solo, llagado y doliente de amor y suspenso en el aire.

Y no tomas el robo que robaste?

Conviene á saber, ¿por qué no tomas el corazón que robaste por amor, para henchirle, y hartarle, y acompañarle, y sanarle, dándole asiento y reposo cumplido en tí?

No puede dejar de desear el alma enamorada, por más conformidad que tenga con el Amado, la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado: y de otra manera no sería verdadero amor, porque el salario y paga del amor no es otra cosa, ni el alma puede querer otra cosa sino más amor, hasta llegar á perfección de amor: porque el amor no se paga sino de sí mismo, según lo dió á entender el profeta Job, cuando hablando con la misma ansia y deseo que aquí está el alma, dijo: *Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam: quando consurgam? Et rursus expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras.* Así como el siervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra, así yo tuve vacíos los meses, y conté las noches trabajosas para mí. Si durmiere, diré: ¿cuando llegará el día en que me levantaré? Y luego volveré otra vez á esperar la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche (VII, 2). Así, pues, el alma encendida en amor de Dios desea el cumplimiento y perfección del amor para tener allí cumplido refrigerio, como el siervo fatigado del estio desea el refrigerio de la sombra; y como el mercenario espera el fin de su obra, espera ella el fin de la suya. Donde es de notar que no dijo Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar á entender lo que vamos diciendo, es á saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra: porque su obra es amar, y de esta obra que es amar, espera ella el fin y remate, que es la perfección y cumplimiento del amar á Dios, el cual hasta que se le

cumpla siempre está de la figura que en la dicha autoridad la pinta Job, teniendo los días y los meses por vacíos, y contando las noches trabajosas y prolijas para sí. En lo dicho queda dado á entender cómo el alma que ama á Dios, no ha de pretender ni esperar otro galardón de sus servicios, sino la perfección de amar á Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Estando, pues, el alma en este término de amor está como un enfermo muy fatigado, que teniendo perdido el gusto y apetito todos los manjares le fastidian, y todas las cosas le molestan y enojan: sólo en todas las que se le ofrecen al pensamiento y al sentido ó á la vista tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que á esto no hace, le es molesto y pesado. De donde esta alma, por haber llegado á esta dolencia de amor de Dios, tiene estas tres propiedades, es á saber: que en todas las cosas que se le ofrecen y trata, siempre tiene presente aquel *ay* de su salud, que es su Amado; y así, aunque por no poder más ande en ellas, en él tiene siempre el corazón. Y de ahí sale la segunda propiedad, que es tener perdido el gusto á todas las cosas. Y de aquí también se sigue la tercera, y es, que todas ellas le son molestas y cualesquier tratos pesados y enojosos. La razón de todo esto, sacándola de lo dicho, es, que como el paladar de la voluntad del alma anda tocado y saboreado con este manjar de amor de Dios, en cualquier cosa ó trato que se le ofrece, luego incontinenti, sin mirar otro gusto y respeto, se inclina la voluntad á buscar y gozar en aquello á su Amado, como hizo Maria Magdalena cuando con ardiente amor andaba buscándole por el huerto, que pensando que era el hortelano, sin otra ninguna razón ni acuerdo le dijo: Si tú le tomaste, dímelo, y yo le tomaré. (Joan XX, 15). Trayendo semejante ansia esta alma de hallarle en todas las cosas, y no hallándole luego como desea (antes muy al revés), no sólo no las gusta, mas aún le son tormento, y á veces muy grande, porque semejantes almas padecen mucho en tratar con la gente y otros negocios, porque antes la estorban que la ayudan á su pretensión.

Estas tres propiedades da bien á entender la Esposa que tenia ella cuando buscaba á su Esposo en los *Cantares*, diciendo: Busquéle y no le hallé. Pero halláronme los que rodean la ciudad, y llagáronme, y los guardas de los muros me quitaron mi manto (V, 6 y 7). Porque los que rodean la ciudad, que son los tratos del mundo, cuando hallan al alma que busca á Dios, hácenle muchas llagas de dolores, penas y disgustos; porque no solamente en ellos no halla lo que quiere, sino antes se lo impiden. Y los que defienden el muro de la contemplación, para que el alma no entre en ella, que son los demonios y negociaciones del mundo, quitan el manto de la paz y quietud de la amorosa contemplación; de todo lo cual el alma enamorada de Dios recibe mil desabrimentos y enojos; de los cuales, viendo que en tanto que está en esta vida sin ver á su Dios, no puede librarse en poco ó en mucho de ellos, prosigue los ruegos con su Amado, y dice en la siguiente Canción: *

CANCIÓN X

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.

DECLARACIÓN

Prosigue, pues, en la presente Canción pidiendo al Amado quiera ya poner término á sus ansias y penas; pues no hay otro que baste, sino sólo él para hacerlo, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su alma, pues sólo él es la luz en que ellos miran, y ella no los quiere emplear en otra cosa sino sólo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene, pues, esta propiedad la concupiscencia del amor, como queda dicho, que todo lo que no hace ó dice ó conviene con aquello

que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere; y á esto y á las fatigas que tiene por ver á Dios llama aquí *enjos*, los cuales ninguna cosa basta para deshacellos sino la posesión del Amado. Por lo cual dice que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como lo hace el agua fresca al que está fatigado del calor; que por eso usa aquí de este vocablo *apaga*, para dar á entender que ella está padeciendo con fuego de amor.

Pues que ninguno basta á deshacellos.

Para mover y persuadir más el alma á que cumpla su petición el Amado, dice: que pues otro ninguno sino él basta á satisfacer su necesidad, que sea él el que apague sus enjos. Donde es de notar, que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacerla en sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfacción y consuelo fuera de él: y así el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, no puede estar mucho sin visitación del Amado. Y dice:

Y véante mis ojos.

Esto es, véate yo cara á cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbre de ellos.

Demás de que Dios es lumbre sobrenatural de los ojos del alma, sin la cual está en tinieblas, llámale ella aquí por afición lumbre de sus ojos, al modo que el amante suele llamar al que ama lumbre de sus ojos, para mostrar la afición que le tiene. Y así es como si dijera en los dos versos sobredichos: pues los ojos de mi alma no tienen otra lumbre, ni por naturaleza ni por amor sino á ti, *véante mis ojos*: pues de todas maneras eres lumbre de ellos. § Esta lumbre echaba menos David, cuando con lástima decía: la lumbre de mis ojos esa no está conmigo. *Et lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum* (Psalm. XXXVII, 11). Y Tobías cuando dijo, ¿qué gozo podrá ser el

mío, pues estoy sentado en las tinieblas, y no veo la lumbre del cielo? (V, 12). En lo cual deseaba la clara visión de Dios, porque la lumbre del cielo es el Hijo de Dios, según dice San Juan en el Apocalipsi, diciendo: La ciudad celestial no tiene necesidad de sol ni de luna que luzcan en ella, porque la claridad de Dios la alumbrá, y la lucerna de ella es el Cordero (XXI, 23). *

Y sólo para tí quiero tenellos.

En lo cual quiere el alma obligar al Esposo á que le deje ver esta lumbre de sus ojos, no sólo porque no teniendo otra estará en tinieblas, sino también porque no los quiere tener para otra ninguna cosa que para él. Porque así como justamente es privada de esta Divina luz el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra su lumbre de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, por cuanto en ello ocupa la vista para recibir la lumbre de Dios: así también congruamente merece que se le dé al alma que á todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos sólo á su Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero es de saber que no puede el amoroso esposo de las almas verlas penar mucho tiempo á solas, como á esta de que vamos tratando; porque, como dice por Zacarías, sus penas y quejas le tocan á él en las niñetas de sus ojos (II, 8): mayormente cuando las penas de las tales almas son por su amor como las de ésta. Que por eso dice también por Isaías: Antes que ellos clamen yo oiré; aun estando con la palabra en la boca los oiré (LXV, 24). Y el Sabio dice de él, que si le buscare el alma como al dinero, le hallará (Prov. II, 4). Y así á esta alma enamorada, que con más codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas y á sí misma por él, parece que á estos ruegos tan encendidos le hizo Dios alguna presencia de sí espiritual, en la cual le mostró algunos profundos visos de su Divinidad y hermosura, con que le aumentó mucho más el deseo y fervor

de verle. Porque así como suelen echar agua en la fragua para que se encienda y afervore más el fuego, así el Señor suele hacer con algunas de estas almas, que andan con estas calmas de amor, dándoles algunas muestras de su excelencia para afervorarlas más, y así ir las más disponiendo para las mercedes que les quiere hacer después. Y así como el alma echó de ver y sintió por aquella presencia oscura aquel sumo bien y hermosura encubierta allí, muriendo en deseo por verla, dice la Canción siguiente: *

CANCIÓN XI

§ Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

DECLARACIÓN

Deseando, pues, el alma verse poseída ya de este gran Dios, de cuyo amor se siente robado y llagado el Corazón, no pudiéndolo ya sufrir, pide en esta Canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su Divina esencia, y que la mate con esta vista, desatándola de la carne (pues en ella no puede verle y gozarle como desea), poniéndole delante la dolencia y ansia de su corazón, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su Divina esencia. Síguese el verso:

Descubre tu presencia.

Para declaración de esto, es de saber, que tres maneras de presencias puede haber de Dios en el alma. La primera es esencial, y de esta manera no sólo está en las más buenas y santas almas, pero también en las malas y pecadoras, y en todas las demás criaturas, porque con esta presencia les da vida y ser, y si esta presencia esen-

cial les faltase, todas se aniquilarían y dejarían de ser; y esta nunca falta en el alma. La segunda presencia es por gracia, en la cual mora Dios en el alma agrado y satisfecho de ella. Y esta presencia no la tienen todas, porque las que caen en pecado mortal la pierden, y esta no puede el alma saber naturalmente si la tiene. La tercera es por afición espiritual, porque en muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales de muchas maneras, con que las recrea, deleita y alegra: pero así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida; y así de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es á saber:

Descubre tu presencia.

Que por cuanto está cierta que Dios está siempre presente en el alma, á lo menos según la primera manera, no dice el alma que se haga presente á ella, sino que esta presencia encubierta que él hace en ella, ahora sea natural, ahora espiritual, ahora afectiva, que se le descubra y manifieste de manera que pueda verle en su Divino ser y hermosura. Porque así como con su presente ser da ser natural al alma, y con su presente gracia la perficiona, que también la glorifique con su manifiesta gloria. Pero por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, habemos de entender que esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado á el alma; la cual fué tan alta que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunicó Dios ciertos visos entreoscuros de su Divina hermosura; y hacen tal efecto en el alma, que le hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí en aquella presencia: que es conforme á lo que sentía David cuando dijo: codicia, y desfallece mi alma en las entradas del Señor (Psalm. LXXXIII, 1). Porque á este tiempo desfallece el alma, con deseo de engolfarse en aquel sumo bien que siente presente y encubierto; porque aunque está encubierto, muy notablemente siente el

bien y deleite que allí hay. Y por eso con más fuerza es atraída el alma y arrebatada de este bien que ninguna cosa natural de su centro; y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo más contenerse el alma, dice:

Descubre tu presencia.

Lo mismo le acaeció á Moisés en el monte Sinaí, que estando allí en la presencia de Dios, tan altos y profundos visos de la alteza y hermosura de la Divinidad de Dios encubierta echaba de ver, que no pudiendo sufrirlo, por dos veces le rogó le descubriese su gloria diciéndole á Dios: Tú dices que me conoces por mi propio nombre, y que he hallado gracia delante de ti; pues luego si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que te conozca y halle delante de tus ojos la gracia cumplida que deseo (Exod. XXXIII, 13); la cual es llegar al perfecto amor de la gloria de Dios. Pero respondióle el Señor, diciendo: No podrás tú ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá (Ibid. 20). Que es como si dijera: dificultosa cosa me pides, Moisés; porque es tanta la hermosura de mi cara y el deleite de la vista de mi ser, que no la podrá sufrir tu alma en esa suerte de vida tan flaca. Y así sabidora el alma de esta verdad, ora por las palabras que aquí respondió Dios á Moisés, ora también por lo que habemos dicho, que siente aquí encubierto en la presencia de Dios, que no le podía ver en su hermosura en este género de vida, porque aun de sólo traslucirsele desfallece, como habemos dicho, previene ella á la respuesta que se le puede dar, como á Moisés, y dice:

Y máteme tu vista y hermosura.

Que es como si dijera: pues tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo de morir en viéndola, «Máteme tu vista y hermosura».

Dos vistas se sabe que matan al hombre, por no poder sufrir la fuerza y eficacia de la vista. La una es la del basilisco, de cuya vista

se dice mueren luego. Otra es la vista de Dios; pero son muy diferentes las causas: porque la una vista mata con gran ponzoña, y la otra con inmensa salud y bien de gloria. Por lo cual no hace mucho aquí el alma en querer morir á vista de la hermosura de Dios para gozarle para siempre; pues que si el alma tuviere un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, como aquí desea, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un momento sólo; y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto.

Para más declaración de este verso, es de saber que aquí el alma habla condicionalmente cuando dice que le mate su vista y hermosura, supuesto que no puede verla sin morir: que si sin eso pudiera ser, no pidiera que la matara; porque querer morir es imperfección natural: pero supuesto que no puede estar esta vida corruptible del hombre con la otra vida inmarcesible de Dios, dice:

Máteme tu vista y hermosura.

Esta doctrina da á entender San Pablo á los de Corinto, diciendo: No queremos ser despojados, mas queremos ser sobrevestidos, porque lo que es mortal sea absorto de la vida (2 ad Cor. V, 4). Que es decir: no deseamos ser despojados de la carne, mas ser sobrevestidos de gloria. Pero viendo él que no se puede vivir en gloria y en carne mortal juntamente, como decimos, dice á los Filipenses que desea ser desatado y verse con Cristo (I, 23). Pero hay aquí una duda, y es: ¿por qué los hijos de Israel temían y huían antiguamente de ver á Dios por no morir, como dijo Manué á su mujer (Judic. XIII, 22), y esta alma á la vista de Dios desea morir? A lo cual se responde, que por dos causas. La una, porque en aquel tiempo, aunque muriesen en gracia de Dios, no le habían de ver hasta que viniese Cristo, y mucho mejor les era vivir en carne aumentando los merecimientos, y gozando la vida natural, que estar en el limbo sin merecer, y padeciendo tinieblas y espiritual ausencia de Dios; por lo cual tenían entonces por gran merced de Dios y beneficio suyo vivir muchos años. La segunda causa es de

parte del amor, porque como aquéllos no estaban tan fortalecidos en amor, ni tan llegados á Dios por amor, temían morir á su vista; pero ahora ya en la ley de gracia, que muriendo el cuerpo puede ver el alma á Dios, más sano es querer vivir poco y morir por verle. Y ya que esto no fuera, amando el alma á Dios, como ésta lo ama, no temiera morir á su vista; porque el amor verdadero todo lo que le viene de parte del Amado, ahora sea adverso, ahora próspero, y los mismos castigos, como sea cosa que él quiera hacer, los recibe con la misma igualdad y de una manera, y le hace gozo y deleite. Porque, como dice San Juan: La perfecta caridad echa fuera todo temor (I Epist. IV, 18). Y no le puede ser al alma que ama amarga la muerte: pues en ella halla todos sus deleites y dulzuras de amor: no le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría: ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza, como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los Reyes de la tierra desearon los reinos y principados. Porque de esta suerte de muerte dice el Sabio: ¡Oh muerte! Bueno es tu juicio para el hombre que se siente necesitado (Eccl. XLI, 3). La cual si para el hombre que se siente necesitado de las cosas de acá es buena, no habiendo de suplirle sus necesidades, sino antes despojarlo de lo que tenía, ¿cuánto mejor será su juicio para el alma que está necesitada de amor como ésta, que está clamando por más amor, pues que no sólo no la despojará de lo que tenía, sino antes le será causa del cumplimiento de amor que deseaba y satisfacción de todas sus necesidades? Razón tiene, pues, el alma en atreverse á decir sin temor:

Y máteme tu vista y hermosa.

Pues que sabe que en aquel mismo punto que la viese, sería ella arrebatada á la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura, abastada y enriquecida como la misma hermo-

sura. Que por eso dice David: Que la muerte de los Santos es preciosa en la presencia del Señor (Psalm. CXV, 15). Lo cual no sería, si no participasen sus mismas grandezas; porque delante de Dios no hay nada precioso sino lo que él es en si mismo; por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea. Pero el pecador siempre teme morir; porque barrunta que la muerte todos los bienes le ha de quitar y todos los males le ha de dar. Porque como David dice, la muerte de los pecadores es pésima (Psalm. XXXIII, 22). Y por eso, como dice el Sabio, les es amarga su memoria (Eccl. XLI, 1). Porque como aman mucho la vida de este siglo y poco la del otro, temen mucho la muerte. Pero el alma que ama á Dios, más vive en la otra vida que en ésta; porque más vive el alma donde ama que donde anima, y así tiene en poco esta vida temporal, y por eso dice: *Máteme tu vista*, etc.

Mira que la dolencia

De amor que no se cura,

Sino con la presencia y la figura.

La causa por qué la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del Amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es también diferente. Porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, cúranse contrarios con contrarios; mas el amor no se cura sino con cosas conformes al amor. La razón es, porque la salud del alma es el amor de Dios, y así cuando no tiene cumplido amor, no tiene cumplida salud, y por eso está enferma; porque la enfermedad no es otra cosa sino falta de salud; de manera, que cuando ningún grado de amor tiene el alma, está muerta; mas cuando tiene algún grado de amor de Dios, por mínimo que sea, ya está viva, pero muy debilitada y enferma por el poco amor que tiene; pero cuanto más amor se le fuere aumentando, más salud tendrá, y cuando tuviere perfecto amor, será su salud cumplida. Donde es de saber que el amor nunca llega á estar perfecto hasta

que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno en el otro, y entonces está el amor todo sano. Y porque aquí el alma se siente con cierto dibujo de amor, que es la dolencia que aquí dice, deseando que se acabe de figurar con la figura cuyo es el dibujo, que es su Esposo el Verbo, Hijo de Dios, el cual, como dice San Pablo, es resplandor de su gloria y figura de su sustancia (Hebræor. I, 3): y porque esta figura es la que aquí entiende el alma, en que se desea transfigurar por amor, dice:

Mira que la dolencia

De amor que no se cura,

Sino con la presencia y la figura.

Bien se llama dolencia el amor no perfecto, porque así como el enfermo está debilitado para obrar, así el alma que está flaca en amor lo está también para obrar las virtudes heroicas.

Puédese también aquí entender que el que siente en sí dolencia de amor, esto es, falta de amor, es señal que tiene algún amor, porque por lo que tiene echa de ver lo que le falta; pero el que no la siente, es señal que no tiene ninguno, ó que está perfecto en el amor. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ En esta sazón, sintiéndose el alma con tanta vehemencia de ir á Dios, como la piedra cuando se va más llegando á su centro, y sintiéndose también estar como la cera, que comenzó á recibir la impresión del sello, y no se acabó de figurar; y demás de ésto, conociendo que está como la imagen de la primera mano y dibujo, clamando al que la dibujó para que la cabe de pintar y formar; teniendo aquí la Fe tan ilustrada, que la hace visear unos Divinos semblantes muy claros de la alteza de su Dios, no sabe qué se hacer, sino volverse á la misma Fe, como la que en sí encierra y encubre la figura y hermosura de su Amado, de la cual ella también recibe los dichos

dibujos y prendas de amor, y hablando con ella dice la siguiente Canción: *

CANCIÓN XII

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

DECLARACIÓN

Como con tanto deseo desea el alma la unión del Esposo, y ve que no halla medio ni remedio alguno en todas las criaturas, vuélvese á hablar con la Fe, como la que más al vivo le ha de dar luz de su Amado, tomándola por medio para ésto (porque á la verdad no hay otro por donde se venga á la verdadera unión y desposorio espiritual con Dios, según por Oseas lo da á entender diciendo: Yo te desposaré conmigo en Fe) (II, 20), y con el deseo en que arde, le dice lo siguiente, que es el sentido de la Canción: ¡Oh Fe de mi Esposo Cristo, si las verdades que has infundido de mi Amado en mi alma, encubiertas con oscuridad y tinieblas (porque la Fe, como dicen los teólogos, es hábito oscuro), las manifestases ya con claridad, de manera que lo que me comunicas en noticias, informes y oscuras, lo mostrases y descubrieses en un momento, apartándote de esas verdades (porque ella es cubierta y velo de las verdades de Dios), formada y acabadamente volviéndolas en manifestación de gloria! Dice, pues, el verso:

Oh cristalina fuente.

Llama cristalina á la Fe por dos cosas. La primera, porque es de Cristo su Esposo. Y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades y fuente clara y limpia de errores y formas naturales. Y llámala fuente, porque de ella le manan á el

alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente á la Fe, diciendo: que en los que creyesen en él se haría una fuente cuya agua saltaría hasta la vida eterna. (Joan. IV, 14.) Y esta agua era el espíritu que habían de recibir en su Fe los creyentes (Id. VII, 39).

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la Fe, llama semblantes plateados. Para inteligencia de lo cual y de los demás versos, es de saber que la Fe es comparada á la plata en las proposiciones que nos enseña; y las verdades y sustancias que en sí contiene son comparadas al oro, porque esa misma sustancia que ahora creamos vestida y cubierta con plata de Fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierto, desnudo el oro de la Fe. De donde David, hablando de ella, dice así: Si durmiéredes entre los dos Cleros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de sus espaldas serán del color de oro. (Psalm. LXVII, 14.) Quiere decir, que si cerráremos los ojos del entendimiento á las cosas de arriba y á las de abajo (á lo cual llama dormir en medio), quedaremos en Fe, á la cual llama Paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la Fe nos las propone oscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblantes plateados; pero á la postre de esta Fe, que será cuando se acabe la Fe por la clara visión de Dios, quedará la sustancia de la Fe desnuda del velo de esta plata, de color como el oro. De manera que la Fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto con plata de Fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad; así como el que da un vaso plateado, y él es de oro, no porque vaya cubierto con plata deja de dar el vaso de oro. De donde cuando la Esposa en los *Cantares* deseaba esta posesión de Dios, prometiéndosela él cual en esta vida se puede, dijo que le haría unos zarcillos de oro, pero esmaltados de plata. (I, 10.) En lo cual le prometió de dársele en Fe encubierto. Dice, pues, ahora el alma á la Fe: Oh si en esos tus semblantes plateados, que son los ar-

ticulos ya dichos, con que tienes encubierto el oro de los Divinos rayos, que son los ojos deseados, que añade luego diciendo:

Formases de repente

Los ojos deseados.

Por los ojos entiende, como dijimos, los rayos y verdades Divinas, las cuales, como también habemos dicho, la Fe nos las propone en sus artículos cubiertas é informes. Y así es como si dijera: Oh si esas verdades que informes y oscuramente me enseñas encubiertas en tus artículos de Fe, acabases ya de dárme las clara y formadamente descubiertas en ellos, como lo pide mi deseo. Y llama aquí ojos á estas verdades, por la grande presencia que del Amado siente, que le parece que la está ya siempre mirando, por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujadas.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es á saber, en su alma según el entendimiento y voluntad: porque según el entendimiento tiene estas verdades infundidas por Fe en su alma. Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas: porque así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la Fe no es perfecto conocimiento. Por tanto, las verdades que se infunden en el alma por Fe están como en dibujo; y cuando estén en clara visión, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, según aquello que dice el Apóstol: *Cùm autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est.* Que quiere decir: Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara visión, acabaráse lo que es en parte, que es el conocimiento de la fe. (1. ad Cor. XIII, 10.)

Pero sobre este dibujo de Fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad, en la cual de tal manera se dibuja la figura del Amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él cuando hay unión de amor, que es verdad decir que el Amado vive en el amante, y el amante en el Amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razón es,

porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja, y da, y trueca por el otro; y *así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro* (1), y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar á entender San Pablo cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego: vivit verò in me Christus*. Que quiere decir: Vivo yo, ya no yo; pero vive en mi Cristo. (Galat. II, 20.) Porque en decir vivo yo, ya no yo, dió á entender que aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era Divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él. De manera, que según esta semejanza de transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor; lo cual se hará perfectamente en el cielo en vida Divina en todos los que merecieren verse en Dios; porque transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya; aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya. Y entonces dirán de veras: vivimos nosotros, y no nosotros, porque vive Dios en nosotros. Lo cual en esta vida, aunque puede ser, como lo era en San Pablo, no empero perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma á tal transformación de amor que sea matrimonio espiritual, que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida, porque todo se puede llamar dibujo de amor en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria. Pero cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado: que por eso deseando él que le pusiese la Esposa en su alma como dibujo, le dijo en los *Cantares*: Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo. (VIII, 6.) El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de Fe, según se dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte en que está como señal de dibujo de amor, como ahora acabamos de decir.

§ De tal manera anda el alma en este tiempo, que aunque en breves palabras, no quiero dejar de decir algo de ello, aunque por

(1) Adición que se halla en todos los manuscritos, tanto de la primera como de la segunda escritura y en la edición de Fray Jerónimo de San José.

palabras no se puede explicar. Porque la sustancia corporal y espiritual parece á el alma se le seca en sed de esta fuente viva de Dios, porque es su sed semejante á aquella que tenía David cuando dijo: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea á ti, Dios. Estuvo mi alma sedienta de Dios fuente viva (1); cuándo vendré y pareceré delante de la cara de Dios (Psalm. XLI, 3). Y fatigala tanto esta sed, que no tendría el alma en nada romper por medio de los Filisteos, como hicieron los fuertes de David, á llenar su vaso de agua en las cisternas de Bethlen (I. Paralip. XI, 17), que era Cristo. Porque todas las dificultades del mundo y furias de los demonios y penas infernales no tendría en nada pasar, por engolfarse en esta fuente abisal de amor. Porque á este propósito se dice en los *Cantares*: Fuerte es la dilección como la muerte, y dura en su porfia como el infierno (VIII, 6). Porque no se puede creer cuán vehemente sea la codicia y pena que el alma siente cuando ve que se va llegando cerca de gustar aquel bien y no se le dan, porque cuanto más al ojo y á la puerta se ve lo que se desea y se niega, tanto más pena y tormento causa. De donde á este propósito espiritual dice Job: Antes que coma, suspiro, y como las avenidas de las aguas es el rugido y bramido de mi alma (Job. III, 24), es á saber, por la codicia de la comida, entendiendo allí á Dios por la comida. Porque conforme á la codicia del manjar y conocimiento de él, es la pena por él. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ La causa de padecer el alma tanto á este tiempo por él, es que como se va juntando más á Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma, con fuego espiritual que la seca y purga, para que, purificada, se pueda unir con Dios. Porque en tanto que Dios no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle

(1) El Santo cita este versículo según se hallaba en la Biblia antes de la corrección de Clemente VIII.

Dios intolerables tinieblas, cuando según el espíritu está cerca de ella: porque la luz sobrenatural oscurece la natural con su exceso. Todo lo cual dió á entender David cuando dijo: Nube y oscuridad está en derredor de él: fuego precede su presencia (XCVI, 2). Y en otro Salmo dice: Puso por su cubierta y escondrijo las tinieblas, y su tabernáculo en derredor de él es agua tenebrosa en las nubes del aire: por su gran resplandor en su presencia hay nubes y granizo y carbones de fuego (XVII, 13). Es á saber, para el alma que se le va más llegando, porque cuanto más el alma á él se llega, siente en sí todo lo dicho hasta que Dios la entre en sus Divinos resplandores por transformación de amor, y *entre tanto siempre está el alma como Job, diciendo: ¿Quièn me dará que le conozca y le halle y venga yo hasta su trono?* (1) Pero como Dios por su inmensa piedad conforme á las tinieblas y vacios del alma son también las consolaciones y regalos que le hace; porque *Sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus* (Psalm. CXXXVIII, 12), porque en ensalzarlas y glorificarlas las humilla y fatiga. De esta manera envió al alma entre estas fatigas ciertos rayos divinos de sí, con tal gloria y fuerza de amor, que la conmovió toda, y todo el natural la desencajó, y así, con gran pavor y temor natural, dijo al Amado el principio de la siguiente Canción, prosiguiendo el mismo Amado lo restante de ella. *

CANCIÓN XIII

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

(1) Adición de los manuscritos de Jaén, Alba, Burgos y Segovia.

DECLARACIÓN.

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las Canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar á su Esposa casta y delicada y amorosamente, y con grande fuerza de amor; porque ordinariamente, según los grandes fervores y ansias de amor que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios le hace, grandes. Y como ahora el alma con tantas ansias habia deseado estos Divinos ojos, que en la Canción pasada acaba de decir, descubrióle el Amado algunos rayos de su grandeza y Divinidad, según ella deseaba: los cuales fueron de tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir por arrobamiento y éxtasi, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural: y así, no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice en la presente Canción:

Apártalos, Amado.

Es á saber, esos tus ojos Divinos, porque me hacen volar saliendo de mí á suma contemplación sobre lo que sufre el natural; lo cual dice, porque le parecía volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase: conviene á saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querría; comunicándoselos en el vuelo que ella hacia fuera de la carne. El cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo: *Vuélvete, Paloma*, que la comunicación que ahora de mí recibes aún no es de ese estado de gloria que tú ahora pretendes; pero vuélvete á mí, que soy á quien tú llagada de amor buscas; que también yo como el ciervo herido de tu amor comienzo á mostrarme á ti por tu alta contemplación, y tomo recreación y refrigerio en el amor de tu contemplación. Dice, pues, el alma á el Esposo:

Apártalos, Amado.

Según habemos dicho, el alma, conforme á los grandes deseos

que tenia de estos Divinos ojos, que significan la Divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicación y noticia de Dios, que le hizo decir: *Apártalos, Amado*. Porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que al alma le es más vida y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen á dar no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida. De suerte, que los ojos que con tanta solícitud y ansias, y por tantas vías buscaba, venga á decir cuando los recibe:

Apártalos, Amado.

Porque es á veces tan grande el tormento que siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así descoyunte los huesos y ponga en estrecho al natural, tanto, que si no proveyese Dios se acabaría la vida. Y á la verdad que así parece al alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes y desamparar el cuerpo. Y la causa es porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne; porque el espíritu es levantado á comunicarse con el Espíritu Divino que viene al alma, y así por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne. Y de aquí es que ha de padecer la carne; y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tienen en un supuesto; y por tanto, el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por vía sobrenatural, le hacen decir:

Apártalos, Amado.

Pero no se ha de entender que porque el alma diga que los aparte querría que los apartase; porque aquel es un dicho del temor natural (como habemos dicho), antes aunque mucho más le costase no querría perder estas visitas y mercedes del Amado; porque aunque padece el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural á gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedía; pero no quisiera ello recibirlo en carne, donde no se puede gozar

cumplidamente, sino poco y con pena; mas con el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza. Por lo cual dijo: *Apártalos, Amado*: es á saber, de comunicármelos en carne.

Que voy de vuelo.

Como si dijera, que voy de vuelo de la carne, para que me los comuniqués fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne. Y para que entendamos mejor qué vuelo sea éste, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitación del Espíritu Divino es arrebatado con gran fuerza el del alma á comunicar con el Espíritu Divino, y destituye al cuerpo, y deja de sentir en él y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios. Que por eso dijo el Apóstol San Pablo que en aquel raptó suyo (2. ad Cor. XII, 2), no sabía si estaba su alma recibiéndole en el cuerpo ó fuera del cuerpo. Y no por eso se ha de entender que destituye y desampara el alma al cuerpo de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él. Y esta es la causa por qué en estos vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor no siente; porque no es como otros trasposos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí. Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que no han aún llegado á estado de perfección, sino que van camino en estado de aprovechados, porque los que han llegado ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones y disposiciones para la tal comunicación.

Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sutiles vuelos del espíritu que á los espirituales suelen acaecer. Mas porque mi intento no es sino declarar brevemente estas Canciones, como en el prólogo prometí, quedarse han para quien mejor lo sepa tratar que yo. Y porque también la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas á luz. Lo que aquí, pues, el alma

dice del vuelo háse de entender por arrobamiento y éxtasi del espíritu á Dios; y dice luego el Amado:

Vuélvete, Paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida y que pudiera gozar con su Esposo para siempre y quedarse al descubierto con él; mas atajóle el Esposo el paso diciendo: *Vuélvete, Paloma.* Como si dijera: Paloma, en el vuelo alto y ligero que llevas de contemplación, y en el amor con que ardes, y simplicidad con que vas (porque estas propiedades tiene la paloma), vuélvete de ese vuelo alto en que pretendes llegar á poseerme de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate á este más bajo, que yo ahora te comunico en este tu exceso, y es:

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el Esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende á si mismo. Y es de saber que la propiedad del ciervo es subirse á los lugares altos, y cuando está herido vase con gran priesa á buscar refrigerio á las aguas frías; y si oye quejar á la consorte, y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia. Y así hace ahora el Esposo, porque viendo á la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos. Y así es como si dijera: *Vuélvete, Esposa mía, á mí, que si llagada vas de amor de mí, yo también como el ciervo vengo en esta tu llaga llagado á ti, que soy como el ciervo, y también en asomar por lo alto: que por eso dice:*

Por el Otero asoma.

Esto es, por la altura de tu contemplación que tienes en ese vuelo: porque la contemplación es un puesto alto por donde Dios en esta vida se comienza á comunicar al alma y mostrarsele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma; porque

por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas. Y siguese la tercera propiedad, que decíamos del ciervo, que es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplación de aquel éxtasis que habemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplación. Y llama aquí á este amor causado por el vuelo, aire harto apropiadamente; porque el Espíritu Santo, que es amor, también se compara en la Divina Escritura al aire, porque es espirado del Padre y del Hijo. Y así como allí es aire del vuelo, esto es, que de la contemplación y sabiduría del Padre y del Hijo procede y es aspirado; así aquí á este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplación y noticia que á este tiempo tiene de Dios, le procede. Y es de notar que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo, porque Dios no se comunica propiamente al alma por el vuelo del alma, que es, como habemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento. Porque así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios. Y de aquí es que aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplación, y conociere todos los misterios, si no tiene amor no le hace nada al caso, como dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 2), para unirse con Dios. Como también dice el mismo: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. Es á saber, tened esta caridad, que es vínculo de la perfección (Coloss. III, 14). esta caridad, pues, y amor del alma hace venir al Esposo corriendo á beber de esta fuente de amor de su Esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado á tomar refrigerio. Y por eso se sigue:

Y fresco toma.

Porque así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde

con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire con que toma fresco y refrigerio es más fuego de amor; porque en el amante el amor es llama que arde con apetito de arder más, según hace la llama del fuego natural: por tanto, al cumplimiento de este apetito suyo de arder más en el ardor del amor de su Esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco. Y así es como si dijera: al ardor de tu vuelo arde más, porque un amor enciende á otro amor. Donde es de notar que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino según la voluntad y amor del alma; por lo cual esto ha de procurar el buen enamorado que no falte, pues por ese medio, como habemos dicho, moverá más, si así se puede decir, á que Dios le tenga más amor, y se recree más en su alma. Y para conseguir esta caridad hase de ejercitar lo que de ella dice el Apóstol, diciendo: La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas (es á saber, las que se deben creer), todas las cosas espera y todas las cosas sustenta, es á saber, que convienen á la caridad (1. ad Cor XIII, 14).

ANOTACIÓN Y ARGUMENTO DE LAS DOS CANCIONES SIGUIENTES

Pues como esta palomica del alma andaba volando por los aires de amor sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor, que ha mostrado hasta aquí (no hallando donde descansase su pie), á este último vuelo que habemos dicho, extendió el piadoso Padre Noé la mano de su misericordia, y recogióla metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fué al tiempo que en la Canción que acabamos de declarar dijo: *Vuélvete, Paloma*. § En el cual recogimiento, hallando el alma todo lo que deseaba, y más de lo que se puede decir, comienza á cantar alabanzas á su Amado, refiriendo las grandezas que en esta unión en él siente y goza, en las dos Canciones siguientes, diciendo: *

CANCIONES XIV Y XV

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.

ANOTACIÓN

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, es necesario advertir para más inteligencia de ellas y de las que después de ella se siguen, que en este vuelo espiritual que acabamos de decir, se denota un alto estado y unión de amor, en que después de mucho ejercicio espiritual suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo Hijo de Dios. Y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y de virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios: bien así como á desposada en el día de su desposorio. Y en este dichoso día no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor que antes tenía, mas quedando adornada de los bienes que digo, comiézale un estado de paz y deleite y de suavidad de amor, según se da á entender en las presentes Canciones, en las cuales no hace otra cosa sino contar y cantar las grandezas de su Amado, las cuales conoce y goza en él por la dicha unión del desposorio. Y así en las demás Canciones ya no dice cosas de ansias y penas como antes hacía, sino comunicación y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenece. Y es de notar que en estas dos Canciones se contiene lo más que Dios suele comunicar en este tiempo á un alma. Pero no se ha de entender

que á todas las que llegan á este estado se les comunica todo lo que en estas dos Canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y sentimiento; porque á unas almas se les da más, y á otras menos, y á unas en una manera, y á otras en otra, aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado de desposorio espiritual; pero pónese aquí lo más que puede ser, porque en ello se comprende todo. Siguese la declaración.

DECLARACIÓN

Y es de notar, que así como en el Arca de Noé, según dice la Divina Escritura, había muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podían comer, así el alma en este vuelo que hace á esta Divina Arca del pecho de Dios, no sólo echa de ver en ellas las muchas mansiones que Su Majestad dijo por San Juan (XIV, 2), que había en la casa de su Padre, mas ve y conoce allí todos los manjares; esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dichas dos Canciones, y significadas por aquellos vocablos comunes. Las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta Divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea; y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en Dios un terrible poder y fuerza que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz Divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce; y siéntese llena de bienes y ajena y vacía de males, y sobre todo entiende y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor. Y esta es la sustancia de lo que se contiene en las dos sobredichas Canciones.

En las cuales dice la Esposa, que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella: porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes éxtasis, siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el Santo Francisco, es á saber, *Dios mío, y todas las cosas.*

De donde por ser Dios todas las cosas al alma, y el bien de todas ellas, se declara la comunicación de este exceso por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas Canciones, según en cada verso de ella se irá declarando. En lo cual se ha de entender que todo lo que aquí se declara, está en Dios eminentemente en infinita manera, ó por mejor decir cada una de estas grandezas que se dicen, es Dios, y todas ellas juntas son Dios. Que por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios, según lo sintió San Juan cuando dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Es á saber, lo que fué hecho, en él era vida (I, 14). Y así no se ha de entender, que en lo que aquí se dice que siente el alma, es como ver las cosas en la luz, ó las criaturas en Dios, sino que en aquella posesión siente serle todas las cosas Dios. Ni tampoco se ha de entender que porque el alma siente tan subidamente de Dios en lo que vamos diciendo, ve á Dios esencial y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas, que ahora en los versos declararemos, conviene á saber:

Mi Amado, las montañas.

Las montañas tienen altura, son abundantes, anchas y hermosas y graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad, y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las insulas extrañas.

Las insulas extrañas están ceñidas con la mar, y allende de los mares, muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres; y así en ellas se crían y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras, y virtudes nunca vistas de los hombres,

que hacen grande novedad y admiración á quien las ve. Y así por las grandes y admirables novedades y noticias extrañas y alejadas del conocimiento común, que el alma ve en Dios, le llama Ínsulas extrañas. Porque extraño llaman á uno por una de dos cosas: ó porque se anda retirando de la gente, ó porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus hechos y obras: por estas dos cosas llama el alma aquí á Dios extraño, porque no solamente es toda la extrañeza de las ínsulas nunca vistas; pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres. Y no es maravilla que sea Dios extraño á los hombres, que no le han visto, pues también lo es á los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán. Y hasta el último día del juicio van viendo en él tantas novedades según sus profundos juicios acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre les hace novedad, y siempre se maravillan más. De manera, que no solamente los hombres, pero también los Angeles le pueden llamar Ínsulas extrañas; sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo.

Los ríos sonorosos.

Los ríos tienen tres propiedades. La primera, que todo cuanto encuentran lo embisten y anegan. La segunda, que hinchen todos los bajos y vacíos que hallan delante. La tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo, siente el alma en él estas tres propiedades muy sabrosamente, dice que su Amado es «Los ríos sonorosos». Quanto á la primera propiedad que el alma siente, es de saber que de tal manera se ve el alma embestir del torrente del espíritu de Dios en este caso, y con tanta fuerza apoderarse de ella, que le parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo, que la embisten, y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba. Y no porque es cosa de tanta fuerza es cosa de tormento, porque estos ríos son ríos de paz, según por Isaias da Dios á entender, diciendo de este embestir en el alma: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam*. Quiere

decir: notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella (es á saber, sobre el alma) como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria (LXVI, 12). Y así este embestir Divino que hace Dios en el alma como ríos sonorosos, toda la hinche de paz y de gloria. La segunda propiedad que el alma siente, es que esta Divina agua á este tiempo hinche los bajos de su humildad, llena los vacíos de sus apetitos, según lo dice San Lucas: *Exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis*. Que quiere decir: ensalzó los humildes, y á los hambrientos llenó de bienes (I, 52). La tercera propiedad que el alma siente en estos sonorosos ríos de su Amado, es un ruido y voz espiritual que es sobre todo sonido y voz, la cual voz priva toda otra voz, y su sonido excede á todos los sonidos del mundo; y en declarar cómo esto sea, nos habemos de detener algún tanto.

Esta voz ó este sonoro sonido de los ríos que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante, que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso que la posee, que no sólo le parece sonidos de ríos, pero aún poderosísimos truenos; pero esta voz es voz espiritual, y no trae estos otros sonidos corporales ni la pena y molestia de ellos, sino grandeza y fuerza, poder, deleite y gloria, y así es como una voz y sonido inmenso interior, que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido hizo en el espíritu de los Apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los Actos de los Apóstoles) descendió sobre ellos, que para dar á entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente de manera que fuese oído de todos los que estaban dentro en Jerusalén; por el cual como decimos, se denotaba el que dentro recibían los Apóstoles (Act. II, 2) que era, como habemos dicho, henchimiento de poder y fortaleza. Y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el aprieto y angustia que recibió de sus enemigos, según lo dijo San Juan (XII, 28), le vino una voz del cielo interior, confortándole según la humanidad, cuyo sonido oyeron los Judíos por de fuera tan grave y vehemente, que unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado algún ángel del cielo; y era que por aquella voz que

se oía de fuera, se denotaba y daba á entender la fortaleza y poder que según la humanidad á Cristo se le daba de dentro; y no por eso se ha de entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar que la voz espiritual es el efecto que ella hace en el alma; así como la corporal imprime su sonido en el oído, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar á entender David cuando dijo: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis*. Que quiere decir: mirad, que Dios dará á su voz voz de virtud (Ps. LXVII, 37); la cual virtud es la voz interior. Porque decir David, dará á su voz voz de virtud, es decir: á la voz exterior que se siente de fuera, dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita, y comunicándose al alma en la manera dicha, hace el efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó San Juan en el Apocalipsi, y dice que la voz que oyó del cielo, era *Tamquam vocem aquarum multarum, et tamquam vocem tonitruui magni*. Que quiere decir: que era esta voz que oyó, como voz de muchas aguas, y como voz de un grande trueno. (XIV, 2.) Y porque no se entienda que esta voz por ser tan grande era penosa y áspera, añade luego diciendo que esta misma voz era tan suave, que *erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis*. Que quiere decir: que era como de muchos tañedores, que citarizaban en sus cítaras (ibid). Y Ezequiel dice que este sonido como de muchas aguas, era *quasi sonus sublimis Dei*, es á saber, como sonido del Altísimo Dios (I, 24): esto es, que altísima y suavísimamente se comunicaba en él. Esta voz es infinita; porque como decíamos, es el mismo Dios que se comunica haciendo voz en el alma, mas ciñese á cada alma, dando voz de virtud según le cuadra limitadamente, y hace gran deleite y grandeza al alma. Y por eso dijo á la Esposa en los *Cantares*: *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis*. Que quiere decir: suene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz. (II, 14.) Síguese el verso:

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es á saber, «aires» y

«silbo». Por los «aires amorosos» se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales mediante la dicha unión del Esposo embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican y tocan en la sustancia de ella. Y al «silbo» de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios y de sus virtudes; la cual redundando en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y este es el más subido deleite que hay en todos los demás que gusta el alma aquí.

Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo ó sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite é inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta en el sentido del tacto, y el silbo del mismo aire con el oído; así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza en el contacto de esta alma, que es en la sustancia de ella mediante la voluntad, y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se sienten en el oído del alma, que es en el entendimiento. Y es también de saber, que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto siente el oído gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire, porque el sentido del oído es más espiritual, ó por mejor decir allégase más á lo espiritual que el tacto; y así el deleite que causa, es más espiritual que el que causa el tacto. Ni más ni menos: porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en la tal unión, llama á la dicha unión ó toques, «aires amorosos»; porque como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia. Y llámale «silbo», porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo intimo de la sustancia del alma, que es muy mayor

deleite que todos los demás. La causa es, porque se le da sustancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas; porque se da al entendimiento que llaman los filósofos pasivo ó posible, porque pasivamente sin él hacer nada de su parte, la recibe; lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la *fruición*, como dicen los teólogos, que es ver á Dios; que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial, piensan algunos teólogos que vió nuestro Padre Elías á Dios en aquel silbo delgado de aire que sintió en el monte á la boca de su cueva. Allí le llama la Escritura silbo de aire delgado; porque de la sùtil y delicada comunicaci3n del espíritu, le nacia la inteligencia en el entendimiento. Y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos; porque de la amorosa comunicaci3n de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este Divino silbo que entra por oído del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también es descubrimiento de verdades de la Divinidad, y revelaci3n de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente las veces que en la Escritura Divina se halla alguna comunicaci3n de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestaci3n de estas verdades desnudas en el entendimiento, ó revelaci3n de secretos de Dios; las cuales son revelaciones ó visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos; y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso para dar á entender San Pablo la alteza de su revelaci3n, no dijo: *Vidi arcana verba*, ni menos: *Gustavi arcana verba*, sino: *Audivi arcana verba, quæ non licet homini loqui*. Y es como si dijera: oí palabras secretas, que al hombre no es lícito hablar (2. ad Cor. XII, 4). En lo cual se piensa que vió á Dios también como nuestro Padre Elías en el silbo. Porque así como la Fe (como también dice San Pablo) es por el oído corporal, así también lo que nos dice la Fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dió bien á entender el profeta Job, hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te*. Quiere decir: con el oído de la oreja te

oír, y ahora te ve mi ojo (XLII, 5). En lo cual se da claro á entender, que el oírlo con el oído del alma, es verlo con el ojo del entendimiento pasivo que dijimos: que por eso no dice oíré con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos, sino con mi ojo del entendimiento; luego este oír del alma, es ver con el entendimiento.

Y no se ha de entender que esto que el alma entiende, porque sea sustancia desnuda como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo; porque aunque es desnuda de accidentes, no es por eso clara sino oscura, porque es contemplación; la cual en esta vida, como dice San Dionísio, es rayo de tinieblas (1); y así podemos decir que es un rayo é imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruición. Esta sustancia entendida que aquí llama el alma silbo, es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo (porque no los podía sufrir el sentido), *Apártalos, Amado*.

Y porque me parece bien y muy á propósito una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referirla hé aquí (aunque nos detengamos un poco más), y declararé las partes de ella que son á nuestro propósito, y primero la pondré toda en latin, y luego toda en romance, y luego declararé brevemente lo que de ella conviene á nuestro propósito; y acabado esto, proseguiré la declaración de los versos de la otra Canción. Dice, pues, Eliphaz Temanítes en Job de esta manera: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtivè suscepit auris mea venas susurri ejus. In horrore visionis nocturnæ, quando solet sopor occupare homines, pavor tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt, et cùm spiritus, me præsentè, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ. Stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi auræ lenis audivi.* Y en romance quiere decir: De verdad á mí se me dijo una palabra escondida, y como á

(1) *Mystica Theologia*, cap. 1.º Tanto esta obra como otras que corren á nombre de San Dionísio Arcopagita son supositicias, según la crítica moderna ha demostrado. Fueron escritas á lo que parece á fines del siglo V ó principios del VI, entre otras razones porque se ve que el autor conocía los libros del neoplatónico Proclo. (Cf. Onrubia, *Patrología*, pág. 689.)

hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro: en el horror de la visión nocturna, cuando el sueño suele ocupar á los hombres, ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encogióronseme las pieles de mi carne, púsoseme delante uno, cuyo rostro no conocia, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado (IV, 12). En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto de este rapto desde la Canción 12 que dice: *Apártalos, Amado*. Porque en lo que aquí dice Eliphaz, que se lo dijo una palabra escondida, significa aquello escondido que se le dió al alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo: *Apártalos, Amado*.

Y en decir que recibió su oreja las venas de su susurro como á hurtadillas, es decir la sustancia desnuda que habemos dicho que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan sustancia interior. El susurro significa aquella comunicación y toque de virtudes, de donde se comunica al entendimiento la dicha sustancia entendida. Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicación, así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica. Y dice que la recibió como á hurtadillas, porque así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era lícito recibirle, como tampoco á San Pablo le era lícito poder decir el suyo. Por lo cual dijo el otro profeta dos veces: Mi secreto para mí. *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*. (Isai. XXIV, 16.) Y cuando dijo: En el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar los hombres, me ocupó el pavor y temblor, da á entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento, que decíamos no podía sufrir el natural en la comunicación del espíritu de Dios. Porque da aquí á entender este profeta, que así como al tiempo que se van á dormir los hombres les suele oprimir y atemorizar una visión, que llaman pesadilla, lo cual les acaece entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que comienza el sueño; así al tiempo de este traspaso espiritual entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del

conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento ó éxtasi, les hace temor y temblor la visión espiritual que entonces se les comunica. Y añade más, diciendo: que todos sus huesos se asombraron ó alborotaron: que quiere tanto decir como si dijera: se conmovieron ó desencajaron de sus lugares; en lo cual da á entender el gran descoyuntamiento de huesos que habemos dicho padecerse á este tiempo. Lo cual dió bien á entender Daniel cuando vió al ángel, diciendo: *Domine mi, in visione tua dissolutæ sunt compages meæ.* Esto es: Señor mio, en tu visión las juntas de mis huesos se han abierto. (X, 16.) Y en lo que dice luego: Y como el espíritu pasase en mi presencia, es á saber, haciendo pasar al mio de sus límites y vías naturales, por el arrobamiento que habemos dicho, encogióronse los pelos de mis carnes, da á entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto. Y luego se sigue: estuvo uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos. Este que dice que estuvo era Dios, que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que no conocía su rostro, para dar á entender que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice que era imagen delante de sus ojos; porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima, como imagen y rostro de Dios; mas no se entiende que es ver esencialmente á Dios. Y luego concluye diciendo: y oí una voz de aire delicado, en que se entiende *el silbo de los aires amorosos* que dice aquí el alma, que es su Amado. Y no se ha de entender que siempre acaecen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales, que, como queda dicho, es á los que comienzan á entrar en estado de iluminación y perfección, y en este género de comunicación; porque en otros antes acaecen con gran suavidad. Síguese la declaración.

La noche sosegada.

Este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego, y descanso y quietud de la pacífica

noche, y recibe juntamente en Dios una abisal oscura inteligencia Divina; y por eso dice que su Amado es para ella *La noche sosegada*.

En par de los levantes de la aurora.

Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como oscura noche, sino como la noche junto ya á los levantes de la mañana; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro, como la oscura noche, sino sosiego y quietud en la luz Divina y en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado á luz Divina. Y llama aquí propiamente y bien á esta luz Divina levantes de la aurora, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural á la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino como dicho es, oscuro, como noche en par de los levantes de la aurora. Porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche, ni del todo es día, sino, como dicen, entre dos luces; así esta soledad y sosiego Divino, ni con toda claridad es informado de la luz Divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender á la Divina luz: bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos á la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo quiso dar á entender David cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir, recordé y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado. (Ps. CI, 8.) Como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento, y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario; porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto; y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde

viene el aire; y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto á sí, sino que en posándose alguna junto, luego se va; y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente, y lo mismo hace á Dios el espíritu á este tiempo; porque las alabanzas que hace á Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algún determinado color; y así es el espíritu perfecto, que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada.

En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz Divina echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; porque todas ellas y cada una tienen una correspondencia con Dios, con que cada una en su manera de voz muestra lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama á esta *Música callada*; porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta sin ruido de voces; y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Y así dice que su Amado es esta música callada, porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual; y no sólo eso, sino que también es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada; porque aunque aquella música es callada cuanto á los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque estando

ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorosisimamente en el espíritu, de la excelencia de Dios, en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba haber visto San Juan en espíritu en el Apocalipsi: conviene á saber, voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras. Lo cual fué en espíritu y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados que cada uno en su manera de gloria hace á Dios continuamente. Lo cual es como música; porque así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente y todas en una concordancia de amor, bien así como música. A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios. Y ve que cada una en su manera engrandece á Dios, teniendo en sí á Dios según su capacidad; y así todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios, y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, cuando dijo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis*. Quiere decir: el Espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra; y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz (I, 7); que es la soledad sonora que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios dan en sí todas ellas. Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas exteriores, las llama la música callada y la soledad sonora, la cual dice que es su Amado: Y más:

La cena que recrea y enamora.

La cena á los amados hace recreación, hartura y amor. Porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí *la cena que recrea y enamora*. Es de saber, que en la Divina Escritura, este nombre *cena* se entiende por la visión

Divina; porque así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que se enamora de Dios más de lo que antes estaba, y por eso le es á ella *la cena que recrea* en serle el fin de los males; y la enamora en serle posesión de todos los bienes.

§ Pero para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo Amado Esposo dice en el Apocalipsi, es á saber: Yo estoy á la puerta, y llamo; si alguno me abriere, entraré y cenaré con él, y él conmigo (III, 20). En lo cual da á entender que él se trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que él mismo goza; los cuales, uniéndose él con el alma, se los comunica y goza ella también; que eso quiere decir yo cenaré con él, y él conmigo. Y así en estas palabras se da á entender el efecto de la Divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma Esposa, comunicándoselos él, como habemos dicho, graciosa y largamente. Y así él mismo es para ella la cena que recrea y enamora; porque en serle largo la recrea, y en serle gracioso la enamora.

Antes que entremos en la declaración de las demás Canciones, conviene aquí advertir, que no porque habemos dicho que en aqueste estado de desposorio, aunque habemos dicho que goza el alma de toda tranquilidad, y que se le comunica todo lo demás que se le puede comunicar en esta vida, se ha de entender que es en toda ella, sino que esta tranquilidad es según la parte superior; porque la parte sensitiva hasta el estado de matrimonio espiritual, nunca acaba de perder sus resabios ni sujetar del todo sus fuerzas, como después se dirá; y que lo que se le comunica es lo más que se puede en razón de desposorio; porque en el matrimonio espiritual hay grandes ventajas, porque aunque en el desposorio en las visitas goza tanto bien el alma Esposa como se ha dicho, todavía padece ausencias y perturbaciones, y molestias de parte de la porción inferior, y del demonio; todo lo cual cesa en el estado del matrimonio. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pues como la Esposa tiene ya las virtudes puestas en el alma en el punto de su perfección, en que está gozando de ordinaria paz en las visitas que el Amado le hace, algunas veces goza subidísimamente la suavidad y fragancia de las dichas virtudes por el toque que el Amado hace en ellas: bien así como se gusta la suavidad y hermosura de las azucenas y flores cuando están abiertas y las tratan; porque en muchas de estas visitas ve el alma en su espíritu todas sus virtudes que Dios le ha dado, obrando él en ella esta luz; y ella entonces con admirable deleite y sabor de amor las junta todas y las ofrece al Amado como una piña de hermosas flores, y recibíéndolas el Amado entonces (porque de veras las recibe) recibe en ello gran servicio. Todo lo cual pasa dentro del alma, en que siente ella estar el Amado como en su propio lecho; porque el alma se ofrece juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer; y así es uno de los mayores deleites que en el trato interior con Dios ella suele recibir en esta manera de don que hace el Amado. Y conociendo el demonio esta prosperidad del alma (el cual por su gran malicia todo el bien que en ella ve envidia), usa á este tiempo de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder perturbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien; porque más precia el impedir á esta alma un quilate de esta su riqueza y glorioso deleite, que hacer caer á otras en muchos y muy graves pecados; porque las otras tienen poco ó nada que perder, y ésta mucho, porque tiene mucho ganado y muy precioso; así como perder un poco de oro muy primo es más que perder mucho de otros bajos metales. Aprovechase aquí el demonio de los apetitos sensitivos, aunque con éstos en este estado las más veces puede muy poco, ó nada, por estar ya ellos amortiguados, y de que con esto no puede, representa á la imaginación muchas vanidades; y á las veces levanta en la parte sensitiva muchos movimientos, como después se dirá, y otras molestias que causa así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en

mano del alma poderse librar hasta que el Señor envía su ángel (como se dice en el Salmo), en derredor de los que le temen, y los libra. (XXXIII, 8.) Y hace paz y tranquilidad, así en la parte sensitiva como en la espiritual del alma. La cual para denotar todo esto y pedir este favor, recelosa de la experiencia que tiene de las astucias que usa el demonio para hacerle el dicho daño en este tiempo, hablando con los ángeles, cuyo oficio es favorecer á este tiempo ahuyentando los demonios, dice la siguiente Canción: *

CANCIÓN XVI

Cazadnos las raposas,
 Que está ya florecida nuestra viña,
 En tanto que de rosas
 Hacemos una piña,
 Y no parezca nadie en la montaña.

DECLARACIÓN

§ Deseando, pues, el alma que no le impidan la continuación de este deleite interior de amor, que es la flor de la viña de su alma, ni los envidiosos y maliciosos demonios, ni los furiosos apetitos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de imaginaciones ni otras cualesquier noticias y presencias de cosas, invoca á los ángeles, diciendo: que cacen todas estas cosas y las impidan, de manera que no impidan el ejercicio de amor interior, en cuyo deleite y sabor se están comunicando y gozando las virtudes y gracias entre el alma y el Hijo de Dios. Y así dice: *

*Cazadnos las raposas,
 Que está ya florecida nuestra viña.*

La viña que aquí dice es el plantel que está en esta santa alma de todas las virtudes, las cuales le dan á ella vino de dulce sabor. Esta viña del alma está florida, cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose, según todas

estas virtudes juntas; y algunas veces, como habemos dicho, suelen acudir á la memoria y fantasía muchas y varias formas é imaginaciones, y en la parte sensitiva se levantan muchos y varios movimientos y apetitos. § Los cuales por ser de tantas maneras y tan varios, cuando David estaba bebiendo este sabroso vino del espíritu con grande sed en Dios, sintiendo el impedimento y molestia que le hacían, dijo: Mi alma tuvo sed en tí, cuán de muchas maneras se há mi carne á tí. (Ps. LXII, 2.) Llama el alma á toda esta armonía de apetitos y movimientos sensitivos raposas, por la gran propiedad que tienen á este tiempo con ellas. Porque así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando salen á caza, así todos estos apetitos y fuerzas sensitivas estaban sosegadas hasta que en el alma se levantan y se abren, y salen á ejercicio estas flores de las virtudes; y entonces también parece que despiertan y se levantan en la sensualidad sus flores de apetitos y fuerzas sensuales á querer contradecir al espíritu y reinar. Hasta esto llega la codicia, que dice San Pablo (Gal. V, 17) que tiene la carne contra el espíritu; que por ser su inclinación grande á lo sensitivo, gustando el espíritu, se desaborea y disgusta toda carne; y en esto dan estos apetitos gran molestia al dulce espíritu, por lo cual dice: *

Cazados las raposas.

§ Pero los maliciosos demonios hacen de su parte aquí molestia al alma de dos maneras. Porque ellos incitan á levantar estos apetitos con vehemencia, y con ellos y otras imaginaciones hacen guerra á este reino pacífico y florido del alma. Lo segundo y que peor es, que cuando de esta manera no pueden, embisten en ella con tormentos y ruidos corporales para hacerla divertir. Y lo que es más malo, que la combaten con temores y horrores espirituales, á veces de terribles tormentos: lo cual á este tiempo si se les da licencia, pueden ellos muy bien hacer; porque como el alma se pone en muy desnudo espíritu para este ejercicio espiritual, puede con facilidad él hacerse presente á ella; pues también él es espíritu. Otras veces la hace otros embestimientos de horrores antes que ella comience á gustar estas

dulces flores, á tiempo que Dios la comienza á algo sacar de la casa de sus sentidos para que entre en el dicho ejercicio interior al huerto del Esposo: porque sabe, que si una vez se entra en aquel recogimiento, está tan amparada, que por más que haga no puede hacerle daño. Y muchas veces cuando aquí el demonio sale á tomarle el paso, suele el alma con gran presteza recogerse en el hondo escondrijo de su interior, donde halla gran deleite y amparo, y entonces padece aquellos terrores tan por de fuera, y tan á lo lejos, que no sólo no le hacen temor, mas le causan alegría y gozo. De estos terrores hizo mención la Esposa en los *Cantares*, diciendo: Mi alma me conturbó por causa de los carros de Aminadab. (VI, 11.) Entendiendo allí por Aminadab al demonio; llamando carros á sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruidos que con ellos trae. Después dice aquí el alma: «Cazadnos las raposas», lo cual también la Esposa en los *Cantares*, al mismo propósito, pidió diciendo: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas. Nam vinea nostra floruit.* Cazadnos las raposas pequeñas que desmenuzan las viñas, porque nuestra viña ha florecido. (II, 15.) Y no dice cazadme; sino cazadnos, porque habla de sí y del Amado, porque están en uno y gozando la flor de la viña.

La causa porque aquí dice que la viña está con flor, y no dice con fruto, es porque las virtudes en esta vida, aunque se gocen en el alma con tanta perfección como ésta de que hablamos, es como gozarla en flor; porque sólo en la otra se gozarán como en fruto. Y dice luego: *

*En tanto que de rosas
Hacemos una piña.*

Porque á esta sazón que el alma está gozando la flor de la viña, y deleitándose en el pecho de su amado, acaece así, que las virtudes del alma se ponen todas en pronto y claro, como habemos dicho, y en punto mostrándose al alma y dándole de sí gran suavidad y deleite; las cuales siente el alma estar en sí misma y en Dios, de manera que le parecen ser una viña muy florida y agradable de ella

y de él, en que ambos se apacientan y deleitan; y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas, y así juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad, á lo cual le ayuda el mismo Amado; porque sin su favor y ayuda no podría ella hacer esta junta y ofrenda de virtudes á su Amado, que por eso dice:

Hacemos una piña.

Es á saber, el Amado y yo. Y llama piña á esta junta de virtudes, porque así como la piña es una pieza fuerte y en sí contiene muchas piezas fuertes y en sí abrazadas fuertemente, que son los piñones; así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado, es una sola pieza de perfección del alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes muy fuertes y dones muy ricos, porque todas las perfecciones y virtudes se ordenan y contienen una sólida perfección del alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha se está ofreciendo de parte del alma al Amado en espíritu de amor que vamos diciendo, convienen que se cacen las dichas raposas, para que no impidan la tal comunicación interior de los dos. Y no sólo pide esfo sólo la Esposa en esta Canción para poder bien hacer la piña, mas también lo que se sigue en el verso siguiente, es á saber:

Y no parezca nadie en la montiña.

Porque para este Divino ejercicio interior es también necesaria soledad y ajenación de todas las cosas que se podrían ofrecer al alma, ahora de parte de la porción inferior, que es la sensitiva del hombre; ahora de parte de la porción superior, que es la racional: las cuales dos porciones son en quien se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre, á la cual armonía llama aquí montiña: porque morando en ella y situándose en ella todas las noticias y apetitos de la naturaleza, como la caza en el monte, en ella suele el demo-

nio hacer caza y presa en esos apetitos y noticias para mal del alma. Dice que en esta montiña no parezca nadie, es á saber, representación y figura de cualquier objeto perteneciente á cualquiera de estas potencias ó sentidos que habemos dicho, no parezca delante el alma y el Esposo. Y así es como si dijera: en todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no haya noticias y afectos particulares, ni otras cualesquier advertencias. Y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativa, fantasía, ver, oír, etc., no haya otras digresiones y formas, é imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales. Esto dice aquí el alma, por cuanto para gozar perfectamente de esta comunicación con Dios, conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos de sus propias operaciones y objetos; porque en tal caso, cuanto ellos de suyo más se ponen en ejercicio, tanto más estorban; porque llegando el alma á alguna manera de unión interior de amor, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales: por cuanto está ya hecha y obrada la obra de unión de amor, actuada el alma en amor, y así acabaron de obrar las potencias, porque llegando al término, cesan todas las operaciones de los medios. Y así lo que el alma hace entonces, es asistencia de amor en Dios, la cual es amor en continuación de amor unitivo: no parezca, pues, nadie en la montiña, sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes en la manera que está dicho.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Para más noticia de la Canción que se sigue, conviene aquí advertir que las ausencias que padece el alma de su Amado en este estado de desposorio espiritual, son muy aflictivas, y algunas son de manera que no hay pena que se la compare. La causa de esto es que, como el amor que tiene á Dios en este estado es grande y fuerte, atórméntale fuerte y grandemente en la ausencia. Y añádese á esta

pena la molestia que á este tiempo recibe en cualquiera manera de trato ó comunicación de las criaturas, que es muy grande. Porque como ella está con aquella gran fuerza de deseo abisal por la unión con Dios, que cualquiera entretenimiento le es gravísimo y molesto: bien así como á la piedra, cuando con grande ímpetu y velocidad va llegando hacia su centro, cualquiera cosa en que topase y la entretuviese en aquel vacío le sería muy violenta. Y como está ya el alma saboreada con estas dulces visitas, sonle más deseables sobre el oro y toda hermosura. Y por eso temiendo el alma mucho carecer aun por un momento de tan preciosa presencia, hablando con la sequedad y con el espíritu de su Esposo, dice esta Canción. *

CANCIÓN XVII

Detente, Cierzo muerto;
 Ven, Austro, que recuerdas los amores,
 Aspira por mi huerto,
 Y corran sus olores,
 Y pacera el Amado entre las flores.

DECLARACIÓN

Demás de lo dicho en la Canción pasada, la sequedad de espíritu es también causa de impedir al alma el jugo de suavidad interior de que arriba ha hablado, y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta Canción. La primera, impedir la sequedad, cerrándole la puerta por medio de la continua oración y devoción. La segunda cosa que hace es invocar al Espíritu Santo, que es el que ha de ahuyentar esta sequedad del alma, y el que sustenta en ella y aumenta el amor del Esposo, y también ponga al alma en ejercicio interior de las virtudes, todo á fin de que el Hijo de Dios su Esposo se goce y deleite más en ella, porque toda su pretensión es dar contento al Amado.

Detente, Cierzo muerto.

El Cierzo es un viento seco y frío que seca y marchita las flores y plantas, y á lo menos las hace encoger y cerrar cuando en ellas hiere.

Y porque la sequedad espiritual y la ausencia afectiva del Amado hacen este mismo efecto en el alma que la tiene, apoyándole el jugo y sabor y fragancia que gustaba de las virtudes, la llama *Cierzo muerto*: porque todas las virtudes y ejercicio afectivo que tenía el alma, tiene amortiguado, y por eso dice aquí el alma: «Detente, Cierzo muerto.» El cual dicho del alma se ha de entender que es hecho y obra de oración y ejercicios espirituales, para que se detenga la sequedad. § Pero porque en este estado las cosas que Dios comunica al alma, son tan interiores que con ningún ejercicio de sus potencias de suyo puede el alma ponerlas en ejercicio y gustarlas, si el espíritu del Esposo no hace en ella esta moción de amor, le invoca ella luego, diciendo: *

Ven, Austro, que recuerdas los amores.

El Austro es otro viento que vulgarmente se llama Ábrego; este aire apacible, causa lluvias, y hace germinar las yerbas y plantas, y abrir las flores y derramar su olor, tiene los efectos contrarios al Cierzo. Y así por este aire entiende el alma al Espíritu Santo, el cual dice que recuerda los amores; porque cuando este Divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda, y la regala y aviva, y recuerda la voluntad, y levanta los apetitos que antes estaban caídos y dormidos al amor de Dios, que se puede bien decir que recuerda los amores de él y de ella; y lo que pide al Espíritu Santo, es lo que dice en el verso siguiente:

Aspira por mi huerto.

El cual huerto es la misma alma; porque así como arriba ha llamado á la misma alma viña florecida, porque la flor de las virtudes que hay en ella dan vino de dulce sabor, así aquí la llama también huerto, porque en ella están plantadas y nacen y crecen las flores de perfección y virtudes que habemos dicho. Y es aquí de notar, que no dice la Esposa: aspira en mi huerto, sino aspira por mi huerto; porque es grande la diferencia que hay entre aspirar Dios en el alma y

aspirar por el alma: porque aspirar en el alma es infundir en ella gracia, dones y virtudes; y aspirar por el alma, es hacer Dios toque y moción en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas, renovándolas y moviéndolas de suerte que den de sí admirable fragancia y suavidad al alma; bien así como cuando menean las especies aromáticas, que al tiempo que se hace aquella moción derraman el abundancia de su olor, el cual antes ni era tal ni se sentía en tanto grado: porque las virtudes que el alma tiene en sí adquiridas ó infusas, no siempre las está sintiendo y gozando actualmente; porque como después diremos, en esta vida están en el alma como flores en cogollo cerradas, ó como especies aromáticas encubiertas, cuyo olor no se siente hasta ser abiertas y movidas, como habemos dicho.

Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma Esposa, que aspirando con su espíritu Divino por este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes, y descubre estas especies aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma, y manifestando el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella. Y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir la riqueza que se descubre al alma de sus dones, y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas en el alma, y la suavidad de olor que cada una de sí le da según su propiedad, es inestimable. Y esto llama aquí correr los olores del huerto, cuando en el verso siguiente dice:

Y corran sus olores.

Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto que no sólo ella lo siente de dentro, pero aun suélele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios. Y no sólo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto á los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de

la próxima y familiar comunicación con Dios; cual se escribe en el Éxodo de Moisés (XXXIV, 30), que no podían mirar en su rostro por la honra y gloria que le quedaba por haber tratado cara á cara con Dios. En este aspirar del Espíritu Santo por el alma, que es visitación suya, enamorado de ella se comunica en alta manera el Esposo Hijo de Dios; que por eso envía su espíritu primero (como á los Apóstoles) que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma Esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto á gusto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias y riquezas. Y así con grande deseo desea el alma Esposa todo esto: es á saber, que se vaya el Cierzo; que venga el Austro, que aspire por el huerto, porque entonces gana el alma muchas cosas juntas. Porque gana el gozar las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas; pues mediante ellas como acabamos de decir, se le comunica á ella con más estrecho amor y haciéndole más particular merced que antes, y gana que el Amado mucho más se deleita en ella por este ejercicio actual de virtudes, que es de lo que ella más gusta, es á saber, que guste su Amado, y gana también la continuación y duración de tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Esposo asiste en ella en la tal manera, estándole dando la Esposa suavidad en sus virtudes, según en los *Cánticos* ella lo dice en esta manera: En tanto que estaba el Rey en su reclinatorio, es á saber en el alma, mi arbolico florido y oloroso dió olor de suavidad. *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum* (I, 11). Entendiendo aquí por este arbolico oloroso la misma alma, que de las flores de virtudes que en sí tiene, da olor de suavidad al Amado que en ella mora en esta manera de unión. Por tanto, mucho es de desear este Divino aire del Espíritu Santo, y que pida cada alma aspire por su huerto para que corran Divinos olores de Dios. Que por ser esto tan necesario y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió por los mismos términos que aquí en los *Cantares*, diciendo: *Surge, Aquilo, et veni, Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius*. Levántate de aquí,

Cierzo; y ven, Ábrego, y aspira por mi huerto, y correrán sus olorosas y preciosas especies. (IV, 16.) Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo: y porque esto es disposición y prenuncio para que el Hijo de Dios venga á deleitarse en ella; que por eso dice luego:

Y pacerá el Amado entre las flores.

Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazón, por nombre de pasto, que muy más al propio lo da á entender, por ser el pasto ó comida cosa que no sólo da gusto, pero aún sustenta; y así el Hijo de Dios se deleita en el alma en estos deleites de ella, y se sustenta en ella: esto es, persevera en ella, como lugar donde grandemente se deleita; porque el lugar se deleita de veras en él. Y eso entiendo que es lo que él mismo quiso decir por la boca de Salomón en los Proverbios, diciendo: mis deleites son con los hijos de los hombres. (VIII, 31.) Es á saber cuando sus deleites, son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios. Y conviene aquí notar que no dice el alma aquí, que pacerá el Amado las flores, sino *entre las flores*: porque como quiera que la comunicación suya, es á saber del Esposo, sea en la misma alma mediante el arreo ya dicho de las virtudes; siguese que lo que pace es la misma alma transformándola en sí, estando ya ella guisada, salada y sazonada con las dichas flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con qué y entre qué la pace; las cuales por medio del aposentador ya dicho, están dando al Hijo de Dios sabor y suavidad en el alma, para que por este medio se apaciente más en el amor de ella; porque esta es la condición del Esposo, unirse con el alma entre la fragancia de estas flores. La cual condición nota muy bien la Esposa en los Cantares, como quien tan bien la sabe, por estas palabras: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum ut pascatur in hortis, et lilia colligat*. Mi Amado descendió á su huerto, á la erica y aire de las especies odoríferas, para apacentarse en el huerto y coger lirios. (VI, 1.) Y otra vez dice: Yo para mi Amado, y

mi Amado para mí, que se apacienta entre los lirios (VI, 2); es á saber, que se apacienta y deleita en mi alma, que es el huerto suyo, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ En este estado, pues, de desposorio espiritual, como el alma echa de ver sus excelencias y grandes riquezas, y que no las posee y goza como querría á causa de la morada que hace en carne, muchas veces padece mucho; mayormente cuando más se le aviva la noticia de esto; porque echa de ver que ella está en el cuerpo, como un gran señor en la cárcel sujeto á mil miserias y que le tienen confiscados sus reinos, é impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda sino muy por tasa la comida, en lo cual lo que podrá sentir, cada uno lo echará bien de ver, mayormente aún los domésticos de su casa no le estando bien sujetos; sino que á cada ocasión sus siervos y esclavos sin algún respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado del plato. Pues que cuando Dios hace alguna merced al alma de darle á gustar algún bocado de los bienes y riquezas que le tiene aparejadas, luego se levanta en la parte sensitiva algún mal siervo de apetito, ahora un esclavo de desordenado movimiento, ahora otras rebeliones de esta parte inferior á impedirle este bien.

En lo cual se siente el alma estar como en tierra de enemigos, y tiranizada entre extraños y como muerta entre los muertos, y sintiendo bien lo que da á entender el profeta Baruch cuando encarece esta miseria en la cautividad de Jacob, diciendo: ¿Quién es Israel, para que esté en la tierra de los enemigos? Envejecistete en la tierra ajena, contamináste con los muertos, y estimáronte con los que descienden al infierno. (III, 10.) Y Jeremías sintiendo este misero trato que el alma padece de parte del cautiverio del cuerpo, hablando con Israel según el sentido espiritual, dice: ¿Por ventura Israel es siervo ó esclavo, porque así esté preso? Sobre él rugieron los leones, etc. (II, 14), entendiendo aquí por los leones los apetitos y rebeliones que

decimos de este tirano rey de la sensualidad. De lo cual para mostrar el alma la molestia que recibe, y el deseo que tiene de que este reino de la sensualidad con todos sus ejércitos y molestias se acabe ya ó se le sujete del todo, levantando los ojos al Esposo, como quien lo ha de hacer todo, hablando contra los dichos movimientos y rebeliones, dice esta Canción: *

CANCIÓN XVIII

Oh ninfas de Judea,
 En tanto que en las flores y rosales
 El ámbar perfumea,
 Morá en los arrabales,
 Y no queráis tocar nuestros umbrales.

DECLARACIÓN

En esta Canción la Esposa es la que habla, la cual viéndose puesta según la porción superior espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en la seguridad y continua posesión de ellos en la cual el Esposo la ha puesto en las dos Canciones precedentes; viendo que de parte de la porción inferior, que es la sensualidad, se le podría impedir, y que de hecho impide y perturba tanto bien, pide á las operaciones y movimientos de esta porción inferior que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pasen los límites de su región, la sensualidad, á molestar é inquietar la porción superior y espiritual del alma: porque no la impida, aun por algún mínimo movimiento, el bien y suavidad de que goza: porque los movimientos de la parte sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto más le molestan é inquietan, cuanto ellos tienen de más obra y viveza. Dice, pues, así:

Oh ninfas de Judea.

Judea llama á la parte inferior del alma, que es la sensitiva. Y llámala Judea, porque es flaca y carnal y de suyo ciega, como lo es

la gente judaica; y llama ninfas á todas las imaginaciones y fantasias y movimientos y aficiones de esta porción inferior. A todas estas llama ninfas, porque así como las ninfas con su afición y gracia atraen para sí á los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosa y porfiadamente procuran atraer á sí la voluntad de la parte racional, para sacarla de lo interior, á que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo también al entendimiento, y atrayéndole á que se case y junte con ellas en su bajo modo de sentido, procurando conformar y aunar la parte racional con la sensual. Vosotras, pues, dice, oh sensuales operaciones y movimientos:

En tanto que en las flores y rosales.

Las *flores*, como habemos dicho, son las virtudes del alma, y los *rosales* son las potencias de la misma alma, memoria, entendimiento y voluntad: las cuales llevan en sí y crían flores de conceptos Divinos, y actos de amor, y las dichas virtudes. En tanto, pues, que en estas virtudes y potencias de mi alma

El ámbar perfumea.

Por el *ámbar* entiende aquí el Divino Espíritu del Esposo, que mora en el alma. Y perfumear este Divino ámbar en las flores y rosales, es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de Divina suavidad. En tanto, pues, que este Divino espíritu está dando suavidad espiritual á mi alma,

Morá en los arrabales.

En los *arrabales* de Judea, que decimos ser la porción inferior ó sensitiva del alma. Y los arrabales de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la memoria, fantasía é imaginativa, en los cuales se colocan y recogen las formas de imágenes y fantasmas de los objetos, por medio de las cuales la sensualidad mueve sus apetitos y

codicias. Y estas formas son las que aquí llama ninfas: las cuales quietas y sosegadas, duermen también los apetitos. Estas entran á estos sus arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son ver, oír, oler, etc. De manera que todas las potencias y sentidos ahora interiores ahora exteriores de esta parte sensitiva los podemos llamar arrabales, porque son los barrios que están fuera de los muros de la ciudad. Porque lo que se llama ciudad en el alma, es allá lo de más adentro, es á saber, la parte racional que tiene capacidad para comunicar con Dios, cuyas operaciones son contrarias á las de la sensualidad. Pero porque hay natural comunicación de la gente que mora en estos arrabales de la parte sensitiva (la cual gente es las ninfas que decimos) con la parte superior, que es la ciudad; de tal manera, que lo que se obra en esta parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior, y por consiguiente la hace advertir y desquietar de la obra y asistencia espiritual que tiene en Dios; por eso les dice que moren en sus arrabales; esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos interiores y exteriores.

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Esto es, ni por primeros movimientos toquéis á la parte superior; porque los primeros movimientos del alma son las entradas y umbrales para entrar en el alma. Y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta: lo cual se hace, cuando hay acometimientos á la razón de parte de la sensualidad para algún acto desordenado; pues no solamente dice el alma aquí que éstos no le toquen, pero aun las advertencias que no hacen á la quietud y bien de que goza, no ha de haber.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Está tan hecha enemiga el alma en este estado de la parte inferior y de sus operaciones, que no querría que le comunicase Dios

nada de lo espiritual, cuando lo comunica á la parte superior; porque ha de ser muy poco, ó no lo ha de poder sufrir por la flaqueza de su condición, sin que desfallezca el natural, y por consiguiente padezca y se aflija el espíritu, y así no lo pueda gozar en paz. Porque como dice el Sabio, el cuerpo agrava el alma, porque se corrompe (Sap. IX, 15). Y como el alma desea las más altas y excelentes comunicaciones de Dios, y éstas no las puede recibir en compañía de la parte sensitiva, desea que Dios se las haga sin ella. Porque aquella alta visión que vió San Pablo del tercer cielo, en que dice que vió á Dios, dice que no sabe si la recibió en el Cuerpo ó fuera de él (2 ad Cor. XII, 2). Pero de cualquiera manera que ello fuese, ello fué sin el cuerpo; porque si él participara, no lo pudiera dejar de saber, ni la visión pudiera ser tan alta como él dice, diciendo que oyó tan secretas palabras, que no es lícito al hombre hablarlas. Por eso sabiendo muy bien el alma que mercedes tan grandes no se pueden recibir en vaso tan estrecho, deseando que se las haga el Esposo fuera de él, ó á lo menos sin él, hablando con él mismo se lo pide en esta Canción. *

CANCIÓN XIX

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañías
De la que va por ínsulas extrañas.

DECLARACIÓN

Cuatro cosas pide el alma Esposa al Esposo en esta Canción.

La primera, que sea servido de comunicársele muy adentro en lo escondido de su alma. La segunda, que embista é informe sus potencias con la gloria y excelencia de su Divinidad. La tercera, que sea esto tan alta y profundamente, que no se sepa ni quiera decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva. La cuarta, que se enamore de las muchas virtudes y gracias que él ha puesto en ella, con las

cuales va ella acompañada y sube á Dios con muy altas y levantadas noticias de la Divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener, y así dice:

Escóndete, Carillo.

Como si dijera: querido Esposo mio, recógete en lo más interior de mi alma, comunicándole á ella escondidamente y manifestándole tus escondidas maravillas, ajenas de todos los ojos mortales.

Y mira con tu haz á las montañas.

La haz de Dios es la Divinidad. Y las montañas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; y así es como si dijera: embiste con tu Divinidad en mi entendimiento, dándole inteligencias Divinas, y en mi voluntad dándole y comunicándole el Divino amor, y en mi memoria con Divina posesión de gloria. En esto pide el alma todo lo que le puede pedir, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés (Exod. XXXIII, 23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad sin otro algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad: lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes: por cuanto es toque de sustancias desnudas, es á saber, del alma y Divinidad. Y por eso dice luego:

Y no quieras decillo.

Es á saber, y *no quieras decillo* como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacías eran de manera que las decías á los sentidos exteriores, por ser cosas de que ellos eran capaces: porque no eran tan altas y profundas que no pudiesen ellos alcanzarlas: mas ahora sean tan subidas y sustanciales estas comunicaciones y tan de adentro, que no se les diga á ellos nada: esto es, que no lo puedan ellos alcan-

zar á saber; porque la sustancia del espíritu no se puede comunicar al sentido, y todo lo que se comunica al sentido, mayormente en esta vida, no puede ser puro espíritu, por no ser él capaz de ello. Deseando, pues, el alma aquí esta comunicación de Dios tan sustancial y esencial que no cae en sentido, pide al Esposo que no quiera decirlo, que es como decir: sea de manera la profundidad de este escondrijo de unión espiritual, que el sentido ni lo acierte á decir ni á sentir, siendo como los secretos que oyó San Pablo (2. ad Cor. XII, 4), que no era lícito al hombre decirlos.

Mas mira las compañías.

El mirar de Dios es amar y hacer mercedes. Y las compañías que aquí dice el alma que mire Dios, son la multitud de virtudes y dones, y perfecciones y otras riquezas espirituales que él ha puesto ya en ella, como arras y prendas y joyas de desposado. Y así es como si dijera: mas antes conviértete, Amado, á lo interior de mi alma, enamorándote del acompañamiento de riquezas que has puesto en ella, para que enamorado de ella, en ellas te escondas en ella, y te detengas: pues que es verdad que aunque son tuyas, ya por habérselas tú dado, también son

De la que va por ínsulas extrañas.

Es á saber, de mi alma que va á ti por extrañas noticias de ti, y por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos y del común conocimiento natural. Y así es como si dijera queriéndole obligar: pues va mi alma á tí por noticias espirituales, extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate tú á ella también en tan interior y subido grado, que sea ajena de todos ellos.

ANOTACIÓN PARA LAS CANCIONES SIGUIENTES

§ Para llegar á tan alto estado de perfección como aquí el alma pretende, que es el matrimonio espiritual, no sólo no le basta estar

limpia y purificada de todas las imperfecciones, y rebeliones, y hábitos imperfectos de la parte inferior, en que desnudado el viejo hombre está ya sujeta y rendida á la superior, sino que también ha menester grande fortaleza y muy subido amor para tan fuerte y estrecho abrazo de Dios. Porque no solamente en este estado consigue el alma muy alta pureza y hermosura, sino también terrible fortaleza por razón del estrecho y fuerte nudo, que por medio de esta unión entre Dios y el alma se da. Por lo cual, para venir á él, ha menester ella estar en el punto de pureza, fortaleza y amor competente; que por eso, deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el alma llegase á tener estas partes para merecello, hablando con el Padre y con el Hijo en los *Cantares*, dijo: ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día que ha de salir á vistas, y hablar; porque es pequeñuela, y no tiene crecidos los pechos? Si ella es muro, edifiquemos sobre él fuerzas y defensas plateadas; y si es puerta, guarnescámola con tablas cedrinas. (VIII, 8.) Entendiendo aquí por las fuerzas y defensas plateadas las virtudes fuertes y heroicas, envueltas en Fe, que por la plata es significada; las cuales virtudes heroicas son ya las del matrimonio espiritual, que asientan sobre el alma fuerte, que aquí es significada por el muro, en cuya fortaleza ha de reposar el pacífico Esposo sin que perturbe alguna flaqueza. Y entendiendo por las tablas cedrinas las aficiones y accidentes del alto amor: el cual alto amor es significado por el cedro, y este es el amor del matrimonio espiritual. Y para guarnecer con él á la Esposa, es menester que ella sea puerta: es á saber, para que entre el Esposo, teniendo ella abierta la puerta de la voluntad para él por entero y verdadero sí de amor, que es el sí del desposorio, que está dado antes del matrimonio espiritual. Entendiendo también por los pechos de la Esposa ese mismo amor perfecto que le conviene tener para parecer delante del Esposo Cristo, para consumación del tal estado.

Pero dice allí el texto, que respondió luego la Esposa con el deseo que tenía de salir á estas vistas, diciendo: yo soy muro, y mis pechos son como una torre. (Cant. VIII, 10.) Que es como decir: mi

alma es fuerte y mi amor muy alto, para que no quede por eso. Lo cual también aquí el alma Esposa, en el deseo que tiene de esta perfecta unión y transformación, ha ido dando á entender en las precedentes Canciones, mayormente en la que acabamos de declarar, en que pone al Esposo por delante las virtudes y ricas disposiciones que de él tiene recibidas, para más le obligar. Y por eso el Esposo, queriendo concluir con este negocio, dice las dos siguientes Canciones, en que acaba de purificar al alma, y hacerla fuerte y disponerla, así según la parte sensitiva como según la espiritual, para este estado; diciéndolas contra todas las contrariedades y rebeliones, así de la parte sensitiva como de parte del demonio. *

CANCIÓN XX Y XXI

A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores,
 Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de las noches veladores.
 Por las amenas líras
 Y canto de sirenas os conjuro
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toquéis al muro,
 Porque la Esposa duerma más seguro.

DECLARACIÓN

En estas dos Canciones pone el Esposo Hijo de Dios al alma Esposa en posesión de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones y poniendo en razón las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos, según se contiene en las sobredichas dos Canciones, cuyo sentido es el siguiente. Primeramente, conjura el Esposo y manda á las inútiles digresiones de la fantasía é imaginativa, que de aquí adelante cesen, y también pone en razón á

las dos potencias naturales irascible y concupiscible, que antes algún tanto afligían al alma. Y pone en perfección de sus objetos á las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, según se puede en esta vida. Demás de esto conjura y manda á las cuatro pasiones del alma, que son gozo, esperanza, dolor y temor, que ya de aquí adelante estén mitigadas y puestas en razón. Todas las cuales cosas son significadas por todos aquellos nombres que se ponen en la Canción primera, cuyas molestas operaciones y movimientos hace el Esposo que ya cesen en el alma por medio de la gran suavidad y deleite y fortaleza que ella posee en la comunicación y entrega espiritual que Dios de sí le hace en este tiempo. En la cual, porque Dios transforma vivamente al alma en sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfección natural, y se mudan en Divinos. Y así dice:

A las aves ligeras.

Llama aves ligeras á las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sùtiles en volar á una parte y á otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor y apagarle el gusto con sus vuelos sùtiles; á las cuales dice el Esposo que las conjura por las amenas liras, etc. Esto es, que pues ya la suavidad de deleite del alma es tan abundante y frecuente, que ellas no la podrán impedir como antes solían por no haber llegado á tanto, que cesen sus inquietos vuelos, ímpetus y excesos; lo cual se ha de entender así en las demás partes, que habemos de declarar aquí, como son:

Leones, ciervos, gamos saltadores.

Por los leones entiende las acrimonias é ímpetus de la potencia irascible, porque esta potencia es osada y atrevida en sus actos como los leones. Y por los ciervos y gamos saltadores entiéndese la otra potencia del alma que es la concupiscible, que es la potencia de